

JAN

OTOFOMA DE NUE
GENERAL DE BIBLIOTE

CI

HOUSSAY

LA
COMEDIANTA

PQ2276

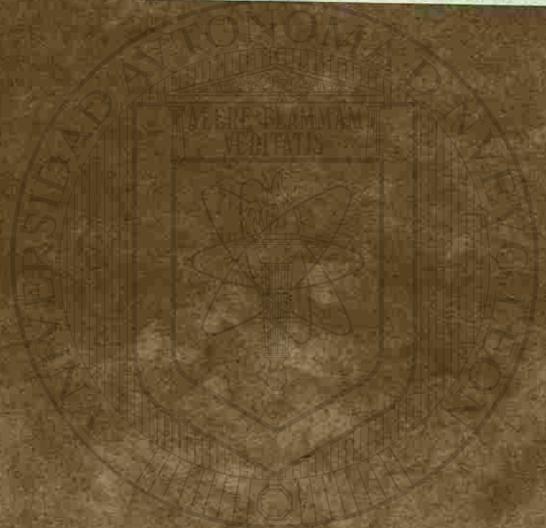
.H7

C68

1884



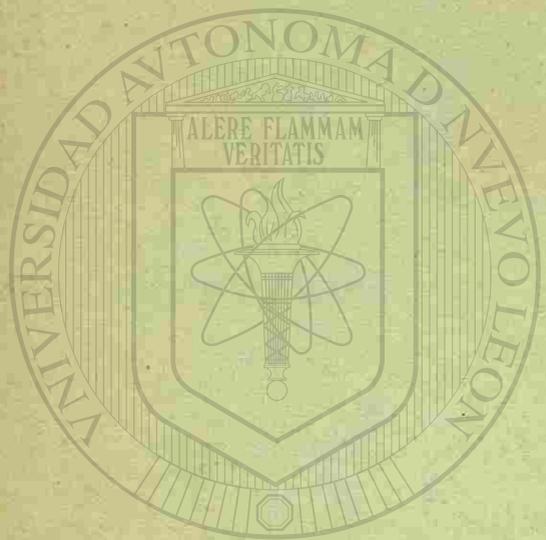
1020026560



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

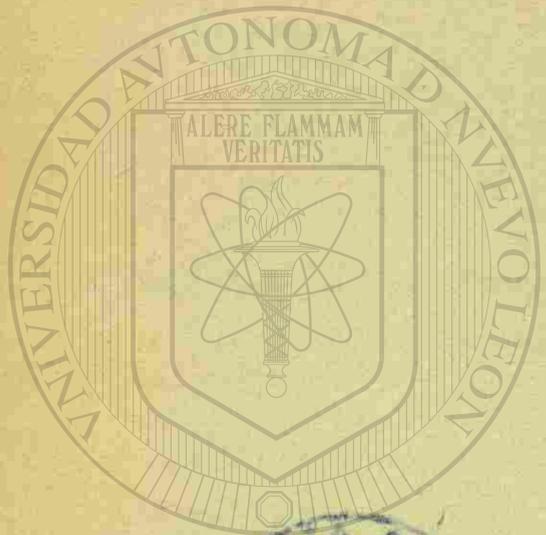


FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

KRZ
RRB

co

Casé



UANI

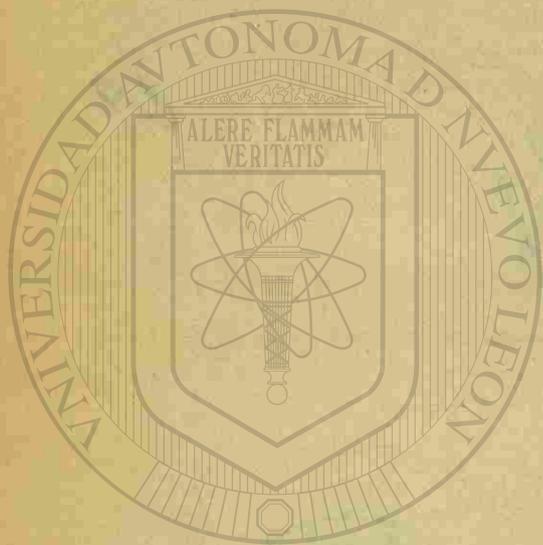
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO GONZALEZ



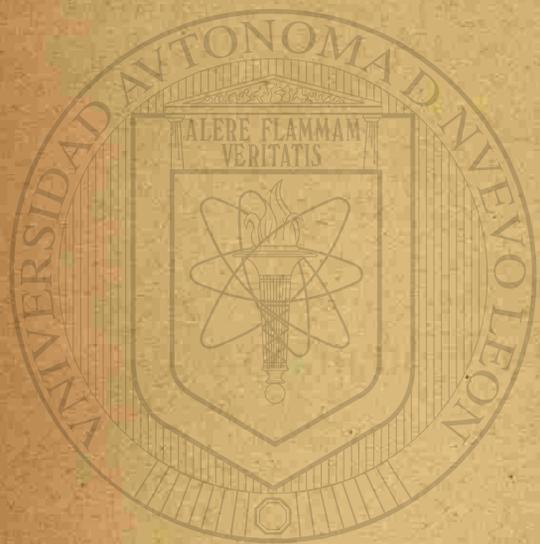


LA COMEDIANTA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANI

Núm. Clas

Núm. Auto

Núm. Aug

Procedencia

Precio

Fecha

Clasific

Catalogo

H 842 C
30323
-8-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

11A

®

7



Café

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

ARSENIO HOUSSE

LA COMEDIANTA

VERSIÓN ESPAÑOLA POR FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UN REDACTOR DE «EL COSMOS»



MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

Montera, núm. 21

1884

30323

099319

813
H.

PQ 2276
.H7
C68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1884.—Imprenta de A. Pérez: Flor Baja, 22.

PREFACIO

LAS COMEDIANTRAS

Al recorrer el salón de un baile de máscaras, no el de la Ópera, sino en la casa de una mujer de mundo, nos ocurre á las veces conocer bajo la careta, y al primer golpe de vista, á alguna de nuestras amigas, y dirigirnos á ella, sin manifestar que la hemos conocido, para tener el derecho de decirle algunas verdades, porque el antifaz hace más atrevido al que adivina la persona que con él se encubre, que á quien le lleva delante de su rostro. Yo he puesto una máscara á la heroína de este libro. No es, á Dios gracias, porque quiera decir algo malo de esta incomparable Comedianta, sino para que mi pluma pueda mejor expresar la verdad.

Todo pasa, todo se borra, menos el recuerdo. Éste se apodera de las imágenes que huyen, flotantes nubes que aún dora el sol de la vida. ¿Por qué no conservar piadosamente, por medio del libro, el alma de cada generación, todo lo que hay del yo humano en los seres predestinados? Lo que nos conmueve en la historia no son las grandiosas descripciones de las guerras y las revoluciones; es la vida íntima de los filósofos, de los poetas, de los pintores, de los comediantes; es lo primero que se encuentra en el cestillo de los recuerdos; es la sabrosa fruta de la leyenda, rayo mágico que ilumina la noche del pasado.

Lo mucho que se ha hablado acerca de una célebre comediante de hoy día, me ha recordado otra ilustre de ayer, que desafía todas las glorias del teatro en el silencio de la tumba. ¿No ha llegado el momento de evocar esta radiante figura por dignidad del arte? Es menester presentar un ejemplo á todas aquellas que se creen artistas, cuando

no son más, en su mayor parte, que cortesanas ó principiantes.

Para juzgar á las comediantas, no es menester considerarlas bajo el mismo punto de vista que para juzgar al vulgo. Los nervios de todas esas criaturas, á quienes domina el sentimiento del arte, salen en defensa de su causa. El entusiasmo y el desaliento las devora. La mujer de mundo, que duerme sin zozobras en su hotel, no se ve dominada ciertamente por el demonio de la intranquilidad. Mucho más culpable es, sin duda alguna, que la comediante, si sale al balcón al oír el dulce canto de Romeo. Apoyada en las tradiciones de familia, educada en la austeridad de la religión, sostenida su femenina fragilidad por los ejemplos del deber, si sucumbe, su caída es mucho más profunda que las de esas dementes del mundo teatral, que no saben, al salir de la escena, si siguen representando el mismo papel que en ella. Embriagadas por las luces del proscenio, por las frases de la heroína

que representan, por las aclamaciones del público, sería menester ser una virtud inverosímil para detenerse en los límites marcados. Si ellas los traspasan, es más bien por el entusiasmo del arte que por las nocturnas alegrías de las voluptuosidades prohibidas. Si entraran siempre en su casa en busca de la soledad, ¿podrían continuar su lucha con lo imposible? ¿Se volverían á sentir, á la hora precisa, con esa fiebre dramática que las domina y que las mata, pero que les presta hasta lo último el aliento necesario para entregar hasta el postrer suspiro de esa vida extra-humana, que es la vida de la artista, á ese sultán sin piedad que se llama *público*?

Después de algún tiempo, toda la gente de pluma, tanto ellas como ellos, la elevan hasta las nubes ó la precipitan en el abismo. La hora no ha sonado aún de examinar á la comedianta en la verdad de la historia, sin romper, sin embargo, con la leyenda. No es menester colocarla sobre un alto pe-

destal, pero tampoco arrojarla un airado anatema: la cólera no es la justicia. Es mujer como todas las mujeres. Su arte la arroja al mar de las pasiones, pero al mismo tiempo la detiene al borde de los abismos. Entre las comediantas hay madres de familia dignas de hilar la blanca lana de las matronas romanas. Hay, sin duda, entre ellas algunas con las apariencias de las cortesanas; pero entre las unas y las otras hay muchas jóvenes buenas, que no hacen más que matrimonios de comedia, consagrándose al teatro sólo por el teatro, sin querer poner jamás en escena la mujer galante. Certes, Mars, Dorval, Plessy, Rachel, Rosa Cherie, las tres Brohan, veinte más, si fuéramos á buscarlas en épocas pasadas, no han aspirado al arte dramático más que por el mismo arte dramático: ¡cuántas contemporáneas, como Sara Bernhardt, mantienen aún esta hermosa tradición de amar el arte por el arte!

Tengamos cuidado, sin embargo, de que

los libelistas no hagan creer en la renuncia voluntaria de los derechos de todas esas mujeres, que son el orgullo de la escena francesa, y que no se abandonan á sus ardientes pasiones más que tantas aventureras que van con la frente muy alta. El mundo es más severo con ellas porque, viviendo á la luz del día, no ocultan nada de su existencia (1).

Por un sentimiento de justicia escribo este libro. En él se encontrará la verdadera comedianta, en las aspiraciones del talento,

(1) Todas aquellas buscadoras de ideales que tienen algunas veces por realidad, como diría Molière, se elevan demasiado á las nubes para conformarse á convertirse en la tierra en virtuosas vulgares. ¿Es, pues, culpa suya si Dios, ó la naturaleza, por no remontarnos tan alto, las ha dotado del vértigo que les hace ir siempre en busca de lo imposible, de lo desconocido, de lo infinito? Esos cometas perdidos no pueden aclimatarse en nuestra fría atmósfera, donde la razón está siempre á un grado bajo cero. Esta es la historia de tanta actriz como ha desaparecido, no pudiendo llegar á su zenit, aunque el entusiasmo las arrastraba, porque han querido llegar recorriendo otros caminos lejanos del verdadero. Esta es la historia de tantos primeros premios del Conservatorio, desterrados por su indómito carácter de los teatros adonde les llamaba su destino.

en sus pasiones, en sus ideales, en sus cóleras, en sus lágrimas, en todo lo que forma el *yo* en esta mujer, tres veces mujer.

Conozco muy bien á la comedianta en las altas virtudes del arte y del espíritu. Si la pinto mal, falta será de mi paleta.

Es inútil, cuando se escribe un libro, estampar la palabra *moralidad*, porque las más bellas frases no pueden probar la moralidad cuando ésta no existe. Espero, pues, que mi pensamiento habrá sido comprendido. El arte dramático es un gran arte, puesto que entre nosotros Corneille y Molière, esas dos cariátides del teatro, son los eternos dueños del genio francés. Cualquiera que sea la obra que se ponga en una escena de París, el espectador adquiere una luz nueva y mejor sentido, porque hasta la alegría tiene su virtud. No es menester, pues, que las injurias de la pluma hieran á esa multitud de artistas que pasan su vida en las tablas. Ni el estrellado traje de la comedianta, ni el péplum de la trágica, deben

ser manchados por la corrosiva tinta de la calumnia.

Refiero la vida de una gran artista, que fué honra del teatro; pero que al mismo tiempo fué calumniada en su carácter y en sus pasiones. Si se reflexiona en su origen, si se mide el camino que recorrió, si se cuentan todas las decepciones por que la hicieron pasar sus contemporáneos, no reconocerá nadie derecho á ninguna de las más renombradas aventureras para arrojarle la primera piedra. Lo mismo que ellas, Esther ha sido distinguida por el Eterno, pues ha dado al mundo dos hijos que llevan, el uno en la diplomacia y el otro en el ejército, muy alta y firme la bandera de Francia. No habría una sola persona que en el último juicio no la saludara bajo su sudario, al recordar que, después de una vida abrasada por el entusiasmo del arte, había muerto al cabo sacrificándose por la fortuna de su familia y de sus hijos. Razón ha tenido Clesinger al erigirle dos estatuas, representán-

dola bajo la figura de la Comedia y de la Tragedia. Debía haberla representado también bajo la forma de la Mujer.

Según Alejandro Dumas, «la *comedianta* es la *mujer*. Donde no exista la *mujer*, no habrá jamás *comedianta*.» Alejandro Dumas hablaba de Mad. Pasca; ¡qué no hubiera dicho de Mlle. Esther, pudiendo juzgar en ella á la comedianta, lo mismo en su vida privada que en la escénica (1)!

(1) Teodoro de Bauville, este crítico poeta, es decir, ese crítico vidente, nos pintó á Raquel como mujer y comedianta, al decir :

«Su naturaleza era la más prodigiosa, no fué ni Herminia, ni Phedra, ni Thisbe: fué esa obra maestra digna de Gavarni y de Balzac: fué Raquel Parisiense.»

¿Cómo aquella niña, que tocaba la guitarra por las calles, había aprendido las distinguidas maneras de las duquesas?

Este es el secreto de aquel que transforma á su antojo una y cien veces la tierra de nuestro suelo, para quien es un juego el convertir en gran señora á la primera muchacha de manos ennegrecidas y enmarañada cabellera que juguetea en medio del arroyo.

Raquel podía, bien cubrirse de joyas, ó bien vestir el más modesto traje; pero, de todos modos, siempre dominaba en ella la más alta distinción, imperiosamente dominante, en la que se revelaba, lo mismo que en su gracia, lo que es superior á todos los seres creados: la dama parisiense.

¡La mujer! Nunca existió ninguna tan adorable, tan seductora, como cuando exclamaba:

¡Si he seducido á Cinna, también seduciré á otros!

Un estremecimiento de amor recorría toda la sala. Sus grandes ojos abrasaban todos los corazones con sus miradas de fuego: ninguno resistía á sus triunfos.

Julio Janin ha dicho, juzgando á Esther: «La muerte tiene la corona suprema de los seres escogidos; está más cerca de la misma vida que la inmortalidad.» Otro más antiguo que Julio Janin ha dicho: «Los muertos viven.» Pero es menester, sin embargo, que los vivos alcen aquí y allí el frío sudario del olvido. Esto es lo que hoy día hago yo con piadosa mano.

Esther me decía: «Si los escritores de crónicas escandalosas trataran algún día de reseñar mi vida, podéis referirles toda su sencillez. Sabéis muy bien que no he sido educada en el Sagrado Corazón, y que, sin

embargo, las que se educan allí no son ciertamente mejores, puesto que yo me perjudicaré á mí misma, mientras que muchas de esas señoritas pasan por el matrimonio tan sólo para hacerle traición.»

He adoptado la forma de la novela en ciertos capítulos, porque es más amena, tanto para el lector, como para el autor, aun siendo ambos apasionados de los estudios serios; pero también porque en la vida privada, el novelista se apodera mejor que el historiador de las diversas expresiones de la verdad. La historia es demasiado solemne y sobrado gran señora para descender á la minuciosidad de los detalles. Suprime los rasgos del carácter á fuerza de querer analizarlo, y la energía de la palabra á fuerza de querer didactizar y sintetizar. En la vida familiar la *mise en scène* y la acción dramática deben ser reproducidas en toda su curiosidad pictórica. El tiempo de las frases pasó ya. No vale tanto un buen período final como una pala-

bra que brota del corazón ó del talento.

En una narración sin pretensiones, hay siempre más expresiones afortunadas que en una página académica. Cuando Mad. Dubarry dijo á Luis XV: «*La France, ton café f.... le camp,*» pintaba con una sola palabra todo un reinado. Es verdad que no estaba en Fontenoy.

AR—H—YE.

LIBRO PRIMERO.

Una estrella que aparece.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bra que brota del corazón ó del talento.

En una narración sin pretensiones, hay siempre más expresiones afortunadas que en una página académica. Cuando Mad. Dubarry dijo á Luis XV: «*La France, ton café f.... le camp,*» pintaba con una sola palabra todo un reinado. Es verdad que no estaba en Fontenoy.

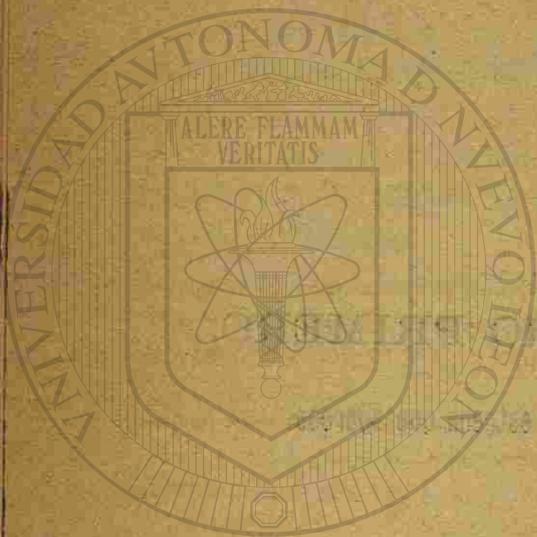
AR—H—YE.

LIBRO PRIMERO.

Una estrella que aparece.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

La conjunción de dos astros.

—¡Señores y señoras, escuchen Vds. nuestras canciones; ¡las hay para reír y para llorar!—gritaba Valía, delante de cuatro concurrentes á la Plaza Real.

—¡Espectáculo gratis! (decía Esther); lo que siempre cuesta el dinero.

Mientras que Valía templaba su guitarra, Esther exclamaba, comiéndose una manzana:

—No hagan Vds. caso; es mi manera de beber un vaso de sidra. Silencio, señores y señoras; el espectáculo va á empezar.

Y la traviesa y bonita niña de doce años dirigió su vista á los árboles vecinos.

—¡Se callarán Vds.!

Se dirigía con estas palabras á los pájaros que piaban ó cantaban, saltando en las ramas de los árboles.

—Si son Vds. prudentes (continuó), les regalaré un pastel.

Una niñera que pasaba se detuvo; después un soldado que la seguía; después un chico; luego varios. Los transeuntes de ambos sexos pasaban y repasaban sin pararse, como si temieran ser cogidos en flagrante delito de vagancia. Y, sin embargo, las dos hermanas bien merecían que perdieran cinco minutos en contemplarlas.

París brillaba bajo el sol de Abril, en uno de esos hermosos días en los cuales es menester llevar en una mano el quitasol, y en la otra el paraguas. Por la mañana el sol resplandece en el azul del cielo. De pronto viene, sin saber cómo, una nube que descarga en un chaparrón que pone como nuevo á todo el mundo. El viento dispersa las nubes, el sol brilla de nuevo; se cree uno seguro. Pero á los pocos instantes se oye un trueno, el granizo choca contra los cristales; pero esto no es nada: una borrasca lo inunda, el sol lo quema; en una palabra, el más hermoso día del mundo... en París...

La escena pasa, pues, en la Plaza Real; algunos mirlos silban, y saltan de rama en rama, sin inquietarse por el canto de los pajarillos que anidan en los árboles, ó se ven aprisionados en las ventanas.

Pero he aquí otros pájaros cantores que quieren interrumpir al mirlo, ese curioso que se interesa en la comedia humana, puesto que le

agradan más los jardines de París que las solitarias florestas.

Estos otros pajarillos son una joven y una niña, las señoritas Valfa y Esther, dos hermanas que, como los jilgueros de las Tullerías, se procuran, cantando, su sustento.

Esther estaba muy pálida bajo sus oropeles; un traje ajado lleno de lentejuelas; medias blancas, manchadas de lodo, y unos chapines orientales, demasiado grandes para su bonito pié. Su cabeza se inclinaba tristemente bajo una corona de flores artificiales, en donde había atado con unas cintas algunas rosas encarnadas, cogidas sabe Dios dónde, quizás en la espuerta de alguna trapera.

Sus hermosos cabellos, todavía dorados, flotaban sobre sus espaldas y se arremolinaban sobre su frente, descubriendo claramente que no habían conocido las caricias del peine desde algunos días antes. La niña se contentaba con arreglarlos y alisarlos con sus manos. ¿Quién había hecho tan gentil á aquella criatura de doce años, que corría por las calles tocando la guitarra y cantando?

¡Y qué canciones cantaba! No eran las canciones de los bosques; eran las de las calles. Las más atrevidas se escapaban de aquella preciosa boca, como sapos saliendo en el agua cristalina de una fuente.

Aquella pequeña bohemia tenía algo de la gacela, de la hiena y de la bacante; encontraba uno en ella no sé qué de rebelión salvaje; pero, al mismo tiempo, ¡cómo cautivaban sus ojos de tigre! Monstruo encantador que ocultaba á la mujer, y que derramaba ya violentas seducciones, por sus cabellos ondulantes, por el encendido carmín de sus labios, que encubrían pequeños y agudos dientes, como los de una fiera, y por su voz pastosa de contralto; pero estaba completamente inocente de la impresión voluptuosa que causaba. Además, ella no hablaba así á los sentidos sino en el momento en que cantaba sus canciones. Cuando no cantaba, parecía más bien una Mignon extraviada. La expresión de su rostro se endulzaba bajo una vaga sonrisa de candor; prueba evidente de que aún existía la niña bajo la improvisada comedianta. Si digo comedianta, es porque ya tenía todos los recursos de la artista que estudia las elocuencias del gesto, de la actitud, de la figura. Se convertía en una pequeña hija del Cid; ponía su mano en la cadera, declamando alguna escena de Molière, ó bien cualquier relación picaresca, con el acento burlón y especial de los parisienses de Montmartre.

¿Por qué la habían condenado á aquel horrible oficio de distraer á los paseantes, ocultando más de una vez sus lágrimas? Porque no era hija

única aquella corredora de calles, desaliñada como mal vestida.

La hermana de Esther no era de esas hermosuras que se están sin hacer nada; no se contentaba con sus coqueterías de joven, ni con sus preciosas variaciones en el arpa; cantaba también, pero tal como lo sentía. Era la romanza de los salones; las cocineras derramaban una lágrima, y le daban un par de monedas de diez céntimos.

—Eso sale de la sisa,—decía Esther.

Valía no tenía las palideces de su hermana. Vestía como una joven de los arrabales en día de fiesta. Ésta poseía el aliciente de la alegría; su rostro burlón tenía el atractivo de la mirada y de la boca; casi mordía con sus ojos negros y con sus rojos labios, como con sus blancos dientes.

Era tan rubia como morena su hermana; solía decirse de la una y de la otra; hermosa de día, hermosa de noche; pero había un mundo entre aquellas dos criaturas. La mayor era una joven como otras muchas, á quienes los ensueños de la imaginación nunca desvelan; una de esas criaturas sensuales, que no conocen todavía ni las alegrías del espíritu, ni las lágrimas del corazón; las pasiones brutales las someten y las hacen gritar, pero sin arrancarles jamás el grito supremo del alma; su herma-

na, en cambio, era de aquellas á quienes no domina más que la fuerza del corazón ó la del genio.

Existen á menudo estos contrastes en las familias: es que la naturaleza, al formar los seres humanos, prueba su eterna sabiduría por medio de los contrastes; jamás usa de la misma masa, ni forma dos seres bajo el mismo modelo, á no ser que abandone la mitad del trabajo á esas fuertes madres de familia que la historia registra en tan corto número; por ejemplo, para no ir más lejos; Læticia Bonaparte y Teresa Tallien, dos madres por excelencia, que han formado sus hijas á su imagen.

La madre de nuestras dos heroínas no era de estas madres olímpicas; tenía otras hijas, que aunque todas del mismo padre, no se parecían. Todas tenían, sin embargo, una inclinación idéntica, como si fuera un aire de familia. Esta inclinación era el entusiasmo por el arte; todas querían aparecer en la escena.

Si la pobre Esther entretenía á los desocupados con la mandolina ó la guitarra en la mano y la canción en los labios, no se distraía con esto ciertamente, aunque se sintiera arrastrada por aquella vida de aventuras; pero si le agradaba menos la casa que la calle, era porque en su hogar se moría de hambre y se veía maltratada,

mientras que en las calles todos le ponían buena cara y le daban dinero.

¡El dinero! Un Dios, puesto que manda y se hace obedecer, puesto que da la libertad, el lujo, la alegría. ¡El dinero! ¡Ese último rey de los judíos!

Ahora bien: Esther era judía. Sí, pertenecía á esa raza obstinada que se podría llamar la judía errante, que no tiene patria, y está condenada á recorrer el mundo, no con sus cinco sueldos, sino con sus cinco escudos de oro que le queman las manos.

Judas vendió á su Dios; los judíos expían el crimen de Judas.

—Vamos, vamos, niña; concluye tu manzana (dijo Valía); bien ves que esta distinguida sociedad es toda ojos y oídos.

—¡Oh! sí (contestó Esther, arrojando lejos de sí el corazón mordido de la manzana); ya tenemos espectadores.

Y señalaba á los tres niños que paseaba la niña.

—¡No cuentas con el defensor de la patria!— murmuró su hermana.

Era cosa bien triste para algunas personas, para «las almas sensibles,» como se solía decir no hace mucho, ir cantar á aquella niña descolorida y triste canciones más ó menos lascivas; pero el verdadero público, el que se divierte

con todo, se entretenía alegremente, sin darle ningún cuidado de las lágrimas de aquella criatura. Aquel día cantaba lo siguiente :

LO QUE ME DESCONSUELA Y LO QUE ME CONSUELA.

Debo heredar á mi abuela
Y á mi tío el señor Blas,
Pero ¡ay Dios! me desconsuela
Que no se mueren jamás.

Les abruman los dolores,
No tienen sano ni un pelo,
Les asisten seis doctores....
Y esto sólo es mi consuelo.

Por servirme se desvela
La mujer que tengo en casa,
Pero ¡ay Dios! me desconsuela
Que con sus celos me abrasa.

Mujer propia, aunque eres buena
Y mereces ir al cielo,
Si fueras mujer ajena,
Fuera para mí un consuelo.

Perseguido de acreedores,
Requerido, amenazado,
Yo, señoras y señores,
Vivo muy desconsolado.

Pero, en medio de mis males
Me consuela ¡vive Dios!
Que ellos son por los cariales
Más perseguidos que yo.

Los espectadores aplaudieron riéndose. Esther tenía el arte de representar todos los personajes que figuraban en sus canciones.

Le dieron algunas monedas; una mujer les ofreció dos naranjas; unos niños unas manzanas, malos presagios para la futura comediante; pero un pintor decorador de alta estatura, un Hércules, con su blusa blanca, llamado Gantua, vengó á las dos hermanas ofreciéndoles un franco.

—Les doy (dijo) la cuarta parte de mi jornal, pero me llevo alegría para un buen rato.

Era, además, amigo de ellas desde hacía seis semanas. Esther le había puesto el apodo de Gargantua, un día que le vió almorzar en una taberna morcilla y embuchado.

Después sólo se le llamaba Gantua.

Un caballero, todo vestido de negro, que vivía enfrente de donde cantaban las niñas, se detuvo, como todo el mundo, al salir de su casa, y cruzar por la Plaza Real, sonriéndose ante aquel espectáculo al aire libre.

Aquel no era un artista del pincel, sino de la pluma. Como le conocían bastante en el barrio, algunos espectadores le saludaron y le hicieron sitio, encontrándose colocado, á pesar suyo, en primera fila.

Aquel día le esperaban en el teatro; pero la fisonomía de la niña Esther, llena de inteli-

gencia, le llamó la atención, y se detuvo un minuto.

Pensó que el mejor empleo que podía dar á una moneda de cinco francos era ponerla en la mano de la interesante bohemia.

Al dársela, le dijo:

—Amo á los artistas y á los niños.

Esther le besó la mano.

—¡Oh! ¡Si quisiera V. hacerme una canción!

Sacó entonces el caballero de un bolsillo de su traje algunas cuartillas.

—Toma, hija mía; he aquí algunas estrofas que uno de mis amigos acaba de poner en música. Cántalas con la de cualquier aire popular; me agradan las canciones de las calles.

Besó en la frente á Esther, y se alejó rápidamente. Esther palideció.

—Valfa (dijo á su hermana): ¿no ves una corona sobre mi cabeza?

—No (respondió Valfa): no es una corona; es una aureola.

En efecto, Esther estaba transfigurada.

Entre los admirables grabados de Alberto Dürero, hay tres, los menos conocidos quizás, que representan la *Creación del mundo*.

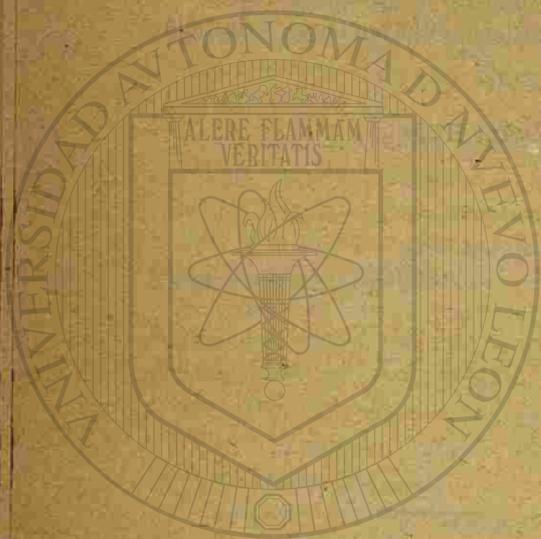
Dios, iluminando el caos con una mano, lleva la otra á su frente. Y la luz y la inteligencia brotaron de la frente del Eterno. Es un hermoso simbolismo. He aquí por qué todas las cabe-

zas privilegiadas están llenas de luz y de inteligencia.

Una mujer preguntó al pintor de muestras si conocía al caballero de la hermosa y despejada frente.

—No, ¿y V.?

—Se llama Víctor Hugo.



II.

El ataúd cubierto de rosas.

Víctor Hugo debía haberse detenido algunos instantes más. Apenas habría andado veinte pasos, cuando Esther declamaba sus versos, dándole el acento de la poesía y del sentimiento, como si le hubiesen sido inspirados á ella misma.

Le rogaron que los repitiera. Valía cogió el precioso autógrafo del poeta para recitar las estrofas; pero Esther, ofendida, quiso volverlas á tomar. Combate entre las dos hermanas. Salvaje cólera de Esther. Los espectadores de la escena intervinieron en la lucha.

—Á mí sola es á quien los ha dado,— dijo la niña.

—Á las dos,—murmuró Valía.

El papel se desgarró.

—¡Oh! ¡Si Víctor Hugo las viera!—exclamó uno de los espectadores más graves.

Este nombre hizo cesar la tempestad como por encanto. Valía, desarmada, entregó á Esther la media hoja que tenía en la mano.

—Es menester que se abracen, — dijeron algunos.

Valía cogió á Esther, y la abrazó. Se aplaudió. Esther, contenta y triunfante, se puso á recitar de nuevo los versos con una emoción que le atrajo todas las simpatías.

LA PATRIA DE MIGNON.

En la tierra dichosa
Del azar y el jazmín,
Con mi madre amorosa
Era yo muy feliz.

Mas vinieron extraños
Una vez á mi hogar,
Y con torpes engaños
Me llevaron allá....

Allá, al país triste
De nieves y fríos,
Donde el cielo se viste
De tintes sombríos.

Como ellos cantaban,
Cantaba yo allí....
Mis ojos lloraban....
¡Ayl! ¡cuánto sufrí!....

Lloraba la ausencia
De mi alegre hogar,
Donde mi inocencia
Gozó dulce paz.

Mas de mi quebranto
Nadie se dolió ;
Nadie vió mi llanto,
Nadie mi dolor.

Con mi triste suerte
No puedo luchar ;
Señales de muerte
En mi rostro hay ya.

Desando el camino
Que al mal me llevó,
Pero es mi destino
Más fuerte que yo.

Pregunta mi anhelo
Dónde está mi hogar....
¡Mi patria es el cielo,
Mi patria inmortal!

Apenas había concluído Esther, cuando vió bajo los arcos un ataúd de terciopelo negro cubierto de flores. Al verlo, sintió una viva emoción ; la voz se extinguió en sus labios.

—Mira, Valía; mira ese hermoso ataúd negro, medio oculto por las flores.

—¡Es magnífico!—dijo Valía.

Un poco más, y hubiera cogido una rosa.

—Dime Valía (replicó Esther); ¿es que tú no eres como yo? Me parece que estoy tendida en esa caja. Abrázame ; creo que estoy muerta.

—¡Qué tonta eres!

Esther se reclinó en los brazos de su hermana, como si la muerte la hubiera tocado con su mano descarnada.

—Escucha, Valía; si yo muero joven, y tú eres rica, haz que me pongan en un ataúd como ese, con ramos de violetas y de rosas blancas.

Presentimientos del destino.

Bajo aquellos mismos arcos se verá más tarde el féretro de Esther; su último traje de terciopelo negro estará cubierto de violetas y de rosas blancas.

III.

Canzones para reír y para llorar.

Aquella noche fué una verdadera fiesta en las buhardillas en que se albergaba toda la familia; una verdadera fiesta, no por la moneda de cinco francos de Víctor Hugo, sino porque éste había abrazado á Esther.

—¡No sé por qué no me habrá abrazado á mí también!—dijo ingenuamente Valía en aquella ocasión.

—Porque, gracias á Dios (respondió Esther), no es costumbre abrazar á las jóvenes en la calle.

Su madre, la señora Bonheur, se hizo explicar por una de las vecinas quién era Víctor Hugo.

—Es un hombre sin ninguna barba (dijo aquella), que tiene un talento como cuatro. Cuando era frutera me compraba cerezas para sus hijos. Tiene unas hijas como soles, y unos hijos de la piel del diablo.

—Pero, ¿qué es lo que hace para ser tan célebre?

—¡Escribe libros!

—¿Y es célebre por eso?

—Escucha, Valía; si yo muero joven, y tú eres rica, haz que me pongan en un ataúd como ese, con ramos de violetas y de rosas blancas.

Presentimientos del destino.

Bajo aquellos mismos arcos se verá más tarde el féretro de Esther; su último traje de terciopelo negro estará cubierto de violetas y de rosas blancas.

III.

Cancones para reír y para llorar.

Aquella noche fué una verdadera fiesta en las buhardillas en que se albergaba toda la familia; una verdadera fiesta, no por la moneda de cinco francos de Víctor Hugo, sino porque éste había abrazado á Esther.

—¡No sé por qué no me habrá abrazado á mí también!—dijo ingenuamente Valía en aquella ocasión.

—Porque, gracias á Dios (respondió Esther), no es costumbre abrazar á las jóvenes en la calle.

Su madre, la señora Bonheur, se hizo explicar por una de las vecinas quién era Víctor Hugo.

—Es un hombre sin ninguna barba (dijo aquella), que tiene un talento como cuatro. Cuando era frutera me compraba cerezas para sus hijos. Tiene unas hijas como soles, y unos hijos de la piel del diablo.

—Pero, ¿qué es lo que hace para ser tan célebre?

—¡Escribe libros!

—¿Y es célebre por eso?

—¡Oh! también hace comedias.

—¡Ya es otra cosa!

—Sí (dijo Valía); son muy conocidos los que escriben para el teatro: Molière....

—¡Y Corneille!—exclamó Esther, que había oído pronunciar aquel nombre en alguna conversación, y lo retenía en la memoria. Pero, ¿por qué aquel y no otro? ¡Adivinaba quizás que con el tiempo la habían de llamar *la hija de Corneille!*

El día siguiente, Valía y Esther continuaron sus musicales peregrinaciones. Se detuvieron en la taberna llamada del *Racimo de moras*. Cantaron las mismas canciones de la víspera, para reír y para llorar.

Durante la primera, había visto Esther á Gantua subido en una escalera de mano, retocando la muestra de una partera, el cual había acompañado á Esther, haciendo las veces de piano, silbando el mismo aire de la canción.

Al terminar la segunda, empezó á sollozar, murmurando al mismo tiempo:

—¡Me muero!

Y cayó como desvanecida, quedando medio arrodillada en la acera y con la cabeza junto á la pared.

Su hermana la cogió en brazos y la metió en la taberna, no sin gran trabajo, por la mucha gente que le dificultaba el paso.

Valía no se alteró por aquel incidente, y abandonando á su hermana en manos de la primera recién llegada, se dedicó á hacer la colecta. Y bien sabe Dios que fué buena. Cafan las monedas en el platillo como lluvia menuda. Un anciano sabio, que pasaba por allí, le dió una moneda de cinco francos, como Víctor Hugo había hecho la víspera.

El blanco brillo de la moneda alegró los ojos de Valía; tanto, que sin inquietarse por su hermana, sonrió alegremente á la concurrencia.

Mientras tanto, Esther había sido trasladada á la trastienda; la tabernera, que la conocía hacía ya algún tiempo, se compadeció de ella, y la defendió de los curiosos, cerrando la puerta.

Á pesar de eso, entraron varios, que por fortuna no fueron importunos. Gantua fué uno de los primeros, que al verla caer sobre la acera, pálida y demudada, había bajado de cuatro en cuatro los escalones de la escalera para ir á socorrerla.

Más de una vez le había ofrecido un vaso de grosella, cantando con ella y con Valía en aquella misma trastienda.

Era cosa de ver cómo prodigaba sus más solícitos cuidados á Esther, con sus alborotados cabellos, su blusa blanca y su rostro entristecido.

La cogió en brazos, y la reclinó sobre su corazón, como si fuera un hijo.

—¡Conque tenemos vahidos como una señorita! Vamos, vamos; es menester que pase eso.

Y pidió bizcochos y vino, verdadero vino, del rancio de cuatro francos la botella; mojó un bizcocho en vino, y se le presentó á Esther, que le tomó por complacerle, pero que sin duda no le desagradó, porque el fuego de sus ojos reapareció y también la sonrisa de sus labios.

El pintor le daba golpecitos en las manos.

—En fin, ya no nos morimos. ¿No habías almorzado?

—No; mamá nos da por la mañana un guiso peor que el rancho de un cuartel, y yo prefiero mantenerme del aire.

Valía apareció en aquel momento.

—Y bien, mi queridita Esther: ¿estás mejor?

Y puso sobre la mesa todo el dinero que acababa de recoger, menos la moneda de cinco francos.

Esther estaba encantada.

—Ya ves que no soy tan tonta, y que no he perdido el tiempo.

—Sí, me has abandonado.

—Ya sabía yo que no era nada, y era preciso aprovechar la ocasión.

Esther tomó con su bonita mano un puñado de aquellas monedas de plata y cobre. Bien habría una docena de francos.

De pronto se echó á reír á carcajadas; dió un

salto con ligereza, y dijo alegremente á Valía:

—¿No es verdad que ha estado bien representado?

—¿Cómo bien representado?—exclamó Gantua.

—Pero, gran tonto, ¿no has comprendido que era todo una comedia?

—¿No te has desmayado?

—¡Vaya! y no ha sido de balde.

—Por doce francos veinticinco céntimos,—dijo Valía, riéndose también.

—¡Ah! ya no hay niños (murmuró Gantua). ¡Cómo! gran pícara; ¡me has dado un mal rato solamente por burlarte de mí! En vez de haberme bajado de la escalera, debía haberte hecho subir.

—¡Oh! llevo pantalones; si quieres, subiré hasta lo último y te emborronaré la muestra.

—Bien, bien; pero te aconsejo que procures que la gente no se entere de que la engañas, porque esto quizás no le gustaría. En fin: la verdad es que eres un diablillo muy bonito.

La descolorida niña, que había cantado sus canciones alegres con una profunda expresión de tristeza, recobró de nuevo sus colores; se consideraba dichosa al pensar lo contenta que se pondría su madre al verla llegar con tanto dinero, y se prometía repetir la escena en otros barrios de París.

30323

Se bebió alegremente el resto de la botella, y se dió fin á la docena de bizcochos. Esther quería pagar; pero Gantua no lo permitió, murmurando con cierta dignidad:

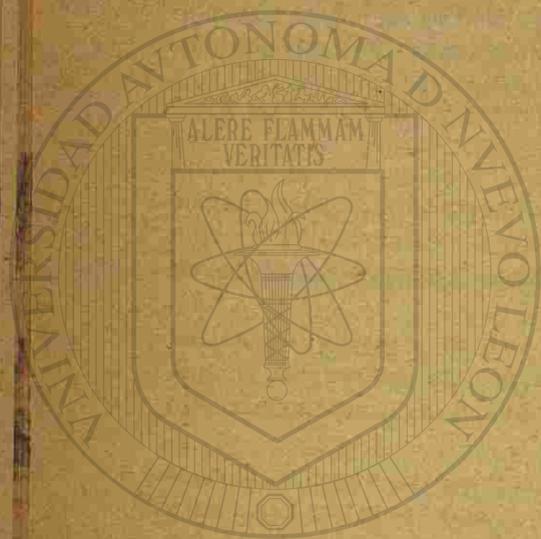
—Soy caballero, señoritas.

Lo más extraño es que no mentía al decir esto: el pseudónimo de Gantua ocultaba un noble apellido: «No se sabrá quién soy hasta que me admitan un cuadro en la Exposición,» solía decir.

Entre tanto, como era menester vivir, se resignaba filosóficamente con su oficio de pintor decorador. Cuando no se tiene bastante dinero para pasar por la Escuela de Bellas Artes, es necesario conformarse y aprender á pintar mármoles, monumentos, cielos y flores. Díaz de la Peña, otro noble, ¿no empezó también así? Yo mismo le he conocido, en casa de Julio Janin, en donde pintaba unas rosas sobre un espejo roto. La ciencia de las naciones, dice: «Empieza como puedas, pero concluye bien.»

Abandonaron la taberna, despidiéndose hasta otra vista. Gantua hubiera querido hacer una amorosa declaración á Valía; pero aquel bravo mozo tenía la timidez de un niño: esperó otra ocasión; porque la hermana de Esther le había entrado por el ojo derecho, según su expresión. Á Valía le gustaban los jóvenes ricos y elegantes; pero al mismo tiempo era de aquellas que

dicen que, *á falta de pan, buenas son tortas*. Ahora bien: á falta del joven elegante y rico, Gantua era todo un buen mozo, con su traje pintoresco, con su frente altiva, y al mismo tiempo con la sonrisa burlona del parisién *pur sang* en los labios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Las tres hermanas.

Más de una vez le ocurrió á la pobre Esther ser maltratada, no para enseñarla á vivir, sino para enseñarla á hacer dinero, como se dice en el teatro.

Aún no estaba en él aquella niña que cantaba en todos los tonos, acompañándose con la guitarra, lo triste y lo alegre, lo sentimental y lo bufo.

Afortunadamente, aquella noche, al abrazar á su madre, le puso en la mano una hermosa y reluciente moneda de veinte francos, pues por afición al oro había cambiado todo el dinero recogido durante el día delante de la taberna y en otros sitios. Todo el mundo la acarició, y la animó con mil promesas á traer todas las noches otros veinte francos.

Á la que no se le hicieron caricias y agasajos fué á Valía: he aquí por qué. Se había comprado unos pendientes de seis francos, con el firme propósito de que no se los viera su familia; pero, al subir la escalera, se le olvidó quitárselos, vien-

do todos en seguida los dos grandes colgantes de cobre dorado, que se balanceaban majestuosamente sobre sus mejillas.

—¿Qué es eso?—preguntó la madre.

—No es nada; unos pendientes que me ha regalado una señora.

—¿Una señora? ¿Te figuras que he nacido ayer? Toma.

Y ¡pif! ¡paf! dos cachetes.

Valía lloró de rabia y de pena. Pero al llevarse el pañuelo á los ojos, rodó por tierra la moneda de cinco francos que había sustraído de la colecta de por la mañana.

—¡Y eso también! (continuó la madre); ¿me robas mi dinero?

—¡Tu dinero! Eso no es tuyo; me lo ha dado un señor muy respetable: ¡un magistrado!

—Te lo habrá dado para tu hermana.

—No, para mí (replicó Valía, recogiendo la moneda). Y, además (añadió), si no estás contenta, me voy. No seré yo la que siga corriendo calles para recibir golpes.

La señora Bonheur estaba furiosa.

—Si piensas marcharte, te equivocas, porque te tendré atada aquí dentro.

—Eso lo veremos (exclamó Valía, quemando sus naves); porque, como prefiero mejor estar fuera que aquí, me marchó.

Abrió la puerta, y salió.

Su madre se calmó un tanto, y la llamó, murmurando:

—Harás cualquier locura.

Pero Valía bajó la escalera sin siquiera volver la cabeza.

¿Adónde iba?

La familia de Esther habitaba tres buhardillas en una antigua casa de la calle de los Leones de San Pablo, cerca del muelle de los Celestinos: la primera contenía el lecho donde dormían la madre y el hijo más pequeño; en la segunda se veían tres malas camas, en donde se acostaban cinco niños; la tercera era una especie de camaranchón, donde se guardaba una infinidad de telas orientales medio cubiertas por los vestidos y los adornos de las niñas. No había chimenea más que en la primera habitación, en donde se hacía la comida de cualquier manera.

Aunque aquella familia era muy pobre, se veía en los semblantes de todos cierto aire de juventud y de alegría. Aquel humilde hogar no era la pocilga en que viven muchas familias judías del antiguo París. La limpieza, esa virtud, según Platón, era la cualidad dominante de la madre y de las hijas. Se comprendía á primera vista que aquellas gentes aspiraban á elevarse y no á descender á los últimos y sombríos peldaños de la escala social.

La joven Esther había sido algunas veces maltratada por su hermana Valía; pero, á pesar de eso, había llorado al verla partir.

—Mamá, ¿quién me acompañará ahora para ir á cantar por las calles?

—No llores; tu hermana volverá.

Pero no volvió, ni aquella noche, ni al otro día. Su madre la buscó por todas partes; fué á la prefectura de policía; pero nadie le dió noticias de Valía. Aquella fué una gran desgracia.

Una de las niñas pequeñas, enferma desde algunos días antes, impedía que la madre pudiera trabajar. Esta vendía difícilmente sus telas orientales, que no estaban de moda como hoy día; fué necesario, pues, que Esther saliera otra vez á cantar por las calles de París.

Su hermanita Lili fué la compañera que le dieron. Una mañana salieron las dos muy contentas; Esther, sobre todo, porque esperaba encontrar á Valía.

La pequeña Lili corría y saltaba á su alrededor, llena de alegría de verse en la calle. Nadie sabe el encanto que tiene para los niños un paseo por París, que se imaginan que aquel gran bazar está construído expresamente para ellos: todos los escaparates les sonríen: aquello es una feria perpetua, en donde hay para todos los gustos.

—¿No empiezas?—preguntó Lili á Esther.

Estaban en la plaza de la Bastilla. Esther

pensó primero pararse delante de la taberna en donde había representado su comedia la antevíspera; pero no viendo á nadie por allí, ni siquiera á su amigo Gantua sobre la escalera, se fué un poco más lejos, colocándose delante de un elefante legendario. Algunos muchachos hicieron círculo; después se acercaron dos jóvenes y dos desocupados que las seguían; en seguida algunas otras personas, y al poco rato tenían un buen número de espectadores.

Lili exclamaba con su voz fina y aguda: «Señores y señoras, he aquí á la célebre Esther, que va á cantar.»

La cantadora preludió en su guitarra, y empezó á cantar una de esas picarescas canciones cuyo éxito siempre es seguro: *Tú que conoces los húsares de la Guardia...*

Se rieron de la canción; pero la pública generosidad no dejó caer gran cosa en el platillo.

—Eres muy graciosa y muy bonita (dijo una buena mujer á Lili); déjame que te abrace.

Y abrazó á la niña, y le dió diez céntimos: esto era por su bonita cara.

—¿Y por mi canción?—dijo Esther.

—Vamos, señores; vamos, señoras (dijo la mujer): ¿no hay nada por la canción?

Algunos curiosos se alejaron; pero la mayoría de los espectadores aumentó el dinero recogido anteriormente.

En aquel momento, una joven atravesó por entre la gente, se dirigió á las dos hermanas, y las estrechó contra su pecho.

—¡Valfa!

—¡Lili! ¡Esther!

Lili apenas si había reconocido á Valfa; tan transformada se hallaba, con un bonito traje á la última moda y un sombrero colocado coquetamente sobre sus hermosos cabellos.

—¡Ni una palabra á mamá! Tomad esta moneda de cinco francos; todos los días os daré aquí, á la misma hora, una igual.

—¡Qué bella estás así, hermana mía! ¿Cómo te has arreglado para ir tan bien vestida?

—Si te lo preguntan, contesta que no lo sabes. ¡Adiós!

Y Valfa partió, para ir á reunirse con un bello y elegante joven que la esperaba allí cerca. Los curiosos no vieron en todo aquello más que un alma caritativa; pero ni remotamente se figuraron que era una hermana que encontraba á sus hermanas.

—¡Chist! (dijo Esther á Lili): no digas nada esta noche.

—¡Oh! no.

—Piensa en que nos dará una moneda de cinco francos todos los días; es el interés de la moneda que tomó antes de ayer. ¡He ahí un dinero bien empleado!

—Yo no entiendo de eso (dijo Lili); pero dame para comprar un ramito de violetas.

—¡Ah, coquetilla! ¡un ramo de violetas! De seguro acabarás mal. Toma, ahí tienes: compra un ramo para ti y otro para mamá.

—¿Y yo acabaré mal? (se preguntó Esther viendo alejarse á Lili.) ¡No! (murmuró, alzando la cabeza con soberana expresión de fiereza): prefiero cantar por las calles.



V.

El retrato.

El día siguiente vió Esther á Gantua al pasar por la taberna.

—Me aburría no verte, mi querida y pícara Esther; un poco más, y pierdo las ganas de comer.

La niña presentó su frente al pintor de muestras, que la abrazó con ternura.

—¿Y Valía?

—Ya no hay más Valía; pero he aquí á Lili.

—¿Otra hermana más?

—¡Mamá tiene cuatro hijos, sin contar un joven que volverá de bien lejos.

—Me gusta Lili. Pero veo que las dos tenéis aspecto de no haber almorzado muy fuerte.

Y tomando Gantua un tono solemne, añadió:

—Penetremos en los salones de la tía Choppe.

Las dos hermanas no se hicieron de rogar, y siguieron al pintor á la trastienda, en donde pidió una docena de bizcochos; esta vez, sin embargo, se contentó con una botella de vino de á franco.

—No se aburre uno contigo,—dijo Lili.



V.

El retrato.

El día siguiente vió Esther á Gantua al pasar por la taberna.

—Me aburría no verte, mi querida y pícara Esther; un poco más, y pierdo las ganas de comer.

La niña presentó su frente al pintor de muestras, que la abrazó con ternura.

—¿Y Valía?

—Ya no hay más Valía; pero he aquí á Lili.

—¿Otra hermana más?

—¡Mamá tiene cuatro hijos, sin contar un joven que volverá de bien lejos.

—Me gusta Lili. Pero veo que las dos tenéis aspecto de no haber almorzado muy fuerte.

Y tomando Gantua un tono solemne, añadió:

—Penetremos en los salones de la tía Choppe.

Las dos hermanas no se hicieron de rogar, y siguieron al pintor á la trastienda, en donde pidió una docena de bizcochos; esta vez, sin embargo, se contentó con una botella de vino de á franco.

—No se aburre uno contigo,—dijo Lili.

Se creía en un festín. Repartió los bizcochos: cinco para ella, para su hermana cuatro, y tres para Gantua.

—¡Bravo! (dijo éste): veo que sabes muy bien contar.

Debo decir que esta vez no era Gantua tan desinteresado como parecía. Tenía la idea de hacer el retrato de Esther con su caprichoso traje; aquel mismo día puso manos á la obra. Su paleta estaba preparada para pintar una parra, unos racimos y unos pájaros en la portada de una taberna vecina, pues esa era la moda en aquel tiempo. En menos de media hora bosquejó á grandes rasgos aquella preciosa silueta.

—¡Pero tú tienes talento!—exclamó Esther.

—Para dar y vender; pero nadie me lo quiere comprar. Es igual; espero que este retrato me sirva para hacer otros. Lleguen Vds., duquesas y marquesas: veinticinco francos el retrato con su marco correspondiente.

Y á renglón seguido, el maestro decorador pintó sobre la misma tela un precioso marco de ébano.

—¡Pero eso es sorprendente! (exclamó Esther.) ¿Cómo no has hecho ya fortuna?

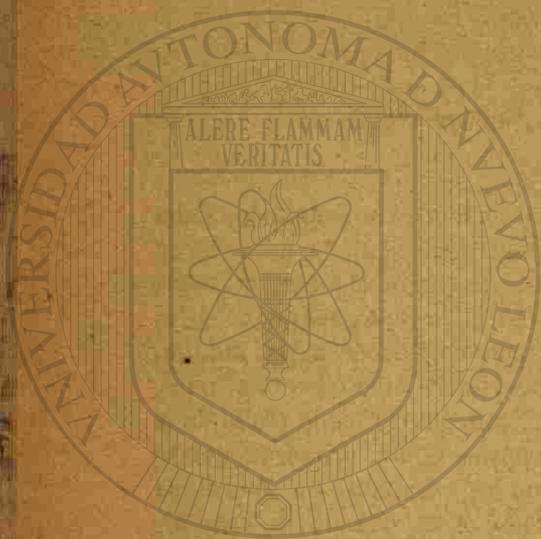
—Eso es lo que yo pregunto todas las noches al meterme en la cama.

—¡Pobre Gantua! Si tengo suerte algún día, ven á llamar á mi puerta.

El pintor de muestras pidió una segunda sesión para el siguiente día. Esta vez se terminó; se terminó en el punto en que terminaba el arte de aquel buen obrero; porque, como muchos de sus compañeros, no conseguía pasar la línea terrible que separa el obrero del artista. ¡Cuántos obreros han sido conocidos como pintores, solamente porque habían pasado por la Escuela de Bellas Artes, pero que jamás han traspasado las fronteras del reino del arte! No desesperemos, pues, de Gantua. No es ciertamente ni un Velázquez ni un Van Dyck, pero hay algo en él; sabe encontrar la luz, la vida; si un verdadero maestro pasa por delante, y él le sigue, quizás aprenda el camino.

Este retrato de Esther ha estado largo tiempo ante mi vista. Ella me le había regalado. Pero, siguiendo su costumbre de volver á recoger lo que daba, lo tomó un día para enviárselo á Emilio de Girardin. Tengo la esperanza de volverlo á recuperar algún día; porque no estuve en la venta de objetos de arte del gran agitador después de su muerte.

Lo que acabo de referir, no es más que el prólogo de una comedia, para reír y para llorar, como las canciones de Esther; comedia en cinco actos, que representa escena por escena la vida de la célebre comedianta; ¡porque Esther adquirió bien pronto renombre!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

La Discípula.

Un año después había cambiado todo. Valía firmó la paz con su madre; se le perdonaron sus primeras locuras; pero si bien ha vuelto á la gracia, no así á la casa; abandonó á su primer amante por complacer á su familia, pero no dijo que tomaba otro. Se creía, pues, que vivía en un bonito cuarto de la calle de la Victoria, con los despojos del primero, cuando era con la fortuna del segundo. Su madre se inquietaba algunas veces, cuando la veía algunas alhajas; pero ella decía que las compraba en casa de Bourguignon. De cuando en cuando iba Esther con ella; no se tenía gran confianza en sus virtudes familiares; pero, en cambio, su hermana era una virtud á toda prueba. Aquella niña desafiaba todos los peligros, escudada con su honradez; era un diamante de los que no se venden en casa de Bourguignon; era inaccesible á todas las tentaciones. No tenía más que una idea, una pasión; la comedia. Nunca ninguna joven de elevada esfera aspiró á un

trono con tan ardiente deseo, como anhelaba Esther llegar á ser reina del teatro. Y verdaderamente esta corona es más hermosa, puesto que sólo la alcanza el talento. Delante de ella se podía hablar de todos los placeres con que brinda la existencia; sólo merecían estos por su parte un gesto ó una mirada de desdén. Para ella no existía más fiesta que la del día en que fuera aclamada en la escena por dos mil espectadores entusiasmados; no quería libar los placeres de la vida más que en la copa de Ifigenia ó de Camila.

Entre tanto, era preciso seguir cantando en las calles; pero una mañana, Esteban Chorón, un buen sujeto que había establecido una clase de música religiosa, encontró á las dos hermanas en el boulevard del Temple. Como el poeta que busca consonantes en todas partes, Esteban Chorón buscaba jóvenes para cantar en sus coros. Al oír la hermosa voz de Esther, aquella voz metálica y tan penetrante en su sonoridad, y tan dulce al mismo tiempo en las notas graves, se detuvo á escucharla.

—¿Cómo canta V. esas canciones? (le preguntó.) ¿Quiere V. cantar cánticos religiosos?

Esther miró al maestro con extrañeza.

—No sé, —respondió.

—Irá V. á mi academia.

—No tendré tiempo, porque yo canto para ayudar á mi madre.

—¡Bueno! En ese caso, yo le daré lo que hubiera V. ganado hoy, y vamos á su casa.

Á la señora Bonheur le fué simpática desde el primer momento la bondadosa expresión de Esteban Chorón.

—¡Oh, caballero! (respondió á su proposición): puede V. hacerla que cante en esas iglesias, pues siempre le quedarán algunos momentos para el Dios de Israel.

—He aquí mi tarjeta. La espero mañana.

—¿Y por qué se ha fijado V. en Esther?

—Porque lleva una estrella en la frente.

La niña sonrió.

—Esa estrella, caballero, es un beso de Víctor Hugo. Lo mismo que V., me oyó cantar; se acercó á mí, me dió una canción, y me abrazó.

Desde el siguiente día, Esther entonaba cánticos religiosos con las jóvenes que había reunido Chorón.

Lili estaba inconsolable. ¿Por qué Chorón no se la llevaba como á su hermana? ¿Qué sería de aquella pobre criatura, que no parecía vivir más que con la existencia y la alegría de Esther? Triste y melancólica desde que vió la luz, se habían abierto sus ojos á la vida corriendo con su hermana por las calles; ¿pasaría desde allí en adelante horas y horas encerrada en las buhardillas?

—No llores por eso (le dijo Esther al otro día);

haré novillos por ti; cuando mamá te envíe á algún recado, vas á casa de M. Choron, y le dices que mamá me llama; saldré, y nos iremos á correr al Bosque de Boulogne; porque yo también me moriría de fastidio si no jugara contigo.

—Sobre todo, si estudias demasiado,—contestó Lili con malicia.

Al otro día, Lili fué á buscar á su hermana á la salida de la academia, y no regresaron á su casa sino después de haber corrido por el Bosque á su placer. Poco á poco, algunas condiscípulas fueron también de la partida.

Un día que se paseaba por allí Choron oyendo cantar los ruseñores, se sorprendió agradablemente el oír entonar sus cánticos religiosos con una perfección que jamás había conseguido en su academia. Se dirigió silenciosamente al sitio en que se daba aquel concierto al aire libre, y vió que las que cantaban eran sus alumnas, dirigidas por Esther. El maestro se rió al ver á su más moderna discípula mandando aquel pequeño batallón con la importancia de un director de orquesta. Era cosa digna de verse, cómo, armada de una varita acabada de arrancar, mandaba imperiosamente, con la mayor seriedad del mundo.

La señora Bonheur iba algunas veces á llevar y á buscar á su hija; pero por lo regular le era imposible, pues tenía que cuidar de sus otros

hijos; por otra parte, estaba tranquila, pues sabía que la joven nunca habría hecho mal uso de la libertad que le concedía.

Siempre Esther fué salvada por Esther, gracias á su gran corazón y á su mucho talento. Otra en su lugar se hubiera perdido mil veces en ese París que devora tantas jóvenes; pero Ester se burlaba y se reía de todo; así es que el que quería hablarla de amor era muy mal recibido. La virtud de su madre se le había transmitido; se entretenía con cualquier broma, con cualquier cuento picaresco, pero no se distraía con declaraciones amorosas. Nunca había leído ningún libro inmoral; más aún: nunca dejaba de volver la hoja cuando, al leer la Biblia, encontraba algo que le parecía ofensivo á su candor.

He visto cartas tuyas, de cuando tenía catorce años; estando en la academia de Choron, escribía á su madre:

Me quieren mucho. Por otra parte, siempre conservo el nombre de Gorrion; bien es verdad que lo merezco, pues hago tantas tonterías como uno verdadero. Merezco también los besos que tú me darás; no olvides abrazar en mi nombre al pequeño que pierde los zapatos.

Y firmaba GORRIÓN.

¿Por qué Gorrion?

Porque tenía la malicia de ese pajarillo, ó

porque habría aprisionado alguno con su mano al darles pan en la ventana de su buhardilla. Encantaba á los pájaros, sin pensar siquiera en encantar á los hombres.

Costaba gran trabajo conseguir que fuera una buena discípula, pues en vez de asistir á la academia, le agradaba más hacer novillos. Así es, que, para volver á la gracia de Chorón, le escribía una vez lo siguiente :

Mi querido maestro: Ruego á V. me dispense si no asisto hoy á clase, porque he ido al Bosque de Boulogne, sintiéndome tan fatigada, que me llevó mamá al baño y después á casa. Almorcé, y me acosté. ¡Ah! ¡no me riña V.!
¡duermo tan bien!... ESTHER.

En la carta había más de cuatro faltas de ortografía, y otras tantas palabras que no eran verdad, empezando por el baño.

¿Pero cómo evitar aquellas faltas de asistencia á la clase, estando la academia tan cerca del Bosque de Boulogne? ¿Qué de particular tenía que se equivocara de puerta, y, en vez de dar lección, se fuera á coger violetas y nidos de pájaros?

Chorón se equivocó acerca del valor de la voz de Esther.

Servía para la declamación, pero no para el canto. Contaba con una contralto, pero Esther pasaba del diapason.

Un día encontró á Saint-Aulaire, que era profesor del Conservatorio.

—Tengo que dar á V. una maravilla.

—¡Tengo ya tanto mal!

—Yo pagaré su pensión; podrá V. sacar una gran comedianta.

Y he aquí que Esther fué á estudiar todos los días á casa de Saint-Aulaire. Á la primera lección, fué del mismo parecer que Esteban Chorón; pero no fué comprendido su genio. Quiso hacer de ella una graciosa de Marivaux, ó una criada de Molière.

Continuó siendo una indisciplinada. Iba á clase cuando le parecía, corriendo por los cafés, ya que no por las plazas públicas, uniendo siempre á su orgullo natural su alegría de bohemia.

Saint-Aulaire trabajaba sin cesar para conseguir dominar aquel carácter rebelde. Le había tomado cierto cariño, porque, á pesar de sus diabluras infantiles, no dejaba de comprender que valía mucho. Fué á un mismo tiempo para Esther maestro de escuela y profesor de declamación. Su madre la había enseñado á leer y á escribir. Él la enseñó á leer hermosos libros, y á escribir ejemplos del mejor estilo.

—¿Qué lee V., hija mía?—le preguntó en cierta ocasión.

—La Biblia.

—¿Pero la comprende V.?

—No del todo. He leído la historia de las mujeres de Jacob, Raquel y Lia, que fueron bendecidas por el Señor. En ella he visto que tenían hijos gracias á sus criadas, lo que me ha parecido muy cómodo.

—Pues bien, niña: no es necesario leer la Biblia; pero hace falta leer el Evangelio.

—¡Ah! Sí; el Antiguo Testamento es demasiado viejo, y es menester leer el nuevo.

VII.

El caballo de copas entre dos Reyes.

Las discípulas de Saint-Aulaire representaban comedias y tragedias en la Sala Molière. El director del Teatro Francés iba por allí tan á menudo como al Conservatorio. Estas lumbreras del arte se encuentran en todos lados.

Esther representaba *Marinette*. Aunque poseía todas las picardías de su papel, le faltaba la alegría comunicativa. No se reía más que á medias. Y, sin embargo, según había dicho Saint-Aulaire, tenía un pico de oro. El director no se quedó convencido; volvió otra vez, un día de tragedia. No se quedó poco sorprendido al reconocer á Esther en Hermione. Aquello fué una revelación. Corrió en busca de Saint-Aulaire.

—Está V. loco (le dijo), dando papeles de criada á esta joven; es una trágica maravillosa.

—No es por falta de voluntad (dijo discretamente Esther, que quería mucho á su maestro). Pero cuando me hace representar en su casa, estoy detestable; en cambio, cuando me encuentro

—No del todo. He leído la historia de las mujeres de Jacob, Raquel y Lia, que fueron bendecidas por el Señor. En ella he visto que tenían hijos gracias á sus criadas, lo que me ha parecido muy cómodo.

—Pues bien, niña: no es necesario leer la Biblia; pero hace falta leer el Evangelio.

—¡Ah! Sí; el Antiguo Testamento es demasiado viejo, y es menester leer el nuevo.

VII.

El caballo de copas entre dos Reyes.

Las discípulas de Saint-Aulaire representaban comedias y tragedias en la Sala Molière. El director del Teatro Francés iba por allí tan á menudo como al Conservatorio. Estas lumbreras del arte se encuentran en todos lados.

Esther representaba *Marinette*. Aunque poseía todas las picardías de su papel, le faltaba la alegría comunicativa. No se reía más que á medias. Y, sin embargo, según había dicho Saint-Aulaire, tenía un pico de oro. El director no se quedó convencido; volvió otra vez, un día de tragedia. No se quedó poco sorprendido al reconocer á Esther en Hermione. Aquello fué una revelación. Corrió en busca de Saint-Aulaire.

—Está V. loco (le dijo), dando papeles de criada á esta joven; es uná trágica maravillosa.

—No es por falta de voluntad (dijo discretamente Esther, que quería mucho á su maestro). Pero cuando me hace representar en su casa, estoy detestable; en cambio, cuando me encuentro

en la escena, me hallo menos mal, porque me abandono á mi propia inspiración.

—Es que hay un genio que habla por V.

—Sí (dijo Esther con gravedad); y ese genio lo siento aquí.

Y llevó su mano á la frente.

El director no tuvo el valor de su opinión. En vez de llevar á Esther al Teatro Francés, la aprisionó en el Conservatorio, en donde perdió el tiempo, y al fin la olvidó.

Se creyó salvada, y volvió á caer en sus antiguas miserias.

Estaba escrito que la pobre niña había de encontrar obstáculos en todas partes. Su existencia fué un *steeple chase*, bien corriera tras de la gloria, del amor ó de la fortuna.

En el Conservatorio asistía á la clase de un célebre socio del Teatro Francés.

Parecía que el destino se complacía en crearle dificultades. Después de algunas lecciones, le preguntó de pronto un día su maestro:

—¿Qué hacía V. antes de venir aquí?

Siempre orgullosa, Esther no respondió nada; pero Lili exclamó:

—Mi hermana y yo vendíamos flores.

—Pues bien (continuó el profesor); le aconsejo á V. que vuelva á vender flores.

Esther ahogó un grito de rabia, y fijó en su interlocutor una mirada penetrante:

—Está bien, caballero (contestó); iré á vender flores.

Y salió con Lili, exclamando:

—No te apures. ¡Ese hombre no me comprende; pero ya tomaré mi revancha!

Esther pronunció estas palabras con tanta dignidad, que el socio del Teatro Francés se quedó sorprendido; en poco estuvo que la llamara, pensando que quizás había despedido á una verdadera actriz de raza. Pero no realizó aquel buen pensamiento.

—Después de todo (murmuró), es preciso enseñar á veinte para conseguir una que valga.

Esther salió del Conservatorio, decidida á no volver á poner los piés en él. Había pasado por todas las amarguras: unos le aconsejaban que se dedicara al baile, otros al canto; sus compañeras se burlaban de sus trajes y de sus sombreros. Aunque su rostro prometía una gran belleza, se decía que era fea. No se tenía en cuenta ni la soberana mirada de sus ojos, ni el encanto de su boca. Es que aún no poseía el arte de las parisienses; es decir, el arte de parecer bella, no siéndolo.

Hasta entonces había pensado más en decir bien que en tomar actitudes escénicas. Aunque tenía una sonrisa encantadora, mantenía á todo el mundo á cierta distancia, por un no sé qué de emperatriz, que hubiera parecido ridículo ó có-

mico, al pensar que procedía de una buhardilla de la calle de los Leones de San Pablo, ó más bien del carro de un mercader ambulante.

Todos ignoraban que había recorrido París, desde la Bastilla al Hotel de Ville, tocando la mandolina ó la guitarra, y cantando al mismo tiempo.

Su amigo Gantua estuvo un día á punto de descubrirla, diciéndole delante de sus compañeras:

—¡Gracias á Dios! ¡llegarás á ser una buena cantante! ¿Y la mandolina? ¿y la guitarra? ¿las has colgado de un clavo?

Esther le tendió silenciosamente la mano, para cortar la conversación.

Al volver á casa, Lili iba indignada con la brutalidad del profesor; Esther no decía una palabra. Reconcentraba su furor en sí misma, como una cosa sagrada que debiera darle fuerzas para conquistar su ideal. ¡Ser una gran comedianta! No hay nada que sirva tanto como la injusticia para avivar el sentimiento de lo justo.

Aquella noche no comió Esther. Lili había dicho al entrar que no volvía al Conservatorio. La madre, desesperada, preguntó por qué, acusando á Esther antes de oírla.

Lili se sentó á la mesa. Su hermana permaneció de pié, blanca é inmóvil, junto á la chimenea, como una estatua del silencio. Su madre le

hablaba, sin obtener contestación. Lili se esforzaba en demostrar que su hermana había caído en manos de un profesor que trataba con dureza hasta á las más aprovechadas. La señora Bonheur ponía poca atención á lo que decía la niña, conteniendo su cólera á duras penas.

—¡Bueno! (exclamó, amenazando á Esther): ¡ya estáis condenadas á correr otra vez por las calles! ¡Bien castigada me veo, por querer hacer de vosotras unas mujeres de provecho!

Esther se separó de la chimenea, se dirigió hacia su madre, y murmuró, arrojándose en sus brazos:

—Antes de un año, ó me habré muerto, ó representaré en un teatro de París.

La madre miró á la hija, vió que lloraba, y la estrechó con ternura.

—¡Pobre niña! ¡tú me consolabas de todas mis penas! ¡ahora ya no espero nada!

Y como los demás niños estaban ya en la mesa, añadió:

—Vamos, concluyamos; tengo que ir en seguida al Palais-Royal, y luego al Temple. No me acostaré antes de la media noche.

Los pobres no tienen ni tiempo para llorar.

Esther se sentó á la mesa; pero sofocada por las lágrimas, se levantó y se fué á su cuarto.

—¿Qué hará allí?—preguntó su madre.

Pero Esther, apenas entró en su habitación

se aproximó al espejo de su tocador á ensayar en él trágicas expresiones en su rostro. Con su pequeña y nerviosa mano dió en el mármol un golpe tan violento, que la piedra se rompió.

Aquel golpe dado por una criatura tan débil, iba dirigido á un mismo tiempo á su profesor y á su destino.

—¡Y bien! (exclamó): no he de darles la razón. Haré lo que quiera hacer.

Pronunció estas palabras con una energía salvaje. Jamás la humana voluntad se había expresado con tanta firmeza.

La señora Bonheur entró. La fisonomía de Esther cambió de expresión, y empezó á sonreír á su madre.

—Pero, desgraciada (dijo ésta), lo rompes todo.

—No tengas cuidado, mamá; es un golpe que he dado á mi mala suerte.

La madre era demasiado supersticiosa para enfadarse con su hija.

—Has hecho bien, le dijo: me voy ahora; si cuando vuelva estás despierta, te echaré las cartas.

La señora Bonheur, como todas las judías pobres, había tenido muchos oficios en su vida, y entre otros el de echar las cartas. En algún tiempo había gozado de cierto renombre. Tenía tal fe en lo que decían, que la comunicaba á los

que la escuchaban. Llegaba hasta el punto de llorar por las vicisitudes que precedían los naipes.

Naturalmente, Esther no dormía cuando regresó su madre. Eran las once y media. Esther no había perdido el tiempo, pues estuvo toda la noche leyendo y declamando obras de Molière y de Corneille, exaltándose con los hermosos versos del segundo, y descendiendo hasta la humana estupidez con la alegría filosófica del primero; creía que no existían mejores maestros que aquellos dos maestros soberanos.

—¡Oh! ¡cómo has cambiado! Mi pobre Esther (exclamó su madre al verla), te matas con ese trabajo; me das miedo.

—¡Ah! Mamá, no sabes qué buena lección he aprendido desde que te has marchado; puedo decir como en la tragedia: «*Los dioses están conmigo.*»

La señora Bonheur no había visto nunca tan radiante el semblante de su hija; pero las fuerzas de Esther se habían agotado, y cayó sobre el lecho, vencida por el cansancio y por el sueño; su madre la desnudó y la acostó como si fuera un niño.

—¡Y bien, mamá! ¿No me echas las cartas?

Ésta llevaba siempre la baraja en el corsé.

—¡Oh! Haremos el gran juego,—contestó.

Y colocó las cartas en el borde del lecho;

Esther cortó con mano distraída. Más bien lo hacía por complacer á su madre.

—¡Bravo! (dijo la señora Bonheur); ¡el caballo de copas entre dos reyes; el de bastos y el de oros!

—Entonces, puesto que tengo dos reyes en mi juego, me puedo dormir.

No concluyó de pronunciar Esther la última palabra, cuando ya estaba dormida. «Sueños no son más que sueños.» Soñó que debutaba en el Teatro Francés, y que era silbada por todo el Conservatorio.

VIII.

Las primeras tentaciones.

Esther no era mujer que se desanimara por un sueño. «Con tanto más motivo, le dijo su madre al almorzar, cuanto que las cartas están de tu parte.»

Gantua vino también muy á propósito para animarla.

Ella era la que le había cortado una sílaba á su nombre de guerra, para hacer un juego de palabras. Porque en aquel tiempo no usaba nunca guantes.

Le veía de tiempo en tiempo. Se había presentado por sí mismo á la señora Bonheur, que le acogió con agrado. Era tan buen muchacho, que se deseaba verle llegar. Hacía reír y consolaba al mismo tiempo. Más de una vez se había convidado á comer, llevando las manos llenas de dulces y pasteles, sin olvidar nunca el rico vino de dos francos la botella, y alguna otra cosa más, propia de la estación.

Al mismo tiempo que Esther prosperaba, él también subía; pero no á la escalera. Á fuerza de

Esther cortó con mano distraída. Más bien lo hacía por complacer á su madre.

—¡Bravo! (dijo la señora Bonheur); ¡el caballo de copas entre dos reyes; el de bastos y el de oros!

—Entonces, puesto que tengo dos reyes en mi juego, me puedo dormir.

No concluyó de pronunciar Esther la última palabra, cuando ya estaba dormida. «Sueños no son más que sueños.» Soñó que debutaba en el Teatro Francés, y que era silbada por todo el Conservatorio.

VIII.

Las primeras tentaciones.

Esther no era mujer que se desanimara por un sueño. «Con tanto más motivo, le dijo su madre al almorzar, cuanto que las cartas están de tu parte.»

Gantua vino también muy á propósito para animarla.

Ella era la que le había cortado una sílaba á su nombre de guerra, para hacer un juego de palabras. Porque en aquel tiempo no usaba nunca guantes.

Le veía de tiempo en tiempo. Se había presentado por sí mismo á la señora Bonheur, que le acogió con agrado. Era tan buen muchacho, que se deseaba verle llegar. Hacía reír y consolaba al mismo tiempo. Más de una vez se había convidado á comer, llevando las manos llenas de dulces y pasteles, sin olvidar nunca el rico vino de dos francos la botella, y alguna otra cosa más, propia de la estación.

Al mismo tiempo que Esther prosperaba, él también subía; pero no á la escalera. Á fuerza de

hacer retratos á veinticinco francos, concluyó por hacerlos á cincuenta, y luego á ciento; entonces, el bohemio, que vivía en un granero, me equívoco, en un entresuelo de la calle de San Antonio, tomó un estudio en el boulevard Rochecouart. Conoció algunos pintores de fama, y al mismo Díaz se le acusó de haberle hecho pintar sus fondos de paisaje y sus cuadros de flores; pero Gantua sabía muy bien que solamente Díaz tenía en su paleta los rayos del sol.

Entre sus compañeros, alguno le llamaba todavía Gantua; en más de una ocasión probó á todos los ilustres glotones del barrio que era digno de su nombre completo.

Gantua, que empezaba á conocer París, aconsejó á Esther que fuera á la clase de una antigua actriz del Teatro Francés, que sin duda comprendería, mejor que el profesor del Conservatorio, el naciente genio de la joven.

Desde la primera lección, dijo la señora Desmousseaux á la madre:

—He aquí una señorita que hará mucho ruido en el mundo; si la han tratado mal en el Conservatorio, es porque estarían ciegos.

—Bien sabía yo, dijo Esther, llevando su mano al corazón y luego á la frente, que aquí había algo.

La miseria continuaba siendo grande en la casa; se vivía al día; mejor dicho, con la espe-

ranza del siguiente más que con nada; la señora Bonheur no quería ir á casa de Valía, pero permitía que Esther y Lili fueran á comer con ella.

Esta era una verdadera fiesta para las dos hermanas. Las jóvenes suelen ser golosas cuando no están enamoradas. Valía se arreglaba de manera que siempre les tenía una buena y apetitosa comida; el hacerlo así le costaba poco trabajo; ¡su amante no le negaba nada! Varias veces había querido dar ó prestar dinero á su madre; pero ésta había rehusado siempre estoiicamente sus ofertas. Le parecía que, de aceptar, hubiera resultado algún daño á sus otros hijos. Tampoco impedía que Valía fuera á verla, porque no quería hacer la escena de la maldición; pero ella no ponía jamás los pies en casa de su hija.

Si se quiere representar, es menester ir al teatro. Ahora bien: Esther y Lili no podían ir á él sino cuando Valía enviaba un palco para toda la familia; pero la mayor parte de las veces era ella quien llevaba á sus dos hermanas.

Las había presentado discretamente á su amante, como dos futuras comediantas; el amante les prometió su protección y su influencia, bien fuera con el Ministro, bien con los directores de teatro, á quienes conocía mucho por su cualidad de bolsista.

Porque en aquel tiempo, los empresarios de teatros no eran, como son hoy día, potentados que marchan viento en popa hasta la centésima representación de una obra mala.

Una noche llevó Valfa á sus dos hermanas al Odeón.

Sin duda debían representarse obras de muy malos autores, cuando sólo se veían en la sala á los señores Racine y Molière. Empezó la función por *Phèdre*, y terminó por *Les femmes savantes*. Esther y Lili estaban locas de alegría; su hermana las colocó en la delantera del palco. Duranté un entreacto, dos jóvenes fueron á hacer una visita á Valfa.

Los dos tenían bellas y elegantes figuras, alegría é ingenio.

Lili se inclinó de pronto á Esther, y le dijo al oído:

—Si yo tuviera diez años más, amaría al rubio.

—Con dos más que tuviera yo, amaría al moreno,—contestó Esther á su hermana.

Aquellos jóvenes eran estudiantes de Derecho, destinados el uno al foro y el otro á la diplomacia.

Buenos y antiguos compañeros, no se separaban casi nunca, disfrutando juntos de todos los placeres con que brinda París.

El rubio se esforzaba por parecer guapo,

mientras que M. de Ravigny lo era naturalmente, ya por las armoniosas líneas de su rostro, ya por el brillo de sus ojos y la burlona sonrisa de su boca, coronada de un sedoso y fino bigote. Hay bellezas adormecidas que hacen bostezar, y otras siempre vivas y despiertas que conquistan la simpatía, cuando no conquistan el corazón. El de Esther fué conquistado.

Aquella mujer altiva, invencible, había encontrado su dueño; pero como estaba en su carácter no ceder jamás, se rebeló contra aquel primer sentimiento de amor.

Muchas veces le había ocurrido sentirse atraída un instante por la figura de algún joven, que encontraba parecido á su ideal; pero al momento se sustraía victoriosamente á aquellas primeras ráfagas de voluptuosidad: el arte la había salvado del amor.

Durante el entreacto, Valfa rogó á su amante que la llevara al *foyer*. Tenía un carácter que quería reinar sobre todo; había nacido para exhibirse constantemente; no es extraño, pues, que algún tiempo más tarde se dedicara al teatro como su hermana.

Para dejarla pasar, había salido del palco el amigo de M. de Ravigny. Lili, arrastrada á su pesar, le había seguido, quedándose Esther por lo tanto sola con el futuro diplomático, que le ofreció el brazo para salir.

—¡Oh! no, gracias (dijo aquélla); cuando vengo al teatro, no salgo nunca del palco hasta terminar la representación.

—En ese caso, señorita, yo también me quedo.

Comenzaron á hablar de las obras que se ponían en escena. M. de Ravigny probó á Esther que poseía un gran conocimiento del teatro.

—Sabe V. mucho más que yo,—le dijo.

—Es muy posible; mas advierta V. que tengo emborronadas muchas cuartillas escribiendo comedias; pero mi madre, que es algo parienta de M. de Talleyrand, tendría un disgusto si pronto no me viera convertido en todo un secretario de embajada, por lo cual he sacrificado mis comedias en aras de la familia. Quien dice escribir comedias, dice correr teatros, y he aquí por qué, casi, casi soy de la casa. Así, pues, señorita, me encontrará V. en primera fila el día que debute; aunque desearía mejor oirla, una noche de estas, declamar una escena en casa de su hermana.

—Tendré mucho gusto en ello, caballero.

—¿Es en el Gimnasio donde va V. á debutar?

—Aún no lo sé; pero mis inclinaciones no me llevan por ahí; no tengo ninguna afición á todas esas obras que se están estrenando sin cesar; sólo tengo pasión por las grandes obras antiguas: nada me parece tan nuevo como las tra-

gedias de Corneille y las comedias de Molière.

—¡Diablo! Habla V. como un académico, señorita. No la suponía tan seria.

—¡Oh! digo lo que siento, y nada más.

—Yo también soy partidario de lo clásico, y me gustan mucho los grandes maestros; pero también conozco que, como se dice hoy día, no dan dinero sus producciones: las trágicas no son para estos tiempos. Celimena misma no vería á su alrededor más que misántropos. Hay que marchar con los gustos de la época. Hasta la gran Dorval se encontraría desairada.

M. de Ravigny comprendió que predicaba en desierto. Esther, por su parte, aunque nunca había asistido á las cátedras de la Sorbonne, consiguió bien pronto, y sólo con algunas palabras, convertirle en un entusiasta partidario de sus ideas.

—Bueno (dijo ella); es un triunfo encarnarse, por decirlo así, en una heroína consagrada; pero no vale la pena dar vida á una figura que no existe. Yo, por mi parte, no me sentiré orgullosa de representar la comedia ó la tragedia sino cuando sienta ante mí el genio de Molière ó de Corneille.

Y como el joven se sorprendiera de encontrar aquella energía en la voluntad de Esther, ésta añadió:

—Mi familia es pobre, pero de la antigua raza

judía. Soy una hija de la Biblia, porque descendí de Israel, y porque mi padre me enseñó á leer en los profetas y los patriarcas; no comprendo nada que sea de mal gusto ó vulgar; amo las alturas, y no querría enterrarme en la nieve.

—¡Oh! ¡oh! He ahí frases soberanamente poéticas.

Entonces fué cuando por primera vez miró el futuro diplomático bien frente á frente á la Comedianta del porvenir; pensó que tenía delante una verdadera mujer, tanto más, cuanto que, después de haberse elevado á lo más alto, había descendido gentilmente á la familiaridad del pilluelo parisien.

—Aparte de todo eso, no me tome V. por una sibila; soy una pobre criatura decidida á todo, aunque sea á representar en las ferias, pero quiero que se conozca mi ideal.

—Ha hecho V. muy bien en hablar así. Yo, por mi parte, no lo olvidaré. ¿Cuándo tendrá V. la amabilidad de recitarme una escena?

—Mañana, que comeré en casa de mi hermana.

Se había levantado el telón; Valía entró en el palco, agitando majestuosamente su abanico. Los dos jóvenes saludaron y salieron, porque los estaban esperando fuera. Esther se encontró muy sola. Lili estaba desolada.

El siguiente día fué un día color de rosa para

Esther, porque le parecía que M. de Ravigny constituía todo un público numeroso; ensayó su manera de decir y su manera de andar. Era esta tan sencilla, tan correcta, que se la hubiera tomado por una archiduquesa. Se deslizaba más bien que andaba. El decir bien era natural en ella. Era una sinfonía que hablaba; tan dulce era su voz y tan armonioso su acento. Así es que M. de Ravigny se quedó maravillado cuando la oyó recitar con terrible energía las *Imprecaciones de Camila*. ¿En dónde encontraba aquella fuerza una criatura tan delicada, tan esbelta, que se tenía verla desvanecerse como una aparición?

No fué menor su sorpresa cuando cambió su rostro, retratándose en él la maliciosa sonrisa de Celimena. En aquel papel le faltaba algo todavía; no estaba aún acostumbrada á las femeniles ondulaciones. No había estudiado aún ese poético abandono del junco que «se dobla y no se rompe»; símbolo de todas las coqueterías.

M. de Ravigny felicitó á Valía por tener una hermana á quien auguraba toda clase de triunfos. Valía, que se creía la más hermosa, respondió que la naturaleza no había sido ingrata con Esther; pero que encontraba su semblante un poco original.

—Debéis saber (le contestó el joven) que una mujer de talento hace lo que quiere con su rostro.

Estas palabras respondían al pensamiento de Esther; ella misma no estaba contenta con su cara, pero se propuso llegar á ser hermosa á fuerza de voluntad. Hermosa para el público y para su joven amigo, á quien sentía que amaba.

Aquella noche durmió bien poco; estaba todavía en la creencia de que el amor conducía fatalmente al matrimonio. Ahora bien: ¿se casaría con ella M. de Ravnigny, lo mismo siendo comedianta que no siéndolo? Sin duda alguna, le tendrían ya destinado para alguna joven aristocrática y rica de la corte; no podía ser menos, siendo como era el hombre más gallardo del mundo. Vió con terror abrirse un abismo ante la realización de sus ensueños. Pero, para hablar como las discretas: «Aún se espera cuando se desespera.»

IX.

Roxana.

El profeta ha dicho: «Una nueva estrella saldrá de Jacob.» Esther tenía fe en ella; todas las noches saludaba á la estrella más pequeña de las cabrillas. Era la suya. La llamaba Esther, y hablaba con ella como si fuera una amiga. Le ocurría algunas veces enfadarse, y dirigirle amargos reproches; pero, por lo regular, le suplicaba como si fuera un poder celestial.

Se comprendía que todas sus tentativas hubieran fracasado; había ido perdiendo poco á poco todos sus protectores: no le quedaba más que su estrella.

La invocó un día que debía representar en la sala Chantereine. Sin duda, fué su estrella la que condujo á la representación al director del Gimnasio.

Hacía el papel de Eriphyla.

Se entusiasmó, como se había entusiasmado el director del teatro Francés; pero, al menos, su entusiasmo llegó hasta hacerle firmar una escritura con la madre de Esther.

Estas palabras respondían al pensamiento de Esther; ella misma no estaba contenta con su cara, pero se propuso llegar á ser hermosa á fuerza de voluntad. Hermosa para el público y para su joven amigo, á quien sentía que amaba.

Aquella noche durmió bien poco; estaba todavía en la creencia de que el amor conducía fatalmente al matrimonio. Ahora bien: ¿se casaría con ella M. de Ravnigny, lo mismo siendo comedianta que no siéndolo? Sin duda alguna, le tendrían ya destinado para alguna joven aristocrática y rica de la corte; no podía ser menos, siendo como era el hombre más gallardo del mundo. Vió con terror abrirse un abismo ante la realización de sus ensueños. Pero, para hablar como las discretas: «Aún se espera cuando se desespera.»

IX.

Roxana.

El profeta ha dicho: «Una nueva estrella saldrá de Jacob.» Esther tenía fe en ella; todas las noches saludaba á la estrella más pequeña de las cabrillas. Era la suya. La llamaba Esther, y hablaba con ella como si fuera una amiga. Le ocurría algunas veces enfadarse, y dirigirle amargos reproches; pero, por lo regular, le suplicaba como si fuera un poder celestial.

Se comprendía que todas sus tentativas hubieran fracasado; había ido perdiendo poco á poco todos sus protectores: no le quedaba más que su estrella.

La invocó un día que debía representar en la sala Chantereine. Sin duda, fué su estrella la que condujo á la representación al director del Gimnasio.

Hacía el papel de Eriphyla.

Se entusiasmó, como se había entusiasmado el director del teatro Francés; pero, al menos, su entusiasmo llegó hasta hacerle firmar una escritura con la madre de Esther.

Se le pidieron dos mil francos: dió tres mil. Encargó una obra dramática, que no era, sin embargo, á propósito para el Gimnasio. Esto era mucho para aquella pobre debutante, que iba á salvar su teatro, en el cual se había llevado hasta el extremo el género sentimental.

M. Poirson convidó al estreno á los críticos más notables. Era una pequeña fiesta parisién. Aquéllos iban á dar su opinión. Esther dijo valientemente su papel de vendeana. Dió un tinte épico á la obra, pero no fué comprendida: los burros sabios, como decía el mismo Julio Janin, no estuvieron á la altura del talento de la joven. Se miraron unos á otros, movieron las orejas, y decidieron con gravedad que la joven Esther, con aquella voz y aquella figura, no pasaría jamás de una artista de provincia.

Es que en París siempre quieren ver y oír la misma cosa.

La producción era mala: sin embargo, á poco más, la salva Esther: el autor, en cambio, declaró que la actriz le había perdido. La *Vendeana* tuvo algunas representaciones; pero todo el mundo se burló del «astro naciente.»

Esther no se atrevió á mirar á su estrella. La veía menos brillante que nunca.

El director del Gimnasio quitó la obra del cartel, y volvió á su antiguo repertorio.

Un día le dijeron á Esther que Samson, un

gran actor con quien la naturaleza había sido bien avara, defendía su causa con sus profesores Saint-Aulaire, Prevost, Michelot y madame Desmousseaux. «La naturaleza, que tanto me ha rehusado á mí, se lo ha concedido todo á esa niña; me sorprende que no la hayan Vds. comprendido.»

Esther corrió á casa de Samson.

—V. será mi salvador,—le dijo.

Al cabo de un mes la presentó Samson al director de la Comedia francesa, que exclamó:

—La reconozco: ¿por qué la habré olvidado?

Otra escritura, después de haber rescatado su libertad en el Gimnasio. Llegó el día del debut. Un calor digno del Senegal abrasaba á París. El teatro está solitario, aun en el invierno, de modo que no asistió nadie á aquella representación de *Horacio*, en donde desempeñó maravillosamente su papel de Camila; y, sin embargo, como se suele decir, «lo que era preciso buscar era la soledad y la frescura.»

La joven pasó como una sombra, sin que nadie se tomara el trabajo de ir á verla. El director no desesperó, sin embargo. Como la primera vez, Esther continuó sus *debuts* con tres papeles de las tragedias de repertorio. La sala estaba siempre desierta. Se empezó, sin embargo, á repetir el nombre de Esther como el de una futura trágica; pero se obstinaban en no ver

su belleza escultural, en no considerarla en sus actitudes griegas ó romanas, en su fuerza trágica, en fin, porque entonces era ya todo lo que fué después.

Una noche representaba Roxana; unos periodistas encontraron al director, y le reprocharon la manera ridícula, según ellos, que tenía de representar la nueva actriz.

¡Fué una burla interminable! Llegó hasta la pobre niña, que oía decir por todas partes, ridiculizando su estilo: «¡Á Carpentras! ¡Á Carpentras!»

¡Pero el siguiente día volvió Julio Janin de Italia!

LIBRO SEGUNDO.

La escena y entre bastidores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su belleza escultural, en no considerarla en sus actitudes griegas ó romanas, en su fuerza trágica, en fin, porque entonces era ya todo lo que fué después.

Una noche representaba Roxana; unos periodistas encontraron al director, y le reprocharon la manera ridícula, según ellos, que tenía de representar la nueva actriz.

¡Fué una burla interminable! Llegó hasta la pobre niña, que oía decir por todas partes, ridiculizando su estilo: «¡Á Carpentras! ¡Á Carpentras!»

¡Pero el siguiente día volvió Julio Janin de Italia!

LIBRO SEGUNDO.

La escena y entre bastidores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

Esther y la marquesa de La Carte.

Almorzaba yo en casa de Julio Janin, con Chaix d'Estange y Chaudes-Aigues. La marquesa de La Carte presidía, en un delicioso *deshabillé* matinal, con una bata entreabierta y sin ajustar, y suelto el cabello. Había que añadir el placer de verla al de participar del frugal banquete servido en casa del príncipe de los críticos. La Marquesa se hallaba en todo el esplendor de su belleza; estaba en los últimos días de su primera juventud; era como un hermoso melocotón maduro que aún no se ha desprendido de la rama.

La doncella anunció que una señorita preguntaba por M. Julio Janin.

—Basta de señoritas,—dijo la Marquesa.

—¿Su nombre?—preguntó aquél.

—Mlle. Esther.

—¿La pequeña salvaje que representó la *Vandéana*?

—Sí,—dijo Chaudes-Aigues.

—No tiene condiciones,—continuó Janin.

—Ha debutado en el Teatro Francés con el papel de Camila.

—¿Qué Camila es esa?—preguntó sorprendida la Marquesa.

Janin miró á la Marquesa, y se echó á reír.

—¡Camila en el subterráneo!, porque estoy bien seguro de que no habría nadie en la necrópolis.

Esther apareció en el dintel de la puerta.

—Entre V., hija mía.

La pequeña salvaje, según la habían llamado, con su rebelde cabellera, sus ojos brillantes, su altiva cabeza bien colocada sobre su flexible cuello, con la bizarra postura de su cuerpo, el cual no dejaba adivinar nada de lo que caracteriza físicamente á la mujer, se adelantó hacia Janin. No se advertía en ella ninguna de esas coquetearías del arte de vestir. En el Temple no hubieran dado un napoleón por su traje verde, su chal rojizo y su sombrero un tanto usado.

Me fijé en su mano, que era muy bonita, y que oprimía un solo guante para las dos manos.

—Y bien (dijo Julio Janin); ¿qué es lo que pasó ayer? Siéntese V. cerca de mí.

—Sí, señor; pero V. no me conoce. Nuestro director me ha aconsejado que le viniera á ver. Yo soy la que representó la *Vandeana* en el Gimnasio.

—Ya lo sabía,—respondió Julio Janin, riéndose.

Es cosa sabida que Janin se reía por todo.

Esther, considerando sin duda que no había motivo para reírse, puesto que ella representaba papeles tristes, levantó la cabeza con aire ofendido.

—¡Ah! (murmuró con malicia); no he estudiado en la escuela de V.

—¡Y bien! Mlle. Esther, nosotros iremos á la suya, asistiendo á su segundo debut en Roxana; iremos todos, hasta la Marquesa.

El crítico hizo la presentación con toda ceremonia; después invitó á Esther á sentarse á la mesa, y le ofreció el más hermoso racimo de uvas del frutero.

Un sentimiento filial se manifestó en aquella, antes de tomar el racimo.

—¡Dios mío! (exclamó); me olvidaba de mi madre.

Y se levantó para dirigirse á la antecámara; pero antes de hacerlo así, se volvió hacia Janin.

—¿Puede pasar mi madre, caballero?

—Ciertamente.

Esther condujo á su madre al comedor.

—¿No es verdad que mi hermanita podrá entrar también?—preguntó de nuevo Esther.

—Sin duda alguna.

La Marquesa pensó que quizás la joven ha-

bría llevado también su perro y su cotorra; pero puso buena cara á las recién llegadas.

Aunque la madre no iba vestida como una duquesa, nos sorprendió por su belleza digna y tranquila. Era el carácter israelita en toda su majestad. No parece sino que el Dios de Jesús ha perdonado á las mujeres y no á los hombres. Éstos han conservado siempre el tipo del judío errante, mientras que las mujeres han sido iluminadas por el rayo de la gracia cristiana.

La hermanita era Lili, que vino á saltar sobre las rodillas de su hermana. La señora Bonheur se quedó en pié, rehusando sentarse. Aquella mujer, que estaba tan lejos de poseer una elocuencia literaria, habló de su hija Esther y de sus otras hijas de una manera encantadora. Refirió que todas ellas se entretenían en convertir la casa en un pequeño conservatorio. Después añadió que con la protección de M. Julio Janin, tenía la seguridad de que al fin la fortuna llamaría á la puerta de aquella familia, que había atravesado por todos los peligros y privaciones de la miseria.

Habló tan bien, que Julio Janin abrazó á Lili.

—Ese abrazo te traerá la felicidad (dijo Esther); Víctor Hugo me abrazó también cuando era pequeña.

—¡Víctor Hugo! (exclamó Julio Janin.) ¡Y bien! algún día representará V. *Doña Sol*.

—Quizás; pero los versos de Hugo no me entusiasman tanto como los de Corneille.

Janin era, al mismo tiempo, *hugólatra* y *anti-hugólotra*.

—Tiene razón (dijo). Es menester haber nacido en Hugo ó en Corneille.

Esther nos refirió su vida en algunas palabras.

—Debuté en Lyon en 1830....

—¡Cómo! ¿nacío V. en 1821 y debutó en 1830? Esther sonrió.

—¡Oh! el príncipe de los críticos no asistía á mis estrenos. Yo cantaba algunas canciones, pero de una simple canción hacía toda una comedia, pues cambiaba de voz y de rostro para representar todos los personajes.

En seguida refirió todas sus peregrinaciones por París, sus representaciones en la Plaza Real, en donde Víctor Hugo la había abrazado. Recordó la bondad de su madre en los días de tristeza. Habló, en fin, de aquella voz secreta que le decía, cuando el desaliento la embargaba: «¡Niña, tú serás reina!»

—¡Pues bien! (dijo Janin); ya que representa V. el sábado, nosotros estaremos en primera fila. Es menester que tanto valor no se gaste inútilmente; puesto que tiene V. tanta confianza en sí misma, es que, efectivamente, existe algo en V. No he olvidado la *Vandeana*.

Se levantó la sesión; Mlle. Esther dijo á Janin:

—Abráceme V.

—Con todo mi corazón.

Pero en seguida se detuvo.

—No; la abrazaré á V. la marquesa, que comunica la felicidad.

Esther presentó su frente á la marquesa de La Carte, que la estrechó entre sus brazos con el mayor gusto.

Esther no le parecía de las mujeres que pueden inspirar celos; era que no se figuraba que bien pronto se revelaría la mujer bajo la artista con toda su gracia y soberano encanto.

Nos dimos cita para el sábado. Todo el mundo estuvo en su puesto.

El teatro estaba casi desierto; la Marquesa ocupaba el gran palco del frente: Julio Janin quiso estar en las butacas de orquesta.

Yo había llevado conmigo á dos de mis amigos, á los que con gran trabajo pude retener hasta el tercer acto. Subí al palco de la Marquesa, que no era tampoco muy entusiasta. Julio Janin se exaltó en frío, por decirlo así; pero llegó un momento en que todo el mundo se sintió arrastrado por el entusiasmo. Antes reinaba sólo la melancolía, después aplaudió todo el mundo. La escena de amor del segundo acto había enfrinado á los admiradores; pero al verla subir al

trípode de los dioses, Janin se sintió transportado.

—Vean Vds. cómo obedece al tumulto de sus pasiones. Tiene miedo de sí misma; su cólera la arrastra hasta la impiedad. Mírenla Vds., con todos los sentimientos, con la ironía y la violencia que puede contener un alma ultrajada, un corazón mortalmente herido, estallando en lamentos que llegan hasta la blasfemia:

¡ Que la celeste cólera
Sobre ella vierta diluvio de fuego!

Hasta mi último instante escucharé aquel acento terrible y veré aquellas lágrimas santas. Al principio os causa temor, porque ella le siente. Lo mismo que la Pitonisa, es necesario llevarla al trípode. Llega vacilante, pálida, temerosa, anhelante; tiembla, siente frío, se turba, quiere huir; pero su dios la anima. *¡ Deus ecce Deus!* Entonces, aquella naturaleza aniquilada se levanta de nuevo y se reanima; el fuego de su alma se comunica á su mirada; el corazón late violentamente en su dilatado pecho; su voz es potente é irresistible; aquella hija de los Gracos nos hace conocer mil bellezas inesperadas. ¡Qué grande se nos muestra! ¡Qué poseída! ¡Qué fiebre del genio! No hay nada más grandioso que aquella Camila indomable. Es la sacerdoti-

sa, y en ella hay un volcán. Su pié golpea impaciente. Aquella imprecación de Camila es la primera revelación de Esther. Cuando empieza á desencadenarse en el pecho de aquella mujer, llena de desesperación, la cólera impetuosa que al fin ha de producir el trueno y el rayo, se queda uno espantado. Camila, ardiendo en el suplicio, se habla á sí misma una lengua extraña y desconocida; pero en la profunda desesperación que contiene todavía, se siente rugir; es la tempestad que oculta en la sombra el rayo.

Julio Janin había ido también hasta el *foyer*; allí encontró á Merle, Rolle y algunos otros Aristarcos, frase de aquellos tiempos, y les habló de Esther como de un hallazgo inesperado.

Todos le respondieron con una carcajada. Era que para aquellos finos inteligentes no había tragedia posible sin la colosal figura de Mlle. Georges ó la de Mad. Paradol. Para ellos aquella niña, que se llamaba Esther, era la tragedia en la infancia.

—¡Y, sin embargo (dijo Julio Janin furioso), esos son los cerdos que descubren las trufas.

La Marquesa fué al escenario, y abrazó á Esther con pasión.

—Mi padre, el barón Bosio (le dijo, delante de los veteranos de entre bastidores), hará de V. la estatua de la Tragedia.

Julio Janin habló mucho y bien en su folletín.

Á la tercera representación de *Bayaceto*, la gente se apiñaba á las puertas de la Comedia Francesa. Á la cuarta representación se oía decir por todas partes: «¡Seis mil francos de entrada!»

Esto era alguna cosa; pero no era todo. Los ramos de flores inundaron la escena; se llamó á Esther, se la llama todavía, la primera trágica del siglo.

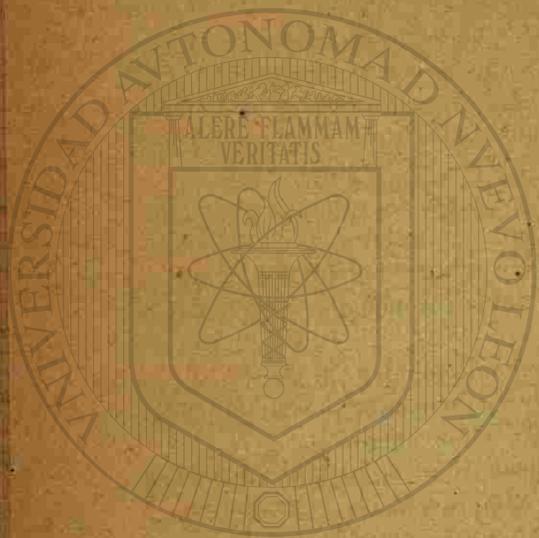
Aquellos que habían sido injustos con ella, conocieron su error. Julio Janin la estrechó entre sus brazos, y le arrancó lágrimas de alegría. Prevost, que la había reconocido, quiso también abrazarla.

En aquel momento le llevaron las flores que habían arrojado á su naciente gloria. Esther se las señaló al gran actor, diciéndole:

—V. me aconsejó que vendiera flores. Ahí están; ¿quiere V. comprármelas?

Todos los triunfos de Esther datan de aquella noche. Sucede á las veces que la crítica se impone á la opinión. Esta vez fué la opinión la que se impuso á la crítica, mejor dicho, fué Esther quien se impuso á las dos, por la imperiosa autoridad y el encanto de su talento.

Quisieron rebelarse algunas veces, oponiéndole trágicas de ocasión; pero ella podía desafiarlas á todas por su voz, por sus ojos, por su actitud, como Juno desafiaba á los dioses y semidioses.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

II.

Un beso en el brazo.

Hemos perdido de vista á M. de Ravigny; pero Esther, á pesar de su entusiasmo por el teatro, no le había olvidado. Después de su desgraciado éxito del Gimnasio, el estudiante se había convertido en doctor, y había sido nombrado secretario de embajada.

Le veía de cuando en cuando en casa de su hermana; pero aunque estaba muy deferente y amable con ella, latía su corazón de tal manera cuando le veía, que apenas se atrevía á hablarle.

—¿Irá V. á verme representar pasado mañana?—le preguntó un día.

Era antes de su triunfo en Roxana.

—¡Sin duda alguna! Mis amigos y yo.

M. de Ravigny estaba en primera fila, pero no con sus amigos, que habían tenido miedo de encerrarse en un teatro. En cuanto á él, aplaudía con entusiasmo. Pero, ¿qué significa un solo amigo en una sala casi desierta? Él contaba con un triunfo, y no fué más que un mediano éxito.

—¡Oh! Los parisienses (exclamó M. de Ravigny) se figuran que forman la opinión cuando la reciben hecha de los periódicos; no se abandonan á sus propios sentimientos por temor de hacer un papel ridículo; así es que nunca pasan de precursores.

M. de Ravigny estaba furioso de ver tan fríos á los parisienses, á pesar de sus esfuerzos.

Fué al cuarto de Esther después de la representación; la joven estaba llorando: él la abrazó.

—No he representado más que para V. (le dijo ella); pero si no viene V. mañana, estoy perdida.

M. de Ravigny fué todas las noches.

Esther no volvió á llorar; no se atrevió á confiarse á Valía; pero un día dijo á Lili:

—¿No es verdad que me ama, puesto que viene todos los días?

El joven daba mejor que el jefe de la *claque* la señal de los aplausos.

Hasta entonces había estado casi solo en el cuarto de la joven actriz; pero bien pronto se llenó de admiradores el vestuario. No faltaban ni los partidarios del estilo romántico; pues al representar Esther las obras de los antiguos maestros, levantaba la bandera de la escuela antigua. Una noche, sin embargo, se encontró sólo con ella.

—Está V. muy bonita,—le dijo.

Y le besó el desnudo brazo.

—Bien poca carne,—hubiera dicho Rabelais.

—¡Salga V.!—exclamó Esther con trágico ademán.

No tomó él en serio estas palabras; pero ella continuó:

—¡Conoce V. muy bien que le amo!

—No es razón esa para echarme.

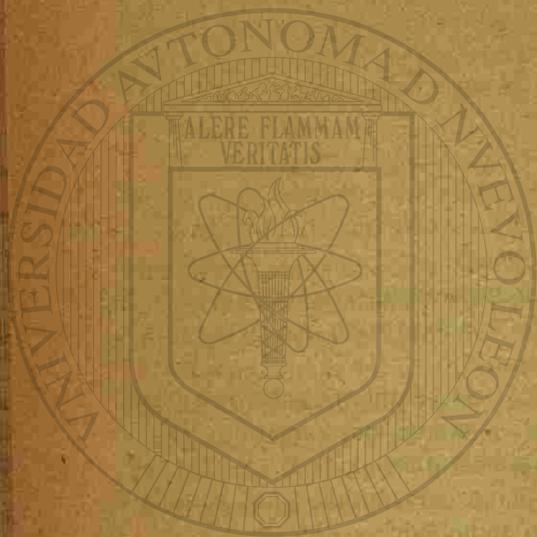
—Sí, porque V. no me ama como yo le amo.

—No comprendo.

El joven intentó besarle el otro brazo; pero ella le miró con una expresión que le mantuvo á cierta distancia.

—Comprendo (dijo Esther), que me quiere V. tomar como su amigo ha tomado á Valía; pero yo no quiero ser querida de V.

Él era un hombre de mundo; con aquellas palabras estaba dicho todo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

III.

La prima.

Algún tiempo después se encontraron en casa de una de las veinte Duquesas del barrio de San Germán. Esther estaba de moda. Se hablaba de su virtud lo mismo que de su talento. Se la invitaba en todas partes, bien para representar una escena de Corneille, ó para recitar una fábula de La Fontaine.

En la Abbaye-aux-Bois había entusiasmado á M. de Châteaubriand y Mad. de Recamier, haciendo una verdadera comedia de la fábula de La Fontaine, *La Encina y la Caña*. Era digno de verse cómo tan pronto tomaba la actitud altiva de la una, como la fugaz flexibilidad de la otra. El gran fabulista hubiera estado en la gloria viendo su fábula puesta en escena. He aquí lo que nos hace tener lástima de todos esos cuentos, de no sé qué y por no sé quién, que se nos declaman desde hace algunos inviernos. En una simple fábula, Esther encontraba la manera de desplegar todo su talento cómico y dramático.

Salió de la Abbaye-aux-Boix con el bautismo de Châteaubriand. «Es la hija de los Gracos,» dijo, después de haber dicho de Víctor Hugo: «Es el niño sublime.»

Cuando Esther volvió á encontrar á su amigo, en casa de la duquesa de C***, notó que no se separaba del lado de una joven muy avispada y despierta, que parecía escucharle con gran complacencia. Sintió arder en su pecho el infierno de los celos; sin embargo, cuando el joven se acercó á saludarla, le recibió con su acostumbrada sonrisa, dulce y altanera al mismo tiempo.

—¡Oh! Me considero dichoso al volver á ver á V.

—¡Oh! ¡Me juzgo dichosa al encontrarle!

No podían decirse ninguna ternera, porque todo el mundo los veía y escuchaba, y la impecable Esther hubiera perdido algo de su prestigio. Sin embargo, preguntó á M. de Ravigny el nombre de la persona á quien había estado hablando.

—Es mi rima, la señorita de***

—¡Oh! Un ran nombre.

—¡Ya lo creo! Ha sido criada en las gradas del trono.

—Como yo (dijo Esther), puesto que descendiendo del Olimpo.

—Sí, pero V. es Princesa y Reina á un mismo tiempo.

Desde la escena del teatro, había estado el

joven tan amable y decididor como de costumbre, pero no se había atrevido á probar fortuna de nuevo. Esther, que se había preguntado si la amaría, no dudaba ya de sus sentimientos, al ver las ardientes miradas que le dirigía; pero suspiraba al pensar que su nombre y su fortuna le impedirían casarse con una actriz.

Esther se había separado de su madre, y se había ido á vivir á un precioso nido del muelle Voltaire. Allí fué á verla M. de Ravigny; quiso contribuir con algo al decorado de la casa, y le envió algunas antiguas porcelanas y telas de la India para la tapicería de la alcoba.

—Mire V. bien esta tela (le dijo la joven), porque no la volverá V. á ver.

—¿Por qué?

—Porque ningún hombre entrará jamás en mi alcoba.

—Pero yo no soy un hombre, soy un amigo.

—No, no; un amigo de la víspera es un amante del día siguiente.

—¡Y bien! Si no quiere V. ni un amigo ni un amante, habrá que atravesar el umbral de la puerta con la antorcha del himeneo.

¿Hablaba en serio M. de Ravigny?

—¿Por qué no? (pensó Esther.) No es la primera vez (se decía á sí misma) que las actrices llegan á ser Princesas, Marquesas, Baronas, mujeres del gran mundo. ¿No tenía las virtudes de

la esposa? ¿No poseía el genio que cautiva y arrebatada? Además, tenía fe en su estrella.

Los días pasaban, rebelándose sin cesar ante las amorosas tentativas de todos sus adoradores, que parecía que la habían convertido en el premio de una carrera, en la que tomaban parte hombres de diversas clases de la sociedad, desde algunos periodistas muy conocidos, hasta tres ó cuatro Príncipes, que querían aumentar con ella el número de sus conquistas. Pero apenas si se dignaba recibir los ramos que le arrojaban á la escena, y en los cuales apenas se fijaba cuando los llevaban á su cuarto. En su casa no quería ninguno que no fuese de M. de Ravigny.

Se consideraba feliz con los sacrificios que hacía á su pasión.

Había entrado en una existencia vertiginosa: tras un triunfo, otro triunfo. Echaba de menos sus tranquilas noches de otro tiempo, porque ahora, hasta el sueño mismo era intranquilo. Se levantaba, almorzaba á escape, corría al teatro para un ensayo ó una lectura, volvía á su casa, se vestía para hacer visitas, bien á los periodistas que habían hablado de ella, ó bien á las Duquesas que pagaban con un billete de quinientos francos cada una de las escenas que representaba en sus casas. Por la noche, si no trabajaba en el teatro, era en algún salón particular. ¡Necesitaba tanto dinero, para su madre,

para sus hermanas, y para ella misma! Hasta su hermana Valía le pedía todas las semanas cinco ó seis monedas de veinte francos, pues, sin saber por qué, tiraba el dinero, por decirlo así. Era una verdadera loca, á quien, gracias á su carácter alegre, se le perdonaba todo.

Ésta no parecía hija de su madre, aquella madre bíblica, inalterable en sus principios.

Bien es verdad que Valía no tenía principios. Quería vivir alegremente, á costa de los demás; debía entregarse, debía venderse; por eso, siempre había temido la señora Bonheur que arrastrara consigo á sus otras hermanas; así es que á todas horas las estaba aconsejando que no siguieran nunca el ejemplo de una hija que no era buena para nada.

Esther vivía, pues, con su arte y su amor, orgullosa con su talento, pero también de sentirse digna de sí misma, con la ilusión, constantemente acariciada, de que M. de Ravigny llegaría algún día á pedirle su mano.

—Después de todo (se decía), soy un partido digno de él, puesto que no tiene más que veinticinco mil libras de renta, y yo gano en el teatro y fuera otras veinticinco.

Había pasado ya el tiempo de los tres mil francos de sueldo. Se habían apresurado á hacerla socia, para tenerla como propiedad del teatro.

—Socia (dijo un día á su amigo); esos son ya cuatro cuarteles de nobleza: concluiré por igualarme á V.

Una noche, que comía en su casa, en compañía de un periodista célebre y un actor no menos célebre, se aproximó á ella, y le dijo al oído:

—Tengo que dar á V. una buena noticia.

Había estado tan alegre, tan contento durante la comida, que Esther no dudó ni un momento que la noticia fuese buena.

Cuando se quedaron solos, á eso de las once, pasó Esther á su alcoba para buscar cigarrillos. El joven la siguió.

—¡Oh! ¡oh! (exclamó ella); penetra V. en el recinto sagrado.

—Sí (contestó él); pero pronto verá V. que no corre ningún peligro.

IV.

Esperanzas perdidas.

La chimenea de la alcoba estaba encendida. Esther aproximó un sillón.

—¡Tomad asiento, si os place! Aquí, señor y dueño, estás en tu casa.

El joven se sentó, y ella se arrodilló para encenderle un cigarro.

—¡Estás encantadora, Esther! ¡Te has puesto muy bonita, picarilla!

—¿No es verdad que sí? Pues bien: á ti te lo debo todo, pues tu recuerdo es el que me ha hecho como soy.

—Cállate, seductora; yo no he hecho nada para eso. Más bien me has metamorfoseado tú á mí. Cuando yo te conocí, andaba siempre á salto de mata, y tú me has mostrado el camino del deber.

—Y bien; tu deber es amarme.

—Sabes muy bien que nosotros nos amaremos en vida y en muerte.

El secretario rodeó con un brazo el cuello de la actriz.

—Socia (dijo un día á su amigo); esos son ya cuatro cuarteles de nobleza: concluiré por igualarme á V.

Una noche, que comía en su casa, en compañía de un periodista célebre y un actor no menos célebre, se aproximó á ella, y le dijo al oído:

—Tengo que dar á V. una buena noticia.

Había estado tan alegre, tan contento durante la comida, que Esther no dudó ni un momento que la noticia fuese buena.

Cuando se quedaron solos, á eso de las once, pasó Esther á su alcoba para buscar cigarrillos. El joven la siguió.

—¡Oh! ¡oh! (exclamó ella); penetra V. en el recinto sagrado.

—Sí (contestó él); pero pronto verá V. que no corre ningún peligro.

IV.

Esperanzas perdidas.

La chimenea de la alcoba estaba encendida. Esther aproximó un sillón.

—¡Tomad asiento, si os place! Aquí, señor y dueño, estás en tu casa.

El joven se sentó, y ella se arrodilló para encenderle un cigarro.

—¡Estás encantadora, Esther! ¡Te has puesto muy bonita, picarilla!

—¿No es verdad que sí? Pues bien: á ti te lo debo todo, pues tu recuerdo es el que me ha hecho como soy.

—Cállate, seductora; yo no he hecho nada para eso. Más bien me has metamorfoseado tú á mí. Cuando yo te conocí, andaba siempre á salto de mata, y tú me has mostrado el camino del deber.

—Y bien; tu deber es amarme.

—Sabes muy bien que nosotros nos amaremos en vida y en muerte.

El secretario rodeó con un brazo el cuello de la actriz.

—¡Qué perfume tienes! ¿Qué esencia pones en tus cabellos?

—Extracto de juventud.

—Comprendo que todo el mundo esté enamorado de ti; cada vez que te toco me hechizas. ¡Ah! si....

—¡Ah! si....—repitió la joven.

M. de Ravigny suspiró.

—Nadie es dueño de su destino.

Esther, inquieta, le miró; pero él la besó en la frente, como para disipar cualquier nubesilla.

—Veamos; estoy muerta de curiosidad por saber la buena noticia.

Había recobrado todas sus ilusiones.

—Pues bien: escúchame con todo tu corazón, puesto que los dos nos amamos.

Esther, con un movimiento de coquetería, por más que no era coqueta más que en el teatro, se soltó el cabello, que inundó la mano del hombre que adoraba. Después, deslizándose como una serpiente, se colocó dulcemente sobre las rodillas del joven.

—¡Ah, qué bien me encuentro así!—dijo con abandono.

Era el momento supremo; ni se entregaba ni se defendía.

Mucho tiempo hacía que anhelaba esa felicidad, para ella desconocida, que entrega á la

mujer en cuerpo y alma al hombre amado, en el delirio del amor y del sacrificio.

Pero el joven la miró suspirando, después de estrecharla rápidamente.

—La buena noticia, mi querida Esther, es la siguiente. Sabes muy bien que mi madre es una autoritaria, mejor dicho, una déspota. Figúrate que, desde hace mucho tiempo, me tenía sentenciado á casarme con la hija de un célebre banquero, que le da cuatro millones de dote. Esas niñas no se encuentran á toda hora por la calle. Había dicho «no.» Pero al fin pensé también que para representar algún papel en la sociedad se necesita mucho dinero. Tú no eres mi solo confidente: también lo era mi prima, la que conociste en casa de la Duquesa. Pues bien: no le oculté nada. Conocía toda mi vida; le conté nuestras relaciones; me hablaba muy á menudo de ti, y yo no me hacía de rogar para decirle que la Comedianta era un ángel....

—¡Pero concluye pronto! (dijo Esther con febril acento.) ¡No tienes que decir más que una sola palabra, y no la pronuncias!

Y cada vez más insinuante, reclinó su abrazada frente sobre el pecho de M. de Ravigny.

—Pues bien, mi querida amiga; esa palabra es la siguiente: Mi madre, sabiendo que estaba enamorado....

—¡Concluye!

—Mi madre, sabiendo que estaba enamorado de mi prima Alicia, me ha dicho hoy....

Esther se había desprendido de los brazos del secretario de embajada.

—¡No acabes! (dijo): he comprendido.... comprendo tu felicidad....; vas á casarte con tu prima.... ¡Oh, qué placer me causas!

La Comedianta estuvo admirable, como nunca, al representar aquella cruel comedia de un corazón destrozado.

Lo perdía todo; pero supo mostrar un semblante tan alegre como si le hubiera dicho: *Mi madre quiere que me case contigo*. Ni la más pequeña muestra de sentimiento.

Devoró en silencio su dolor.

—Amigo mío (le dijo); haz muy dichosa á tu mujer, porque uno solo nunca es feliz.

—Es verdad, tienes razón; la felicidad es un pastel que se come entre dos.

—Sí, entre dos.

Y la pobre Esther pensaba que ella no tendría su parte de pastel. Pero conservó la alegría en su semblante, como una máscara impenetrable.

—Tenía la seguridad (dijo M. de Ravigny) de que te alegrarías; esto me complace tanto como verte aclamada en el teatro.

—Ciertamente (murmuró Esther): ¡tú me has comprendido bien; yo no soy más que una mujer de teatro!

Y volvió la cabeza para ahogar un suspiro.

—¿No me abrazas?—dijo el joven, que había tomado el sombrero para retirarse.

—¡Oh, no! Pertenece V. al matrimonio, caballero; eso es sagrado; á eso no se toca.

—Pero cuando me case, mi mujer no se ofenderá porque quiera á mis amigos y á mis amigas; la amistad pasa por todo.

Esther miró al diplomático de un modo que le sorprendió, al mismo tiempo que exclamaba:

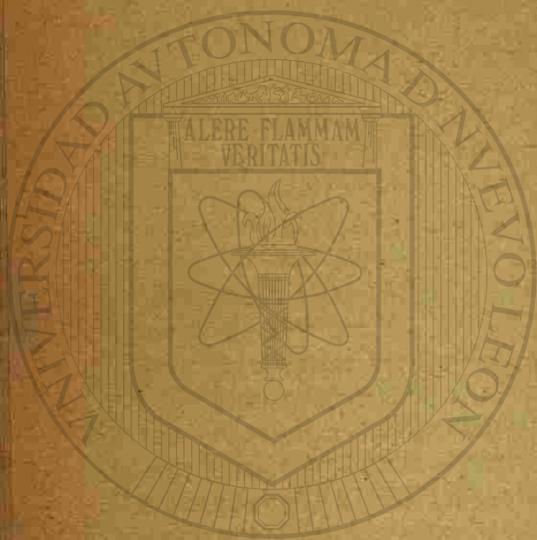
—¡La amistad! ¿Cree V. en ella?

—Sí, creo en la de V. ¡Adiós! Mañana la veré á V. en Hermiona.

Después de esto, M. de Ravigny se inclinó, sonrió, y abrió la puerta.

Esther, que apenas podía sostenerse, se dejó caer en un sillón, haciéndole una última señal de despedida.

—¡Ó esto es un juego cruel.... ó ese hombre es un animal estúpido!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIDA MARIA

V.

"ALFONSO, 1888"

Apdo. 1625 MORTIMER, MEXICO

Una entrada majestuosa

Esther quiso morir. ¿Para qué vivir sin corazón, ó, mejor dicho, con un corazón destrozado? ¿Para qué vivir sola, cuando se ha soñado una existencia feliz cerca de la persona amada, participando de todas las alegrías del amor? ¿Qué le importaban ya los triunfos de la escena, si no estaba él allí, él, que era la mitad de ella misma, para participar de sus triunfos y calmar el fuego de su alma?

Había llorado, lloraba todavía. Dios nos consuela de todo con las lágrimas. Es un manantial constante que pasa sobre todas las amarguras, que calma el fuego devorador del orgullo humillado ó del amor vendido.

La pobre joven no podía contener los latidos de su corazón.

Había visto muchas situaciones tristes en el

teatro; pero ninguna tanto como la suya. Parecía que jugaban con ella. ¿Cómo no había adivinado aquel hombre el inmenso amor que le profesaba? ¿Creía acaso que una comedianta no podía tomar nada en serio, porque cambia de carácter todos los días?

—¡Ay! (pensaba Esther); la comedianta no destruye á la mujer, así como el espíritu no destruye la materia. Más bien suele ocurrir que la materia destruya el espíritu en las explosiones del dolor.

Esther envió por Lili, á la que escribió: «Ven pronto; se quemá la casa.»

Lili llegó en seguida.

—Lili, te amo mucho, y quiero que conozcas mi pena. Ya sabes que mi única ambición era casarme con M. de Ravigny. ¡Pues bien!: se casa....

—¡Con otra!

—Con otra. El mismo me lo ha dicho. Sí, estuvo aquí, y me dijo: «Tengo que dar á V. una buena noticia.» La buena noticia era la peor del mundo. Era un golpe de muerte. Lloro, Lili, llora conmigo, á ver si me consuelas. Pero no, no me consolaré nunca: todo concluyó para mí. Llevarás una carta al teatro, y tú misma dirás que me encuentro muy enferma.

Lili abrazó á su hermana, y le hizo mil caricias.

—Piensa en tus triunfos escénicos. Los espectadores te adoran. ¿No tienes una corte en tu cuarto? Si quieres ser amada, lo serás por todos. Ese Ravigny es un bestia que no te ha comprendido. Ya verás cómo no encuentra una mujer como tú. ¡Cómo! ¿Con tu carácter te dejarás abatir? Tú has nacido para triunfar de todo y de todos.

Esther empezó á reir estrepitosamente. Pero con una risa nerviosa, terrible: la risa de los locos. Se paseaba con violenta agitación.

—Tienes razón; se pondría demasiado orgulloso con mis lágrimas. Sería capaz de hacer con ellas pendientes á su mujer. Quiero vengarme, demostrándole que no le amo.

Pero en seguida murmuró como un suspiro:

—¡Me muero de amor por él!

M. de Ravigny había dicho con aire distraído, sin pensar quizás la herida mortal que acababa de abrir: «Esther, mañana la verá á V. en Hermiona.»

—Pues sí me verá (dijo ella); me verá. Quizás me muera después de la representación; pero trabajaré una vez más.

Esther no pudo conciliar el sueño hasta las primeras horas de la mañana. El sueño concluyó por calmar la fiebre; pero su espíritu estaba aniquilado con tantos sufrimientos, con tanta deses-

peración. Por otra parte, el sueño la sumergió en los sufrimientos de los celos. Aquella joven que había visto un año antes en toda la fuerza de su juventud, se le aparecía cubierta con el velo de la desposada, y le decía burlándose: «¡Qué, pobre niña! ¿creía V. que se casaría con un Marqués? V. y sus iguales pueden servir de diversión á los hombres del gran mundo; pero ellos no se casan sino con las que son como yo.»

—¡Las que son como tú! (exclamó Esther al despertar); ya te haré yo ver que las que son como tú son lo mismo que nosotras.

Entonces comprendió que Lili tenía razón. No era cosa de morir como una planchadora, suicidándose con carbón.

—Es menester vivir, para vencer y afrontar la mala suerte. Es menester vivir para imponer mi dominio. Es preciso vivir para hacer que venga á caer á mis piés M. de Ravigny, y hacerle pagar lágrimas por lágrimas.

Por la noche trabajó en Hermiona. Estaba más bella y más terrible que nunca. Se la aclamó, se la llamó, la arrojaron flores, se la adoró. Su radiante gloria llegó á su cenit. Se afirmó que era hija de los dioses, porque nunca ninguna comedianta, ni Duchegerois, ni Georges, ni Mars, habían entusiasmado de aquel modo á los espectadores del primer teatro del mundo. Se vió pasar las sombras de los grandes maestros.

Schylo, Sófocles, Aristófanés, Corneille, Racine, Molière, Shakespeare, evocadas aquella noche para proteger á aquella mujer que era un genio.

No era necesario menos para que Esther quisiera vivir.

M. de Ravigny, que estaba en las butacas de orquesta, no fué aquella noche á su cuarto. Es posible que hubiera llorado todavía, aparte de las lágrimas vertidas por el orgullo de la actriz, si un inesperado visitante no se hubiese presentado entre los príncipes de todas clases que la rodeaban.

El recién llegado asomó tímidamente la cabeza por la entreabierta puerta.

—¡ Ah! ¿eres tú?—exclamó ella.

—Sí; soy yo.

—¡ Y bien!; entra, pues.

—No me atrevo.

—Vamos; pasa pronto; ¿ qué te detiene, gran necio?

Entonces se vió entrar á un joven, cuya cabeza, adornada de reluciente cabellera, hubiera parecido vulgar, si no se hubiera visto brillar en su frente la inteligencia.

Era alto, un poco grueso, pero apuesto y gallardo.

Se inclinó delante de Esther, le cogió las dos manos, y empezó á llorar como un niño, ó como

un perro. Quería hablar, pero no encontraba más que palabras incoherentes para expresar toda la alegría de que estaba poseído.

—¿Quién es ese animal?—dijo un caballere, molesto quizás por la llegada de aquel desconocido.

Es verdad que aquel animal no había tenido el honor de serle presentado.

Esther lo había oído, y le respondió en voz bien alta, que aquel animal, del que se podían hacer cuatro como él, era su primero y su mejor amigo.

El artista se había levantado, adoptando la actitud de un Artagnan.

—Monseñor (dijo al caballere, que quizás era algún Príncipe); si quiere V. saber el nombre del animal, se llama Gargantua, y está dispuesto á comérselo á V., si esto es de su agrado.

El semblante de Esther había vuelto á recobrar su alegre expresión.

—¿Saben Vds. por qué se llama Gargantua? Por antífrasis; porque mi pobre amigo no comía todos los días cuando yo lo llamaba así. ¿No es verdad, Gantua?

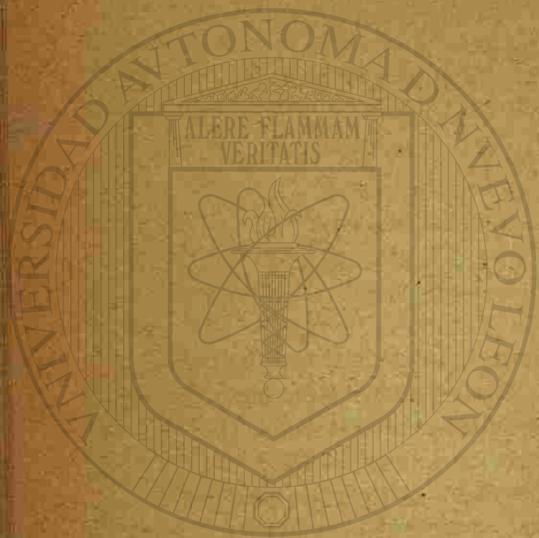
—Ciertamente.

Esther reparó que su amigo llevaba guantes.

—Llevas guantes: ¡veo que no has escaseado nada para venir á verme! ¡Guantes color de paja, de tres francos y medio!

—Es menester acordarse de sus amigos.

—Pues bien, Gantua: en memoria de la época en que no teníamos nada que comer, ¡y teníamos un apetito de lobo!, cenarás conmigo esta noche en casa. Al mismo tiempo, te autorizo para que elijas los convidados que gustes entre estos caballeros.



VI.

La cena en cuarteto.

Aquellos señores creían asistir á una comedia. No estaban seguros de que, en efecto, no estuvieran representando una escena, porque hasta Gantua tenía cierto aire de actor.

—Dispénsenme Vds. (dijo éste, después de un ligero saludo); no tengo tarjetas aquí; pero les diré mi nombre: Soy Santiago de Ferrier, llamado Gargantua, sin saber por qué; si no me equivoco, fué mi madrina la señorita Esther, aquí presente. Empecé por ser pintor de muestras; las rosas caían de mi paleta como una lluvia. Concluí por ser un buen pintor de todo. Y la prueba es que me han rechazado en la última exposición, lo mismo que á Rousseau, Corot y Juillet; pero si tienen Vds. algún retrato que hacer, mi pincel no es malo. Para informes, nó les enviaré á mi maestro, porque soy discí-

pulo de mí mismo, y me doy lección todos los días.

Había allí un príncipe napolitano, el príncipe Ciercara; un conde ruso, el conde de Obreskoff, y un poeta francés, Alfredo de Musset, los cuales aceptaron alegremente la invitación de Gantua.

Esther se echó á reír, al pensar que había ofrecido una cena que no existía; así es que cuando llegó la hora de partir, les dijo en alta voz:

—Señores, mi cocina está en el café de París.

Nunca hubo una cena más alegre. En esta vida, las fiestas improvisadas son las más encantadoras.

Á los postres, Alfredo de Musset escribió con lápiz unos versos á Esther. Gantua cantó una de las canciones que cantaba la joven en otros tiempos:

Si más de lo regular
Suelo alguna vez beber,
No es cosa particular
Que sacuda á mi mujer.

Después de la última estrofa, Esther se le acercó, y le dijo:

—Abrazame, amigo mío.

Estaba muy conmovida; pero la misma emoción le había ido haciendo olvidar sus triunfos de aquella noche; y recordándole la imagen de M. de Ravigny, Gantua vió lágrimas en sus ojos.

—¿Llora V. ?—le dijo.

—Es de alegría,—respondió.

Pero eran lágrimas bien amargas.



VII.

Sueño perdido.

El poeta, el Conde y el Príncipe le hicieron el amor cada uno á su manera : el ruso habló de un collar de brillantes.

—No navego en esas aguas,—dijo Esther.

El napolitano le ofreció un castillo en su principado.

—No ; tengo miedo al Vesubio.

Alfredo de Musset le ofreció solamente su amor.

Poco faltó para que aceptara; pero su pasión por M. de Ravigny la dominaba aún. Quemaba su corazón, y le aprisionaba en su recuerdo. Además, esperaba siempre que volviera. El matrimonio con su prima estaba decidido; pero no debía celebrarse sino tres semanas después; tres semanas son tres siglos para los enamorados que esperan. Se hacía mil ilusiones; quería engañarse á sí misma.

Pero M. de Ravigny no volvió.

Á los quince días recibió una papeleta de par -

ticipación. Al leerla, vió las palabras con tal resplandor, que creyó quedarse ciega; su contenido era el siguiente :

«La señora Marquesa de Ravigny tiene el honor de participar á V. el enlace de su hijo, el Marqués Pedro de Ravigny, Secretario de Embajada, Caballero de la orden de Carlos III de España, y del León Neerlandés, con la señorita Blanca Leopoldina de Marignan, y ruega á V. se sirva asistir á la bendición nupcial, el día 17 de Marzo, á las doce de la mañana, en la iglesia de Santa Clotilde.»

Esther no quiso leer la papeleta que acompañaba á la anterior; lo arrojó todo al fuego, como si la llama del hogar hubiera podido extinguir la de su amor.

Un momento pensó que asistía á una comedia; que la felicidad de los esposos era una pura ilusión : el corazón humano goza en mortificarse; pero cuando llegó el día fijado, le pareció que el sol no brillaba en el firmamento, según lo negro que se le aparecía todo.

No quiso salir, y no recibió más que á Lili, el ángel del consuelo, por su dulzura adorable y por su encantadora travesura.

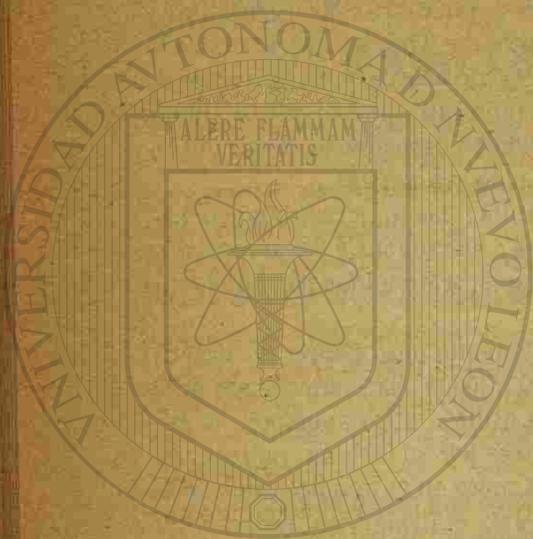
—¡ Ah, Lili! (le dijo, después de comer); aquí me tienes bien desengañada de los hombres : el primero ha perdido á los demás ; ¡ así, tu verás desde ahora cómo me burlo de todos los enamo-

rados! Para hablar lo mismo que los que se dedican á hacer frases, los sujetaré, mejor dicho, los uncluiré á todos á mi carro. Me parece muy natural que el carro de Thepsis sea arrastrado por Cupido.... ¡ Uf! me acordaré de esta frase....

—Entre tanto (dijo Lili), puesto que tu viudez te dejará algún tiempo desocupado, debes entretenerte en repasar la gramática.

—Mira, pedantilla; las mujeres como yo hablan como quieren, y arreglan y desarreglan la gramática á su gusto. ¿ Me tomas por una institutriz ?

Desde el día siguiente puso Esther en práctica su frase : unció á todos los enamorados á su carro. Á todos los utilizó, á los unos por su renombre, y á los otros por su fortuna. Le desagradaban los inútiles; pero en el mundo, como en el teatro, los inútiles se empeñan en representar un papel. Le costaba un trabajo ímprobo despedir á los necios, á los peligrosos, á los importunos y á los importantes.



VIII.

Alfredo de Musset enamorado de Esther.

Había dicho á Gantua :

—Debía V. desembarazarme de aquel Príncipe, de aquel individuo que dijo: «¿Quién es ese animal?» cuando V. entró.

—¿Le fastidia á V.?

—Por completo ; no habla más que para decir necedades, y está metido constantemente en mi cuarto, de tal manera, que temo siempre que le arrojen por la ventana confundido con las flores.

—Pues bien ; yo libraré á V. de ese importuno.

—Difícil es, porque, hasta aquí , tantas veces como le he despedido, otras tantas ha vuelto.

Á la siguiente representación se presentó Gantua en el cuarto, en el momento en que el Príncipe declamaba uno de sus más entusiastas períodos.

—¿Cómo, caballero (le dijo el pintor), dice V.

que la señorita Esther ha representado bien? ¿Lo cree V. así?

Detestable adulator, presente el más funesto....

—¿Acaso no es V. de mi misma opinión?

—Ciertamente que no, pues yo no tengo nunca más opinión que la mía. Amigo, desde hace mucho tiempo, de la señorita Esther, no la conduzco al abismo por un camino sembrado de adulaciones.

Y continuó, volviéndose hacia Esther :

—¿No es verdad que ha representado V. muy mal esta noche?

—Tiene V. razón, amigo mío.

El Príncipe apeló á la opinión de los circunstantes.

—¿No les parece á Vds que ha representado mejor que nunca?

—Ha sido llamada á la escena.

—¡Borregos de Panurgo!—exclamó Gantua. Hacía tanto tiempo que no oía Esther decir que representaba mal, que aquello le divertía.

—¡Estos teatros, son casas de locos!—continuó Gantua.

—V., caballero, es el que parece que viene de Charenton, cuando dice esas cosas.

—Y V. viene de Bicêtre, caballero.

El aludido alzó su guante á la altura de su adversario.

—Guarde V. su guante, pues le permito que se vaya con ellos puestos; porque, si no me dice V. ahora mismo que la señorita ha estado detestable, le envío á V. al otro mundo.

—Apelo á ella misma.

Pero Esther, con soberano acento, declaró que Gantua tenía razón.

El entusiasta admirador perdió la cabeza; dijo que iba en busca de testigos; giró sobre sus talones, y desapareció para no volver más.

—Perfectamente, dijo Esther á Gantua.

¿Por qué Gantua no desembarazó también á Esther de M. Matador? Porque, desgraciadamente para ella, era uno de sus más obstinados adoradores, aquel sencillo hidalgo, aquel espiritual caballero de Pourceaugnac, de moda en París, dedicado á crear una fortuna rápida á las mujeres.

Esther le confió una vez su ideal del momento, que era regalar á su madre una casa de recreo en Meudon ó en Montmorency.

M. Matador fué una mañana á buscarla en su *landeau* para conducirla á Enghien. En el camino almorzó con ella; después de almorzar, estuvieron viendo la deseada posesión. Pidieron cincuenta mil francos. M. Matador pensó que por eso no era ni más rico ni más pobre, y pagó los cincuenta mil francos.

Esther estaba tan contenta, que quiso comer también con aquel hombre extraordinario. Vol-

vieron por la noche; pero aunque Lili había sido de la partida, al día siguiente corrió el rumor de que M. Matador era el amante de Esther, lo cual puso casi de luto á todo París: aquella fué una sorpresa desagradable.

¿Por qué no había elegido á un poeta como Alfredo de Musset, ó un Príncipe como el príncipe Ciércara? La verdad es que, si no había elegido á los unos, tampoco había elegido á M. Matador.

Pero cuando la calumnia se arroja sobre la verdad, siempre la mancha con sus negras alas. Esther hubiera querido protestar. Mas ¿quién hubiera creído en París en la existencia de un hombre bastante generoso para regalar á una mujer una casa de recreo sin tener en ella un lecho?

Nuevas lágrimas para la Comedianta. No llevaba ya en el dedo el puro diamante del honor de que estaba tan orgullosa. Le era preciso llevar en su frente el rubí de la bella Ferronnier.

Se veía engañada en su amor y calumniada en su virtud: ¡dos desesperaciones! Cayó en la más profunda pena; maldijo su estrella, y sintió no ser cristiana para poder encerrarse en un convento. Entonces fué cuando, para salvarse de aquel naufragio, se acogió á la primera rama que encontró!

Esta rama era Alfredo de Musset. Un poeta en un caballero, ó un caballero en un poeta.

Habían cenado juntos, y él deseaba volver á cenar con ella; con este motivo le escribía lo siguiente:

«Si, le espero á cenar; tiene V. razón, mi querido poeta, porque tengo hambre de la poesía de V.; pero le advierto que mis cenas cuestan caras. Me tendrá V. que firmar, al concluir aquella, un vale de una comedia y otro de una tragedia. Pero tranquilícese V.: no partiremos los derechos de autor, mas tampoco me comprometo á no enviarle dos cartas-órdenes.»

»Saluda á V.

»ESTHER.»

Alfredo de Musset, encantado, le respondió en seguida:

«Señorita, digo, mi reina: esta noche tendré el placer de acompañarla á la mesa, y entre los postres y el café firmaré todo lo que V. guste, aunque sea una obra maestra, pues ese es mi oficio. Sin embargo, me sería mucho más agradable firmar que la amo.»

»ALFREDO DE MUSSET.»

El poeta estaba tan contento, que juró por los dioses no volver á casa de la princesa Belgiojoso, diciendo: «Esa no es más que una mujer instruída, como Lelia, relatora de historias y novelas. Esther será el amor.»

El día de la cita se fué por la noche al café de la Regencia, para jugar una partida de ajedrez. La cena era á las doce; pero se le olvidó de tal manera, que se le pasó el tiempo entre el juego y el ajenjo. Sin embargo, á las doce y media, cuando los jugadores se levantaron, tuvo un vago recuerdo de la invitación; los vapores de su cabeza se disiparon un poco, y vió aparecer la radiante figura de Esther.

—¡Esther! (dijo); ¡Esther me espera!

Y mandó imperiosamente que le buscaran un coche.

Aunque llevaba la cabeza erguida, fué preciso ayudarle á subir al carruaje.

Pero cuando llegó al muelle Voltaire, era ya dueño de sí mismo. Subió la escalera sin tropezar, y llamó con fuerza, como hombre que sabe que le aguardan.

—No esperaba á V. ya,—le dijo la joven, tendida sobre un canapé delante de la chimenea de un pequeño salón.

—No fué la culpa mía, sino del ajedrez, mi querida amiga.

—Pues tenga V. cuidado, mi querido poeta,

porque el ajedrez proporcionará á V. jaquemate.

—No se puede V. figurar cómo se apasiona uno por esas figuras de madera. ¿Qué quiere V.? Esta vida se pasa en librar continuas batallas.

—Y en perderlas,—añadió Esther.

Otra ilusión más desvanecida.

Se le había puesto en la cabeza que aquel gran poeta, como las náyades antiguas, había de derramar sin cesar torrentes de poesía. Había medido el talento de Musset por el suyo. Ser su única pasión, valía más que ser la mujer de un Príncipe. Si Napoleón hubiera hecho príncipe á Corneille, Corneille le hubiera dicho que no.

Pero los poetas, aunque también son príncipes, son al mismo tiempo hombres; Dios no ha querido que lleguen á dioses; si les concede hermosas pasiones, les condena también á las malas. Quiere recordarles sin cesar que los formó de barro.

Alfredo de Musset se arrodilló delante de la Comedianta; es una manera como otra cualquiera de hacer el amor á las mujeres.

Pero ¡ay! aquel enamorado, que era para Esther un poético ensueño, así como M. de Ravigny era una romántica ilusión, envolvió su declaración galante en ligeros vapores de cerveza y ajenjo.

¡Oh poeta!: he aquí una de tus hazañas. ¡Sí! aquel hombre, nacido y educado en la adoración de una madre y una hermana; aquel fénix entre los fénix, había llegado hasta ese punto porque no le había amado una mujer. Sí, la sed del amor le había conducido á la sed que da el olvido. Lelia no le amaba; aquella Lelia que interpretó tantos caracteres imaginarios, no consiguió, sin embargo, conocer á un solo hombre, y á Alfredo de Musset menos que á nadie. Además, si no le amaba, no era culpa suya. ¡Le concedió la ternura de una madre, cuando él, lo mismo que Byron, deseaba el amor de una bacante! Byron entró por mucho en las caídas de aquel genio adorable, pues imitó de él, más que al poeta, al hombre. Ha consumido su vida con el desdén amargo del D. Juan.

Aquella noche, impaciente con las maneras de Alfredo de Musset, se sentó Esther bien triste á la mesa. Recurrió á mil medios para conocer á aquel misterioso personaje, que no decía nunca ni sí, ni no. Si él mismo no se conocía, difícilmente podía decir *Ecce homo*. Además, Alfredo de Musset era de esos espíritus superiores que dicen como Schopenhauer: «¿Me pregunta V. quién soy? Pues le agradecería á V. que me lo dijera.»

Durante la cena volvió á ser dueño de sí; tuvo su cuarto de hora feliz; pero era demasiado

tarde. Cuando se disipa una ilusión, no vuelve más.

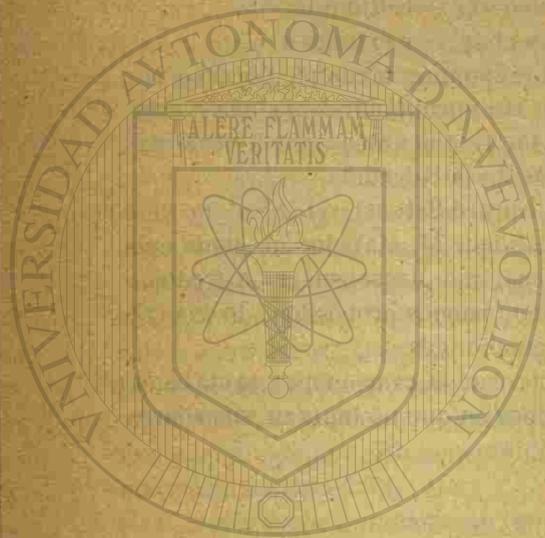
—¡Hasta mañana!—le dijo ella.

—Mañana es hoy,—respondió él.

Pero hoy fué siempre mañana. Volvió á ser tan simpático, tan encantador como otras veces; pero temía siempre que antes de ir á verla pasara por el café de la Regencia.

—¡Ay! (murmuró Esther): el ideal no vale más que la realidad. M. Matador no tiene más que oro, lo cual me desconsuela. Alfredo de Musset sólo tiene buenos propósitos, lo cual no me consuela mucho más.

Entonces recordó la canción que cantaba en aquellos tiempos en que no tenía ni sinsabores ni ilusiones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

IX.

El segundo amor.

Janin dijo á Esther: «No se desespere V. nunca demasiado por el primer enamorado; no servirá más que para hacerle amar al segundo; en cambio, el segundo no le hará amar al tercero.»

En aquella época, se citaba en París, entre los leones del día, mejor dicho, entre los hombres hermosos, á un joven, que no descendía de la primera nobleza, sino de un contratista general, á quien, á la inversa de otros, había moralizado el dinero.

Era discreto entre los literatos, un *dilletante* entre los artistas, y un completo *gentleman* en el mundo elegante. Según las mujeres, era encantador. Tenía el aire de un príncipe en medio de sus amigos. Pasaba por el hombre más afortunado; era casi un don Juan, y casi un gran señor. Aunque se contaba en el número de los adoradores de Esther, amaba ésta demasiado á M. de Ravigny para fijar sus ojos en M. de La Marche; pero cuando se fué Alfredo de Musset,

disipándose entre sus manos como una quimera, comprendió que de todos aquellos que iban á saludarla á su cuarto, era, no sólo el más discreto, sino el más espiritual. Engañada por el amor y por la poesía, se preguntó si la belleza no podría indemnizarla de lo que había perdido, tanto más, cuanto que encontraba en M. de La Marche un poco del carácter de M. de Ravigny, y la encantadora sonrisa de Alfredo de Musset.

Los preliminares de aquella batalla no fueron muy largos. M. de La Marche, que acababa de ser admitido en el Jockey-Club, esa academia de los Lovelace y de los d'Orsay, imponía un poco la moda, en compañía de sus amigos Edgardo Ney, el duque de Guiche, el príncipe Belgiojoso y el conde d'Alton-Shée. Era el mejor mozo de aquel batallón sagrado, que hacía tantos destrozos entre las ingenuas jóvenes del teatro. Nunca encontraban rebeldes, porque las mujeres son como los borregos de Panurgo. Si un hombre engaña á una, puede estar seguro de que engañará á otras muchas, porque, en el fondo, les agrada el papel de víctimas, sin que esto sea obstáculo para que, cuando llega el día de la venganza, apliquen la pena del Tali6n, de ojo por ojo, diente por diente. Esther decía á todo el mundo que aquellas victorias le inspiraban lástima; pero ella misma debía concluir por sucumbir, como las más rebeldes, bien fuera por ven-

ganza, bien por inclinación. Las mujeres que van al teatro no son como las monjas que se ocultan en el recinto inaccesible del convento para preservarse contra los recuerdos del corazón. El teatro es una ciudadela tomada diariamente al asalto por las pasiones. Es menester ser un ángel para representar el papel de Juana de Arco. Ahora bien: las mujeres no son ángeles, y mucho menos las que pertenecen al teatro.

Esther fijó sus ojos en todos aquellos Tenorios del Jockey-Club, que no tenían más ocupación que correr en competencia en pos de las aventuras. De todos los que asistían á sus representaciones y le habían sido presentados, M. de La Marche era el que poseía mejor figura. No hay una hija de Eva que resista al poder de la belleza. Las mujeres dicen, cuando son tontas, que prefieren mejor un hombre de talento que un buen mozo; pero cuando no lo son, aman mejor á un hombre hermoso que á un hombre de talento.

M. de La Marche era hermoso y tenía talento.

No era ésto sólo. Parecía que se burlaba de todas las mujeres, lo que le proporcionaba un título más á su consideración, ó más bien á su curiosidad. Esther se dijo:

—Tendría gusto en conocer bien á ese impertinente conquistador.

Desplegó todas sus coqueterías, como el pavo real de Juno despliega su brillante cola: M. de La Marche no abandonó su burlona sonrisa.

Le preguntó un día si quería navegar con ella por el lago de Enghien.

—¿Tiene V. una cáscara de nuez?

—¡Ya lo creo! : pues aunque no la he pagado más que á medias, me pertenece por completo.

—¿Puedo abrigar la esperanza de que se caiga V. al agua para tener el placer de salvarla?

—Si no es menester para agradecerle más que arrojarle al agua, me siento muy capáz de sacrificar un traje.

—¡Sacrificar un traje! Ninguna mujer me ha dicho tanto.

—Yo le diría á V. más.

—Disponga V. de mí para el lago de Enghien y para todos los lagos del mundo, y hasta para el Océano.

Se decidió ir el domingo, como buenas gentes que, imitando á Dios, descansan el sétimo día de la semana del trabajo de los otros seis.

Era la primavera: á las ocho de la mañana llegó Luciano á la puerta de Esther en una silla de posta, tirada por cuatro caballos llenos de sonoros cascabeles; sabía muy bien que las mujeres aman el ruido. Esther se había puesto un sencillo traje, que casi la metamorfoseaba en una griseta; porque, para ser grande y soberana,

necesitaba el peplum ó el traje de Celimena. M. de La Marche le agradeció la metamorfosis. No era de aquellos que quieren poseer á la artista en la mujer, y que dirían de muy buena gana : «Conserva tu peplum ó tu traje de Celimena.»

El viaje fué encantador; se respiraba el aire libre al mismo tiempo que la atmósfera del amor. Entraron en Enghien, acompañados por el alegre sonido de los cascabeles y el restallar del látigo de los postillones. Se figuraron en el hotel que llegaba el príncipe del Junquillo ó el duque de Ultramar, acompañando á alguna princesa de bastidores. Sólo se equivocaban á medias.

Mientras que los cocineros se dedicaban á confeccionar el almuerzo, se fueron á dar una vuelta por el lago en la famosa cáscara de nuez, que la madre de Esther, regateándola mucho, había comprado por trescientos francos. Era más bien una góndola veneciana que uno de esos horribles barcos que hacen la alegría de los marineros. No naufragaron, y volvieron á almorzar con muy buen apetito. No hay para qué decir que Esther estaba encantadora. ¡Y qué encanto! El amor y el ingenio. Á los postres, se habló de un pequeño viaje á la isla de Citea; pero Esther no conocía aquella isla más que de oídas, y no quiso aventurarse tan de mañana.

Volvieron á subir al coche para recorrer el

bosque de Montmorency. Esther, la constante intérprete de la comedia, se consideraba feliz pudiendo representar un poco el papel de las Mimi y de las Rosinas para descansar de sus grandes papeles. En la espesura encontraron á Alfredo de Musset y otra Mimi que se llamaba Mimi Pinson. Se había ido de campo con aquella querida de ocasión, que, como buena muchacha, le acompañaría á beber por la noche. Únicamente la dispensaría de mezclar la cerveza con ajeno.

Se saludaron alegremente.

Esther se sintió un poco celosa al ver á su poeta en tan alegre compañía; le parecía que aquella Mimi ocupaba su lugar; pero quizás porque lo que adoraba en Alfredo de Musset era la poesía escrita, le pareció menos poeta en acción que M. de La Marche, cuya hermosa figura no poseía Alfredo, aunque también era, como él, de estatura elevada.

Los dos jóvenes se conocían, y se estrecharon la mano; ellas no se desdeñaron de entablar conversación, para murmurar quizás de alguien. Se trató de comer juntos, por más que Esther, siempre un poco reina, consideraba como una criada á Mimi Pinson. Pero después se perdieron en la floresta, y no se volvieron á encontrar en Enghien á la hora de comer. Parece que aquel día, mordido en el corazón Alfredo de Mus-

set por unos celos retrospectivos, no trató muy bien á la griseta que se había vestido de día de fiesta para recorrer con él el Bosque.

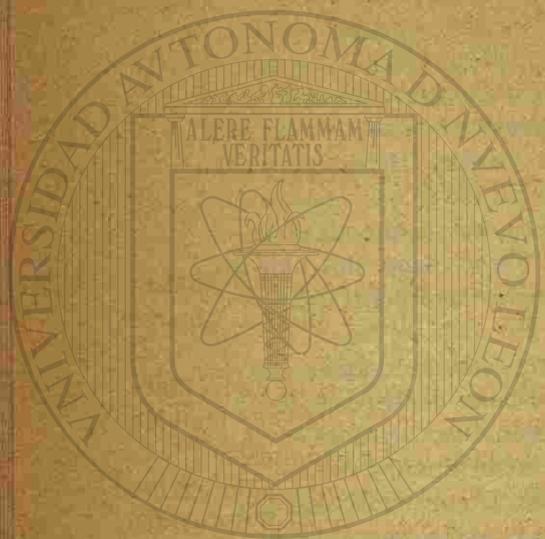
M. de La Marche y Esther estaban mucho más contentos, después de todo, comiendo solos los dos; así fué que no se detuvieron á esperarlos. La comida estuvo, como el almuerzo, sazónada con risas y besos. Habíase colocado cada uno en un lado de mesa; pero bien pronto estuvieron ambos en uno mismo, inclinados el uno hacia el otro, obedeciendo sin duda á iguales impulsos. Delicioso cuadro para ponerlo en verso francés.

Después de la comida, fueron á pasearse bajo los frondosos árboles de la posesión de Esther; pero no volvieron á embarcarse en la cáscara de nuez. Después de algunas vueltas por el parque, Esther, que iba mirando su estrella, tropezó con un arbusto y cayó sobre la hierba.

M. de La Marche era naturalmente un hombre bien educado, y cayó también.

Esther hubiera podido mirar su estrella todavía, como se ve la hoja por su revés; pero temió verla caer también, y ocultó su rostro entre las manos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 10-113
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



X.

La escuela de las pastones.

Al llegar la noche, los enamorados estaban encantados el uno del otro, y juraron amarse siempre.

Más adelante veremos que si M. de La Marche fué el primer amante de Esther, también fué el último, después de un paréntesis.

Al entrar en París, se comprendieron tan bien sin hablarse, que ninguno preguntó al otro si tenía dos lechos en su alcoba.

¿Se despertaba ella en casa del amante? ¿se despertaba él en casa de Esther? Habían representado tan bien Hipólito y Aricia, que enviaron á Fedra á dormir al teatro Francés.

Al otro día hizo preparar el amante un bonito cuarto, para cuando la joven quisiera hacerle ensayar su papel de nuevo.

Ésta, por su parte, estaba sorprendida de haber olvidado tan pronto á M. de Ravigny. ¿Cómo un amor tan arraigado se había desva-

necido de aquel modo? ¡Esa es la eternidad de las pasiones! La mujer que se mata hoy por desesperación, se reiría mañana si hubiera encontrado quien la consolara.

Esther no dijo una palabra á su amante de su pasado amor. Pudo creer, por lo tanto, en todas las virginidades. Además, ¿qué importan las nubes ya desvanecidas cuando brilla el sol en todo su esplendor?

Fué un amor atrevido, sonoro, riente, deslumbrador. Fué tan dichosa, que le importaron muy poco las hablaturías de los envidiosos.

Cuando la vieron del brazo de M. de La Marche, no volvieron á pensar en M. Matador. Por otra parte, las más mojigatas tuvieron al fin que darle la razón; porque, después de todo, no había hecho voto de castidad; las comediantas que no se casan, ¿están acaso condenadas á vivir como vestales, alimentando para los demás el fuego sagrado?

Se reconoció además bien pronto, aunque esto no fuera del agrado de las hipócritas, que el talento de la actriz se había acentuado más y más. Las pasiones son una gran escuela para el genio.

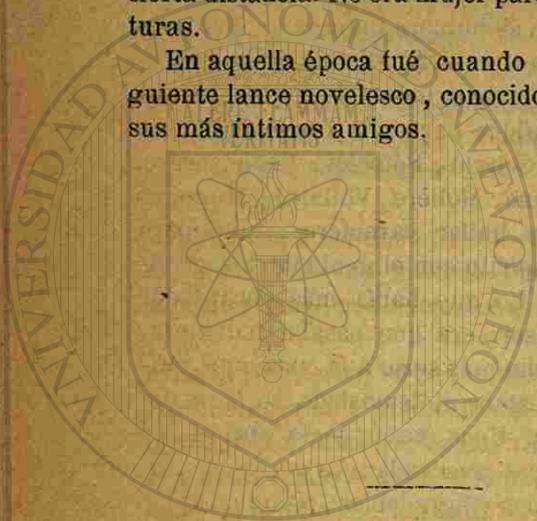
Aquella fué la felicidad en todas partes, en el teatro, en su casa, en la de su amante. No se separaban nunca. Si representaba, iba al teatro

y cenaba después con ella; si no trabajaba, disfrutaban á su antojo de todos los placeres con que brinda París. Nunca hablaba él de dinero, porque la joven se hubiera indignado; pero era de esas personas que tiran el oro por la ventana. Esther confesaba que una de las distracciones más agradables para ella era estudiar en su compañía á Schylo, Sófocles, Shakespeare, Corneille, Racine, Molière, Voltaire y Hugo, no solamente para hallar caracteres, sino para fortalecer su espíritu con el genio de los grandes maestros. Lo que había más encantador en su modo de ser, era que pasaba indistintamente del estudio más serio á la risa más ruidosa. Nunca estaba ni demasiado seria ni demasiado alegre. Unas veces se la encontraba expansiva y otras reservada; los goces del placer le eran dulces y agradables, porque habían pasado antes por los de la inteligencia. Era doblemente feliz, por la escena y por su amante. ¿Quién hubiera tenido valor para arrojarle la primera piedra? Dejémosla disfrutar de la felicidad, y saludémosla en ella, lo mismo que la saludábamos en la desgracia.

Pero un día desapareció M. de La Marche, porque sus ocupaciones le llamaban fuera de París. Esther se volvió á encontrar en medio de sus adoradores: un verdadero batallón de pretendientes: hubieran sido necesarios cuatro sol-

dados y un cabo para hacerlos entrar en razón, si su altiva mirada no los hubiera mantenido á cierta distancia. No era mujer para correr aventuras.

En aquella época fué cuando ocurrió el siguiente lance novelesco, conocido tan sólo por sus más íntimos amigos.



XI

Comedia hecha por Esther.

Gantua iba á verla de cuando en cuando. Esther le había dicho:

—Ha hecho V. mi caricatura, y es menester que haga V. mi retrato.

La joven no tenía tiempo para vivir ni para descansar un momento; pero él le prometió cogérsela al vuelo. Un día se presentó acompañado de su aprendiz, que le llevaba el caballete y la paleta: el mismo que antes le conducía la escalera cuando era pintor de muestras.

—Es listo el aprendiz,—le dijo Esther.

—Sí, y además sirve para dos cosas á la par; cuando tengo convidados, sirve á la mesa; se lo recomiendo á V.; no se bebe más que dos botellas de champagne por sesión.

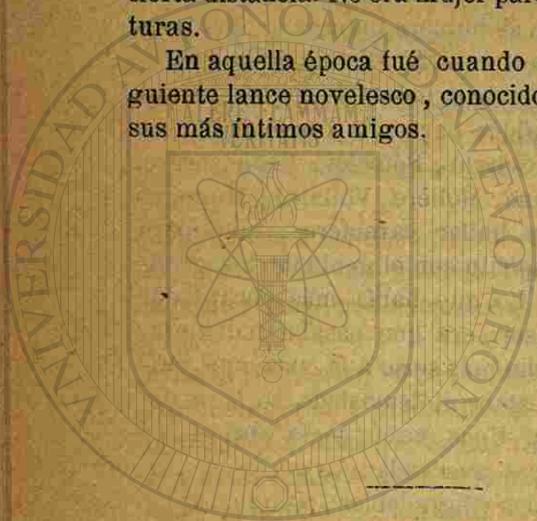
—¡Diablo! (dijo Esther, recordando su antiguo estilo): ¿tiene tiempo de echarlo en la copa, ó lo bebe en la botella?

—De cualquier modo.

—Tengo un negro para los días de recepción,

dados y un cabo para hacerlos entrar en razón, si su altiva mirada no los hubiera mantenido á cierta distancia. No era mujer para correr aventuras.

En aquella época fué cuando ocurrió el siguiente lance novelesco, conocido tan sólo por sus más íntimos amigos.



XI

Comedia hecha por Esther.

Gantua iba á verla de cuando en cuando. Esther le había dicho:

—Ha hecho V. mi caricatura, y es menester que haga V. mi retrato.

La joven no tenía tiempo para vivir ni para descansar un momento; pero él le prometió cogérsela al vuelo. Un día se presentó acompañado de su aprendiz, que le llevaba el caballete y la paleta: el mismo que antes le conducía la escalera cuando era pintor de muestras.

—Es listo el aprendiz,—le dijo Esther.

—Sí, y además sirve para dos cosas á la par; cuando tengo convidados, sirve á la mesa; se lo recomiendo á V.; no se bebe más que dos botellas de champagne por sesión.

—¡Diablo! (dijo Esther, recordando su antiguo estilo): ¿tiene tiempo de echarlo en la copa, ó lo bebe en la botella?

—De cualquier modo.

—Tengo un negro para los días de recepción,

y ando buscando otro. Si pudiera V. pintar de negro á su aprendiz, ya le tenía.

—Ya lo he hecho; pero aquel día me pidió doble salario, y bebió como cuatro.

El aprendiz saludó y salió. Gantua puso manos á la obra; empezó el retrato con algunos toques de mano maestra. Para darle más estilo, le dibujó un poco mayor que el modelo; supo apoderarse perfectamente de la expresión, de la energía y la dulzura, de lo burlón y lo encantador, del resplandor de su mirada y de la sonrisa de sus labios. Acentuó bien la frente, la barba, la nariz de finas y movibles ventanillas, su actitud, si no de una Minerva, de una Juno. La aduló un poco en los brazos y en el pecho, sin separarse, sin embargo, mucho de la verdad. Mientras pintaba, le refería mil bonitas historias de la época en que cantaba en la Plaza Real, consiguiendo de este modo que pasaran las horas sin sentir para su modelo.

Pero á la tercera sesión se detuvo de pronto, se dirigió hacia ella, y le dijo tomándole una mano:

—Esther, ¡si supieras cuánto te amo!...

La joven se sorprendió con aquella inesperada salida.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Se ha vuelto V. loco?

—Sí; estoy loco cuando la veo á V., y cuando no estoy á su lado; aunque á pesar mío, hace

mucho tiempo que alimento en mi pecho esta pasión.

—¡Pobre amigo mío! Le profeso á V. el cariño de la amistad más profunda, pero nada más.

—¿Y qué es la amistad? (dijo el pintor, que perdía la cabeza.) Considere V. que la amo hasta el punto de que firmaría mi sentencia de muerte por un día de felicidad que me concediera V.

—Vamos, Gantua; sin duda está V. representando una comedia.

—No, es la verdad, sólo la verdad, la que le digo; si no me ama V., quiero morir; porque el amor que me ha inspirado V. es un constante tormento para mí. Nadie ha estado nunca tan poseído del demonio como yo lo estoy por esta pasión; he intentado no ver á V., pero mientras menos la veía, mayor era mi cariño.

Esther no quería creer que aquello fuese una cosa seria, porque tenía á Gantua por un marullero; era muy posible que fingiera estar desesperado para atraerla á sus brazos.

Empezó por burlarse de él, diciéndole que no existía la pasión más que en las tragedias antiguas, y que en la moderna sociedad sólo existía la comedia y la farsa.

—Mi querido Gantua, si toma V. en serio las historias de amor, si mariposas negras vienen á revolotear á su alrededor, lo mejor que puede

V. hacer, es no creer en las unas ni hacer caso de las otras.

—No dice V. lo que siente (dijo el pintor con tristeza), puesto que V. misma ha estado apasionada; no me lo ha dicho V., pero yo descubrí su secreto.

—Está V. en un error, pues era tan sólo una comedia; tranquilícese V., mi buen amigo; no caiga V. en esas tonterías del corazón. Es menester vivir para sí y para el arte.

—¡El arte! Sí, cuando uno es amado, es muy hermoso; pero, ¿qué es el arte sin el amor? ¡Una ilusión!

—Ya hablaremos de eso; por hoy levantemos la sesión.

Esther desapareció, después de murmurar estas palabras. El pintor volvió á coger los pinceles; pero no se encontró con bastante valor para continuar. Tomó el sombrero, y salió, jurando no volver más.

Juramento de enamorado. Apenas llegó á la calle, cuando sentía haber partido, á pesar de que no esperaba llegar á conmover aquel corazón de mármol.

Esther no había confiado á nadie más que á Lili su amor hacia M. de Ravigny; pero Valfa la conocía demasiado bien para no leer en su corazón y penetrar su secreto. El pintor había ido á casa de Valfa, que le recibió con los bra-

zos abiertos, como á su más antiguo amigo; casi tengo la seguridad de que entre los dos había habido algo más que pura amistad, porque Valfa no era desdeñosa, ni había puesto delante de su virtud ningún muro como el de la China. Refirió á Gantua su triste existencia y la de Esther desde que habían llegado á París. Le habló de la virtud de su hermana; pero no le ocultó que, á poco más, hubiera caído en los brazos del más hermoso y más encantador secretario de embajada, según su expresión.

—No se consolará en mucho tiempo,—añadió.

—Ya habrá alguno que la consuele.

Gantua no desconfiaba de nada en el mundo, y se consideraba hermoso y con talento. Esther se le había aparecido en otros tiempos como un sueño: antes que Choron, había descubierto él que llevaba una estrella en la frente; la amistad que la profesaba se convirtió entonces en fraternidad y amor. Cuando la volvió á ver en el teatro, la fraternidad se desvaneció, y quedó tan sólo un hombre enfrente de una mujer. En vano había querido dominar su corazón. ¿Qué significa la razón entrente del amor?

Rudo golpe sintió cuando corrió la voz de que Esther se había entregado á M. Matador, bajo el pretexto de regalar una casa de campo á su madre. Pero cuando su pasión aumentó más

fué cuando todo París habló de M. de La Marche. Si así pasaba de un amor á otro, no veía la razón para que no le llegara á él también su hora; á él, que le tenía completamente hechizado; á él, que había conseguido llegar á ser un buen artista después de haber sido pintor de muestras, como ella había llegado á ser una gran comedianta después de haber cantado por las calles.

Estas dos existencias casi iguales, ¿no debían llegar á unirse un día por la fuerza del destino?

El pobre Gantua no medía bien las distancias: era hermoso, pero sólo hermoso hasta cierto punto; hermoso entre las mujeres de cierta clase, porque era uno de los últimos representantes de aquella época de que los actores Bignon y Lafontaine han sido las expresiones más acentuadas.

Si Esther había caminado con el paso de las diosas hacia la suprema distinción, él había avanzado con el paso de los artistas. En su estudio no dejaba de tener aire distinguido; pero en la sociedad, aquel aire distinguido se convertía en maneras teatrales y un tanto vulgares. Se burlaba, no sin razón, de los *dandys*, siempre estrictamente ajustados á la última moda del día, los cuales, según él, eran sólo curiosidades á propósito para el escaparate de un peluquero; pero, á pesar de sus burlas, aquellos hombres

que giraban alrededor de Esther, tenían todos un no sé qué de elegante y desembarazado en sus maneras, que era como recuerdo de *L'Œil de Bœuf*, y esas actitudes no se adquirieron ni en la misma escena, á no ser Menjaud, Bressant ó Delaunay, esos nobles por derecho de conquista, ya que no por derecho de nacimiento. Estando Esther por los nobles, Gantua salía perdiendo. Valdría tanto como ellos; pero ¿por qué no poseía ese aire especial que subyuga á las mujeres, aun á las más discretas, esclavas todas del prestigio del ingenio y de la moda?

La mujer tiene privilegios que no tiene el hombre. Aquella varía y se aristocratiza, según sus medios, mientras que el hombre no puede ennoblecerse sino cambiando de piel.

Después de una noche de insomnio, volvió Gantua para continuar el retrato. Encontró á Esther glacial, pero siempre buena. Quería convencerle por medio de la dulzura de que era su verdadera amiga, porque no quería de ningún modo herir un corazón tan leal. Pero Gantua abusó de la paciencia de aquella mujer, que no tenía nada de paciente. Él le decía:

—Espere V. cinco minutos; un par de pinceladas solamente.

Esther no se estaba quieta; hablaba con él, ó repasaba un papel, sin acordarse de que estaba

allí. Él, por su parte, la devoraba con los ojos; la joven se dignaba algunas veces encenderle los cigarros; todo esto era como otros tantos besos de aquella boca inaccesible para él. Otras veces le dejaba sólo con su retrato, y se marchaba, bien para recibir alguna visita, para vestirse ó para ir al teatro.

Mas de una vez había almorzado con ella; pero permanecía tanto tiempo en la mesa, contándole historias que ya conocía ó que adivinaba, que no le volvió á invitar.

Entonces fué cuando se representó la comedia sentimental que voy á referir.

XII.

La moral en acción.

En vano arrojaba Esther agua al fuego; pues el incendio aumentaba más cada día.

—Ese hombre es un pequeño Vesubio (dijo la Comedianta); afortunadamente no soy Pompeya.

Gantua, por su parte, se decía diariamente:

—¿Quién sabe? El presente es suyo, pero el mañana será mío.

Temiendo fastidiarla, se ciñó estrictamente al papel de amante platónico.

Cuando se terminó el retrato, le escribió Esther lo siguiente:

«Amigo mío: Envío á V. tres billetes, dos que tienen una buena firma, pues llevan la de SOLEIL, y otro que no tiene curso en la plaza, porque está firmado por

»ESTHER.

»Venga V. al teatro á verme cuando trabaje.»

allí. Él, por su parte, la devoraba con los ojos; la joven se dignaba algunas veces encenderle los cigarros; todo esto era como otros tantos besos de aquella boca inaccesible para él. Otras veces le dejaba sólo con su retrato, y se marchaba, bien para recibir alguna visita, para vestirse ó para ir al teatro.

Mas de una vez había almorzado con ella; pero permanecía tanto tiempo en la mesa, contándole historias que ya conocía ó que adivinaba, que no le volvió á invitar.

Entonces fué cuando se representó la comedia sentimental que voy á referir.

XII.

La moral en acción.

En vano arrojaba Esther agua al fuego; pues el incendio aumentaba más cada día.

—Ese hombre es un pequeño Vesubio (dijo la Comedianta); afortunadamente no soy Pompeya.

Gantua, por su parte, se decía diariamente:

—¿Quién sabe? El presente es suyo, pero el mañana será mío.

Temiendo fastidiarla, se ciñó estrictamente al papel de amante platónico.

Cuando se terminó el retrato, le escribió Esther lo siguiente:

«Amigo mío: Envío á V. tres billetes, dos que tienen una buena firma, pues llevan la de SOLEIL, y otro que no tiene curso en la plaza, porque está firmado por

»ESTHER.

»Venga V. al teatro á verme cuando trabaje.»

Esto no consoló á Gantua; su primer impulso fué devolverle en seguida los dos billetes de mil francos, pero temió que se enfadara la Comedianta. Además, su talento, aunque por todos reconocido, no le había proporcionado la riqueza.

El tercer billete no le agradó tampoco mucho. Esther le decía que fuera á verla al teatro, lo cual se parecía á cerrarle las puertas de su casa. Lloró sobre los tres billetes, y también sobre el siguiente, que escribió á la joven:

«Señora: todo lo que procede de V., debe ser sagrado para mí, y no tengo el derecho de rehusar; mis ilusiones se desvanecen; despierto de un adorado ensueño. Espero que algún día me haga V. el obsequio de aceptar un retrato que le ofrezca yo gratis: ese día me consideraré mejor pagado que hoy.»

Y firmó por la primera vez:

PABLO DE FERRIER.

Juzgó que la época de Gantua había ya pasado.

—¡Pobre Gantua! (dijo ella.) ¡Ah! ¡si pudiera uno amar todo lo que es bueno! Pero no se ama sino lo que es malo.

Le escribió otra carta, que reanimó un poco

el corazón del pintor; así es que, después de algunos días de penitencia, volvió á casa de Esther, entre amoroso y resignado.

En esa situación se encontraban, cuando un día, una jovencita muy gentil fué á buscar á la Comedianta.

Muy gentil, pero muy mal vestida, con un sombrero del año anterior, un traje sin fecha, unas botas torcidas, y una sombrilla por paraguas, pues había llovido aquella mañana.

Esther no quería recibirla; pero dispensó el traje en gracia del rostro, rostro entristecido por los pesares, pero puramente parisiense, y simpático por consiguiente.

—Supongo (le dijo Esther) que querrá V. una carta de recomendación para algún teatro.

—No, señora.

—¿En qué puedo servirla entonces?

La recién llegada rompió á llorar.... Pero aquellas no eran lágrimas de teatro....

Esther tomó cinco monedas de veinte francos de sobre la chimenea para dárselas.

—¡Oh, señora! Doy á V. gracias, pero no es eso.

Entonces la curiosidad de la Comedianta se despertó.

—Si no es eso, ¿qué es entonces?

Y le tomó una mano.

—Señora, no me atrevo á decírselo á V.

—Hable V.; ya la escucho.

Entonces, toda llorosa, pálida y demudada, se dejó caer sobre una silla y refirió, con voz cortada por los sollozos, que era muy desgraciada, porque un joven pintor, con quien debía casarse, se había enamorado perdidamente de una comedianta.

Esther comprendió.

—Entiendo á V., mi pobre niña; se ha figurado V. que le voy á quitar su amante.

—Sí, señora.

—Pero no del todo.

—¡Oh, señora! ¡no está jamás en casa!

—¿Sabe V., pues, que viene aquí?

—Seguramente. Le he seguido tres ó cuatro veces. Ayer, sin ir más lejos, me encontré á la puerta de esta casa, y faltó poco para que me pegara, porque le quise impedir que llamara. ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

—¡Le ama V. mucho!

—Sí, señora; con locura. Por él abandoné á mi familia. Me ha jurado que se casará conmigo. Después he vuelto á Fontainebleau, á casa de mi madre; pero me recibieron tan mal, que he tenido que vivir de mi trabajo, aunque mi padre tiene alguna fortuna. Ahora estoy tan desesperada, que mi único pensamiento es arrojarme al Sena. Poco me faltó ayer para concluir con mi vida. Pero me ocurrió la idea de venir á

ver á V. Las actrices son buenas. No puede V. querer mi muerte, arrebatándome el hombre que amo.

—Ciertamente, hija mía; pero nunca he tenido intención de quitárselo á V.; al contrario. Sin embargo, para que se le desvanezca á V. cualquier recelo, quiero probarle que ha hecho V. muy bien en venir. ¿Ha almorzado V.?

—No, señora.

—Pues bien: almorzaré V. conmigo. Al mismo tiempo buscaremos el mejor medio para que todo el mundo quede contento. Ante todo, ¿cómo se llama V.?

—Eugenia Rivière.

—¡Pobre niña! Tiene V. un apellido predeterminado á echarse al agua. ¿Cómo conoció V. á M. Pablo de Ferrier?

—Porque yo tengo un tío en Barbizon, que es pintor, y allí encontraba á Gantua muy á menudo.

—¿Y era V. muy dichosa al principio?

—Sí. ¡Ha querido hacer mi retrato; no lo concluyó!...

—Conozco ese sistema. Naturalmente, habrá V. perdido la cabeza al mismo tiempo que el corazón. ¿Se habrá apoderado de V. por asalto?

Eugenia Rivière enrojeció hasta las orejas: un rubor de niña honesta á quien el amor no ha hecho impura.

—No me acuerdo, señora.

Almorzaron, y convinieron en representar una pequeña comedia, para traer al pintor otra vez al buen camino.

Se empezó por enviarle la siguiente carta:

«*Mi querido Van Dyck: Me parece haber prometido á V. cierto día una entrevista: venga V. esta noche á comer conmigo, á las ocho en punto.*

»ESTHER.»

Grande fué la alegría de Gantua al leer aquella carta, que le parecía mentira.

—¡Al fin!—exclamó.

Y como el orgullo es siempre de la partida, continuó:

—Ya sabía yo muy bien que al fin pasaría esto.

Estaba pintando un paisaje en su estudio. Tiró los pinceles, y se estuvo una hora larga arreglándose.

Cuando hizo su entrada en casa de la Comedianta, estaba soberbio. Era una hermosa tarde de verano

Esther le recibió con una dulzura desconocida para él. Un poco más, y hubiera querido tomar un adelanto á cuenta de su soñada felicidad; pero ella le contuvo con estas palabras:

—Aún no hemos llegado ahí.

Le pidió permiso para ir á inspeccionar la comida.

—Mientras, puede V. quedarse en este saloncito leyendo los periódicos.

El pintor se puso á leer el folletín de un diario de la noche; entre líneas leyó otro folletín muy diferente.

Estaba tan contento, que se preguntaba si no estaría demasiado alegre cuando llegara el momento de romper las hostilidades.

Gantua no desconfiaba de nada.

Un instante después, le sacó Esther de sus deliciosos ensueños, y, cogiéndose á su brazo, le condujo al comedor.

—Siéntese V., y espéreme cinco minutos.

El pintor se entretuvo en el *ménu*: lo que le sorprendió más agradablemente fué el *chateau-yquen, le clos-rougeot*, y el *champagne-frappé*.

—¡Vinos elocuentes!—murmuró.

Al cabo de cinco minutos, apareció Esther. Nunca un espectáculo más imprevisto sorprendió á ningún enamorado.

Esther abrió una puerta, y apareció metamorfoseada en doncella de buena casa, al mismo tiempo que en criada de Molière, y quizás de Marivaux, por la coquetería de su cofia y por la forma de su delantal. Si el traje hubiera caído, se hubiera convertido aquel en una verdadera hoja de parra.

Gantua no comprendía aquéllo: el menú se le escapó de la mano.

La escena se complicó: su prometida había entrado detrás de Esther.

Ésta tomó la mano de aquélla.

—Señor de Ferrier, tengo el honor de presentar á V. á la señorita Eugenia Rivière, vulgo Nini Rivière, que V. mismo debía haberme presentado antes.

De pronto se levantó Gantua, como si el demonio le hubiera cogido por los cabellos.

Sí, sí; era la misma Nini Rivière, pero muy diferente, porque Esther se había pasado dos horas arreglándole uno de sus trajes.

Se había divertido en vestir á la joven de arriba abajo, según la última moda. Ella, en cambio, había cubierto sus cabellos con una cofia de cinco francos.

El pintor, extraordinariamente sorprendido, no acertaba á pronunciar palabra.

De repente una idea terrible le hizo palidecer y volver en sí. Era un pensamiento indigno de la protectora y de la protegida. ¡Ingrato! Creyó que Esther se había encargado de la educación de su prometida para lanzarla luego al mundo galante. Experimentó un sentimiento tan grande de desagrado, que su amor por la Comedianta vino á refluir sobre Nini Rivière.

Por poco no le arranca el traje á la joven;

pero Esther no le dejó mucho tiempo en aquel error.

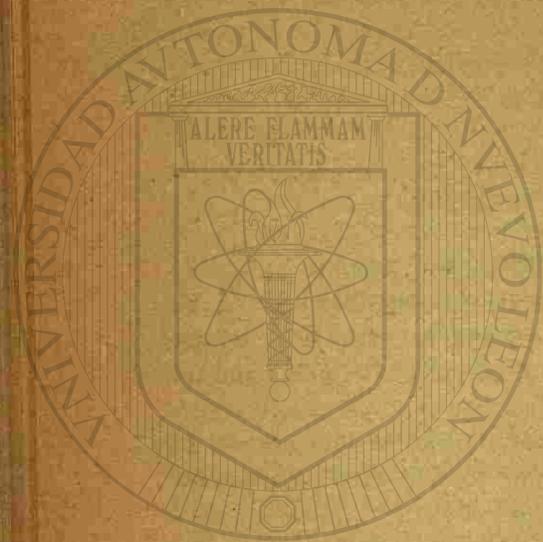
—Vamos (dijo); hoy es la comida de desposados; no solamente doy de comer á los dos, sino que yo misma serviré á Vds., lo cual entiendo un poco, pues he representado más de una vez las criadas de Molière. Mucho me voy á divertir viendo dos personas dichosas.

La prometida de Gantua, conmovida con las palabras de Esther, lloraba como una niña. Gantua tampoco ocultaba sus lágrimas.

Esther ocultó las suyas, pensando que la felicidad estaba allí, y era el amor de aquellos dos seres.

—Caballero (dijo al joven pintor), mi amiga Nini Rivière no es una mujer: ¡es un ángel! Quiere que sea mi amiga; pero deseo también que se case V. con ella....; y con la mano derecha.

¿Por qué Gantua no se casó al fin con Nini Rivière con la mano derecha? Probablemente, porque ya se habrían casado con la izquierda.



XIII.

Cómo Esther estuvo á punto de salvar á una mujer.

Esther amó siempre la comedia en acción. He aquí otra que representó, sin figurarse que jugaba con fuego. Había jurado á M. de La Marche que durante su ausencia tendría su puerta cerrada á todo el mundo; estaba loca por él; no quería sustraerse ni un instante á aquellas rosadas nubes.

«Más que nunca (le escribía en su primera carta), me dedico tan sólo al arte; he vuelto á ser la impecable Esther; los hombres son para mí tan solo espectadores; si trataran de decirme algunas frases galantes, ladraría como el perro que tú me has dado.»

Pero ocurrió lo siguiente: M. de Ravigny, nombrado ministro en América, acababa de partir para su destino, sin su mujer, que le había seguido á Roma cuando era secretario de

embajada. ¿Por qué la esposa de M. de Ravigny no cruzaba el Océano? ¡Misterio! Se decía: «tiene miedo al mar»; también se murmuraba: «el Ministro volverá pronto, pero volverá demasiado tarde.» Esther creía muy noble acción defenderle: siempre conservaba en su corazón un recuerdo demasiado vivo de su primer enamorado. M. de La Marche se había apoderado de su corazón y de su vida; pero, para desgracia de los ausentes, la mujer no se mantiene siempre de ilusiones. Lejos de M. de La Marche, su recuerdo se oscureció algún tanto, mientras que M. de Ravigny apareció bajo las brumas del olvido. No se podía explicar aquel marido en el nuevo mundo y aquella mujer en el antiguo.

—Yo (dijo ella), no le hubiera dejado partir solo si hubiera sido marquesa de Ravigny.

Para recordarle otros días de feliz recuerdo, le escribía el diplomático lo siguiente:

«Quizás se habrá V. figurado, mi querida amiga, que nadie se acuerda de V. en el fin del mundo; pero hasta en el fin del mundo es V. célebre. Figúrese V. que ayer algunos comediantes que han venido á Boston, han tenido la poca vergüenza de hacer los papeles de V. Ahora bien: como aquí hay muchas personas de buen gusto, que se pusieron á gritar: «¡Es-

ther! ¡Esther! ¡Esther!», los pobres diablos no pudieron continuar. Refiero á V. esto como una advertencia. Si algún día viene V. á América, no serán manzanas cocidas, sino dollars, los que lloverán sobre V.; regresará V. á Francia con una fortuna, después de haber entusiasmado á la América del Norte y á la del Sur, si llega V. hasta allí. Esta carta no tiene más objeto que decir á V. lo anterior; me equivoco; quería decir á V. también que su recuerdo es mi verdadero compañero de viaje. Cuando éste huye, le evoco de nuevo, escribiendo una comedia en la cual se ría, pero al mismo tiempo se llora. Título: LAS EQUIVOCACIONES DEL CORAZÓN. Su moraleja la siguiente: *Nunca sabe uno en dónde se oculta la felicidad, y he ahí la razón por la que pasa uno por su lado sin siquiera sospecharlo.»*

—Bueno (dijo Esther): éste no se anda con rodeos para volver hacia mí. Bien sabía yo que recompensaría al cabo mis lágrimas.

Puso uno enfrente de otro el recuerdo de M. de Ravigny y el de M. de La Marche. Sintió que si el primero la seducía con la poesía de la juventud, el segundo la encadenaba por el atractivo y la fuerza de la pasión.

—Es igual (murmuró al fin); ya veremos.

Y volvió á leer la carta, murmurando: «He

aquí, pues, la fragilidad de ese sacramento que se llama el matrimonio. Al cabo de dos años, sólo se desea romper los lazos que le sujetan á uno, á menos de ser padre de familia. De buena gana conocería el estado del alma de la señora de Ravigny.»

Esto le fué bien fácil á Esther. Aquella misma noche, aunque la puerta de su cuarto estaba casi cerrada para todo el mundo, recibió á algunos amigos después de la representación. Con gran arte, con indiferencia, y como incidentalmente, hizo recaer la conversación sobre M. de Ravigny.

—Uno de mis primeros adoradores,—dijo ella.

Y después añadió con dignidad:

—¡Y siempre bien favorecido en todo por la fortuna!

Le respondieron que M. de Ravigny estaba muy lejos, y que, en su ausencia, se consolaba su esposa dirigiendo el cotillón en los salones de las Duquesas.

—Le agrada mucho más dirigir el cotillón que dirigirse á sí misma,—se atrevió á decir uno de los *dandys* allí presentes.

Con motivo de estas palabras, hizo Esther una viva defensa de la Marquesa.

—No hablemos tan ligeramente de esa joven. ¿Es culpa suya ser bonita? Tan buena opinión

tienen Vds. formada de Vds. mismos, que, al escucharlos, cualquiera se creería que todas las mujeres del gran mundo estaban comprometidas.

El que anteriormente había hablado respondió:

—Pida V. á mi vecino noticias suyas, puesto que ha *cotillonado* con ella.

—¡Cotillonado! ¡cotillonado! (dijo el aludido); no acepto esa palabra; solamente he dirigido el cotillón con la marquesa de Ravigny.

Esther fijó una penetrante mirada en el que acababa de hablar.

—¡Ah! no me había V. contado eso; me había V. hecho creer que solamente le agradaba el teatro.

Aquel á quien dirigía estas palabras era también un diplomático, que llevaba un nombre célebre durante el primer imperio. Se decía también, sin ofender por esto á su madre, que era hijo de Napoleón I. César no se ofendía por ser hijo de Venus, ni el conde Napoleowski, y le damos ese nombre por no designarle por el suyo, tampoco se resentía por serlo del Emperador.

No poseta quizás el genio de aquel; pero su rostro era tan idéntico como si la misma Leticia le hubiera dado el ser. Estaba muy de moda en el teatro y en todas partes; pero donde

más sobresalía era en la corte y en los placeres.

Como M. de Ravigny, había hecho también sus ensayos de escritor dramático, y naturalmente se había hecho presentar á Esther, que se fijó bastante en él, menos por su nombre que por su figura; pero, gracias al recuerdo de M. de La Marche, acogió, riéndose, sus incendiarias declaraciones.

Aquella noche cambió de opinión, invitándole para almorzar al siguiente día.

—Almorzaremos mal (le dijo); pero charlaremos bien.

—Si se dignara V. venir á mi casa, almorzaríamos bien y charlaríamos mejor.

Esther le contestó con un verso de una comedia:

Vuestra casa, señor, no está en mi camino.

El Conde se resignó á almorzar mal, lo cual sucedía siempre en casa de Esther, en donde las cocineras no se enriquecían con la sisa, pues se comía cualquier cosa.

Alfredo de Musset ha hablado de una cena en casa de Mlle. Rachel; los almuerzos de Mlle. Esther eran de la misma especie.

He aquí el menú completamente napoleónico que esperaba al hijo de Napoleón I.

Salchichón al ajo de Tolou.
Tortilla de jamón de Mayenza.
Embuchados á la Bonaparte.
Pollo á la Marengo.
Bomba helada á la Moscowa.

Si hubiera tomado parte en el *ménu* una buena cocinera, hubiera habido sin duda algo para almorzar; pero de aquella lista, en la cual aparecía Esther imperialista acérrima, había que rebajar el pollo, que había dirigido su vuelo hacia Marengo, y la bomba helada, que se había fundido en las nieves de la Moscowa, quedando tan solo el salchichón, la tortilla y el embuchado.

Pero esto le importaba poco al Conde Napoleowski, que no era un glotón, sino un enamorado.

Esther empezó por quererle confesar; vió que no tenía reparo en confesarle que tenía capricho por una mujer del gran mundo, y no dudó un momento que aquella mujer fuera la marquesa de Ravigny.

—¿En dónde ha estado V. con esa bella dama?—le preguntó ella.

—No sé nada más,—respondió el Conde.

Y añadió después de un momento:

—Quizás V. me lo pueda decir.

Y le alargó un pequeño billete, sin armas, corona ni cifra, en donde se leían las siguientes

palabras, escritas con patas de mosca. Aún no se había introducido en la escritura la moda de los grandes palotes estilo Luís XIV.

«*Conoce V. mi divisa, «mañana.» Ahora bien: no ignora V. que «mañana» pertenece á Dios. No venga V. hoy.»*

—He aquí el enigma (dijo el Conde). Adivine V.

—La esfinge diría probablemente que era una cita para pasado mañana.

—Eso mismo he pensado, y le he escrito anunciando mi visita para ese día.

—¿Á qué hora, señor Tenorio?

—¡Pardiez! Á la hora que no recibe á nadie. Esther saltó en su asiento, por decirlo así, y

exclamó:

—¡No irá V.!

—¿Prefiere V. que venga aquí?

—Quizás.

El Conde, que estaba muypreciado de sí mismo, no dudó un momento de que Esther se hubiera enamorado de él.

Aparte de todo, era una conquista que valía tanto como la otra; además, ¿no tenía tiempo de sobra para volver á encontrar á la Marquesa?

Estaba colocado enfrente de Esther; se levantó, y fué á sentarse á su lado.

—Esa mesa nos tenía colocados en polos opuestos.

—Sí (dijo Esther); el uno en el hielo y el otro en el fuego.

—Yo soy el que está en el fuego.

—Pues bien, siga V. en él. Ahora tengo que añadir á lo dicho, que no quiero que vuelva V. á casa de la marquesa de Ravigny, porque sé perfectamente que es ella la que ha escrito á V. He conocido su letra.

El Conde creyó de buena fe aquella mentira.

—Tengo mucho gusto, mi querido amigo, en que me haga V. la corte; quién sabe lo que puede suceder; pero V. es leal; su nombre le obliga. Júreme V. que abandonará toda idea de conquista respecto de la marquesa de Ravigny.

El Conde juró por todos los dioses que no conocía más que una sola mujer adorable, y esa era Esther.

Ésta le respondió que el juramento no bastaba. Tiró de la campanilla. Le llevaron una escribanía y papel. Tomó una pluma, y se la presentó al Conde. El joven conocía los autores: escribió las mismas palabras que estampó Sofía Arnould, bajo la firma en blanco de un célebre contratista general:

Juro amarte toda la vida.

Aún se recuerda la historia: Sofía Arnould podía haber puesto: *Vale por cien mil fran-*

cos; pero como era una buena muchacha, y el contratista general había perdido las tres cuartas partes de su fortuna, le hizo presentar de aquel modo su carta-orden. El buen hombre no tenía más que lágrimas, y las derramó sobre aquella conmovedora expresión de un amor perdido.

—Está bien (dijo Esther); todavía no hemos llegado al tú por tú; pero puesto que á casa de V. concurre buena sociedad, si me convida V. esta noche á comer, aceptaré su convite.

XIV.

Pero antes de ir á comer á casa del Conde, escribió Esther la siguiente carta á M. de Ravigny:

«Mi querido amigo: Advierto á V. que corre gran peligro de representar Sganarello, si no regresa V. á París; afortunadamente para V., siempre le quiero bien, y he procurado apagar el incendio. Hay aquí un hombre que V. conoce, el cual vuelve locas á todas las mujeres; es una epidemia, es un volcán; no dudo que su mujer de V. será capaz de resistir hasta al mismo conde de Orsay; pero como es preciso que no se dude ni un momento de la esposa de M. de Ravigny, creo necesario que venga V. en seguida. Si no está V. aquí antes de un mes ó la hace V. partir para esa en el primer paquete, no respondo de nada.... á menos que no me sacrifique yo por salvar á su esposa, que sería lo mismo que salvar el honor de V.... ¿Comprende V.?»

»ESTHER.»

cos; pero como era una buena muchacha, y el contratista general había perdido las tres cuartas partes de su fortuna, le hizo presentar de aquel modo su carta-orden. El buen hombre no tenía más que lágrimas, y las derramó sobre aquella conmovedora expresión de un amor perdido.

—Está bien (dijo Esther); todavía no hemos llegado al tú por tú; pero puesto que á casa de V. concurre buena sociedad, si me convida V. esta noche á comer, aceptaré su convite.

XIV.

Pero antes de ir á comer á casa del Conde, escribió Esther la siguiente carta á M. de Ravigny:

«Mi querido amigo: Advierto á V. que corre gran peligro de representar Sganarello, si no regresa V. á París; afortunadamente para V., siempre le quiero bien, y he procurado apagar el incendio. Hay aquí un hombre que V. conoce, el cual vuelve locas á todas las mujeres; es una epidemia, es un volcán; no dudo que su mujer de V. será capaz de resistir hasta al mismo conde de Orsay; pero como es preciso que no se dude ni un momento de la esposa de M. de Ravigny, creo necesario que venga V. en seguida. Si no está V. aquí antes de un mes ó la hace V. partir para esa en el primer paquete, no respondo de nada.... á menos que no me sacrifique yo por salvar á su esposa, que sería lo mismo que salvar el honor de V.... ¿Comprende V.?»

»ESTHER.»

Á esta carta de una amiga verdadera, contestó M. de Ravigny sin apresurarse, y como un hombre que no tiene miedo de nada. He aquí su carta:

«Mi bella amiga: No tenga V. ningún cuidado por los peligros que corra la Marquesa, pues es mujer que no cae al abismo aunque recoja flores á su orilla. Es de la familia de las mujeres que se ríen y no toman nada en serio. Puede dar cien vueltas á diez como el Conde. No acepto, pues, el sacrificio de V., pues sabe V. muy bien que mi amistad se ha vuelto celosa.»

El Marqués firmaba sólo con una R.

Al leer esta carta, sintió Esther como una puñalada en el corazón. Aquello era lo que recogía en premio de tanto amor y tanta bondad. ¡Tan sólo aquellas palabras tan frías, en el momento en que ella le abría los brazos! Conocía muy bien el corazón humano, pero no comprendía esa mundana vanidad que ciega á tantos maridos, y la cual puede resumirse en estas palabras: «¡Mi mujer no puede hacerme traición, porque es mi mujer!»

Esther derramó una última lágrima; pero esta vez era definitivamente el epitafio de su primer amor. Hiciera lo que hiciera ya M. de Ravigny, no se hubiera dignado volver á verle;

hiciera lo que hiciera su esposa, no se interpondría para salvarla. Pero el sacrificio estaba ya consumado; el diplomático había tardado en contestar; el Conde la amenazó un día con volver á casa de la Marquesa, y tuvo que sujetarlo con la dulce cadena de sus brazos.

MORALEJA.—El Conde no regresó sino cuatro meses después de haber representado Esther con tanta abnegación aquella comedia sentimental. Era ya demasiado tarde: encontró en la habitación de su mujer, entre once y doce, á otro primo de ella, un gallardo capitán de húsares, que había ido á revistar sin duda las gracias de la Marquesa.

Corrió la voz en el mundo elegante de que se había verificado un duelo, en el cual había resultado el marido con una herida muy grave. ¿Por qué se había batido? En alta voz se dijo que había sido por una bailarina de la Ópera; pero se añadía, en voz baja, que el verdadero motivo era una mujer ultrajada como Lucrecia. Seis meses después, hubo separación de cuerpo, por incompatibilidad de todo, entre el Marqués y la Marquesa. Cuando se lo refirieron á Esther, se contentó con responder:

—¿M. de Ravigny?... No le conozco.

Estas palabras fueron el obstáculo que impidió á M. de Ravigny decir á Esther que era una adivina.

Esther esperaba ver alguna vez de cerca á la señora de Ravigny: un día que se hallaba fumando unos cigarrillos con Napoleowski, le pasaron las tarjetas de dos señoras que iban pidiendo para los pobres; una era la baronesa de Marville y la otra la marquesa de Ravigny.

—No las recibas,—le dijo su amante.

—¡Oh! (respondió ella): no quiero perder la ocasión de ver cara á cara á la que te ama siempre.

Napoleowski conocía la voluntad soberana de Esther. Se ocultó, pues, en el tocador, casi al mismo tiempo que entraban las dos señoras. La Baronesa iba por los pobres; la Marquesa por curiosidad. Quería conocer á aquella mujer que había estado á punto de quitarle el marido y le había arrebatado el amante. No desesperaba, además, de encontrar allí al uno ó al otro. Hubiera sido una aventura. Á las mujeres de mundo les agradan las aventuras.

Esther estuvo irreprochable por su dignidad y por su gracia, lo cual desconcertó á la Marquesa, porque ya en aquel tiempo muchas señoras del barrio Saint-Germain prescindían algún tanto de la rigidez de la etiqueta, adoptando un abandono que ha llevado el desorden á la buena sociedad. Habló de los pobres, porque se contaba entre las más caritativas; pero también habló de modas, trajes, alhajas y otras mil co-

sas, por alargar su visita. Estaban en el gabinete. Esther las hizo ir al salón.

La Marquesa, después de pasar revista á todo, fingió equivocarse de puerta, y penetró en el comedor. Esther comprendió que la dama esperaba encontrar en su casa alguna persona á la que buscaba por todas partes; así es que se entretuvo en conducir á su alcoba á la señora de Ravigny.

—¡Qué maravilloso nido! (exclamó la Marquesa.) ¡Qué feliz debe ser aquí una mujer!

—¡Oh, señora!: la felicidad se burla de los mobiliarios.

—Pues bien; yo lo sería.

—Ya se desengañaría V., si se viera V. condenada á salir á la escena y á vivir en mi casa.

—Si fuera una gran comedianta como V.

—Las mujeres del gran mundo no tienen necesidad de pasar por el Conservatorio para saber representar comedias. ¿Quiere V. ver la cocina, señora?

La Marquesa comprendió que había ido demasiado lejos, y se retiró, tendiendo la mano á Esther.

Algunos días después las reunió la casualidad en un hotel, en el que la Comedianta representaba un sainete. Se saludaron con la máscara de la amabilidad. Durante la noche se encontra-

ron reunidas al ir á salir ambas por una misma puerta. La Marquesa se detuvo, y dijo á Esther:

—¡Pase V., gran comedianta!

—Después de V.!—respondió Esther á la Marquesa.

XV.

El orgullo.

Paseaba una mañana con Esther por los Campos Elíseos.

—«Aquí he venido yo cuando tocaba la guitarra,» me dijo. Y añadió después de un momento: «Aquí tuve tentaciones del diablo, como Jesús en la montaña. Ya desplegaba París su cola de pavo real en los Campos Elíseos como hoy día. Paseaba por aquí su lujo, su belleza y su orgullo. La una, orgullosa de su marido ó de su amante; la otra, de sus caballos ingleses; la de más allá, por recibir el saludo de los hombres más hermosos. Recuerdo que dije á mi hermana Valfa:

—»Mira, llegará un día en que habré salvado todos los obstáculos de la miseria y pasearé por aquí:

»Con mi lujo;

»Con mi belleza;

»Con mi orgullo.»

—Y bien (le preguntó): ¿ha franqueado V.

ron reunidas al ir á salir ambas por una misma puerta. La Marquesa se detuvo, y dijo á Esther:

—¡Pase V., gran comedianta!

—Después de V.!—respondió Esther á la Marquesa.

XV.

El orgullo.

Paseaba una mañana con Esther por los Campos Elíseos.

—«Aquí he venido yo cuando tocaba la guitarra,» me dijo. Y añadió después de un momento: «Aquí tuve tentaciones del diablo, como Jesús en la montaña. Ya desplegaba París su cola de pavo real en los Campos Elíseos como hoy día. Paseaba por aquí su lujo, su belleza y su orgullo. La una, orgullosa de su marido ó de su amante; la otra, de sus caballos ingleses; la de más allá, por recibir el saludo de los hombres más hermosos. Recuerdo que dije á mi hermana Valfa:

—»Mira, llegará un día en que habré salvado todos los obstáculos de la miseria y pasearé por aquí:

»Con mi lujo;

»Con mi belleza;

»Con mi orgullo.»

—Y bien (le preguntó): ¿ha franqueado V.

todos los obstáculos? ¿Le ha divertido á V. eso?

—Sí tal; me he sentido alegre como la alondra que sube, sube y sube cantando; me he embriagado en el éter; pero llegó el momento en que no pude subir más alto. Aquel día he comprendido, al descender sobre la tierra, rotas las alas, que el orgullo no es más que una vana ilusión que pasa y se desvanece. Aspiramos á todo; pero no abarcamos nada.

—Lo más sabio (le dije yo), es quizás no aspirar á nada, y abarcarlo todo.

XVI.

Esther en escena.

Los que no han conocido bien á Esther, han dicho que sólo era una gran trágica, por la tradición.

—¡Es verdad! Samsón, que era un gran maestro, pudo recordarle el estilo tradicional de Mlle. Duchesnois y de Mlle. Georges; pero tenía demasiado talento para querer sujetar aquella joven naturaleza llena de fuego y de inspiración. Es sabido, además, que Samsón decía mal los versos de tragedia, no por falta de inteligencia, sino por falta de voz y de entusiasmo. Había nacido para representar en frío papeles cómicos, pero de ninguna manera los trágicos.

Lo que daba tan hermoso carácter á la gran artista, era que aparecía al principio sobre la escena como una estatua de mármol. Su pedestal era su dignidad. Se reconocía en seguida á la hija de los dioses. Una santa emoción recorría el teatro, dejándose sentir en todos los corazones. No había ni un solo espectador que no se

todos los obstáculos? ¿Le ha divertido á V. eso?

—Sí tal; me he sentido alegre como la alondra que sube, sube y sube cantando; me he embriagado en el éter; pero llegó el momento en que no pude subir más alto. Aquel día he comprendido, al descender sobre la tierra, rotas las alas, que el orgullo no es más que una vana ilusión que pasa y se desvanece. Aspiramos á todo; pero no abarcamos nada.

—Lo más sabio (le dije yo), es quizás no aspirar á nada, y abarcarlo todo.

XVI.

Esther en escena.

Los que no han conocido bien á Esther, han dicho que sólo era una gran trágica, por la tradición.

—¡Es verdad! Samsón, que era un gran maestro, pudo recordarle el estilo tradicional de Mlle. Duchesnois y de Mlle. Georges; pero tenía demasiado talento para querer sujetar aquella joven naturaleza llena de fuego y de inspiración. Es sabido, además, que Samsón decía mal los versos de tragedia, no por falta de inteligencia, sino por falta de voz y de entusiasmo. Había nacido para representar en frío papeles cómicos, pero de ninguna manera los trágicos.

Lo que daba tan hermoso carácter á la gran artista, era que aparecía al principio sobre la escena como una estatua de mármol. Su pedestal era su dignidad. Se reconocía en seguida á la hija de los dioses. Una santa emoción recorría el teatro, dejándose sentir en todos los corazones. No había ni un solo espectador que no se

sintiera engrandecido por el espectáculo de aquella Galatea inmóvil, pero que iba á descender de su pedestal, con todos los ardientes rayos de la pasión. Si representaba Fedra, no había ni un parisién en la sala; los griegos de Eschylo y de Sophocles ocupaban todas las localidades. En la época de Luís XIV, de Luís XV y de Luís XVI, la Fedra de Racine era una mujer moderna, sometida á todas las pasiones renovadas por el cristianismo. Gracias á Esther, Fedra volvió á ser la mujer de la antigüedad; por esto me sorprende que Chateaubriand, después de haber visto á Fedra interpretada por Esther, con aquella expresión de desesperación amorosa y de furor apasionado, haya dicho: «Fedra, que se hubiera consolado de una eternidad de sufrimientos si hubiera disfrutado de un solo instante de felicidad, no está en el carácter de los tiempos pasados; aquella mujer es la cristiana réproba; es la pecadora que cae palpitante en manos de Dios; su palabra es la palabra del condenado.» No: Esther, la hija de la Biblia, convertida en la hija de Eschylo, es de aquella época, de la cabeza á los piés, lo mismo por la energía de su figura que por la energía del corazón.

Cuando Esther se encarnaba, por decirlo así, en un papel del antiguo ó del nuevo repertorio, desanimaba á sus amigos hasta llegar á la primera representación, y hasta la segunda si le

abandonaba la inspiración en la primera. Todos sus estudios habían sido inútiles. Pero de pronto, el genio la arrastraba, y arrebatava á todo el mundo. Solía decirme en las primeras representaciones: «Entusiasmo, porque yo misma me siento arrastrada por él.» Extendía los brazos en la escena como el pájaro abre sus alas. Comprendía, además, que había demasiados periodistas entre los espectadores, y muchos de éstos no siempre eran partidarios suyos, bien fuera por que pareciera desdeñarlos, ó porque su mesa fuera demasiado pequeña para reunirlos á todos.—«¡ Á fe mía (exclamaba), no podría contentar á todo el mundo y á los periodistas.» ¡He conocido á algunos que por la cosa más pequeña criticaban á la gran artista! Ocurrió, además, querer eclipsarla, poniéndole delante otra actriz. Por eso fué por lo que hicieron de la señorita Maxime una gran trágica; Julio Janin declaró que la crítica estaba de acuerdo para aplaudir á la señorita Maxime enfrente de Esther. Pero no fué bastante aplaudir á aquella; se silbó á esta última.—«¡ Ah! (exclamó Esther.) ¡Qué harían si me hubiera quedado sin voz, sin pasión? Quizás creerán Vds. que no tomaré mi revancha; pensarán acaso que sucumbiré en sus comparaciones. ¡No; se equivocan! ¡No, no será así; quiero reinar, y quiero reinar yo sola!»

Se representó la tragedia de Lebrun, *Marta*

Stuart. Esther hacía el papel de María Stuart, Mlle. Maxime el de la reina Isabel. Hasta entonces había representado Esther la obra sin elevarse casi por encima de la poesía de aquella tragedia, que no era ninguna obra maestra. Pero en aquella ocasión apareció delante de Mlle. Maxime, sorprendente, soberbia. «Aquello fué un esfuerzo increíble del genio, una pasión que llegaba hasta el delirio.» Mlle. Maxime, llena de sorpresa, confundida, retrocedió espantada; la miraba con huraños ojos, y humillada y aterrada al mismo tiempo, no se atrevía á levantar la cabeza; entonces fué cuando Esther exclamó, con el desprecio en la boca y el fuego en la mirada:

«Hundo el puñal en el seno de mi rival.»

Mlle. Maxime no volvió á levantarse nunca, digámoslo así: fué como una ejecución capital, efectuada delante de todo París; como consecuencia de esto, tan sólo fuera de la capital se atrevieron á representar las trágicas medianas.

Tan familiar le era la tragedia del tiempo de Luís XIV, como rebelde se mostraba para las obras maestras de otras épocas; pero, aunque se diga esto, siempre puso el sentimiento escénico en sus nuevas creaciones. Era de aquellas que lo saben todo sin haber aprendido nada. Llevaba tan lejos su desdén hacia el estudio inútil, que más de una vez ha representado papeles en

obras que jamás había visto ni leído. Se encarnaba en el papel, ó bien éste se encarnaba en ella, sin cuidarse de lo que hablaran los demás, diciendo: «¡Qué me importa! Yo sola soy la obra.» Es necesario perdonarla, al pensar en aquella vida de artista y de mujer de mundo, que tan poco tiempo le dejaba para dedicar al sueño. Se la acusaba también de no comprender bien sus papeles cuando representaba la comedia: pura necedad de la crítica. Gracias á su expresiva dicción, á su penetrante inteligencia y á su movible fisonomía, todas sus palabras eran perfectamente comprendidas; ejercía tal atracción en los espectadores, «que se sentía el vuelo de las moscas,» según decía Julio Janin. Debía su fuerza trágica á su elevada estatura, á su bien colocada cabeza, á la casta desenvoltura de todo su cuerpo y á su andar de diosa, que parecía no sentar nunca su planta más que sobre las nubes. Es que existía en ella algo de sobrehumano. Sus hermosos ojos tenían un poder incomparable; siempre húmedos, siempre ardientes, conmovían y encantaban todos los corazones. Desde el momento en que aparecía en escena, los más rebeldes capitulaban ante aquellas miradas de fuego y ante aquel aire de majestad.

Se la acusaba también de ser siempre la misma y de representar todos los papeles bajo la figura de Esther. Atendiendo á esta crítica, se

consideró feliz al representar muy á propósito, en *Valeria*, una emperatriz y una cortesana. Se decía : «Hará bien el papel de emperatriz, pero ¿y el de cortesana?» Ahora bien : Esther hizo tan bien el de Licisca como el de Mesalina. Entre sus contemporáneos, ninguno ha olvidado la expresión, la alegría, el brío, el encanto de la cortesana romana con que caracterizó su papel. Estaba sublime cuando, con la copa en la mano, cantaba su himno al amor, un desafío y una imprecación al mismo tiempo. Á pesar de eso, decían sus enemigos que si representaba bien, era porque sus maestros se lo marcaban todo como en un papel de música, fijándose siempre en las notas conocidas, y encadenando la pasión con el estudio. No se comprende entonces por qué no entusiasman al público los que representan de aquel modo. Se ha dicho de Lamartine:

«Lamartine es un ignorante, que no conoce más que su corazón.» Lo mismo se podía decir de Esther. ¡Qué importa! : tanto mejor, puesto que Lamartine fué un gran poeta, y Esther una gran comedianta. ¡Pidan Vds. á todos los sabios de la Sorbona que escriban las obras de Lamartine, y á todos los eruditos del Conservatorio que representen los papeles de Esther!

XVII.

Esther como mujer de mundo.

En los tiempos en que Esther tenía aspiraciones mundanas, todos los salones le abrían sus puertas de par en par, porque en ella había algo de Princesa, lo mismo como mujer que como comedianta. Fué recibida y considerada como una potencia en los salones políticos. Conquistar á Esther, era conquistar un eco muy atendido por la opinión pública. El conde Molé, el más austero de los hombres políticos, aun delante del intransigente Guizot, dió una comida en honor de la gran Comedianta. No la colocó á su derecha, diciéndole:

—Quiero colocar á V. en lugar más preferente que ese, poniendo á V. á la derecha del príncipe de Tourville.

No dudó, al hacer esto, que publicaba las amonestaciones de un matrimonio de la mano izquierda; pero el Príncipe, aunque lobo de mar, no se lanzó en seguida al abordaje. Con Esther era siempre preciso parlamentar, pues le con-

quistaba á uno al momento con sus seducciones. Su dignidad, á la vez natural y estudiada, detenía á los más intrépidos. De aquel banquete se habló mucho en el teatro. El conde Molé dijo á Esther :

—No solamente nos encanta V. con su exquisito arte de expresarse y su genio artístico, sino que hace V. huir á los bárbaros.

Quería decir Hugo, Dumas y otros, porque al anciano ministro no le agradaba la poesía contemporánea. Se creía nacido en el gran siglo, y no admitía más que los maestros reconocidos como tales.

Así hacen todos los hombres que niegan su siglo, los cuales son ministros tan malos como pésimos críticos.

Esther se inclinó. El Conde continuó doctoralmente un sermón literario, que terminó con estas palabras:

—Seguramente que la lengua francesa tendrá que deber á V. un eterno reconocimiento por haberla salvado de los Hugo, de los Visigodos y de los Ostrogodos.

Esto lastimó á Esther, que amaba á Víctor Hugo.

Á renglón seguido, el conde de Molé cogió una copa y brindó por Esther, con estas palabras:

—Por Mlle. Esther, que ha salvado la lengua francesa.

La joven comprendió que era preciso contestar algo, y murmuró:

—Señor Conde, eso es tanto más meritorio, cuanto que nunca la he conocido.

Se celebró mucho esta contestación, lo cual rebajó un tanto la oratoria de aquel gran señor, convertido en profesor de retórica.

Á Esther, aunque siempre grande y solemne en la escena, no agradaban en la vida real las personas de carácter y estilo pretencioso; era cosa curiosa ver cómo se hacía la tonta para hacerlas bajar de su pedestal.

Le gustaba más el salón de M. Thiers, porque se convertía, digámoslo así, en un pilluelo de París, delante de aquella pilluela. Madame Thiers y Mlle. Dosne, que huían de los importunos, acogían á Esther con una infinidad de zalamerías, para que les declamara alguna fábula. Las noches que iba Esther á casa de M. Thiers, no se hablaba de política. Lo mismo sucedía en casa de la condesa Duchatel, por más que el Conde fuera ministro del Interior. Como las Bellas Artes y los teatros estaban entonces bajo la dirección del ministro, se creía más obligado que nadie á proteger á la Comedianta. Y la protegió con una gracia y una generosidad exquisita.

Un día que fué Esther á comer á casa de aquel hombre de Estado, se quedó extasiada delante

del centro de mesa, lleno de preciosas flores (1). M. Duchatel se levantó con objeto de cogerle un ramo de flores, pero no pudo alcanzarlas. M. de Salvandy, con graciosa galantería, le ayudó, y el centro fué completamente devastado por Esther, que murmuró sonriendo:

—Lo que yo admiro, no son las flores; es el centro de mesa.

—Pues bien (contestó M. Duchatel, que tenía sus momentos felices); acepte V. el centro como ha aceptado las flores.

(1) Era un centro de mesa, formado de una especie de fuente del gusto del Renacimiento italiano. Jules Leconte escribió acerca de él un artículo. Sobre el borde se veían colocadas preciosas tortolillas de plata mate, en diversas y encantadoras posturas. Del centro brotaba un caño de agua, que volvía á caer en menuda lluvia al recipiente, en donde varias tórtolas se inclinaban en actitud de beber. Otras se alisaban las alas con el pico; otras parecían cantar, mientras la inmediata bebía agua, con el pico levantado. ¡Era encantador! Esther estaba enamorada de aquel centro, obra en verdad digna de Benière, y en el primer año de su posesión, fueron muy á menudo sorprendidas ella y Lili por los amigos de la casa, ocupadas en ajustarle el pequeño mecanismo que lanzaba del depósito inferior el agua que motivaba los juegos de las tortolillas. Esther tenía muchos rasgos infantiles de éstos, y se ponía encantadora con su infantil y alegre abandono. Un día, que tenía convidados á comer á muchos de sus amigos, poetas y críticos, queriéndoles ofrecer alguna cosa extraordinaria, hizo mezclar con el agua un frasco de extracto de Portugal.

Esther no era tan tonta que rehusara.

—Señor Conde (le dijo), las rosas y violetas que V. me ha dado, son la alegría de mi alma; el centro que las guardaba, será la maravilla de mi comedor.

Esther había ido en un coche de punto á casa del ministro; después de una noche llena de triunfos, en la que había declamado escenas de varias obras, llegó la hora de retirarse. El conde Duchatel le ofreció su carruaje.

—Perfectamente (dijo ella); porque quiero llevarme mi centro de mesa, y así no tendré miedo de que me le roben.

El Ministro acompañó á la Comedianta hasta la escalera. Era un hombre de talento, que tenía sus momentos de buen humor.

—Señorita (le dijo); me considero muy feliz con que se lleve V. mi centro de mesa; pero le ruego que por lo menos me devuelva el carruaje.

Sabía que era muy capaz de quedarse con él. Ignoro si se le devolvió. Esther llamaba á esto chasquear á sus amigos.

El doctor Veron tenía doce preciosas copitas de plata cinceladas por Froment-Meurice; los helados se servían en ellas cuando tenía convidados. Un día fué Esther á las cuatro de la tarde, y pidió al doctor que le ofreciera un sorbete. Sofía, la célebre Sofía, que gobernaba en

absoluto al dueño de la casa, le llevó un helado de fresa y de frambuesa.

—Tome V. eso (le dijo el Doctor); es un soberano preservativo contra las tonterías del corazón.

—Sí, sí (dijo Esther); voy á tomarlo.

Y lo hizo tan al pié de la letra, que concluyó por guardarse la copa en el bolsillo.

—¡Ladrona! (exclamó Veron riendo); por esta vez pase; pero nada más que por esta.

Todo el mundo se rió á carcajadas.

Los amigos son siempre así; se divierten, por lo regular, con las malas pasadas que se le juegan al amo de la casa.

Al otro día, á la misma hora, idéntica escena.

—También paso por esta (le dijo Veron); pero si se repite mañana, daré parte á la policía.

Sin embargo, al siguiente continuó Esther sus hazañas; Sofía se incomodó, pero el Doctor le dijo:

—Cuando yo tenga sed en el infierno, me dará de beber Esther en las copas que hoy me coge.

Á los doce días todas las copitas adornaban el aparador de la joven.

Tenía la costumbre de tomar lo que le agradaba. «Todas las mujeres son ladronas como los pájaros,» ha dicho Hesiodo. Esther era ladrona como las gatas; pero con tanta gracia y tanto

ingenio, que se consideraba uno dichoso de ser desbalijado. ¿Qué es el hombre más que el administrador de la mujer?

¿Acaso no se complacía el conde Duchatel, lo mismo que el doctor Veron, encontrando aquellos objetos, que les habían pertenecido, en la mesa de Esther, cuando ésta les invitaba á comer?

Además, no tomaba nada sino á sus íntimos amigos, y era menester serlo mucho para que ella dijera: «¡Esto es para mí!»

Á mí me hizo el honor de cogerme un Greuze, y una infinidad de bagatelas que no he vuelto á ver nunca. Bien desgraciados son los hombres que se aficionan á las cosas en vez de aficionarse á las mujeres.

El corazón de Esther obedecía á dos impulsos diferentes. El primero era bueno, y le inclinaba á regalarlo todo; pero el segundo era malo, y concluía por volver á recoger lo que había dado. En cierta ocasión regaló á Beauvallet un magnífico sable: «No me lo volverá V. á llevar, le dijo aquel, porque pienso ponerle una cadena.»

Otra vez que regaló á Dumas una sortija, este se inclinó murmurando: «Yo se la regaló á V. ahora de nuevo, para evitar que me la vuelva V. á pedir.»

Esther se reía de su manía, y se excusaba, diciendo:

—No hay cosa más natural que volver á tomar lo que se da, puesto que lo que se regala es lo que se aprecia más.

Tenía más de una divisa. La primera, bien sencilla: *Todo ó nada*. La segunda, bien complicada: *Quiero que se me quiera como quiero yo cuando quiero*.

Mad. Allan tenía una lengua de víbora. Sus ofensivas palabras llegaban sin cesar á los oídos de Esther.

En *Adriana Lecouvreur* hacia Mad. Allan el papel de la duquesa de Bouillon; una noche dijo de pronto, antes de salir á escena: «Me falta la sortija envenenada.» Al oirla, le ofreció Esther una que llevaba, que era un magnífico rubí rodeado de brillantes. Mad. Allan dejó que le colocaran la sortija en el dedo. Después de la representación, saludó á Esther y le presentó la alhaja.

—¡Jamás!—exclamó Esther.

—Bien; pero V. me la volverá á pedir.

—¡No tal, porque al privar á V. de ella, me privaría yo del placer de verla en su mano!

Han acusado á Esther de traficar con los objetos que se apropiaba. Pura calumnia; tan sólo una vez rogó á uno de sus amigos que le diera una guitarra, diciéndole: «Creerán que es la guitarra en que tocaba yo en la Plaza Real y en la Plaza de la Bastilla.»

Hacía poco tiempo que la guitarra estaba en casa de Esther, cuando M. Achille Fould se fijó en ella.

—Con eso me ganaba yo la vida antes, dijo Esther con aire sentimental.

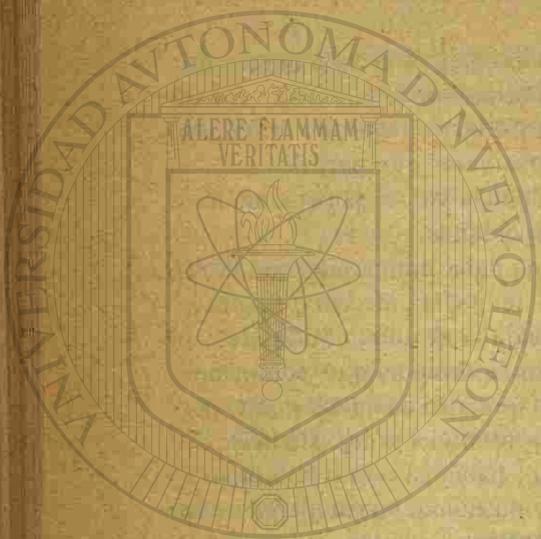
—Deme V. esa guitarra (contestó M. Fould); para mí será de más valor que para V.

—Sí, de fijo de más valor, porque me dará V. por ella mil napoleones.

Achille Fould no daba nunca más que la mitad de lo que se le pedía; ofreció quinientos; pero Esther no rebajaba ni uno; el ministro de Hacienda no tuvo más remedio que conformarse con el precio, lo que hizo de buena gana, porque también él representaba á los Médicis. Tenía buena escuela; había pasado tres temporadas en Florencia y en Roma, en compañía de las antiguas obras maestras.

Con este motivo se arrojaron algunas piedras al tejado de Esther, que no permitía que se le arrojaran más que piedras preciosas. La verdad es que no tenían razón, pues los mil napoleones fueron derechos á casa de la amiga de la Comedianta.

Esta amiga era la célebre Rhea, una Aspasia de la antigua Grecia.



XVIII.

Un lobo de mar.

Francia tenía entonces un gran almirante, aunque no se titulara así. Éste era el príncipe de Tourville, que ya he nombrado anteriormente. Era muy querido, porque poseía todas las virtudes de su profesión: valiente hasta la temeridad, hermoso como pocos, y sin miedo al fuego ni al agua, era querido en todas partes. Reconciliaba los partidos realistas, y consolaba á los imperialistas haciendo recordar las glorias de Napoleón. Las mujeres le adoraban.

Como todos los marinos que saltan en tierra, procuraba aprovechar el tiempo, haciendo grandes destrozos entre esas virtudes que no desean más que ser destrozadas.

Esther no podía llevarse un centro de mesa cada vez que comía en casa del Ministro. ¿Saben Vds. lo que se llevó después? Un hombre. El Ministro, que tenía buenos ojos y buen oído, vió el prólogo de la comedia. Así fué, que dijo á Esther:

—Supongo que no tendré necesidad de prestar á V. hoy mi carruaje.

—¿Por qué?

—Bien lo sabe V.

El Ministro pronunció estas últimas palabras, fijando en Esther una mirada severa; pero la joven no tomaba consejos de nadie. Se llevó al príncipe de Tourville. Pero desde aquel día, Esther fué al ministerio, pero no volvió más al hotel del Ministro. Esto no impidió que la viera, pero en el teatro. Hasta entonces, sus amigos y amigas habían defendido á capa y espada la acrisolada virtud de la Comedianta.

¿Y M. Matador? ¡Calumnia solo!—decían.

¿Y M. de La Marche?—Un enamorado por cartas.

No querían que cayera el ídolo. Pero cuando la vieron con el príncipe de Tourville, ya nadie la defendió. Las mujeres de mundo divulgaron bien pronto la caída de Esther, porque les arrebatava un Príncipe. Mientras que sólo la acusaban de aprisionar un noble como M. de Ravigny ó un hombre elegante como M. de La Marche, murmuraron un poco por lo bajo; ¡pero un Príncipe tan encantador! ¡pero el gran almirante! Eso era ya muy diferente.

Corrió el rumor de que el marino, antes de aquel encuentro, había escrito á Esther:

¿Dónde?—¿Cuándo?—¿Cuánto?

Y que para continuar la broma le había contestado ella:

En tu casa.—Esta noche.—Nada.

Lo mismo que los matrimonios, tienen los amores su luna de miel. El Príncipe y la Comedianta estaban en plena luna de miel, cuando apareció M. de La Marche. Éste era un hombre de talento, que decía como Francisco I: «Muy loco es el que se fía.» Aunque advertido por el público rumor, se presentó en casa de la Princesa, como si no supiera una palabra. Fué acogido con una alegría perfectamente fingida; además, que había sido demasiado amado para que se hubiera borrado su recuerdo de aquel corazón arrastrado por la tempestad; pero aquel corazón era leal, porque era valiente.

Esther mudó de opinión; no quería engañar al Príncipe, ni á su primer amante.

—Mi querido amigo (le dijo); le quiero á V. bien, pero....

M. de La Marche la interrumpió:

—Ahí encuentro ya dos palabras de más, mi querida Esther: el bien y el pero. El hombre prudente siempre está preparado á todo. La quiero á V. no bien, sino mucho más, pero no quiero ser engañado.

—Tiene V. razón. ¿Por qué ha vuelto V. tan pronto, ó, mejor dicho, por qué se marchó V.?

—Mi bella amiga, los ausentes tienen culpa....

en volver; pero quizás tienen razón.... en partir. Porque, después de todo, hay siempre un momento en que la mujer concluye por caer en la boca del lobo. Esto es mucho peor cuando es un lobo de mar.

Después de pronunciar estas palabras, M. de La Marchese inclinó, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Volverá V. el próximo año?

—No; se rehace una fortuna, pero no se rehace el amor.

¡Trece años estuvieron sin verse!

El número trece jugó siempre un gran papel en aquella existencia entregada á las supersticiones.

XIX.

Por un brazaletes, por un traje, por un Príncipe.

Se ha visto muchas veces reñir las mujeres por un hombre. Esther riñó con dos de sus amigas por un brazaletes y por un traje. La primera comedianta del mundo tenía todos los orgullos; si estaba en un salón, no quería que ninguna mujer estuviese mejor vestida que ella; si llevaba una alhaja, le desagradaba que llevaran otra parecida.

La condesa de L.... se había entusiasmado con un traje corto que tenía Esther, y envió á su costurera á casa de aquélla, bajo pretexto de venderle algunas telas orientales, con el objeto de ver si conseguía poder enterarse del dibujo y forma del vestido. Efectivamente, fué, y, como era natural, se habló de trajes. Esther no se hizo de rogar para enseñar los suyos. La costurera comprendió tan perfectamente, al primer golpe de vista, el dibujo y forma de la envidiada prenda, que le hizo á la Condesa otro completamente igual. Esto pasaba casi en el gran mundo.

en volver; pero quizás tienen razón.... en partir. Porque, después de todo, hay siempre un momento en que la mujer concluye por caer en la boca del lobo. Esto es mucho peor cuando es un lobo de mar.

Después de pronunciar estas palabras, M. de La Marchese inclinó, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Volverá V. el próximo año?

—No; se rehace una fortuna, pero no se rehace el amor.

¡Trece años estuvieron sin verse!

El número trece jugó siempre un gran papel en aquella existencia entregada á las supersticiones.

XIX.

Por un brazaletes, por un traje, por un Príncipe.

Se ha visto muchas veces reñir las mujeres por un hombre. Esther riñó con dos de sus amigas por un brazaletes y por un traje. La primera comedianta del mundo tenía todos los orgullos; si estaba en un salón, no quería que ninguna mujer estuviese mejor vestida que ella; si llevaba una alhaja, le desagradaba que llevaran otra parecida.

La condesa de L.... se había entusiasmado con un traje corto que tenía Esther, y envió á su costurera á casa de aquélla, bajo pretexto de venderle algunas telas orientales, con el objeto de ver si conseguía poder enterarse del dibujo y forma del vestido. Efectivamente, fué, y, como era natural, se habló de trajes. Esther no se hizo de rogar para enseñar los suyos. La costurera comprendió tan perfectamente, al primer golpe de vista, el dibujo y forma de la envidiada prenda, que le hizo á la Condesa otro completamente igual. Esto pasaba casi en el gran mundo.

Un Príncipe extranjero dió una gran cena en honor de Esther. La Condesa fué invitada, y llegó la primera, porque la Comedianta quería llegar siempre la última. Vió su traje al momento. Poco le faltó para ponerse mala. Anunció al anfitrión que se marchaba. Se le había robado su bien; se incomodó, se sintió llena de rabia, y, sin detenerse un momento, desapareció. Nadie comprendió aquello, excepto la Condesa, que no creía que le diera tanta importancia. Cuando se presentó en casa de Esther, no la recibió.

—Dígale V. que está demasiado mal vestida.

La doncella, que no se detenía por nada, repitió á la Condesa las mismas palabras, á lo cual respondió la dama:

—¿Es, acaso, porque me visto como ella?

Otra historia parecida fué la del brazalete.

Esther quiso arrollar á su brazo una serpiente, como en otros tiempos se estilaba; fué á casa de Froment Meurice, para encargarla. ¿Qué encontró allí? La serpiente que había soñado.

—¿Para quién es esa serpiente?—preguntó.

—Para la marquesa de Paiva.

Justamente era amiga suya; fué á su casa, y le dijo:

—Déjame mi serpiente.

Aquí la comedia se convirtió en drama, porque las dos voluntades más fuertes del siglo se encontraban una enfrente de otra. Sobre aque-

llos altaneros caracteres, se hubiera podido escribir la teoría de la voluntad.

De haber luchado cuerpo á cuerpo, de seguro se hubieran destrozado. Pero concluyó la amistad que las unía. ¿Y por qué? Por la serpiente que perdió á Eva.

Aquellas dos damas se habían conocido no sé por qué casualidad. La Marquesa no había enseñado á Esther el arte de las representaciones teatrales, pero sí el arte de representar la comedia del gran mundo. Ninguna señora del barrio San Germán hacía los honores de su casa con tanta y tan exquisita gracia y con la bondadosa distinción que ella. Esther tomó lecciones de la Marquesa, como Napoleón las tomó de Talma. Hasta entonces había sido un tanto picante, y hasta un poco raída. Adquirió una flexibilidad y una dulzura encantadoras. Viéndola recibir á sus amigos, fué cómo Esther llegó á ser la señora de casa más amable y distinguida.

Pero, á pesar de eso, no llevó nunca el brazalete que había soñado, porque lo estrenó antes su amiga.

Después que la Marquesa lució la serpiente en los Italianos, alzando veinte veces su brazo para que se vieran bien los ojos de diamantes del simbólico reptil, envió el brazalete á Esther; pero ésta se lo devolvió, diciéndole: *Era ayer cuando debías habérmelo dado.*

Los Príncipes de la sangre son también joyas para estas mujeres, pues lo mismo que hacen con las unas hacen con los otros; rechazarlos cuando no los quieren. Esther amaba á un personaje muy conocido, tanto en la corte como en el teatro; él, por su parte, adoraba á Esther; aquella pasión parecía tener larga vida; pero una noche que representaba *Hermiona*, el Príncipe no ocultó bien en su palco á otra actriz del mismo teatro que quería jugar una mala partida á su compañera. Hermiona envió una embajadora al Príncipe, para ordenarle que fuera en seguida al escenario. Pero no comprendió bien aquellas órdenes, y se quedó en el palco hasta el fin de la representación; sin embargo, fué el primero que se presentó en el cuarto de Esther.

—Monseñor (le dijo ésta); se ha equivocado V. de puerta; el cuarto de la criada de Molière está más allá.

Pero las mujeres, que nunca perdonan á las mujeres, perdonan á los hombres. Esther se condenó, sin embargo, durante algunos días al suplicio de Hermiona.

Encontró al Príncipe en casa de la comedianta; volvió con él, pero después de haber escrito en un álbum, donde aún se pueden leer, las siguientes palabras :

«Conoce V. á Molière; yo digo como él : se toma el bien allí donde se encuentra.»

Esther tenía gran afición á todos los espectáculos. Una noche uno de sus amigos, y al mismo tiempo adorador, sintiéndose celoso, aunque sin ningún derecho, pues sólo era un enamorado platónico, quiso saber adónde iba después del teatro, pues le había oído decir á Valía que se reuniría con ella á las cinco de la mañana.

—¿Adónde va V.?—le preguntó.

—No lo sé.

—¿Quiere V. que la acompañe?

—De ningún modo; tendría V. miedo.

—No importa.

—No puede ser.

Bajó, y se metió en su carruaje, haciendo con su mano un último saludo. El enamorado subió á un coche de alquiler, diciendo al cochero, al mismo tiempo que le daba un napoleón :

—Siga V. á esa señora.

Fué un verdadero viaje. Se detuvo en varias partes. Al fin, á las cuatro y media de la mañana, la berlina de Esther atravesaba la barrera de Saint-Jacques, seguida de otros carruajes.

—¿Qué diablos tendrá que hacer por aquí?—pensó su adorador.

Pero de pronto vió elevada en aquel sitio la guillotina. Esther bajó de su coche, y penetró en una taberna, en donde había alquilado una ventana, es decir, un palco proscenio. Su her-

mana la esperaba allí. La Comedianta quería estudiar las impresiones de la muerte en el rostro de un químico que había envenenado lentamente á su mujer. Era en 1850; todavía recuerdan algunos aquel suceso. Aquel químico fué el primer guillotinado después de la revolución de 1848; el mecanismo funcionó tan mal, que el verdugo tuvo que repetir tres veces la operación, lo que hizo volver bajo la cuchilla la cabeza del condenado.

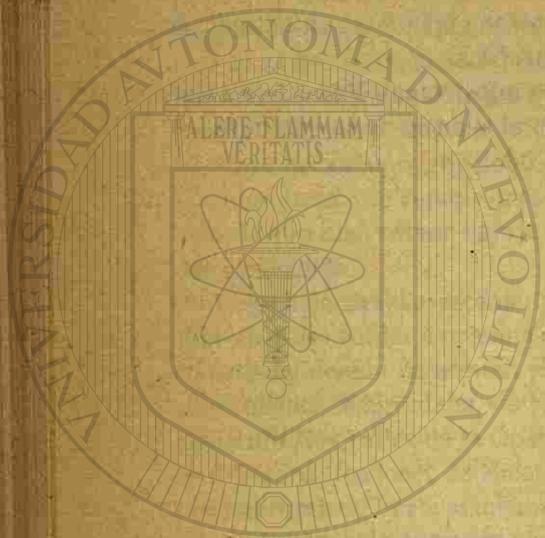
Presencié aquella escena; ¡fué horrible! Esther no quiso volver á presenciar más aquel quinto acto del drama en acción. ¡Pero cuántos otros espectáculos le agradaba ver! Las bajadas de la Courtille, los bailes de la Ópera, las jóvenes de San Lázaro, los locos de Bicetre, los eráneos de las catacumbas. Pero, al mismo tiempo, nada le era tan agradable como un paseo en el Louvre, por los cuadros y las estatuas. Sus curiosidades tenían siempre por causa el estudio. En su primera juventud había contemplado muchas veces los vasos antiguos, en donde había encontrado su ideal en las figuras pintadas en aquellas maravillas anónimas.

Aunque tenía algo del pilluelo de París, tenía muy poca afición á las representaciones de los teatros en que se hacían comedias de gracioso, á menos que no trabajara algún actor notable. Siempre se imaginaba que éste era el que hacía

la obra: según ella, el autor marcaba las situaciones, pero el actor le daba el alma y la vida. Cuando los encontraba fríos y sin entusiasmo en su papel, murmuraba:

—Bueno, hijos míos; vayan Vds. á leer á Corneille y Racine en el silencio de su gabinete.

Y no volvía.



XX.

Rhea.

Había entonces en París una joven de belleza ideal, venida de no sé dónde, y cuyo nombre me callo. Además, este nombre lo había ocultado con otro más eufónico. Me contentaré con llamarla Rhea, para recordar un poco el de su último bautismo. Poseía tan dulce encanto, que Esther se apasionó de su belleza. Advirtieron á la Comedianta que Rhea no era más que una cortesana; pero aquélla contestó á sus amigos que la belleza era para ella la ejecutoria de todas las noblezas. Naturalmente, se recordó el reinado de todas las antiguas cortesanas. Además, Esther era de las personas que no escuchan más que su voluntad, y que no quieren nunca confesar haberse equivocado.

Rhea se convirtió en su inseparable y constante amiga. Cuando la invitaban á comer ó á cenar, la llevaba siempre, imponiendo á todos su compañía. No la desairaban, sin embargo, porque Rhea tenía todas las virtudes, menos virtud,

á estilo de algunos hombres, que tienen todos los honores, menos honor.

Había además algún parecido, algunos puntos de contacto entre aquellas dos mujeres. Ambas tenían la misma mágica sonrisa, el mismo cuerpo esbelto y ondulado, y las mismas actitudes de diosa. Cuando estaba uno con la una, hubiera querido estar con la otra. En el país de los mormones ó de los turcos, se hubieran quedado con las dos.

No se podía imaginar un cuadro más encantador que el de Rhea y Esther, dos sinfonías perdidas en un duo. Cuando las convidaban á comer en el mundo galante, procuraban por lo regular jugarles una mala partida, colocándolas distantes una de otra. Pero aun de aquel modo se decían mil ternezas adorables con la telegrafía de las miradas, encantando á todos su conversación oportuna y burlona. Se acostumbraron bien pronto á aquella amistad indisoluble, á la que, sin embargo, se le hizo traición una vez.

En aquella época resucitó Safo en París, no pudiendo asegurarse si amaba á Faon ó á Erinne. Pero ¿á qué callarlo? En las altas regiones de la inteligencia tuvieron su base aquellas misteriosas voluptuosidades. Hacía muchísimo tiempo que Safo dormía bajo la roca de Leucade, cuando se despertaron sus pasiones. Erinne, Myrrha, Chloé, todas estas apasionadas

ninfas, se dibujaban á la tenue luz de las alcobas, como restaurados frescos de los griegos, como bajo-relieves divinizados por la mano de un Clodion.

Como era natural, todos estuvieron de acuerdo en que Rhea y Esther estudiaban juntas las poesías de Safo. Pero, ¡quién se libraba entonces de la afición á la poesía clásica antigua! Un día, sin embargo, estuvieron para separarse por una cosa bastante seria.

Corrió la voz por los casinos de que la sublime Esther había descendido de su pedestal, lo mismo que otras muchas, para correr tras de nocturnas aventuras, pues afirmaban haberla visto salir, al rayar el día, de una casa sospechosa; la de Mad. de Planés. Esta aventurera, venida de España para felicidad de los parisenses de alto rango, que ofrecía el placer á ellos y á ellas, tenía el arte de casar á las gentes sin hacerlas pasar por el fastidioso discurso del Maire. Por un billete de mil francos se casaba uno hoy y se divorciaba mañana.

Una noche, durante una cena, se atribuyó el honor un gentil caballero extranjero, de haber hecho repetir su papel en aquella casa á la gran artista, la cual, según afirmaba, nunca había estado tan elocuente. Le había pagado la representación como en el Teatro Francés, es decir, trescientos luises; pero, además, le dió otros dos-

cientos, lo cual le pareció bien poco, por más que la Comedianta había representado con el rostro cubierto por un antifaz.

Todo el mundo hizo propósito de hacer una visita á la vendedora de placeres. Por otra parte, siempre se encontraba allí muy buena compañía.

Creo inútil decir que el caballero extranjero había visto visiones. Había pagado quinientos luisés por una pura ilusión. Mad. de Planés no hacía otra cosa. Tenía á su alrededor algunos jóvenes de esmerada educación, y algunas mujeres elegantes que habían llegado á los últimos escalones del vicio, las cuales consentían en representar el papel de tal ó cuál celebridad.

Ahora bien: así como Esther hacía muchos papeles en la comedia francesa, Rhea los representaba en casa de Mad. de Planés. Esto lo hacía inconscientemente, sin figurarse siquiera los dramas que preparaba.

Siempre la misma historia de Armando Bejart y del Collar de la Reina.

La noche que el extranjero habló de su nocturna aventura con la enmascarada dama, que, según él, no era otra más que Esther, una mujer se levantó, rompiendo su copa al mismo tiempo.

Era Rhea.

Se quedaron sorprendidos al ver su soberbia expresión. Era la misma actitud de Esther en sus momentos de irritación.

—¡Ha mentido V.!—dijo al que acababa de hablar.

Todas las miradas, que se habían fijado antes en Rhea, se fijaron ahora en el extranjero.

—Señora, yo no miento nunca,—contestó éste, rompiendo también su vaso.

Entonces exclamó Rhea con acento trágico:

—¡Esa mujer no era Esther, era yo!

Gran sensación entre los comensales. Todo el mundo se había levantado. Rhea continuó:

—Me prometió V. guardar secreto; ha faltado V. á su promesa; tengo el derecho de decir la verdad.

Su interlocutor tomó el acertado partido de echar á broma el haber pagado la ilusión como si fuera la realidad.

El furor de Hermiona al conocer aquella desgraciada aventura, no tuvo límites.

¡Cómo! ¿Rhea le había hecho traición? ¡Cómo! ¡Un hombre había tenido el atrevimiento de decir en una cena que la había encontrado á ella, á la gran Comedianta, en la casa de una corredora de placeres! En seguida partió en son de guerra en busca de su venganza. Á imitación de la mujer de Molière, quería que su ofensor fuera á su cuarto á presentarle sus excusas en presencia de todos sus amigos.

Le envió dos padrinos, con encargo de decirle que antes se batiría que tolerar aquel ultraje.

Los padrinos eran un Príncipe y un Duque. Provocaron al extranjero, que respondió con firmeza que no podía decir más que lo que había ocurrido. Iba de buena fe, puesto que había pagado. Rhea era tan sólo la verdadera culpable. Rehusó batirse, lo mismo con el Duque que con el Príncipe. Sólo lo aceptaba con Esther. El duelo estaba convenido durante todo un día. La joven tenía la mano firme para tirar á la pistola, y se acostumbró también á manejar la espada.

Pero ¿cómo se vengaría de Rhea? Ésta corrió á su casa llena de pena, y le juró mil veces que Mad. Planés era tan sólo la culpable. Sólo por ella se había puesto un antifaz, pero sin representar otro papel que el de la cortesana. ¿Se convenció Esther por completo? No lo sé; pero no tuvo valor para ser implacable. Rhea se arrojó en sus brazos. Valía abrió entonces la puerta, y le dijo:

—Ya sabía yo que ese cariño duraría hasta la muerte.

Rhea murió de pena cuando murió Esther.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO VIZCARRA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXI.

Valía.

Apenas triunfaba la Comediante de un obstáculo, cuando surgía otro delante de ella. Hay quien consigue sus triunfos, sus éxitos, impulsado por las olas de un afortunado destino. Esther los alcanzaba á fuerza de luchas heroicas.

Frecuentemente solía exclamar:

—¡Estoy vencida!

En aquellos momentos era siempre necesaria la presencia de Valía, que con su carácter alegre disipaba las negras nubes de sus tristezas.

Valía llevaba una vida salpicada de aventuras; un día le ocurrió la idea de salir á la escena. Era una mujer de mármol, y quería alzarse en alas de la opinión, hasta el pedestal de bronce de la escena.

¿Habría alguna, entre todas las que han representado la comedia del amor, que no haya aspirado á ser comediante? ¡Unas por parecer mejor en la escena; otras por distraerse ó consolarse de alguna pena, ó bien por procurarse las fuertes emociones del teatro!

Los padrinos eran un Príncipe y un Duque. Provocaron al extranjero, que respondió con firmeza que no podía decir más que lo que había ocurrido. Iba de buena fe, puesto que había pagado. Rhea era tan sólo la verdadera culpable. Rehusó batirse, lo mismo con el Duque que con el Príncipe. Sólo lo aceptaba con Esther. El duelo estaba convenido durante todo un día. La joven tenía la mano firme para tirar á la pistola, y se acostumbró también á manejar la espada.

Pero ¿cómo se vengaría de Rhea? Ésta corrió á su casa llena de pena, y le juró mil veces que Mad. Planés era tan sólo la culpable. Sólo por ella se había puesto un antifaz, pero sin representar otro papel que el de la cortesana. ¿Se convenció Esther por completo? No lo sé; pero no tuvo valor para ser implacable. Rhea se arrojó en sus brazos. Valía abrió entonces la puerta, y le dijo:

—Ya sabía yo que ese cariño duraría hasta la muerte.

Rhea murió de pena cuando murió Esther.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO VÁZQUEZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXI.

Valía.

Apenas triunfaba la Comediante de un obstáculo, cuando surgía otro delante de ella. Hay quien consigue sus triunfos, sus éxitos, impulsado por las olas de un afortunado destino. Esther los alcanzaba á fuerza de luchas heroicas.

Frecuentemente solía exclamar:

—¡Estoy vencida!

En aquellos momentos era siempre necesaria la presencia de Valía, que con su carácter alegre disipaba las negras nubes de sus tristezas.

Valía llevaba una vida salpicada de aventuras; un día le ocurrió la idea de salir á la escena. Era una mujer de mármol, y quería alzarse en alas de la opinión, hasta el pedestal de bronce de la escena.

¿Habrà alguna, entre todas las que han representado la comedia del amor, que no haya aspirado á ser comediante? ¡Unas por parecer mejor en la escena; otras por distraerse ó consolarse de alguna pena, ó bien por procurarse las fuertes emociones del teatro!

Valía quería dedicarse á él para aumentar sus triunfos; pero también porque tenía afición al proscenio. La llama del entusiasmo que ardía en el pecho de Esther y de sus otras hermanas, se le había comunicado también. Debutó en el Odeón, llamado Teatro Francés quizás por antífrasis, porque en él se han dado á conocer muchos poetas y actores á quienes la casa de Molière no quiso abrir la puerta. Representó con gran inteligencia la comedia y el drama; pero, aunque muy bien en las tablas, no obtuvo nunca más que un éxito mediano, porque se recordaba á su hermana. También fué porque se la comparaba con las otras tres hermanas de Esther, que poseían un verdadero talento dramático. Es verdad que si fueron más justos para con sus hermanas que para con ella, fué por la digna manera de vivir de aquéllas.

Del Odeón pasó al Teatro Francés, en donde no hizo Celiména del todo mal. Aquel día se sorprendieron al encontrarla tan distinguida y gran señora en la escena.

Lo mismo que Esther, tenía cierto aire de Princesa.

Era además la mejor muchacha del mundo, de una alegría inagotable; era una valiente y encantadora compañera de cena, como ya se solía decir entonces: no se aburría uno con ella. Esther la quiso siempre, aunque Valía le jugó

algunas malas partidas. Era un antiguo sentimiento de su corazón. No se reniega jamás de lo que se ha amado en los primeros años. Siempre late apresurado nuestro corazón cuando recorremos las primeras páginas de nuestra existencia. Las afecciones de esa época tienen la consagración del tiempo.

Esther quería que Valía estuviera en su casa en los días que hacía algún nuevo papel, y, sobre todo, cuando se estrenaba alguna obra.

Valía me ha enseñado todo un volumen de encantadoras cartas de Esther, que se consolaba de su ausencia escribiéndola.

He aquí una que le envió á Dieppe, adonde Valía acababa de partir para los baños de mar (29 Agosto 1838), en la época de sus primeras apariciones.

«Se suele decir que la felicidad llega durmiendo: por mi parte, nunca me ha ocurrido semejante cosa; tengo un buen sueño, pero nunca me despierto ni más rica ni más adelantada. Muchas veces me ocurre creer que camino hacia adelante, y caminar hacia atrás. Cuántas veces me embargaría el desaliento, si no estuviera tan bien templada. 1.º Cantar contigo; no me hago rica; me arrojan manzanas verdes para alargarme los dientes. 2.º El bueno de

Chorons me lleva á su escuela, creyendo que va á convertirme en un ángel para entonar sus cánticos. En su casa no hay ya manzanas verdes. 3.º Después de los cánticos, voy á casa de un santo varón, llamado Saint-Aulaire, que me enseña la elocuencia de los fanfarrones. 4.º Represento en el Teatro Molière (no hay que confundirlo con la casa de Molière) las criadas del referido Molière; allí no me arrojan manzanas verdes, pero me las tiran cocidas. Afortunadamente me indigna este proceder, y estoy soberbia en Hermiona. 5.º Me encierran en el Conservatorio, en donde no me conservo, porque me envían á vender flores. 6.º Pierdo pié en el teatro, y me acojo á la virtud de la señora Desmousseaux, que es un poco menos bestia que los hombres. 7.º Esta no me lleva más allá de la sala Chantereine; voy á ella, pero no adelanto un paso. Sin embargo, hay allí un hombre que está á punto de gritar: «¡milagro!»: el bueno de Poirson, que me abre las puertas del Gimnasio. 8.º Es una burla de mi destino. Aquella bombonera no era á propósito para mí. No supe complacer al público. Dijeron que desentonaba porque no hablaba como una flauta. 9.º El director del Teatro Francés me vió por casualidad, y se acordó de sus promesas, y me contrató. Salí á la escena. 10.º ¡Patatrás! Heme aquí en el aire; pero como no hay ni un

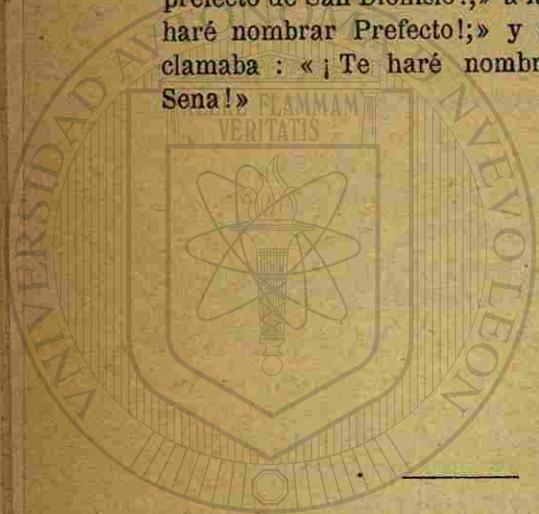
solo gato en el monumento, represento tan solo para los ratones y las arañas. Ya ves que sé contar hasta diez; pero no voy más lejos. Escríbeme, diciendo que estoy sublime, ó corro á tu lado, y me arrojo al mar para concluir de una vez, pues estoy ya cansada de navegar entre dos aguas.

»Espero que volverás para asistir á mis representaciones. Tú me darás valor, no contra los espectadores, que los tengo por míos, sino contra esos señores y esas señoras de la casa, que me miran como si fuera un animal raro. Adiós. Te abraza tu pequeña Esther.»

Valía adoraba á su hermana. ¡Pero estaba tan ocupada! Entre sus adoradores había personajes de todas clases; entre otros, un Ministro y un Mariscal de Francia. Cuando iba el Ministro, le decían si estaba el Mariscal: «¡La señora está con su notario!» Cuando llegaba el Mariscal era más grave; se decía: «La señora está conferenciando con su abogado.» Ahora bien: el Mariscal, que pasaba la pena negra para pagar sus deudas, se marchaba sin que se lo repitieran dos veces.

Todo el mundo le conoció un Subprefecto del Imperio, célebre por sus conquistas, que tenía la habilidad de agradarle por su voz de

barítono, hasta tal punto, que le decía á la primera canción : « ¡Te haré nombrar Sub-prefecto de San Dionisio!;» á la segunda : « ¡Te haré nombrar Prefecto!;» y á la tercera exclamaba : « ¡Te haré nombrar Prefecto del Sena! »



XXII.

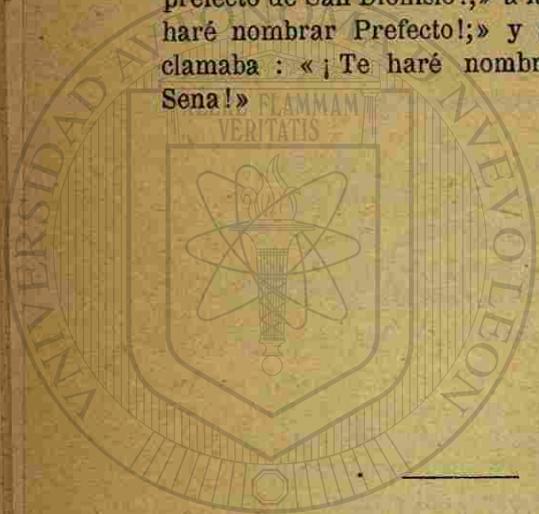
LA MUJERZA.

Esther era revoltosa como ella sola; le gustaba apartar á los hombres del camino de las demás, salvo cuando los apartaba también del suyo. Manejaba á su antojo las intrigas amorosas, lo mismo que hubiera manejado los caballos de Apolo, con su blanca, fina y expresiva mano, á través de las doradas nubes. No se sentía la brida, pero se caminaba á merced de su fuerte voluntad. Nadie se escapaba al magnetismo de su dictadura.

Una noche, que no tenía nada que hacer, supo que dos actrices muy conocidas, dos mujeres de la Ópera, se disputaban un Príncipe encantador y muy querido, aunque no por su dinero, por más que no fuera un príncipe de la Bohemia.

Á Esther le fastidiaba verle caer en aquellas blancas manos, pues si escapaba de la una, iría á caer en poder de la otra. ¿Quién sería la una? ¿Quién sería la otra?

barítono, hasta tal punto, que le decía á la primera canción : « ¡Te haré nombrar Sub-prefecto de San Dionisio!;» á la segunda : « ¡Te haré nombrar Prefecto!;» y á la tercera exclamaba : « ¡Te haré nombrar Prefecto del Sena! »



XXII.

LA MUJERZA.

Esther era revoltosa como ella sola; le gustaba apartar á los hombres del camino de las demás, salvo cuando los apartaba también del suyo. Manejaba á su antojo las intrigas amorosas, lo mismo que hubiera manejado los caballos de Apolo, con su blanca, fina y expresiva mano, á través de las doradas nubes. No se sentía la brida, pero se caminaba á merced de su fuerte voluntad. Nadie se escapaba al magnetismo de su dictadura.

Una noche, que no tenía nada que hacer, supo que dos actrices muy conocidas, dos mujeres de la Ópera, se disputaban un Príncipe encantador y muy querido, aunque no por su dinero, por más que no fuera un príncipe de la Bohemia.

Á Esther le fastidiaba verle caer en aquellas blancas manos, pues si escapaba de la una, iría á caer en poder de la otra. ¿Quién sería la una? ¿Quién sería la otra?

Rogó á uno de sus amigos que le diera el brazo.

—No le comprometeré á V. (le dijo), porque voy á envolverme en un dominó violeta, que espero hará más ruido que los más caprichosos y alegres trajes. Quiero impedir que un Príncipe caiga en una trampa. Además, en cuanto entable conversación con él, queda V. en libertad.

—Muy bien (contestó el amigo). De manera que estoy demás en cuanto encuentre V. lo que busca. ¿Sabe V. que el papel que quiere V. hacerme representar no está clasificado todavía en la comedia francesa?

—Sí tal.

—Acepto; pero con una condición; y es, que me presente V. á su amiga Rhea.

Se cerró el trato, y partieron en son de guerra.

El Príncipe tenía un palco proscenio. Esther tocó á la puerta, y presentó á su amigo, que era muy conocido del Príncipe.

—Monseñor (dijo á éste); si Rhea viene por aquí, deténgala V., porque mi amigo quiere cenar con ella, conmigo y con V.

El Príncipe rodeó con su brazo la cintura del dominó violeta.

—Muy pronto lo has dicho; pues hay dos mujeres á quienes he prometido cenar con ellas: la que ves aquí, y otra.

—¿Acaso carece V. de estómago, Monseñor? Sin embargo, le he visto á V. llegar al tercer servicio más de una vez.

Una de las dos actrices era la que estaba en el palco, la cual se creía adorada por el Príncipe desde hacía algunos días.

Era una preciosa criatura, que no desconfiaba de nada; una Venus de Milo en miniatura. Pero ésta, al menos, no tenía que enviar por sus brazos á ninguna parte, pues los tenía muy buenos para sujetar sus pasiones.

El Príncipe se volvió hacia ella.

—Vamos, Phryné: ¿qué dices tú de esa proposición? ¿Quieres que cenemos los tres juntos?

El Príncipe empezaba á sentir el encanto de Esther, cuyo brazo, al apoyarse en el suyo, le hacía estremecer.

—No, no (contestó Phryné); no doy participación á nadie; todo para mí, es mi divisa.

—Todo para ti, es la mía,—dijo Esther al Príncipe.

Éste estaba ya completamente conquistado; acababa de aspirar el perfume de los cabellos de Esther, que derramaban los más voluptuosos aromas.

Phryné había cogido por su cuenta al amigo de la Comedianta, para referirle todas sus alegrías. Era la primera vez que un hombre de su clase la amaba. Había despedido bonitamente á

todos sus adoradores, y había borrado con sus lágrimas todas sus pasadas faltas. El Príncipe la había vuelto de nuevo pura é inmaculada, añadiendo después otras mil cosas por el estilo.

Hay muchas mujeres que después de una primera falta han cometido la segunda, creyendo salir de todas blancas como una paloma.

No se puede calcular lo de virtudes que ha restaurado Víctor Hugo. Y, sin embargo, el famoso verso de Marion Delorme no se ha pronunciado nunca en la escena.

Pasearon por el salón, el Príncipe con Esther y Phryné con el amigo de ésta. De pronto una mujer se paró delante de los primeros.

—¡Ah! ¡ya te encontré! Tú me engañas antes de que yo tenga tiempo de engañarte.

—¡Chist, Aspasia! (dijo el Príncipe): las paredes oyen.

Aspasia iba envuelta en un dominó rosa, sembrado de perlas. Todo era brillante en la recién llegada, la risa, la boca, los dientes, los ojos, un rayo de sol. Aspasia había tomado el otro brazo del Príncipe, quedando separadas de este modo las dos enemigas. Enfrente de ella parecía Esther una luna casi sin luz.

Pero cuando hablaron las dos, la luna eclipsó al sol por completo.

—¡En fin, Príncipe de mi corazón! (dijo Aspasia) : no olvides que ceno contigo.

—¿Qué capricho tienes de cenar? ¡Eso es muy vulgar! Ya no lo hacen más que las modistas y los horteras.

—¡Pues bien! Me divierte hacer lo que todo el mundo; no dirás que soy exigente.

—De ningún modo; pero puesto que ya no hay más bajadas de la Courtille, tampoco hay más cenas.

Esther estaba encantada; le parecía que era ella la que hablaba. Hay muchísimas cosas que las hace uno decir á los demás, sin que se aperciban de ello, sólo por la fuerza de voluntad.

Aspasia insistió, porque necesitaba aquella cena para atormentar á Phryné.

—Después de todo (añadió el Príncipe), si tienes tantas ganas de cenar, corriente; á las cuatro estaré en el café Inglés, en el gabinete número 12.

—Gracias á Dios (dijo Aspasia); pero no me hagas esperar.

—No, á esa hora en punto.

—La exactitud es la política de los Príncipes. Pero veo que se ha apoderado de ti ese dominó que huele á obispo, y creo que debes irte despidiendo de él; por mi parte, voy á pasear por el salón.

En cuanto partió, dijo Esther al Príncipe:

—Monseñor, á las cuatro, es conmigo con quien cenará V. en el café de París. ¡Oh! supli-

co á V. que no dejemos de asistir á esa comedia; es preciso que Aspasia y Phryné se arañen en el café Inglés.

—Ya he pensado que se van á devorar una á otra; pero desgraciadamente no veremos la comedia.

—¡Pues bien!: vamos también al café Inglés, y así oiremos la batalla.

—Todo eso me parece muy bien; pero V. dispone de mí, como si yo le perteneciera.

—Yo soy la que pertenezco á V.

—En fin, vería de buena gana lo que no he visto nunca.

El Príncipe miraba á Esther, que tenía los ojos más hermosos del mundo.

—¡Qué brillo, qué resplandores! Hay ojos que en seguida muestran su matiz; son azules ó negros, mientras que los de V. presentan todos los colores.

Esther mostró su boca.

—¡Adorable! Y además tiene V. unos cabellos que exhalan un perfume más dulce que el del heno cortado en flor.

—¡Oh! ¡una frase!

De frase en frase, volvieron al palco. La obstinada Phryné llegó bien pronto con el amigo de Esther.

—No olvides (le dijo aquella al Príncipe) que cenamos juntos; pero los dos solos, á las

cuatro de la mañana, en el café Inglés, gabinete número 12.

Cerca ya de la hora señalada, el Príncipe partió el primero, diciendo á Phryné:

—Voy á acompañar á esta dama hasta su carruaje.

Como era natural, no volvió.

Phryné, llena de orgullo, no dudó un momento de que habría ido á esperarla al café Inglés. En su consecuencia, rogó al amigo de Esther que la acompañara.

Aspasia llegó al mismo tiempo.

—¡Cómo! ¿Tú también cenas en el café Inglés?

—Sí, me van á servir perlas disueltas.

Y las dos subieron al mismo tiempo.

Su acompañante había encontrado en aquel momento algunas damas conocidas.

—Parece que no cenamos muy lejos la una de la otra,—dijo Phryné, siguiendo á Aspasia.

Ésta no respondió, y llamó en el número 12.

—Ese es mi número,—exclamó Phryné.

—Me parece que no, pues aquí cenamos dos solamente.

—Te digo que el Príncipe me espera en el número 12.

Ya sabemos que el Príncipe no esperaba á ninguna de las dos.

Sin embargo, se abrió la puerta: había dos cubiertos, y la mesa estaba perfectamente pues-

ta; flores y frutas en el centro, y los candelabros cargados de bujías.

—Ya ves que sólo hay dos cubiertos.

—Bueno; pero el Príncipe con quien cena es conmigo.

—Tu reloj, ó adelanta ó atrasa; será tu invitación para mañana.

—Te digo que es para hoy.

La una se sentó para tomar posesión, y la otra hizo lo mismo para protestar.

—Si no estás contenta (dijo la una), puedes ir por cuatro soldados y un cabo.

—Estoy muy contenta; el Príncipe nos pondrá de acuerdo.

Hubo un momento de silencio.

La una coge una flor, y la aspira; la otra toma un racimo de uvas, y lo muerde.

Durante este diálogo, el Príncipe y Esther estaban escuchando junto á la puerta de comunicación, porque en ciertos días se unían los dos gabinetes, sirviendo el uno de antecámara y el otro de sala de fumar. El diálogo subió de tono, empleándose en él las palabras más escogidas del vocabulario carnavalesco.

El Príncipe se echó á reir de tal modo, que Phryné exclamó:

—Ese es el Príncipe, que se burla de nosotras.

Y como una furia abrió la puerta de comunicación. Aspasia la siguió. ¿Qué vieron?

Á Esther sin careta, sentada enfrente del Príncipe.

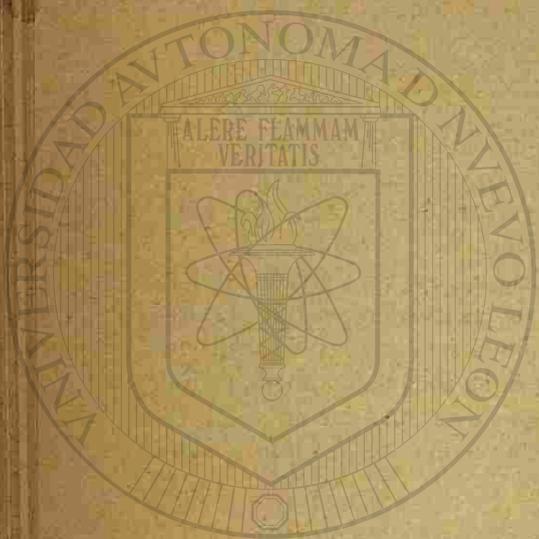
Al aparecer las dos damas, tomó la Comedianta una manzana con su delicada mano, y exclamó:

—Señoras, ¿para quién es la manzana?

Y como ni la una ni la otra se adelantara á cogerla, la mordió con sus blancos dientes.

Cuando Esther se arriesgaba á dar una batalla, era porque estaba segura del triunfo.

La historia hizo ruido, lo cual agradó al Príncipe. Era Paris con las tres diosas. Las mujeres del gran mundo, lo mismo que las del teatro, se esforzaban en hacer su conquista, mientras que ella, para quien eso no era más que un juego, se esforzaba en cortar el hilo de oro que le unía á ella.



XXIII.

Diente por diente.

Las mujeres debían estudiar humanidades lo mismo que los hombres. Se las enseñaría en la escuela de Mad. de Sevigné, de Mad. Sand y de Mad. Girardin, diciéndoles al mismo tiempo: «De aquí no pasará V.»

La burla, cuando traspasa los límites, se convierte en injuria en el fondo. No hay como la sátira para herir bien y en lo vivo.

La escena de Celimena y de Arsinoe es inmortal: siempre la encontramos en los maestros que es menester enseñar á leer.... y escribir.

En Francia nunca se deja pasar el carro de la gloria sin colocarle algunas piedras en el camino. Cuando Esther arrastraba en pos de sí todas las admiraciones, y al mismo tiempo todos los corazones, cierta cronista, que no la quería muy bien, le dió algunos arañazos en varios periodiquillos. Pero aquella mujer ignoraba sin

duda que la cólera de la joven leona era terrible.

En los mejores periódicos se pudo leer entonces la siguiente anónima contestación, que no hay para qué decir era de Esther :

«Muy señora mía y enemiga : Ha dicho V. que nadie pone luminarias por mis estrenos, ni en el Teatro Francés ni en el Gimnasio ; tanto peor para la crítica.

»¿No es verdad que se iluminará para V., maravilla de la naturaleza?

»Sí; con veinticinco bujías en el Gran Seize del café Inglés. Se alumbra lo mismo por veinticinco luises.

»Pero vea V. lo que son las cosas : para representar comedias en la escena, *no* basta saberlas representar con los hombres. Estos eternos soñadores *las* representan *ellos* mismos. Pero para dar vida á los fantasmas del teatro, es necesario *el* genio, *la* inspiración, *algo* del fuego sagrado.

»Esto no lo comprenderá V. de seguro, porque nunca ha encendido V. más que el fuego de los hombres con los candiles de sus ojos. Se figura V. que todas son de su mismo talle; debía haber dicho tonel. Si yo soy delgada, esbelta y diáfana, es por mis etéreas aspiraciones ; yo he dicho siempre : «Más lejos, más lejos, más lejos.»

Mientras que V. repite constantemente : «Más cerca, más cerca, más cerca.»

»Ha tenido V. la incomparable honra de vivir en mi intimidad. Por desgracia no he conseguido que aprenda V. á saber vivir.

»Y, sin embargo, soy una mujer de buena raza, pues desciendo de la gran familia de las Champmeslé, de las Adrianas Lecœuvreur, de las Chairon y de las Mars.

»Se ha figurado V., sin duda, un instante que pertenecía á la familia de aquellas que tienen el abanico como Mlle. Mars; pero V. ha dejado caer su abanico á la primera aventura, porque no ha sabido V. defenderse.

»Nos conocimos en el Conservatorio. Yo era esbelta y delicada; V. todo lo contrario.

»Yo parecía proceder de gacelas y panteras, y V. de una vaquería.

»Pero era V. tan alegre, que me dejé seducir por V., creyéndola una buena mujer.

»Pero resulta al fin que es V. una mujer mala.

»Ha sido V. mi compañera y mi acompañante. Se lo contaba á V. todo; pero como una reina que habla á su confidente. Ha descubierto V. los secretos de Estado y los secretos de alcoba, lo que para V. es lo mismo.

»Con mano brutal me ha desnudado V.; con impía mano ha desnudado V. á mis hermanas.

»Me estremezco de indignación, solamente al pensar que no ha respetado V. los sagrados misterios de la familia. ¿Qué vértigo le ha dado á V., mujer sin corazón? Ha hecho V. brotar la luz en medio de las tinieblas para profanar los primeros latidos del corazón.

»Si no fuera V. una ignorante, le hablaría de Suetonio; pero, sin embargo, conoce V. sus autores: sin duda tiene V. al marqués de Sade debajo de la almohada.

»¿Es eso lo que aprendió V. en el Conservatorio? Es que Molière, ese gran corazón, no ha hecho comprender á V. que un teatro es la escuela de las costumbres del teatro.

»Es verdad que en vez de quedarse para aprender las lecciones de Molière, iba V. á presentarse completamente desnuda en las comedias de mujeres.

»La costumbre que tiene V. de desnudarse, la ha enseñado, sin duda, á desnudar á las demás.

»Pero le advierto á V. que, aunque mi ropa caiga, conservo siempre la castidad de la mujer, mientras que V., con ropa y todo, representa las Mesalinas y Valerías.

»No olvide V. que cuando yo representaba las heroínas de los maestros, que me infundía el sentimiento de lo grande, exhibía V. su talle desnudo en el *Piè de Puerco*.

»Según el Dios de Israel, que es el verdadero, y el mío, y el de V., la misión de la mujer es tener hijos; yo he dado dos al mundo.

»En cambio V. no ha dado á luz más que crónicas escandalosas. ¿De quién? Está prohibido averiguar la paternidad de los escritos de V.

»Á Dios gracias, no soy implacable: el amor á la verdad me obliga á reconocer que en algunos momentos es V. una buena muchacha, de ojos de fuego, dientes de lobo, ingenio de pilluelo de París, y alguna gracia de cuando en cuando.

»Si no es V. una perfección en la escena, en cambio para cenar es V. una mujer completa.

»No es V. espiritual, ni mucho menos; pero, al fin y al cabo de discurrir mucho, suele V. encontrar una palabra oportuna.

»Pero en su crónica no ha conseguido V. encontrarla.

»Á imitación de los espectadores del paraíso, me ha tirado V. manzanas cocidas. Como yo estoy mejor educada, prefiero arrojar á V. mi guante á la cara.»

La firma era *Todo ó nada*.

Esta carta no obtuvo contestación. Ninguna de las que había conocido en el Conservatorio podía perdonarle sus triunfos, después de haber sido arrojada del templo. Querían vengarse

constantemente con sátiras más ó menos públicas. Pero cuando comprendieron que Esther señalaba á sus enemigas con agua fuerte, todas guardaron silencio.

Como aquellas líneas llevaban por firma la divisa de la Comedianta, ninguna quiso volver á empezar.

XXIV.

La revancha del Coronel.

Esther, cuya vida corría en medio de la tempestad, como hoy día la de Sarah Bernhardt, que manejaba sus pasiones á su antojo, que se creía de templado acero, y quería gastar diez existencias sin tener más que una, no permitía á sus adoradores que la importunaran con sus sinfonías en *la menor*.

Le gustaban las adoraciones; pero le fastidiaban las lágrimas.

Era menester conformarse con tomar lo que daba, sin pedir nunca más que lo que concedía; no comprendía que una pasión pudiera durar mucho tiempo, ni aun siendo ella la que la inspirara.

Uno de sus más afortunados admiradores; un brillantísimo Coronel del ejército de África, hombre galante y distinguido, se empeñaba en permanecer enamorado á los piés de la joven.

Una noche le dijo ésta, para cortar por lo sano, al mismo tiempo que le presentaba su espada.

constantemente con sátiras más ó menos públicas. Pero cuando comprendieron que Esther señalaba á sus enemigas con agua fuerte, todas guardaron silencio.

Como aquellas líneas llevaban por firma la divisa de la Comedianta, ninguna quiso volver á empezar.

XXIV.

La revancha del Coronel.

Esther, cuya vida corría en medio de la tempestad, como hoy día la de Sarah Bernhardt, que manejaba sus pasiones á su antojo, que se creía de templado acero, y quería gastar diez existencias sin tener más que una, no permitía á sus adoradores que la importunaran con sus sinfonías en *la menor*.

Le gustaban las adoraciones; pero le fastidiaban las lágrimas.

Era menester conformarse con tomar lo que daba, sin pedir nunca más que lo que concedía; no comprendía que una pasión pudiera durar mucho tiempo, ni aun siendo ella la que la inspirara.

Uno de sus más afortunados admiradores; un brillantísimo Coronel del ejército de África, hombre galante y distinguido, se empeñaba en permanecer enamorado á los piés de la joven.

Una noche le dijo ésta, para cortar por lo sano, al mismo tiempo que le presentaba su espada.

—¡Adiós, Coronel! Venga V. á verme cuando sea General.

Esto no era lo que quería el Coronel, que se creía en las primeras auroras de la luna de miel; no había dado nada, porque ella nada había querido.

Esther no vendía su corazón.

Se imaginó, sin embargo, pensó que quizás ganaría algunos días más con alguna prodigalidad bien entendida.

Recorrió Inglaterra, y volvió con dos magníficos caballos, que, enganchados á una berlina de Erler, los hizo conducir á la puerta de Esther por un cochero irreprochable. Justamente, al parar en la puerta, bajaba la Comedianta para ir á un ensayo.

—¡Ah! ¿Es V., Coronel? Le creía á V. en África.

—No; he estado en Inglaterra, de donde le he traído á V. esos caballos.

—¡Oh! Son muy bonitos.

Un coche de alquiler esperaba á Esther; pero, como era natural, subió á la berlina. Después tendió la mano al Coronel en el momento en que este se disponía también á subir á su carruaje.

Este pronombre posesivo se aplica á Esther, y no al Coronel.

Al mismo tiempo le dijo con aire decidido:

—¡Gracias! ¡Adiós!

Esto fué todo; los caballos partieron hacia el Teatro Francés: el Coronel se quedó un tanto sorprendido; pero luego, como hombre de chispa que era, gritó á la joven:

—¡Adiós! Me voy en el de alquiler.

Aquel hombre, que se había portado como un héroe con el duque de Orleans y con el de Anjou en las campañas de África, se echó á llorar como un niño, no por sus caballos, sino por Esther, á quien adoraba. La palabra *adiós* le había llegado al alma.

No desesperaba, sin embargo, de recibir después del ensayo algún billetito invitándole á cenar con ella una vez más. Pero nada: un silencio sepulcral. Sufrió las mil muertes de la pasión no correspondida, pero cuidando de ocultar las heridas de su corazón, porque tenía el suficiente talento para no dar un espectáculo.

Yo fui su solo confidente; me pidió un consejo; quería escribir á la trágica.

—¡Jamás! ¡Jamás! —le dije yo.

Al día siguiente le ofrecí llevarle á comer con ella como por casualidad, porque habría en su casa otros convidados.

—¡Jamás! ¡Jamás! —me respondió á su vez.

Había vuelto á recuperar su energía, y quería alcanzar una victoria sobre sí mismo.

No se le volvió á ver nunca en su butaca de orquesta, que no ocupaba nadie.

Esther me dijo un día:

—El Coronel se burla de mí; paga su abono, y me hace la ofensa de no venir.

—Sin duda (le contesté yo con aire distraído) irá á algún otro teatro donde representa cualquiera de las amigas de V.

Pero la Comedianta no mordía esta clase de anzuelos, porque no tenía tiempo para ser celosa. Solía decir: «Esther no tiene celos más que de Esther.»

Un mes después se encontraba en Londres rodeada de todos los triunfos que podía alcanzar como mujer y como artista: yo estaba allí también.

Llegó una noche el Coronel, durante una representación de Fedra; le vió entrar desde la escena; en seguida le escribió estas palabras:

«Le espero á V..... Te espero....»

El Coronel reconoció á Rosa, su discreta mensajera.

Prometió ir á verla al escenario ó á su cuarto.

Al tercer acto, y en cuanto desapareció de la escena Esther, se dirigió á verla.

—¡Ah! ¡gracias á Dios! ¿Sabe mi Hipólito por qué he trabajado tan bien? Porque estaba V. allí.

La trágica saltó al cuello del Coronel: éste no esquivó sus brazos, pero no participó de

aquella efusión, acogéndola con una flema puramente británica.

—¡Lo que es el aire del Támesis! Me ha helado V. como si fuera una niebla; pero dentro de un momento espero irá V. á tomar el te á mi casa.

El Coronel se defendió. Dijo que le esperaban, y que salía para París antes de amanecer.

—¡Tanto peor! Le condeno á V. á ir á mi casa, en donde estaremos solos los dos.

No había mujer tan encantadora como Esther cuando entraba en amorosa campaña.

El Coronel, después de haberse resistido, prometió acudir á la cita.

Á media noche la Comedianta, después de haber tomado el abanico de Celimena, esperaba sobre su canapé al soldado de África.

Se sorprendía de tener que esperar.

Á las doce y media apareció al fin, pero con la misma británica flema. En vano le habló como en otros buenos tiempos; le dijo mil cosas á cual más encantadoras; pasó del ingenio al sentimiento, y de éste á la pasión. El Coronel parecía no comprender una palabra. Una hora transcurrió en esta gran batalla, en donde Esther tuvo su Waterloo, no comprendiendo aquella rebeldía.

Al cabo de diez minutos el Coronel tomó su sombrero.

Ella lo arrojó al fuego; pero el Coronel permaneció impassible.

—¡ Adiós, pues! (murmuró al fin, impaciente.) Comprendo que le esperan á V.

—¿ Esperarme á mí? Nada de eso.

Y era la verdad.

Me encontré al Coronel al siguiente día, y no se reservó para referirme lo ocurrido.

—¿ Y la moraleja? (le pregunté yo): no la comprendo muy bien.

—La moraleja es muy sencilla; he tomado mi revancha. Ayer estaba todavía perdidamente enamorado de ella; hoy casi puedo afirmar que no la amo. He recuperado mi corazón y mi razón. He aquí por qué dijo Alejandro el Grande que era poco ganar una batalla, si no sabía uno vencerse á sí mismo.

XXV.

Las sorpresas del corazón.

Esther no se contentaba con prolongar las *sorpresas del amor*, de Marivaux; su mayor placer consistía en preparar las sorpresas del corazón. Lili había sido contratada en el Teatro Francés, no solamente porque era la hermana de Esther, sino porque estaba dotada de un verdadero genio escénico. Si ella tenía menos fuerza que la gran Comedianta, tenía, en cambio, más sentimiento. Se apoderaba menos del espíritu, pero llegaba más al corazón. Cuando Esther hacía Fedra, presentaba el gran espectáculo de las figuras de Eschylo; pero Lili representaba Aricia con un rostro lleno de amor. Su verdadero triunfo fué en el papel de Catalina de Braganza, creado por Víctor Hugo. Aquel día se realizó aún el famoso duelo de la esposa y la querida del tirano. Hicieron recordar los triunfos de Mars y de Dorval. Y, sin embargo, ni la una ni la otra habían estudiado en esa grave escuela. Fué una verdadera fiesta para los pari-

Ella lo arrojó al fuego; pero el Coronel permaneció impassible.

—¡ Adiós, pues! (murmuró al fin, impaciente.) Comprendo que le esperan á V.

—¿ Esperarme á mí? Nada de eso.

Y era la verdad.

Me encontré al Coronel al siguiente día, y no se reservó para referirme lo ocurrido.

—¿ Y la moraleja? (le pregunté yo): no la comprendo muy bien.

—La moraleja es muy sencilla; he tomado mi revancha. Ayer estaba todavía perdidamente enamorado de ella; hoy casi puedo afirmar que no la amo. He recuperado mi corazón y mi razón. He aquí por qué dijo Alejandro el Grande que era poco ganar una batalla, si no sabía uno vencerse á sí mismo.

XXV.

Las sorpresas del corazón.

Esther no se contentaba con prolongar las *sorpresas del amor*, de Marivaux; su mayor placer consistía en preparar las sorpresas del corazón. Lili había sido contratada en el Teatro Francés, no solamente porque era la hermana de Esther, sino porque estaba dotada de un verdadero genio escénico. Si ella tenía menos fuerza que la gran Comedianta, tenía, en cambio, más sentimiento. Se apoderaba menos del espíritu, pero llegaba más al corazón. Cuando Esther hacía Fedra, presentaba el gran espectáculo de las figuras de Eschylo; pero Lili representaba Aricia con un rostro lleno de amor. Su verdadero triunfo fué en el papel de Catalina de Braganza, creado por Víctor Hugo. Aquel día se realizó aún el famoso duelo de la esposa y la querida del tirano. Hicieron recordar los triunfos de Mars y de Dorval. Y, sin embargo, ni la una ni la otra habían estudiado en esa grave escuela. Fué una verdadera fiesta para los pari-

sienses ver á las dos hermanas dar vida á las heroínas del gran poeta.

Se cenó en casa de Víctor Hugo; la cena fué bien alegre; pero de pronto exclamó Esther: ¡*Trece!* Había contado los convidados. Julio Janin ha escrito esta triste leyenda, en la que todos los comensales del gran poeta fueron desterrados ó descansaron en la tumba, menos Girardín y el que escribe estas líneas.

En efecto: ¡cuántos partieron en seguida! ¡Cuántos que no han conservado la vida! Lili, la señora de Arsenio Houssaye, la de Emilio Girardín, el conde de Orsay, Pradier, Gerard de Nerval, Alfredo de Musset. Toda la familia de Víctor Hugo, proscrita ó expatriada. En fin, Esther misma debfa morir en la flor de su juventud.

En la segunda escena que siguió á la representación de *Angelo*, no fuimos ya trece. Esther había invitado á su director, á su hermana Valia, Lili, Julio Janin y Teófilo Gautier. Naturalmente, pensamos que sería en su casa, pero no era así, pues nos dijo: «Es en casa de Lili.»

Terminó el último acto, y hubo una ovación tan entusiasta como la antevíspera, lo mismo para Lili que para Esther.

—Mi querida niña (dijo la gran Comedianta, abrazando á su hermana); has representado me-

mejor que yo, y quiero recompensarte: vamos á cenar esta noche en tu casa.

—¡En mi casa! ¿Querrás decir en casa de mamá?

—No (añadió Esther); en la tuya; tú no sabes dónde está, pero he aquí la llave.

—¿Te estás burlando? Querrás hablar de la llave del podestá *Angelo*.

—No tal; ¡la llave de tu casa! Puesto que no sabes el camino, voy á llevarte á ella.

Salieron del teatro: Lili subió al carruaje de Esther.

Siete ú ocho minutos después se detenían en la calle Mogador.

Lili parecía muy inquieta, creyendo que era una burla, por más que su hermana la había tratado siempre con mucho cariño.

Entraron en una casa.

—¿No reconoces tu escalera?—le dijo Esther.

—Concluiré por creer que estamos ensayando una comedia que no conozco todavía.

Llegaron al tercer piso.

—Abre la puerta, puesto que tú tienes la llave,—le dijo su hermana.

Apenas Lili puso la llave en la cerradura, se abrió la puerta: la antecámara estaba toda iluminada; una doncella atenta y sonriente salió á saludarlas; pasaron á un salón aún mejor alumbrado, y artísticamente amueblado según

el gusto del día; el reloj, los candelabros, los objetos de China, todo estaba escogido por mano maestra. Otra sorpresa: un retrato de Esther sonreía á otro de Lili, colocado enfrente. Eran dos preciosas pinturas, hechas al pastel por Muller.

—No es eso todo,—dijo la hada.

Y condujo á su hermana con su varita mágica á una alcoba como la sueñan las jóvenes solteras. Allí reinaba una tenue y dulce claridad; rosadas bujías se veían en la chimenea, y un precioso lecho de laca rosa y blanco, con colgaduras celestes.

Lili empezaba á sentirse mal: en poco estuvo que no fuera preciso meterla en la cama.

—No es eso todo tampoco,—repitió de nuevo Esther.

Desde la alcoba la llevó á un gabinete tocador, en donde se adivinaba la mano de la artista, hasta en el *indispensable*, de forma ovalada en antigua porcelana de Sèvres.

—Ahora (dijo Esther riendo), mira tu ropa blanca.

Y abrió un armario lleno de maravillas, que exhalaban un delicado perfume. Poco faltó para que Lili estrenara sus camisas de dormir, pues hasta entonces habían sido las mismas que usara por el día las que le servían por la noche.

—No eseso todo,—repitió Esther una vez más.

Y pasaron á la cocina, en donde brillaba el cobre de una flamante batería de cacerolas y otros utensilios de diferentes formas. En ella se percibía un agradable olor de perdices trufadas, que abría el apetito. Lili se había vuelto un poco burlona. Se volvió á su hermana, y le dijo:

—Supongo que no será esto todo.

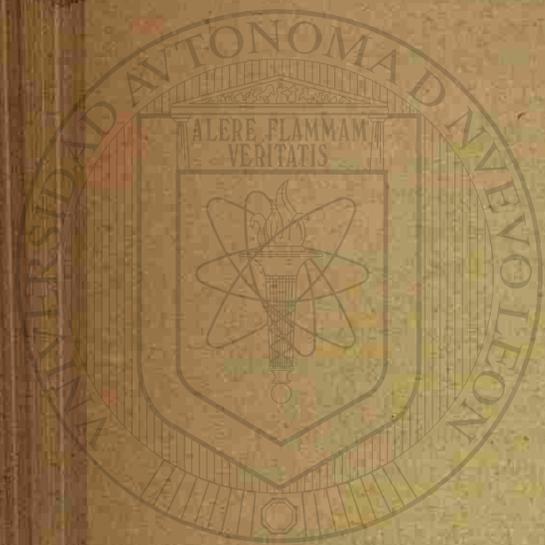
—Y tienes razón, porque además hay vino en la cueva y leña en la buhardilla. Respecto al alquiler de la casa, está pagado por un año; si no estás contenta con el casero, me le envías á mí.

En aquel momento llegamos nosotros: se nos hizo pasar por la cocina, para recorrer todas las habitaciones. Todo el mundo abrazó á Esther, y después á Lili, á Lea y á Bergamina, una verdadera pilluela de Molière, á quien todo el mundo quería.

—No olvides (dijo Esther á Lili) que tienes que hacer los honores de tu casa.

—¡Á la mesa, señores! (dijo Lili.) No me silben Vds. porque no sepa todavía este nuevo papel de la comedia de mi hermana.

La cena de la comedia no pudo ser más encantadora.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XXVI.

La muerte de Lili.

Lili fué digna de figurar en un medallón cerca de la estatua de su hermana Esther. Se ha dicho que se mató con los combates teatrales; pero la verdad es que sucumbió en otro combate diferente.

Esther tenía sus días de seducción, y sobre todo sus horas de indecible encanto, que seducía todos los corazones. Lili no era una maga ni era hermosa, y sólo poseía el atractivo de la juventud, que se reflejaba en su fisonomía. No era fea tampoco, con sus expresivos ojos y su graciosa sonrisa, sus blancos dientes y sus labios descoloridos. Muchos enamorados la asediaban entre bastidores; su casa era el verdadero templo de una virgen, en el que ninguno penetró.

Como era mujer de ingenio, ella misma se refería de su virtud; refería á sus hermanas las emboscadas que le preparaban sus adoradores y les leía todas las declaraciones de guerra que se llaman generalmente declaraciones de amor.

El más asiduo de sus pretendientes era un periodista, del cual solía decir Lili, riéndose: «Ese valiente perro de presa no me causa más temor que los otros, y es, por otra parte, un verdadero perro guardián, que mantiene á cierta distancia á los más obstinados.»

Aquel feroz pretendiente escondía sus garras para escribirle las cosas más tiernas. Siempre que representaba se le veía en las butacas de orquesta. Cuando le encontraba, nunca dejaba de preguntarle á cuántos grados *Reaumur* se hallaba su pasión.

—¡Ay! (me contestaba, porque no era fatuo); he llegado á la temperatura del Senegal; pero Lili está siempre bajo cero.

Un día, día fatal, se sintió vencida. No fué ni un escritor, ni un actor; fué un agregado de embajada, que encontraba al principio entre bastidores, y que concluyó, después de un sitio en toda regla, por ser el preferido.

Esther comprendió en seguida que aquello era una cosa seria; pero no le dijo nada, no queriendo divertirse con su hermana, como lo había hecho con otras.

Un día, sin embargo, le dijo Lili estas solas palabras, con la sonrisa de la felicidad, que es como el arco iris en la tempestad.

—Ya terminó.

Esther no se había equivocado. Había conce-

dido un año á su virtud; hacía, pues, un año justo que había jurado ser inaccesible.

La pobre Lili, que parecía querer abandonar la tierra, pero que había sobrevivido valientemente á su triunfo enfrente de Esther, en *Ángelo*, no pudo sobrevivir á su felicidad.

Fué tan feliz de ser feliz, que, al cabo de algunos días, todo el mundo habló de su palidez.

Su madre quiso arrancarla de los brazos de su amante; pero ella se resistió con amoroso frenesí. Era la revancha del amor tan largo tiempo desdeñado. Llegó un momento en que se negó á representar, tan entregada se hallaba al fuego de su pasión. En fin, un día fué Esther á ver al Director.

—Ya sabe V. (le dijo) que Lili está medio muerta; deme V. una licencia de ocho días para llevarla á Aguas-Buenas.

Lili llegó también muy pálida y vestida de negro; no dijo una palabra; estrechó la mano del Director, y se echó á llorar, reclinada sobre el pecho de Esther.

—Adiós, mi querido Director (dijo): abráceme V., y espéreme, porque volveré.

Pero no volvió.

Era horroroso aquel ensañamiento de la felicidad: adoraba á su amante; su amante la adoraba á ella. Parecía la segunda edición de Fontenay con la señorita Borval, que concluyeron por mo-

rir los dos. Aquí el agregado de embajada no murió: probablemente llegaría á embajador. Pero Lili abandonó bien pronto este mundo, en donde el alma mejor templada es casi siempre vencida por el corazón.

El verdadero drama fué en Aguas-Buenas. Esther había concluído por separar á los amantes. Pero habían conseguido, como por despedida, hacer juntos el viaje. Él había querido conducirla por sí mismo hasta el manantial que debía devolverle la vida.

Aquí empieza este drama, imposible de referir.

Partió el amante, y ella lloró, porque presentía que no le volvería á ver. Le prometió que la escribiría diariamente, y así lo hizo.

Los que hayan estado en Aguas-Buenas saben muy bien que el cartero se anuncia todas las mañanas con una pequeña campanilla; Lili esperaba todos días aquel sonido como Julieta esperaba la serenata de Romeo.

Los primeros días corría en busca de la carta, y la leía veinte veces bajo las árboles del paseo horizontal; pero bien pronto se puso tan enferma, que le fué necesario quedarse en cama.

Le subían la carta, y la recibía con una explosión de lágrimas y de caricias.

El célebre doctor Barralde, que durante su vida ha representado un grande y misterioso

papel, era el médico de Lili. Se apercibió del prodigioso poder de las cartas de su amante.

Desde el momento en que Lili apoyaba sus labios en el sobre, aspirando aquel perfume tan grato á su corazón, se entregaba á tal efusión amorosa, que parecía que era su mismo amante.

Volvía en sí, pero aquellas sensaciones se repetían muchas veces mientras leía la carta.

Barralde tomó las manos de la pobre niña, y le suplicó que no leyera aquellas cartas apasionadas, diciéndola que no podría salvarla si no tenía prudencia por su parte.

Temiendo que su consejo no fuera atendido, escribió á Esther indicándole la conveniencia de calmar aquellas sensaciones de la enamorada; pero la enfermedad había hecho ya tales progresos, que bien pronto Lili no tuvo fuerzas siquiera para leer las cartas tan anheladas.

Cuando se las llevaban, las besaba y las ponía debajo de su almohada, sintiéndose demasiado débil para leerlas, como la señorita de Lespinasse con las últimas del caballero de Mora.

Pero era demasiado todavía el besar la carta de su amante, y se desvanecía cuando la llevaba á sus labios.

La almohada la abrasaba como si fuera de ardientes llamas; así es que el doctor Barralde prohibió á la camarera entregar las cartas á Lili, lo que fué una pena para ella, aun estando como

estaba á las puertas de la muerte. Para consolarla, le dijo la doncella que su amante la escribía como siempre, pero que, por orden del doctor Barralde, no le podían entregar las cartas sino después de tres ó cuatro días.

Lili no insistió; pero, á pesar de eso, el doctor no consiguió impedir aquel vértigo amoroso de por las mañanas, aquel síncope que iba concluyendo de matar á Lili, porque el simple sonido de la campanilla ejercía sobre ella la misma influencia que la carta. Llegó á tal punto, que el Doctor suprimió la campanilla. Pero todo era inútil: Lili espiró en medio de un último desvanecimiento.

Se le habían recogido todas las cartas que guardaba bajo su almohada, menos una que logró ocultar. Un día la tomó, y se incorporó un poco para verla mejor; la devoró á besos, y espiró lanzando un grito del más supremo y voluptuoso amor. Barralde me ha referido esta escena punto por punto, como médico y como fisiologista.

No era la primera vez que asistía á aquel espectáculo de la pasión que no domina la muerte; pero lo que él no había visto nunca era, no diré una más bella, pero sí una más casta y más pura víctima sacrificada sobre las aras de Afrodisa. ¡Lili se había sacrificado á sí misma!

XXVII.

Los rosales de Lili.

Esther no podía consolarse de no volver á ver á Lili. Quiso ir á llorar á la casa que tan desprendidamente le había amueblado en la calle Mogador; pero la primera vez se detuvo en la escalera; al fin la segunda traspasó los umbrales, y derramó abundantes lágrimas; encontró algún consuelo en respirar en los mismos sitios en que su hermana había vivido.

De pronto quedó sorprendida al ver dos rosales magníficos sobre la chimenea de la alcoba. ¿Quién había llevado aquellas flores?

Bajó y preguntó al portero por qué milagro se encontraban allí aquellas rosas, puesto que ni su madre ni sus hermanas habían vuelto á casa de Lili. Pero el portero dijo que no lo sabía.

Esther subió, acompañada del portero, y le rogó que bajara los rosales y los colocara en su berlina.

De la calle Mogador se fué directamente al

estaba á las puertas de la muerte. Para consolarla, le dijo la doncella que su amante la escribía como siempre, pero que, por orden del doctor Barralde, no le podían entregar las cartas sino después de tres ó cuatro días.

Lili no insistió; pero, á pesar de eso, el doctor no consiguió impedir aquel vértigo amoroso de por las mañanas, aquel síncope que iba concluyendo de matar á Lili, porque el simple sonido de la campanilla ejercía sobre ella la misma influencia que la carta. Llegó á tal punto, que el Doctor suprimió la campanilla. Pero todo era inútil: Lili espiró en medio de un último desvanecimiento.

Se le habían recogido todas las cartas que guardaba bajo su almohada, menos una que logró ocultar. Un día la tomó, y se incorporó un poco para verla mejor; la devoró á besos, y espiró lanzando un grito del más supremo y voluptuoso amor. Barralde me ha referido esta escena punto por punto, como médico y como fisiologista.

No era la primera vez que asistía á aquel espectáculo de la pasión que no domina la muerte; pero lo que él no había visto nunca era, no diré una más bella, pero sí una más casta y más pura víctima sacrificada sobre las aras de Afrodisa. ¡Lili se había sacrificado á sí misma!

XXVII.

Los rosales de Lili.

Esther no podía consolarse de no volver á ver á Lili. Quiso ir á llorar á la casa que tan desprendidamente le había amueblado en la calle Mogador; pero la primera vez se detuvo en la escalera; al fin la segunda traspasó los umbrales, y derramó abundantes lágrimas; encontró algún consuelo en respirar en los mismos sitios en que su hermana había vivido.

De pronto quedó sorprendida al ver dos rosales magníficos sobre la chimenea de la alcoba. ¿Quién había llevado aquellas flores?

Bajó y preguntó al portero por qué milagro se encontraban allí aquellas rosas, puesto que ni su madre ni sus hermanas habían vuelto á casa de Lili. Pero el portero dijo que no lo sabía.

Esther subió, acompañada del portero, y le rogó que bajara los rosales y los colocara en su berlina.

De la calle Mogador se fué directamente al

cementerio del P. Lachaise, y colocó los rosales en la tumba de la muerta.

Algunos días después volvió á casa de Lili con sus dos hermanas más pequeñas. Dos preciosos rosales habían sustituido á los primeros.

—Este es el milagro de las rosas,—dijo Esther.

Pero esta vez deshojó las flores sobre el lecho de la pobre Lili.

Nuevas preguntas al portero, que respondió: «No lo sé,» como la vez pasada.

Volvió otro día á emprender aquella triste peregrinación, y por tercera vez volvió á encontrar otros dos rosales frescos y lozanos.

El portero juró una y mil veces que ignoraba de dónde y cómo venían aquellos rosales.

¿Era quizás el amante de Lili, que, poseedor de una segunda llave de la casa, se introducía á media noche, á paso de lobo, como un verdadero ladrón, para llorar á la pobre niña?

Cuando la familia de Lili recogió, á manera de recuerdo, los muebles de la desgraciada joven, Esther empezó por llevarse los cuatro rosales para colocarlos sobre la chimenea de su alcoba. Le parecía que la pobre Lili revivía en las rosas. Por eso un día que una amiga de la casa, no sabiendo la historia, quiso coger una flor, Esther, terrible como en Camila, corrió, gritando á la sacrilega:

—¡No toques! ¡No toques!

XXVIII.

La Marsellesa.

Todos los comediantes se alababan de haber sido los maestros de Esther: Saint-Aulaire, Samson, Beauvallet, Prevost. No faltó ni el terrible Légier, que no le enseñara el arte de hacer estremecer al público. Éste siempre dejaba atrás el objeto que se proponía, pero se figuraba ser el primer trágico del mundo. Esther respondía cuando le hablaban de todos aquellos maestros:

—Es verdad; me han enseñado todo lo que ignoran; pero mientras ellos hablan, yo no obedezco sino á un maestro invisible.

El maestro invisible era su talento. Dió buena prueba de él cantando la *Marsellesa*.

Después de la revolución de Febrero, como estaba el teatro en las calles, nadie entraba en los coliseos. Aquello fué casi casi la miseria para todos los actores, porque en aquellos tiempos no habían alcanzado la fortuna, como hoy día. Esther quiso salvar á sus compañeros. En 1830 había cantado en los cafés de Lyon la *Parisiense*

cementerio del P. Lachaise, y colocó los rosales en la tumba de la muerta.

Algunos días después volvió á casa de Lili con sus dos hermanas más pequeñas. Dos preciosos rosales habían sustituido á los primeros.

—Este es el milagro de las rosas,—dijo Esther.

Pero esta vez deshojó las flores sobre el lecho de la pobre Lili.

Nuevas preguntas al portero, que respondió: «No lo sé,» como la vez pasada.

Volvió otro día á emprender aquella triste peregrinación, y por tercera vez volvió á encontrar otros dos rosales frescos y lozanos.

El portero juró una y mil veces que ignoraba de dónde y cómo venían aquellos rosales.

¿Era quizás el amante de Lili, que, poseedor de una segunda llave de la casa, se introducía á media noche, á paso de lobo, como un verdadero ladrón, para llorar á la pobre niña?

Cuando la familia de Lili recogió, á manera de recuerdo, los muebles de la desgraciada joven, Esther empezó por llevarse los cuatro rosales para colocarlos sobre la chimenea de su alcoba. Le parecía que la pobre Lili revivía en las rosas. Por eso un día que una amiga de la casa, no sabiendo la historia, quiso coger una flor, Esther, terrible como en Camila, corrió, gritando á la sacrilega:

—¡No toques! ¡No toques!

XXVIII.

La Marsellesa.

Todos los comediantes se alababan de haber sido los maestros de Esther: Saint-Aulaire, Samson, Beauvallet, Prevost. No faltó ni el terrible Légier, que no le enseñara el arte de hacer estremecer al público. Éste siempre dejaba atrás el objeto que se proponía, pero se figuraba ser el primer trágico del mundo. Esther respondía cuando le hablaban de todos aquellos maestros:

—Es verdad; me han enseñado todo lo que ignoran; pero mientras ellos hablan, yo no obedezco sino á un maestro invisible.

El maestro invisible era su talento. Dió buena prueba de él cantando la *Marsellesa*.

Después de la revolución de Febrero, como estaba el teatro en las calles, nadie entraba en los coliseos. Aquello fué casi casi la miseria para todos los actores, porque en aquellos tiempos no habían alcanzado la fortuna, como hoy día. Esther quiso salvar á sus compañeros. En 1830 había cantado en los cafés de Lyon la *Parisiense*

agitando la bandera tricolor. En 1848 pensó cantar la *Marsellesa* sobre el escenario del Teatro Francés. Así lo hizo, pero no de la manera que hasta entonces la habíamos oído.

No se me olvidará nunca la profunda impresión que nos causó á todos cuando apareció abrazando la bandera tricolor, y gritando con voz soberana, como en la melopea lírica:

¡Allons, enfants, de la Patrie!

Se la hubiera seguido á los mismos infiernos. No se puede formar idea aproximada siquiera de la expresión terriblemente acentuada que daba á cada palabra por la fuerza y la sonoridad de su voz. Aquello era hermoso, terrible, sublime. Agitaba la bandera á su alrededor; parecía que vivía, que tenía un alma como en los grandes días de batalla. Los republicanos se abrazaban unos á otros; los realistas se estremecían á impulsos del gran sople de la Revolución. Los artistas no podían contener su entusiasmo; nunca la gran trágica había arrebatado de aquel modo á los espectadores. En aquel canto iba toda su alma. Así es que cuando quisieron que volviera á empezar, cayó medio desvanecida en los brazos de sus admiradores, murmurando:

—Mañana.

Y empezó de nuevo al otro día delante de un

público que llenaba todo el teatro, en el que se veían reunidas todas las clases de la sociedad. El pueblo mismo fué los siguientes días, el pueblo, hasta la santa canalla; así es, que una noche gritó un trapero en medio de su entusiasmo:

—Esther es una valiente ciudadana. ¡Es menester que los hermanos y amigos le compren flores!

—¡Bravo! ¡bravo!— contestaron desde las butacas al paraíso, en donde se encontraba el ropavejero.

Éste se quitó su gorra de nutria, recogida quizás de enmedio del arroyo, y añadió:

—¡Que todo el mundo eche cinco céntimos! ¡Nada de aristócratas!

Todos vaciaron su bolsillo, y reunieron unos veinte francos.

El trapero corrió á casa de la señora Prevost, que estaba á la puerta del teatro; dejó sin flores la tienda, y volvió victorioso con ellas. Subió al escenario, trepando como un gato por encima de los violones de la orquesta.

Esther tuvo que salir de nuevo. Beauvallet la acompañaba.

—He aquí (le dijo el trapero) el tributo del pueblo, que ha dado veinte francos para su ídolo.

Quiso continuar su discurso; pero se echó á llorar, se sintió mal, y murmuró:

—¡Este es el día más hermoso de mi vida!

Esther misma exclamó:

—¡Este es el día más hermoso de mi vida!

Pero sus amigos no le permitieron ser mucho tiempo feliz con la santa canalla: la encontraban demasiado plebeya y demasiado revolucionaria.

Esther, por su parte, no estaba contenta de sí misma, pues se comparaba á esas tempestades que ocultan por un momento el cielo, y al fin se disuelven en lágrimas, confundiéndose con el azul del firmamento. Las tranquilas alegrías de la vida no se habían hecho para ella, que aspiraba á la soledad, al recogimiento, á la tranquilidad del hogar. Ese hogar tan querido para los enamorados y para las madres de familia.

¡Cuántas veces la he visto salir á escena llorando!

—¿Por qué llora V.?—le he preguntado.

—¡Lloro (me ha respondido), porque vivo la vida de los demás, y no la mía!

LIBRO TERCERO.

La puesta del sol.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esther misma exclamó:

—¡Este es el día más hermoso de mi vida!

Pero sus amigos no le permitieron ser mucho tiempo feliz con la santa canalla: la encontraban demasiado plebeya y demasiado revolucionaria.

Esther, por su parte, no estaba contenta de sí misma, pues se comparaba á esas tempestades que ocultan por un momento el cielo, y al fin se disuelven en lágrimas, confundiéndose con el azul del firmamento. Las tranquilas alegrías de la vida no se habían hecho para ella, que aspiraba á la soledad, al recogimiento, á la tranquilidad del hogar. Ese hogar tan querido para los enamorados y para las madres de familia.

¡Cuántas veces la he visto salir á escena llorando!

—¿Por qué llora V.?—le he preguntado.

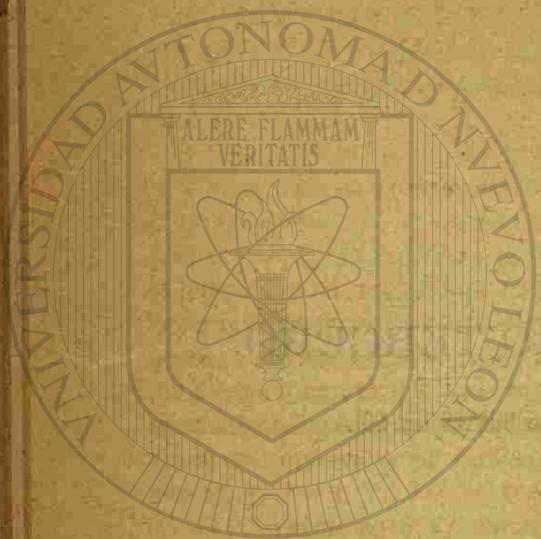
—¡Lloro (me ha respondido), porque vivo la vida de los demás, y no la mía!

LIBRO TERCERO.

La puesta del sol.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

La enemiga.

Entonces fué cuando Esther, en una noche de fiebre y delirio, sintió dar tres golpes en la puerta de su alcoba, en el célebre gabinete de su hotel. Nunca cerraba su puerta, pues decía que, estando allí Rosa, no tenía necesidad de llaves ni cerrojos. Cuando sintió dar los tres golpes, llamó á Rosa, pero Rosa no acudió. Pensó entonces que sería su hermana ó alguna amiga.

—Adelante,—murmuró incorporándose.

Era una enemiga.

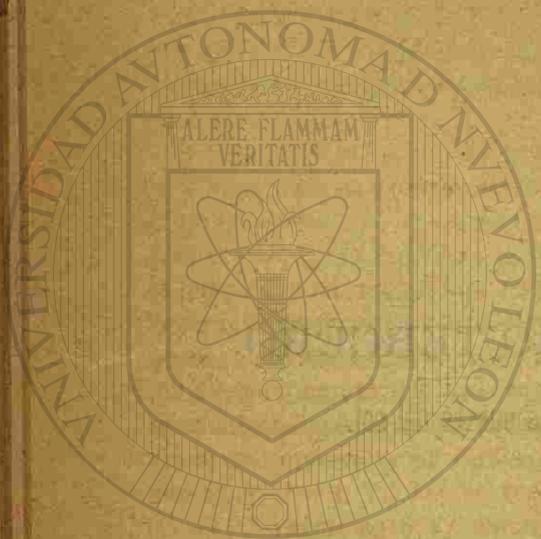
Se abrió la puerta, y vió adelantarse hacia ella una mujer blanca completamente, ni joven ni vieja, cuyo rostro no expresaba ni el amor ni el odio, pero bella por su majestuosa blancura.

—V. no me conoce, señora,—dijo con voz firme.

—No, señora. ¿Qué quiere V.?

—Vengo para dar á V. un primer aviso.

—No comprendo. ¿Quién es V.?



I.

La enemiga.

Entonces fué cuando Esther, en una noche de fiebre y delirio, sintió dar tres golpes en la puerta de su alcoba, en el célebre gabinete de su hotel. Nunca cerraba su puerta, pues decía que, estando allí Rosa, no tenía necesidad de llaves ni cerrojos. Cuando sintió dar los tres golpes, llamó á Rosa, pero Rosa no acudió. Pensó entonces que sería su hermana ó alguna amiga.

—Adelante,—murmuró incorporándose.

Era una enemiga.

Se abrió la puerta, y vió adelantarse hacia ella una mujer blanca completamente, ni joven ni vieja, cuyo rostro no expresaba ni el amor ni el odio, pero bella por su majestuosa blancura.

—V. no me conoce, señora,—dijo con voz firme.

—No, señora. ¿Qué quiere V.?

—Vengo para dar á V. un primer aviso.

—No comprendo. ¿Quién es V.?

—¡Soy la enemiga invisible que hiere en la sombra!

Esther lanzó un grito.

—¡Oh! No tema V. por el momento. Pero vengo para advertir á V. que aquí, en este mundo, la existencia de los vencedores es breve. ¡La ciega á V. el orgullo! Piensa V. que nada la detendrá en sus conquistas; pero yo odio todo lo que se eleva. Recuerde V.; Alejandro, César, Napoleón. Acuérdesse V. de la Champmerle, Adriana Lecœur y la Malibran. ¡Lo mismo ellos que ellas, ninguno ha llegado á la vejez!

La desconocida extendió su mano sobre el lecho de Esther.

—¡No me toque! ¡No me toque! Me causa V. horror.

—Y, sin embargo, me encontrará V. tan amorosa como una madre cuando la lleve en mis brazos.

—¡Yo no la conozco á V.!

Entonces la desconocida se despojó de su blanco traje. Esther reconoció á la muerte. Ocultó la cabeza en la almohada, y empezó á gritar con todas sus fuerzas.

Rosa acudió.

—He visto á la muerte (le dijo Esther): ¡sí! ¡la muerte, que me ha tocado con sus heladas manos! Ha partido; pero volverá.

¡Cuántas veces se le apareció aquel pálido rostro en sus noches de insomnio!

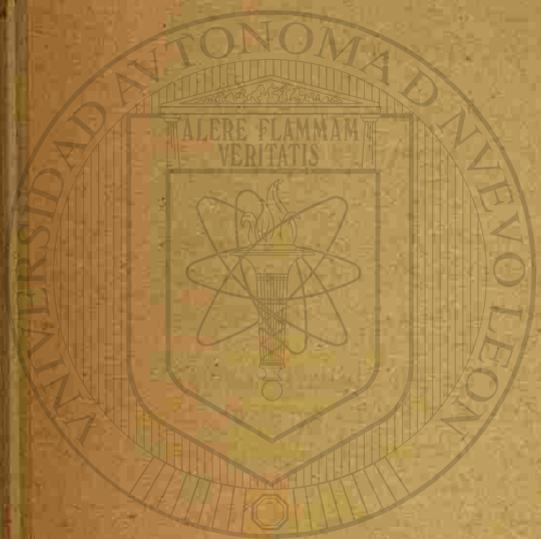
Esther refirió esta aparición á sus amigos, repitiendo los versos de Malherbe:

«Y la guardia que vela en las barreras del Louvre....»

Á propósito de la blanca aparición, refirió Esther que, siendo muy joven, al pasar por los Alpes con su madre y sus hermanas, se había arrojado sobre la nieve, revolcándose en ella como una fierecilla.

—¿Y por qué?—le preguntaron.

—Por amor á la blancura. ¡Hubiera querido convertirme en estatua de nieve!



II.

Las cadenas de flores vuelven á entazar.

Bajaba un día Esther por la Avenida de los Campos Elíseos, llevando en su elegante *landau* á una mujer del gran mundo en otros tiempos, y á la sazón del mundo galante.

La Comedianta era quien honraba á su compañera, si antes mujer de la alta sociedad, ahora caída, porque las comediantas no caen nunca más que en el teatro. Por otra parte, Esther seguía aumentando siempre en genio y en renombre.

Un hombre joven todavía, pues no llegaría á los cuarenta años, aire marcial, de correcta figura y burlona sonrisa, vestido á la moda anglo-francesa, se paseaba en sentido inverso bajo los árboles, acompañado de un amigo, á quien agradaba mucho fumar un londres en su compañía, hablando de todas las miserias de este mundo.

Aquellos jóvenes filósofos habían disfrutado bastante de la vida, lo cual no era obstáculo para

que quisieran disfrutar mucho más. Tenían buenos dientes, y podían morder largo tiempo en su fortuna, que era una fortuna de contratista general, de manera que no les faltaba ni dinero, ni talento, ni mujeres. Pertenecían á los mejores casinos, y dirigían un poco la opinión en todo París; en una palabra: eran dos hombres á la moda; pero no á la moda de los peluqueros.

Como era natural, no dejaron de fijarse en Esther y su amiga.

—No saludemos,—dijo M. de La Marche, que era uno de los dos paseantes.

—¿Por qué?—preguntó el otro.

—Es una antigua historia.

—¡Pardiez! Ya conozco tu historia.

En aquel momento se detuvo el *landau*: M. de La Marche tuvo como un presentimiento de lo que iba á pasar.

—Vamos (dijo), la tempestad se acerca.

Pero aunque quería parecer escéptico, su razón latió con más fuerza.

Esther se había bajado del carruaje, saltando al suelo con una gracia que recordaba sus veinte años. En cinco segundos se encontró delante de M. de La Marche.

El amigo, como hombre bien educado, saludó y se alejó, para decir algunas palabras á la señora que había quedado en el *landau*.

—Soy yo,—dijo Esther, no sabiendo si debía

tender la mano á aquel hombre terrible, que durante trece años no le había dirigido ni un saludo, ni siquiera una mirada.

Él, por su parte, la temía: temía volver á sentirse dominado por su encanto.

—Pero, señora (contestó), no la conozco á V.

Estas palabras estaban en contradicción con su rostro, porque sus ojos se habían animado dulcemente, y su boca contenía con trabajo la sonrisa de otros tiempos felices.

—¡Ah!: no me conoce V. ¡Pues bien, caballero!: voy á hablar á V. como las cocineras: ¿quiere V. hacer conocimiento conmigo?

—Con todo mi corazón, señora; pero ¿me dirá V. al menos á quién tengo el honor de hablar?

—Ya sé, caballero, que no va V. al teatro: yo soy la señorita Esther, de la Comedia Francesa.... me engaño.... de las Locuras Dramáticas.

—¿De verdad?

Y M. de La Marche saludó profundamente.

—Señora (añadió), todo el mundo me ha hablado de V. como de un prodigio de belleza y de ingenio; pero yo soy de aquellos que no miran al sol de frente; continúe V. el curso de su carrera, admirada por los Príncipes; yo no soy más que un simple mortal, indigno de figurar en la corte de V.

Esther continuó la comedia: ¡le gustaban tanto los caminos desconocidos!

—Tal como es V., caballero, me considero muy dichosa de poder tomar su brazo. ¡Pasearemos bajo estos árboles!

—¡Muy bien! Estos grandes árboles están plantados por el duque d'Antin: un Príncipe también de sangre real; bajo su sombra puede V. casi creer que está en su casa.

Era una alusión al que había destronado á M. de La Marche.

—Dígame V.: ¿por qué no ha ido V. á verme á la Comedia Francesa?

—¡Oh! ¡oh! es toda una historia. Hay gentes que dicen que tengo carácter: yo digo que soy un testarudo. He jurado no enamorarme de V., como les pasa á todos. Vea V.: sin ir más lejos, el que se paseaba conmigo y está hablando con la amiga de V., es uno de sus adoradores.

Esther sonrió.

—Todo lo que puedo hacer por un amigo de V., es cederle mi amiga.

El compañero de M. de La Marche se apoyaba en la portezuela del *landau* para pasar el tiempo.

—Si V. quiere (añadió Esther), les ofreceré mi carruaje, y V. me acompañará á pié hasta mi casa.

—¡Oh! ¡oh! Es una gran empresa acompañarla á V. á su casa.

—Si prefiere V. mejor conducirme á la suya,

tendré mucho gusto en ello. Me han dicho que tiene V. la más hermosa biblioteca del mundo.

—Adulación; me han gustado siempre las cosas raras; pero hay bibliófilos más ricos que yo.

—¡Qué hermosos son los buenos libros!

Esther se interrumpió para llamar á su lacayo.

—Di á la señora Condesa (le dijo) que mi carruaje está á sus órdenes, pues yo pienso volver á pié.

En cuanto el lacayo transmitió aquellas palabras, el amigo de M. de La Marche subió al *landau* para acompañar á la Condesa.

M. de La Marche se preguntaba si no flaquearía su voluntad, pues se creía muy resuelto á no volver con aquella caprichosa.

—¡Qué hermosos son los buenos libros!—repitió Esther.

—Sí, las primeras ediciones,—contestó él.

La Comedianta levantó la cabeza, como si la hubiera herido en sus esperanzas.

—Me parece, caballero, que no tiene V. por qué quejarse. ¿Ha olvidado V. acaso á la que le entregó su primera edición?

El golpe iba derecho; pero mientras más se iban apoderando de él los recuerdos, más se resistía M. de La Marche.

—¿No le parece á V. (continuó Esther) que las mujeres que aman son todavía más raras que las ediciones primeras?

—Sí; pero para mí el ser amado uno, no es la verdadera cuestión. ¡Amar! He aquí el mirlo blanco de la felicidad; pero mirándolo bien, quiero mejor mis libros: los libros siempre nos entretienen y siempre nos consuelan.

—¡Pues bien! Enséñeme V. los suyos; me consideraré muy dichosa encontrando las ediciones originales de mis queridos autores: Racine, Corneille y Molière.

El bibliófilo se enterneció quizás más que el antiguo amante.

—¿En dónde come V. hoy?

—En mi casa.

—¿Acompañado?

—Sí y no.

—¿Quiere V. comer conmigo?

—¡Representa V., Fedra!

—¡Ah! ¡ah! Ya es V. mío. ¿Ve V. cómo vuelve los ojos hacia el teatro?

—Es por el aire. Hoy se respiran los furores de Fedra.

—Está dicho: comeremos en casa de V.

—No, en la de V.

M. de La Marche temía abrir su puerta á aquella adorable criatura, contra la que no se sentía muy fuerte.

Esther consideró que la comedia se había prolongado ya bastante.

—Mi querido amigo (le dijo), dudo bastante

que hayas encontrado muchas mujeres con esos modales que tienes.

—No creo que tengan nada de particular; al verte he temblado, porque vivo con la tranquilidad de los hombres que han abjurado de todos sus errores.... Y siento que tú vas á realizar una revolución en mi existencia.... ¡Si llegara á amarte!

Esther se apoyó más dulcemente, con más abandono, en el brazo de M. de La Marche.

—¿Acaso no me amas sienpre?

—¡Oh!: mucho decir es eso.

—Hay termómetros que no se equivocan.

Se habían internado por un sitio frondoso y solitario. Esther continuó con un encanto irresistible:

—Abrázame.

Y como una culebra se alzó hasta los labios de M. de La Marche, pues aunque era muy alta, la llevaba la mitad de la cabeza.

El antiguo amante no había sentido aún apoyarse sobre su pecho á su antigua querida, cuando ya las llamas de la pasión ardían en su corazón.

—Escucha (le dijo); puesto que el destino nos ha arrojado al uno en brazos del otro, nos amaremos durante ocho días; ni uno más, ni uno menos.

Esther retrocedió un paso, tomando una trágica expresión.

—¿Ha expresado V. su verdadero pensamiento al decir eso?

—Completamente.

—¿Es el corazón ó la cabeza de V. quien habla?

—¡Mi cabeza!

—¡Entonces, caballero, adiós!

—¡Pues bien, señora ; adiós!

III.

Por qué cuenta uno la historia de su corazón.

Esther se alejó con la frente erguida, pero con el corazón herido.

Llegó á la Avenida, se metió en un coche de alquiler, y se hizo conducir á su casa.

Por la noche esperaba ver á M. de La Marche durante la representación; pero éste no fué. Su amiga la Condesa entró en el cuarto.

—Y él, ¿dónde está?—le preguntó ésta.

—He perdido mi Hipólito.

—¿Es que tiene alguna Aricia?

—No; es que tiene un capricho.

—¡Bueno! No hablemos más de eso.

—Al contrario, hablemos.

Esther había vuelto á reanudar de tal modo el presente con el pasado, que se imaginaba estar en la época más encantadora de su vida. Quiso que la Condesa cenara con ella sola, para referirle aquella antigua historia.

La invitaron á cenar aquella noche; pero Esther fué inflexible.

—¿Ha expresado V. su verdadero pensamiento al decir eso?

—Completamente.

—¿Es el corazón ó la cabeza de V. quien habla?

—¡Mi cabeza!

—¡Entonces, caballero, adiós!

—¡Pues bien, señora ; adiós!

III.

Por qué cuenta uno la historia de su corazón.

Esther se alejó con la frente erguida, pero con el corazón herido.

Llegó á la Avenida, se metió en un coche de alquiler, y se hizo conducir á su casa.

Por la noche esperaba ver á M. de La Marche durante la representación; pero éste no fué. Su amiga la Condesa entró en el cuarto.

—Y él, ¿dónde está?—le preguntó ésta.

—He perdido mi Hipólito.

—¿Es que tiene alguna Aricia?

—No; es que tiene un capricho.

—¡Bueno! No hablemos más de eso.

—Al contrario, hablemos.

Esther había vuelto á reanudar de tal modo el presente con el pasado, que se imaginaba estar en la época más encantadora de su vida. Quiso que la Condesa cenara con ella sola, para referirle aquella antigua historia.

La invitaron á cenar aquella noche; pero Esther fué inflexible.

—Vamos (dijo uno de sus adoradores); no hay duda que estoy adelantado.

—Sí, amigo mío (respondió ella); ayer le hubiera á V. dicho *puede ser*: hoy es demasiado tarde.

Su adorador insistió mucho. Era joven, hermoso y Duque; habló de brillantes.

—No, mi querido amigo; aunque fuera V. Príncipe de la sangre; aunque acabara V. de llegar de Golconda, no cenaría esta noche con V.

El Duque casi se enfadó.

—Pero desearía saber....

—¡Pues bien! No es ningún misterio; ceno con la Condesa.

—No lo creo, á menos que....

—Comprendo á V. Puede V. pensar todo lo que guste; pero de seguro no adivinará V. nunca por qué ceno con ella.

—¿Me lo dirá V. mañana?

—No.

—¡Corriente! Yo se lo diré á V. tan sólo con mirarla cara á cara.

—Me da V. lástima. Los hombres son demasiado tontos para comprender nunca nada de las mujeres. ¡Hasta la vista!

—¡Adiós!

Era una verdadera despedida.

Una hora después, al lado de la chimenea del

salón de Esther, la Comedianta refería con toda su alma la novela de sus veintiun años.

La Condesa escuchaba un poco distraída, pero también un poco sorprendida, aquellos recuerdos vehementes del pasado.

—¿Te ha encantado entonces?

—Ya te digo que le he amado.

—Y le amas todavía, según veo.

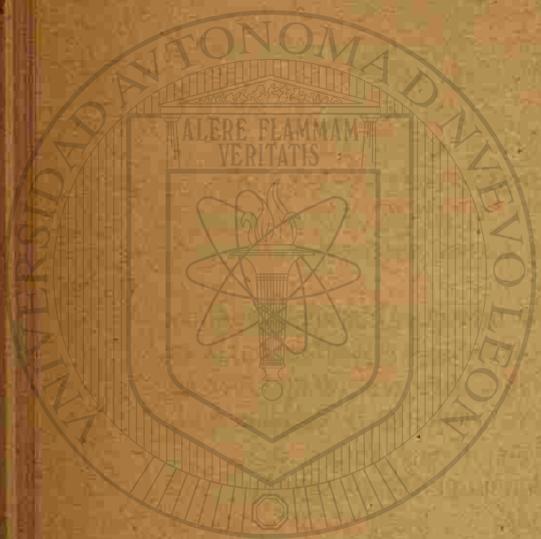
—Lo mismo que en aquel tiempo. Figúrate un manantial extinguido que se siente volver á brotar de pronto.

—En cuanto á mí, creo que tocaría inútilmente todas las rocas de mi corazón. Además, te conozco lo bastante para comprender que eso no es más que un capricho. Es la segunda parte de una comedia que no representas hace trece años. Sabes muy bien que no creo en el éxito de las segundas partes.

—Ya veremos, si vivimos.

Y Esther suspiró.

—Pero en verdad (añadió) que hablo de M. de La Marche como si estuviera llamando á mi puerta, cuando lo que ha hecho es volver la espalda. ¿Tendré que esperar otros trece años para que se vuelva á cruzar en mi camino? ¡Oh! ¡El número 13!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

IV.

**En donde se prueba que el hombre nunca
es dueño de su destino.**

Esther era demasiado orgullosa para adelantar ó retroceder un paso. ¿Escribir? Se burlaría de su carta, aunque fuese escrita con todo su corazón. Todavía esperaba que la escribiera él. Pero esperó inútilmente.

No vivían los dos en el mismo círculo. Aunque M. de La Marche era siempre un hombre á la moda, había tomado cierto carácter de *Misántropo*, después de haber estudiado los hombres y los libros. Entonces más que nunca se refugiaba en su biblioteca. Si algunas veces iba al Teatro Francés, era cuando no trabajaba Esther. Viajaba mucho. Amigo de Morny, había fundado varias empresas de importancia, tanto financieras como industriales. No le gustaba el dinero por ser dinero, pero sí para gastarlo. No es que tuviera derroches de hijo pródigo; pero llevaba una gran vida, y era generoso para los

que le rodeaban, más todavía que para sus pasiones.

Esther arregló una comida en casa de una de sus amigas, á la que su antiguo amante visitaba de cuando en cuando. Este aceptó, sin conocer el juego.

Cuando la Comedianta entró, estaban todos sentados á la mesa, pues no se la esperaba. La dueña de la casa dijo entonces á M. de La Marche:

—Es V. demasiado galante para no hacer sitio á una mujer.

En cuanto Esther estuvo sentada á su lado, le miró con aire victorioso.

—No dudará V., caballero (le dijo graciosamente), que todo esto ha sido preparado, sin exceptuar mi entrada en el comedor cuando todos estaban á la mesa.

—Con V., señora, hay que esperarlo todo: hasta una mala acción. Me habían colocado junto á una mujer muy amable. Si le prestara á V. atención, no tendría tiempo de decirle una palabra. Pero no la escucharé á V.

—¡Y bien, caballero! (respondió Esther acariciándole la rodilla): vuélvase V. para esa señora.

Era imposible defenderse. Aquel contacto le había electrizado. Ninguna mujer en el mundo ha tenido el flúido magnético que la gran Comedianta.

Hablaron. M. de La Marche, á quien agrada-

ban los vinos generosos, se animó con ellos, y concluyó por repetirle la proposición que ya conocemos.

—Pasaremos juntos ocho días, sin contar los en que V. represente. Ya ve V. que hago una concesión.

—¡Oh! Ya es demasiado (dijo Esther separando su rodilla): es V. excesivamente testarudo. Continúa V. tratándome como á una cualquiera. ¡Hemos concluído!

—¡Veamos! No se incomode V.: si la hablo á V. así, es porque no quiero ser el juguete de un capricho. Cuando hubiera mordido la fruta, me la arrancarí V. de las manos.

—Comprenderá V. perfectamente, mi querido amigo, que no he de humillarme hasta el extremo de firmar una escritura que arrojaría á los piés de V. mi corazón.

—Ni yo tampoco.

—Puede V. continuar dirigiéndose á su vecina.

El encanto estaba roto. Esther ocultó su despecho y su pena; se puso á coquetear, á embromar, á lucir todas las galas de su ingenio, á seducir, á encantar á todo el mundo. Nunca se la había visto tan alegre, tan loca, tan encantadora. Tenía entonces treinta y cuatro años; pero algunas noches, cuando la vida brillaba en ella, cuando quería ser joven, parecía no tener más

que veinticuatro: de tal manera deslumbraba á todos con las mil seducciones de la mujer.

M. de La Marche concluyó por confesarse que los misántropos como él, que quieren echárselas de prudentes cuando habla el corazón, hacen un mal papel hasta para ellos mismos. Bastante es hacer uno el papel de hombre grave, cuando ya no se puede hacer ningún otro.

Hubiera querido recoger sus palabras; pero Esther no se volvió á ocupar de él.

Al levantarse de la mesa, tomó el brazo de su otro vecino.

Cuando se sirvió el café, M. de La Marche se aproximó á ella, bajo el pretexto de que estaba sirviendo Kummel á sus amigos.

—Señorita (le dijo): ¿querría V. servirme Kummel?

—Caballero: como V. nunca está contento, prefiero entregarle la botella: tendría demasiado miedo de servir á V. mal.

M. de La Marche hubiera roto de buena gana la botella. Como suele suceder en las cosas de este mundo, era él ya quien entonces se estaba encadenando. Lo deseaba; ¿pero cómo volver á encontrar la ocasión, ese pájaro raro que dos veces había dejado escapar?

Permaneció allí hasta la media noche, esperando siempre que le hablara de nuevo. Se mezcló en todas las conversaciones en que Esther

tomaba parte. Pero ésta, ni le dirigió la palabra, ni le arrojó su pañuelo.

Partió cinco minutos después que ella. Pasó por un casino en donde le esperaban; pero Esther se había apoderado tan profundamente de él, que prefirió irse á su casa, pensando que le serviría de consuelo leer las últimas cartas escritas por ella en tiempo de sus amores. Esto era clavarse más profundamente el puñal en el corazón.

Pero el amor es el verdugo de sí mismo.

Cuando estaba ausente el ayuda de cámara, era la doncella quien le esperaba, para que encontrara, á su llegada, su correspondencia, un buen fuego y una taza de te. Se había vuelto metódico.

La doncella parecía inquieta al abrirle la puerta.

—No esperaba al señorito tan temprano,—le dijo.

—¿Por qué?

—Porque el señorito nunca viene antes de las dos.

—Enciende las bujías del candelabro.

—El señorito se pondrá sin duda á leer; pero mejor haría en acostarse, pues está muy pálido.

—Es que me ha sentado mal la comida: en casa de las mujeres siempre se come mal.

M. de La Marche pensó abrir su biblioteca

para tomar las cartas de Esther entre los libros más raros, donde las conservaba. Muchas veces había leído aquellas cartas; pero desde hacía tres ó cuatro años no las había hojeado. Renunció, sin embargo, á su idea, dejándolo para el día siguiente.

—En vez de leer sus cartas (pensó), haría mucho mejor en escribirle.

Y á renglón seguido tomó la pluma.

Pero como todos los enamorados tienen la cabeza como Dios quiere, no sabía qué decir, por más que mil ideas cruzaban y se desvanecían en su imaginación. Era el duelo de la razón y de la locura. Cuando hubo escrito: «Mi querida Esther,» tachó estas palabras para poner «Señora;» después borró esta á su vez para escribir: «Mi bella amiga.»

Entonces se apercibió de que se había convertido en un colegial; se levantó, se paseó por la habitación, y concluyó por encender una bujía y pasar á su alcoba.

Y tuvo razón en no pasarse la noche escribiendo; porque al aproximarse al lecho, vió en él una mujer castamente dormida, como si estuviera en su propia casa.

M. de La Marche se figuró que soñaba.

Le costó trabajo reconocer á Esther; tan ajeno estaba de encontrarla allí.

V.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUIZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Recomiendo el mundo.

Esta vez no dictó condiciones M. de La Marche. Borraron los doce ó trece años que habían estado separados; vivieron el uno para el otro sin contar los días, tan jóvenes de corazón como á los veinte años, como si el sacramento del matrimonio los hubiera unido con su lazo.

Esther tenía el sentimiento del bien, así como el sentimiento de lo bueno; no se burlaba nunca de las cosas consagradas por las leyes religiosas ó por las sociales. Había saltado más de una vez por encima del qué dirán, y no pocas por encima de sus deberes, sin hacer nunca alarde, como hacen los espíritus fuertes.

Cuando encontró de nuevo el amor de su primer amante, le pareció que, por un milagro del cielo, escapaba á las tempestades y ganaba al fin la orilla.

Una serenidad más dulce brilló en su rostro. El sentimiento de la coquetería se desvaneció bajo un no sé qué de tierno y pensativo. Ade-

para tomar las cartas de Esther entre los libros más raros, donde las conservaba. Muchas veces había leído aquellas cartas; pero desde hacía tres ó cuatro años no las había hojeado. Renunció, sin embargo, á su idea, dejándolo para el día siguiente.

—En vez de leer sus cartas (pensó), haría mucho mejor en escribirle.

Y á renglón seguido tomó la pluma.

Pero como todos los enamorados tienen la cabeza como Dios quiere, no sabía qué decir, por más que mil ideas cruzaban y se desvanecían en su imaginación. Era el duelo de la razón y de la locura. Cuando hubo escrito: «Mi querida Esther,» tachó estas palabras para poner «Señora;» después borró esta á su vez para escribir: «Mi bella amiga.»

Entonces se apercibió de que se había convertido en un colegial; se levantó, se paseó por la habitación, y concluyó por encender una bujía y pasar á su alcoba.

Y tuvo razón en no pasarse la noche escribiendo; porque al aproximarse al lecho, vió en él una mujer castamente dormida, como si estuviera en su propia casa.

M. de La Marche se figuró que soñaba.

Le costó trabajo reconocer á Esther; tan ajeno estaba de encontrarla allí.

V.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RUIZ"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Recomiendo el mundo.

Esta vez no dictó condiciones M. de La Marche. Borraron los doce ó trece años que habían estado separados; vivieron el uno para el otro sin contar los días, tan jóvenes de corazón como á los veinte años, como si el sacramento del matrimonio los hubiera unido con su lazo.

Esther tenía el sentimiento del bien, así como el sentimiento de lo bueno; no se burlaba nunca de las cosas consagradas por las leyes religiosas ó por las sociales. Había saltado más de una vez por encima del qué dirán, y no pocas por encima de sus deberes, sin hacer nunca alarde, como hacen los espíritus fuertes.

Cuando encontró de nuevo el amor de su primer amante, le pareció que, por un milagro del cielo, escapaba á las tempestades y ganaba al fin la orilla.

Una serenidad más dulce brilló en su rostro. El sentimiento de la coquetería se desvaneció bajo un no sé qué de tierno y pensativo. Ade-

más, la maternidad había impreso en su alma un carácter contemplativo.

Su primer amante fué también el último. No se volvieron á separar. Era el matrimonio de la simpatía y del corazón. Si recorrió sin él América, siempre llevaba su retrato, como si fuera un talismán; le escribía todos los días; volvió antes de lo que hubiera querido, porque anhelaba vivir con él.

Sería preciso seguir á Esther por todos los países que recorrió, sobre todo en el Nuevo Mundo, en donde representó por última vez. Á su regreso de allí, escribía á una de sus amigas: «Verdaderamente, vuelvo del otro mundo.» Poco faltó para que tuvieran que traerla muerta.

En América como en Inglaterra, en Rusia como en Alemania é Italia, todas fueron ovaciones y apoteosis. Se la recibía en todas partes como se hubiera recibido á una diosa conducida en su carro triunfal. Pesaba por una parte el oro que había traído, por otra las joyas, las flores y las aclamaciones, y decía: «Todo esto no vale lo que un rincón de París y una representación del Teatro Francés.» ¿Por qué la vida ha de estar tan mal comprendida, que sea preciso tanto dinero en el siglo XIX para figurar, aun cuando uno, sin poder conseguirlo, quisiera pasar desapercibido? Se dice á los grandes artistas: «¿Por qué tiran Vds. el dinero por la ventana?»

Es que si cerraran sus ventanas, se les acusaría de representar el papel del *Avaro*. Es que se arruinan haciendo limosnas de todas clases. Para muchas personas, todo está hecho con dar medio franco á un pobre ó cinco luises á un amigo; pero los que se encuentran á cierta altura y han visto dirigirse á ellos los brazos suplicantes de todas las miserias humanas, comprenden que mientras más se enriquece uno, más se arruina. Era preciso que Esther corriera al país de las minas de oro, lo que le fué fatal.

Janin ha clamado además con razón contra las últimas excursiones de Thepsis: «¡Los viajes! Lejos de París, pretenda V. hablar, pretenda V. escribir; invoque V. á Apolo, á las Musas, á las tres Gracias, y á las viejas divinidades de la lira.... ¡Oh dioses y diosas! Todo calla, todo está mudo, todo muerto; el músico no encuentra más que vulgares acordes....» La misma Mademoiselle Mars, durante su vida, cuando estaba en toda la plenitud de su fuerza y de su gracia, si iba lejos de París á relatar á otro público los más ocultos misterios de la comedia y del corazón de las mujeres, le sucedía á menudo titubear y turbarse: una nube blanca se extendía sobre aquellos hermosos ojos, en los que poco antes se reflejaba el genio de Marivaux y la ironía de Molière. «No soy en provincias (refería á sus amigos), más que una Celimena de

provincia.» «En cuanto á mí (decía Talma), me parece que soy un héroe de contrabando: mi manto de púrpura me hace el efecto de un gabán; el cetro en mi mano temblorosa, no es más que una vara de espino; mi sangrienta copa está llena de vino; mi terrible corona no está sobre mi cabeza inclinada y pensativa más segura que cualquier sombrero viejo, bueno tan sólo para asustar á los pájaros en los afortunados tiempos en que maduran los albaricoques y las uvas.»

Esther supo sustraerse á la influencia desastrosa de las alegrías de la novela cómica. Tal como se la veía en París, representaba en provincias ó en el extranjero. Es que desde el primer momento inspiraba el sentimiento de la antigüedad y de la grandeza. Desde que aparecía en escena despertaba el interés de los espectadores.

Cuando partió para América, la acompañó toda su familia. Si corría al Nuevo Mundo, era porque le habían ofrecido un millón. Pero no fué por el millón por lo que la acompañó su familia; es que estaba ya enferma, y su madre y sus hermanas tenían funestos presentimientos; les parecía que la muerte no la arrancaría de sus brazos.

Si se le escapaba la vida, ¿para qué partir? Además, nada le faltaba. Tenía construído su nido sobre una rama bien sólida; no podía te-

mer que el grano de oro le faltara; pero quería que sus hijos tuviesen un millón más.

Su genio fué comprendido lo mismo allí que aquí; pues se había acostumbrado á expresarlo todo por medio de sus actitudes y de la expresión de su rostro. Mímica sublime, ¿no tenía la elocuencia de todas las lenguas? Uno de los jóvenes actores de su compañía, el hijo de Beauvallet, ha referido con mucha gracia toda aquella odisea de esa Penélope que se llama la Fortuna, y que deshace por la mañana lo que hace por la noche. Pero, aunque tomándolo en tono de broma, no puede por menos de decir que marchó de triunfo en triunfo, hasta su última representación en Charlestown. La pobre Comedianta no sabía que, al anunciarla, anunciaba, efectivamente, su última representación. Hizo *Adriana Lecceuvreur*, y representó su muerte con tal verdad, que la tuvieron que sacar herida mortalmente, por decirlo así. Fué la última vez que apareció en la escena. Era el 17 de Diciembre de 1855. M. León Beauvallet escribió: «El que redactó el cartel no sabía de seguro que, al referirse á la América, hablaba también para la Francia.»

En la última escena, cuando exclama: *¡No, yo no quiero morir!*, su acento era tan verdadero y tan desgarrador, que todo el mundo se sintió impresionado por un fúnebre presenti-

miento. Quien hablaba así era M. Cheri, otro actor de los que le acompañaban.

Casi se puede decir que era una muerta quien decía: «¡No, yo no quiero morir!»

Esther partió en seguida de América, para volver á ver todo lo que amaba. Á su vuelta se imaginó que la sola atmósfera del amor bastaría para devolverle sus fuerzas. Entonces fué cuando se refugió con M. de La Marche en una casita de campo á orillas del Sena, en donde sólo recibía á tres ó cuatro amigos.

Ella, que tanto había ambicionado el renombre, aspiraba entonces al olvido. Así son las cosas de este mundo; la sombra de la muerte oscurece hasta la luz del sol.

Un día me llamó. Yo conocía su vida paso á paso.

—¡Ay! (me dijo.) Ya no estoy en la época de las ilusiones; ya me considero al borde de la tumba. V. habló sobre el sepulcro de aquella adorable niña á quien llamábamos Lili, y también hablará V. sobre el mío.

Después añadió, como arrepentida de estas palabras:

—No, V. no dirá nada, y haga V. que tampoco hablen los demás. ¡El olvido! ¡Sólo el olvido! Nadie sabe lo grato que es después de una ruidosa existencia.

Todo esto lo decía con la mayor naturalidad;

porque, fuera del teatro, siempre había tenido horror á la declamación, como no fuera para burlarse de ella.

—Conoce V. mi vida, y conoce V. mi alma; creo inútil, por lo tanto, decir á V. que soy mejor que lo que se cree. He nacido para ser lo que he sido, puesto que nadie escapa á su destino; Nací allí abajo, en las montañas, no sé dónde. Lamento no haber vivido ignorada, como tantas mujeres que no tenían otros cuidados que sus hijos. Fui á París, y tuve que vivir la vida de París, pasando de la miseria al lujo, atravesando por todos los peligros, por todas las seducciones, por todas las calumnias; no sé cómo no he sido más mala. Dios me ha querido, puesto que me ha concedido hijos. La justicia de Dios es más dulce en este pobre mundo que la justicia de los hombres. No temo su fallo, porque sé que hay innumerables madres de familia que no serán mejor acogidas que yo en el umbral de la puerta de su misericordia. Si los escritores de crónicas escandalosas trataran algún día de parodiar mi vida, cuénteles V. toda la sencillez de ella. Demasiado sabe V. que no he sido educada en el Sagrado Corazón, y que las que salen de allí, no son mejores que yo, pues yo no he faltado á nadie más que á mí misma, mientras que muchas de esas señoritas han pasado por el matrimonio tan sólo para hacerle traición.

Nos paseábamos por el parque; la campana nos llamó á comer.

—Creo (dijo) que me he vuelto serio. No me riña V., porque quiero que la noche se pase sin tristezas.

Esther recobró su aire alegre. Estuvo encantadora durante toda la comida, hablando del pasado, ridiculizando, pero sin amargura, á sus enemigas del teatro. Pero cuando se tomó el café tuvo una crisis nerviosa, y casi se desvaneció.

Le hacía falta mucho aire, como á todos los que no viven más que á medias.

Esto fué para mí un triste presagio. Aunque su rostro denotaba el sufrimiento, no la creía tan enferma. Estaba enferma del corazón y de los bronquios al mismo tiempo. La pálida anemia había regresado con ella de aquel fatal viaje.

¡Había traído una mediana fortuna para sus hijos, pero los dollars estaban marcados con la efigie de la muerte!

Cuando aquella noche me despedí de Esther, me rogó fuera á comer una vez por semana á casa de M. de La Marche. No le conocía entonces más que de oídas se puede decir, pues apenas si le había visto alguna vez; pero después he encontrado tanta distinción en él, que he llegado á ser su amigo. Estuvimos de acuerdo desde la

primera palabra en todas las cosas de este mundo, y casi hasta en política.

Los dos, él y ella, me condujeron por el parque; pero en cuanto Esther vió un banco, me presentó su frente, y me dijo adiós.

—He recorrido tanto camino (murmuró sonriendo), que ya no tengo fuerzas para andar. ¡Pero afortunadamente bien pronto seré la señora de La Marche!

M. de La Marche me acompañó hasta la verja del parque.

En cuanto nos quedamos solos, me habló de su pena. No había vuelto á encontrar á Esther más que para perderla de nuevo. En vano ocultaba ella su temor á la muerte; él no se hacía ilusiones. Estaba sentenciada.

—Esto es tanto más triste (me dijo), cuanto que nunca su alma ha estado llena de más hermosos sentimientos. Habla ahora tan bien de todo, que me creería bajo el Pórtico, si fuera digno de ser admitido. ¡Ay! He notado además que la muerte, al aproximarse, concede á los que toca sobrenaturales luces. Parece, al escuchar á Esther, que traspasa las tinieblas del infinito.

Esther me llamó otra vez por medio de uno de aquellos billetes encantadores, que tan naturalmente brotaban de su pluma.

He aquí su contenido:

«Mi querido hablador (porque los otros no son más que charlatanes): vuelva V. bajo estos grandes árboles, para hablarme de lo que ya no existe. Figúrese V. que creo no haber posado nunca mi planta sobre la tierra. Es que decididamente la vida no es más que un sueño que sucede á otro sueño. No se despierta nunca por completo.

»Me olvidé el otro día de dar á V. una lección de billar. Venga V. en seguida; le daré á V. algunos puntos. Por desgracia, siempre marco uno negro en mi vida, aun hoy día, que me considero dichosa.

»ESTHER.»

Saint-Víctor, que era también un poco de la familia, fué conmigo un día á Meulan.

—Pienso (le dijo Esther) que ha hablado V. tanto de mí, y nunca he tenido tiempo de leer sus escritos.

—Es muy natural (respondió Saint-Víctor): nunca he hablado mal de V.

En efecto: Esther, como todas las grandes figuras del siglo, no aproximaba á sus labios más que la amarga copa de la crítica. La sátira más pequeña de cualquier insignificante literato la inquietaba, mientras que las críticas de Teófilo Gautier ó de Paul de Saint-Víctor pasaban

delante de ella como el aire que se respira. ¿Acaso da uno gracias á Dios por el aire puro que respira?

Aquel día fué Saint-Víctor el que recibió una lección de billar.

Esther le dió tantos, y le ganó un napoleón. Reía como un niño. Era una moneda de cinco francos con la efigie de Napoleón, primer cónsul. Besó la figura, diciendo:

—Voy á mandar hacer un broche con ella, para representar Fedra. Esa vez, mi querido Saint-Víctor, leeré el artículo de V.

Por el giro caprichoso de la conversación, recordó el tiempo en que cantaba tocando la guitarra. Voy á mostrar á Vds. (nos dijo riendo) cómo entretenía á mis espectadores con *El juego de la Mariposa*.

Hizo ademán de tocar la guitarra, y nos dió una representación de la Plaza Real.

Nada más fantástico: se puso á cantar; en medio de su canción se interrumpió, exclamando: «¡Calla, una mariposa!» Y en seguida se fué á correr tras ella. Se ponía en la punta de los piés, se volvía como una bailarina, tendió la mano, y concluyó por coger la mariposa. «¡Ah! (dijo): aquí está. Vean Vds. qué bonito traje se podría hacer con alas de mariposas.»

—¿Pero dónde está?—preguntó Saint-Víctor.

Esther se echó á reir, diciendo que había volado.

La verdad es que no había habido tal mariposa. Al concluir nos dijo: «¡Dios mío, la vida se pasa corriendo detrás de una mariposa: esta es el amor, la felicidad, la gloria; ¡pero quién logra cogerla!

LIBRO CUARTO.

La muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

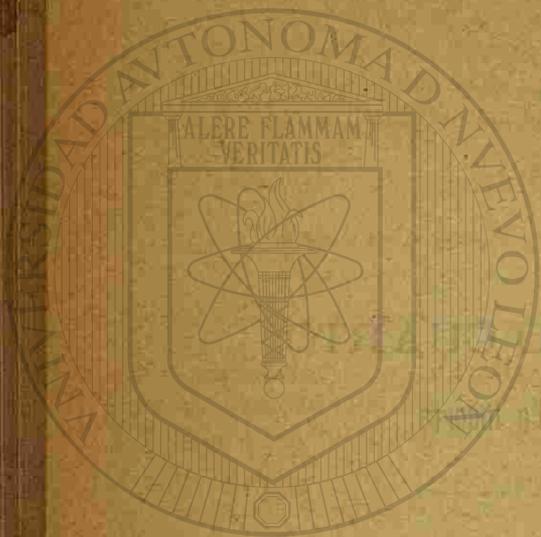
Esther se echó á reir, diciendo que había volado.

La verdad es que no había habido tal mariposa. Al concluir nos dijo: «¡Dios mío, la vida se pasa corriendo detrás de una mariposa: esta es el amor, la felicidad, la gloria; ¡pero quién logra cogerla!

LIBRO CUARTO.

La muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

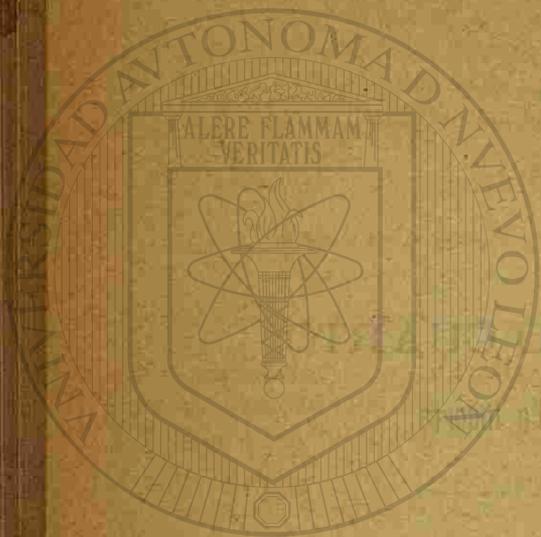


I.

Mademoiselle Esther en Egipto.

Esther tenía en el Cairo, como en todas partes, muchos admiradores. Entre la colonia francesa se encontraba Luis de Montaut, un calavera espiritual, el cual fué á recibir á Esther al desembarcadero, en nombre de todos los compatriotas de ambos: los dos eran franceses por excelencia.

Él le ofreció su casa. Ella aceptó, siendo lo mejor que podía hacer en un país completamente nuevo para ella, que no conocía más que los países del Norte. Era la primera vez que llegaba á las tierras del Sol. Con tan encantadora acogida, Esther se consideró feliz á su llegada. Dos meses vivió en tan agradable compañía. M. de Montaut la enseñaba á conocer el Egipto, no solamente por medio de la palabra, sino también por el dibujo, porque pintaba tan bien como su



I.

Mademoiselle Esther en Egipto.

Esther tenía en el Cairo, como en todas partes, muchos admiradores. Entre la colonia francesa se encontraba Luis de Montaut, un calavera espiritual, el cual fué á recibir á Esther al desembarcadero, en nombre de todos los compatriotas de ambos: los dos eran franceses por excelencia.

Él le ofreció su casa. Ella aceptó, siendo lo mejor que podía hacer en un país completamente nuevo para ella, que no conocía más que los países del Norte. Era la primera vez que llegaba á las tierras del Sol. Con tan encantadora acogida, Esther se consideró feliz á su llegada. Dos meses vivió en tan agradable compañía. M. de Montaut la enseñaba á conocer el Egipto, no solamente por medio de la palabra, sino también por el dibujo, porque pintaba tan bien como su

hermano Enrique de Montaut, que llegó bien pronto á aquella agradable colonia (1).

Además, Valía, que había prometido acompañar á Esther, pero que no había llegado á la salida del paquebot, llegó una mañana con Soliman-Bajá, tan resplandeciente y alegre como

(1) He aquí una curiosa carta de Enrique de Montaut:

«Me pide V., mi querido amigo, algunos detalles sobre la estancia de Esther en Egipto, en 1856. Aunque evoca V. recuerdos bien lejanos, aquella admirable mujer me impresionó de tal manera, que me acuerdo de todo lo que á ella se refiere.

«Cuando desembarqué en Egipto, en Octubre de 1856, á mi vuelta del Cáucaso, encontré á Esther en el Cairo, cerca del Esbekich, establecida con su fiel Rosa en la casa de mi hermano Luis.

«En la cuadra se hallaba instalada una bonita borrica negra con su borriquillo, la cual suministraba diariamente tres ó cuatro cuartillos de leche para la enferma, porque Esther había llegado á Egipto completamente extenuada.

«Había grandes recepciones en casa de mi hermano, teniendo todos á mucho honor y un gran placer en hacerle la corte á Esther.

«Esta recibía, la mayor parte del tiempo, acostada en un diván ó en una mecedora americana. La lectura era su solo entretenimiento, haciendo también, algunas veces, que leyera mi hermano. Miguel Levi había enviado á la casa una infinidad de libros, novelas nuevas sobre todo; pero ella prefería lo que llamaba su viejo Corneille, que había llevado en sus maletas: antiguos tomos encuadernados en tafíete verde, los cuales dejó á mi hermano al abandonar á Egipto, con una encantadora dedicatoria.

siempre. Se reunían, pues, seis personas, contando á Rosa, que no hubiera abandonado á Esther, aunque ésta la hubiera despedido. Así pasaba el tiempo, sin echar de menos la Francia, ni aún el mismo teatro: ¡tan bien se encontraba en Egipto la Comedianta!

«Una noche nos contó la conmovedora historia de aquellos libros.

«Los había comprado, hacía quince años, á un librero de viejo, al cual llevaba siete sueldos todas las semanas, hasta que concluyó de pagarlos. Entonces se los llevó en sus brazos, y los leyó y relejó mil veces por la noche en su alcoba.

«Aquel fué su primer libro y su primer maestro.

«Nunca se separó de ella, y siempre ocupó en su casa un lugar preferente.

«Pero bien pronto las olas de visitantes que venían á la casa nos la arrebataron.

«Cedió á los ruegos de Solimán-Bajá, que le pedía con insistencia fuera á habitar su palacio del Antiguo Cairo. Allí estaría lejos del ruido de la ciudad, porque no hay nada más bullicioso que las poblaciones árabes, en donde los gritos de la calle llegan hasta el fondo de las habitaciones, pues todas las ventanas se tienen abiertas, ensordecendo materialmente á sus habitantes y haciéndoles creer en riñas ó batallas, cuando no son más que amigos que hablan ó camellos que pasan.

«Nos abandonó en un hermoso día, y todos la acompañamos á caballo, escoltando su carruaje.

«En casa de Solimán-Bajá, presidía los viernes los almuerzos, en los que aun conservaba su pequeña corte.

«Impulsada por un nuevo capricho, quiso estar en domicilio propio, para tener más libertad; alquiló á Solimán-Bajá una vieja casa árabe, situada á la orilla del

Bien pronto se trasladó al palacio de Solimán Bajá, en el antiguo Cairo, á orillas del Nilo.

Ver el Nilo al despertarse todas las mañanas, era su sueño dorado. Allí continuó el mismo género de vida, con sólo el aumento de algunas más esclavas nubias, magníficas jóvenes

»Nilo, á poca distancia de allí. Aquella casucha ruinosa »dió albergue á su reducida familia.

»Compró algunos objetos que le volvimos á comprar »después. ¡Con qué alegría nos recibió en su mesa, en »donde un horrible servicio de loza blanca había reem- »plazado los platos de plata del hotel de Melpómene! »¡Con qué aire de princesa nos servía la sopa! ¡Con qué »distinción nos designaba nuestros sitios! Me parece »verla todavía delante de la soperá, con una bata de »seda á cuadritos negros y blancos, ajustada á la cintura »por una cinta negra, traje que había hecho ella misma, »y que fué el único que usó en Egipto.

»¡Es verdad que se levantaba tan rara vez! Mi her- »mano continuaba sus lecturas. Leía una historia de las »reinas de Egipto á aquella otra reina.

»V. tiene, mi querido amigo, una carta de ella, en la »que le habla de su instalación en la casita del Antiguo »Cairo, y del encantador de serpientes. Sí; hizo ir á los »*poilles* ó encantadores de serpientes, para purgar de »ellas la casa, largo tiempo deshabitada. Recuerdo toda- »vía aquella escena, que hacía recordar las costumbres »antiguas. Dos hombres vestidos con trajes blancos, pre- »cedidos del jefe de los encantadores, se presentaron »una mañana en casa de Esther, que era un poco increí- »dula. Luís era quien los había llevado. Ninguno de ellos »había penetrado en la habitación; el jefe se despojó de »sus vestidos, y avanzó con lentitud por el sótano de la »casa; este constaba de grandes habitaciones, con tron-

bajo su color de bronce florentino. Todos los días Solimán y los Montaut llegaban cargados de flores y frutas. Se paseaba en carruaje ó en barca, con ese dulce y encantador *farniente* que transforma la vida en sueño.

Al fin Esther quiso tener casa suya, pero

»cos de palmeras sosteniendo el techo, y alumbrado por »respiraderos enrejados que daban al jardín. Uno de sus »acólitos se arrastraba por el suelo, teniendo á un lado un »gran saco de tela; el jefe avanzaba y retrocedía con ade- »manes suaves; silbaba, haciendo salir el aire por entre sus »dientes con un ligero zumbido modulado con su lengua.

»Aquella era, sin duda, la canción de las serpientes, »porque al sonar aquel silbido, una cabeza se destacó en »el techo á la sombra de una viga, apareciendo en se- »guida un cuerpo negro y ondulado, que cayó pesadamen- »te al suelo: era una serpiente, que se enderezaba á la »altura de tres piés, y avanzaba agitando á derecha é »izquierda su amenazadora cabeza, hasta cerca del jefe. »Éste la dejaba llegar sonriendo, y le dirigía un diluvio »de palabras, entre las cuales distinguí el nombre de Sete »Zeinab, la hija del Profeta. La serpiente se detuvo como »si se hubiera convertido en piedra; entonces el hombre, »después de un movimiento circular y rápido, la cogió el »cuello por debajo de la cabeza, y se la entregó al que le »seguía agachado, que la sepultó en su saco. Cuatro ó »cinco más se cogieron así en el sótano de la casa, que es- »taban ocultas en las vigas del techo.

»Esther dijo que estaba muy asustada, al saber que »las serpientes podrían silbar sobre su cabeza, y recitó »en aquella penumbra misteriosa, rodeada de aquellos »extraordinarios comparsas, los furores de *Orestes*, que »estaban tan en carácter. Se subió al piso bajo; el Jefe »repitió siempre en igual traje sus sortilegios; pero no

siempre en las orillas del Nilo. Bien pronto corrieron á su casa los dervises aulladores ó encantadores de serpientes. ¿Para qué? Le dijeron que había serpientes en la casa, y que era preciso librarla de aquellos preciosos monstruos, demasiado familiares.

»encontraron nada hasta llegar á la habitación que Esther había convertido en salón. Allí, bajo el almohadón del diván en que se recostaba, se encontró una serpiente, que denunció su presencia sacando su pequeña cabeza. El jefe volvió el almohadón, bajo el cual se encontraba la serpiente enroscada sobre sí misma, y no ocupando más sitio que el que hubiera ocupado un pañuelo de bolsillo. Bien pronto fué á reunirse en el saco con sus compañeras, á las que quizás conocía desde hacía largo tiempo. El tercer encantador, que había llevado hasta allí las ropas del jefe, se vistió, después de haber recorrido un momento el resto de la casa, y habernos asegurado que no quedaba ninguna serpiente.

»¡*Matich Rallay!*

»Bien pronto se vistió; se puso su túnica azul; se envolvió en su milaieh á cuadritos azulados, colocó sobre su cabeza amoratada por la navaja su alto tarbouch rojo, en el cual había quedado su pequeño takien blanco, se calzó sus anchas babuchas, y después de haber recibido diez talaris, que contó cuidadosamente, se marchó, seguido de sus dos discípulos ó compañeros, si se les quiere llamar así. Esther se impresionó con aquel espectáculo, del que habló largo tiempo; se le explicó que aquellos encantadores era una secta religiosa; que las gentes del país, aun las más ilustradas, creían en su poder, y que en sus ceremonias no entraba ninguna clase de farsa.

»Pasaron dos meses, y Esther no mejoraba. Bien pron-

—¡Serpientes!—exclamó la trágica.

Y le pareció que sus cabellos se erizaban y que caían sobre su seno para morderla.

Sin su permiso ni el de Valía, uno de los encantadores puso manos á la obra; es decir, se desnudó por completo, silbando un aire de ser-

»to no pudo abandonar el lecho; los médicos del Cairo la hicieron partir para el Alto Egipto, y le indicaron á Louqsor para residencia. Allí debía encontrar un agente consular francés que vivía con una mujer encantadora. Esther partió con dos barcas ó dehabieh; en la una iba ella sola con Rosa, y en la otra su cocina y sus esclavas. El Virey preparaba entonces una expedición al alto Nilo. Quería emprender la campaña contra Theodoros, emperador de Abisinia. Mi hermano, que estaba temporalmente al servicio del Virey, recibió con alegría la orden de reunirse con él en Korosko, pensando que encontraría á Esther al llegar á Louqsor. El 6 de Enero de 1857 llegamos con nuestro vapor á la ribera de Louqsor; allí encontramos las barcas de Esther, que desplegaban al viento sus banderas tricolores.

»¡Estábamos en Tebas! Tebas en las dos orillas, es decir, tres aldeas agrupadas alrededor de las ruinas de los antiguos templos egipcios. Louqsor y Karnac, sobre la orilla izquierda; Medinet-Abou y las tumbas de los reyes, en la orilla derecha. Al final de una llanura de arena de quinientos metros, surgía del suelo una serie de gruesas columnas monolíticas enterradas hasta la mitad, rematadas por chapiteles que soportaban enormes trozos de granito, sobre los cuales estaba construída una casita blanqueada. Saludamos un asta bandera que se destacaba sobre un cielo de un azul claro y transparente, porque mientras más se avanza por el Alto Egipto, más va perdiendo el cielo ese azul inten-

piente enamorada. Sí, un aire de serpiente enamorada. Esos aires han sido oídos por el mismo Tallien cuando estaba en el Instituto de Egipto. He aquí ya al encantador totalmente en cueros delante de las dos hermanas, que, afortunadamente, tenían sus abanicos. En seguida empezó

»so del que tanto abusan los pintores: el cielo es demasiado luminoso en Egipto para ser de un azul oscuro.

»La pobre enferma estaba en la casa del vicecónsul de Francia. La encontramos en el salón, acostada sobre un diván de Persia, y vestida con un traje de cachemir blanco bordado con terciopelo negro.

»Nos recibió con alegría; se habló de Francia y del Cairo, de donde llevamos noticias. Allí hice un retrato suyo á la ligera, un croquis, casi sin ella saberlo; cuando lo vió, me dijo: «He ahí una cosa que vivirá de seguro más que yo.» Me regaló una Biblia, que todavía conserva su adorable perfume.

»No pasamos allí más que un día; á nuestra vuelta, cuando volvimos con el valiente ejército del Virey, la caprichosa golondrina había vuelto á partir para el Cairo con M. de La Marche.

»No hizo casi más que tocar allí, y deseosa de volver á ver sus hijos, de los que hablaba sin cesar, se embarcó para Francia con M. Obary, teniente de navío, que le había sido presentado en el Cairo. Mr. Obary la presentó á su familia de Montpellier, y allí es donde V. la ha encontrado.

»He aquí, mi querido amigo, todo lo que yo sé de esa mujer sorprendente y encantadora, de la que V. me rogaba le refiriera la historia. Autorizo á V. para que haga V. el uso que quiera de estos ligeros apuntes.

»ENRIQUE DE MONTAUT.»

á arrastrarse por el suelo, sin dejar de silbar. Pero ¡qué prodigio! En seguida se vieron salir tres serpientes justas y cabales de los muros y el techo, ó por lo menos se distinguieron sus cabezas. Dormidas en sus agujeros, no pudieron resistir á la influencia de la canción. Esther vió primero una cabeza de serpiente, luego dos, luego tres; cayó medio desvanecida en los brazos de Valía, que empezaba también á desvanecerse, cuando llegaron Solimán y los Montaut. En aquel instante, el segundo encantador, con una agilidad maravillosa, cogió, una después de otra, las serpientes amorosas y las hizo dar vueltas alrededor de su cabeza, convirtiéndola en una cabeza de Medusa. Esther, siempre aterrada, no podía dar crédito á lo que veían sus ojos.

—¿Quién había ocultado esas serpientes en nuestra casa?

—Ellas se han ocultado por sí solas. Este era su cuartel de invierno. ¿Qué quiere V. que se haga con ellas?

—¡Oh! no quiero que se las mate; eso me traería alguna desgracia.

—Pues bien: entonces que las arrojen al Nilo.

El encantador, que se había vestido con una hoja de parra, cogió una cuarta serpiente con la mano izquierda, mientras que presentaba la derecha á la generosidad de Esther.

—Son cien sueldos por serpiente, —le dijo Luís de Montaut.

Pero á ella le pareció que aquella cantidad no era bastante, y le dió cuatro monedas de diez francos.

—Tenga V. cuidado (le dijo Enrique de Montaut); pues la arruinarán á V.

—¡Cómo! ¿Encontrarán todavía más serpientes?

—Siempre. Pero no tenga V. cuidado; si no canta V. la canción de las serpientes, no saldrán jamás de sus agujeros.

Existe una preciosa carta de Esther sobre esta historia de las serpientes. He aquí una página de ella, que cito tan sólo de memoria, pues que ya no tengo la carta referida:

«¡Ay, amigo mío! Era preciso que viniera á Egipto para ver todas las serpientes de la tragedia. ¡Preciosos animales! Me haría de buena gana con ellas cinturones y brazaletes. Pero todavía no soy una encantadora de serpientes. Tengo miedo á morir de veras, como Cleopatra, como V. me ha visto en el Teatro Francés...., en esa tragedia en cinco actos, en que Mad. de Girardin me ha hecho cometer tantos crímenes. No crea V. que me burlo. El encantador ha descubierto en mi casa cuatro serpientes, pero preciosas. Las besó en la boca sin ser mordido por ellas.

¡Qué mal las hemos juzgado en Francia! Créame V.; las serpientes no son lo que piensa un pueblo vano. Nunca una serpiente ha hecho daño á una mujer. Al contrario: la acaricia, arrollándose á ella. Tan sólo el *aspic de volaille* es el que hace daño á los que no tienen buen estómago; pero yo, que lo tengo magnífico, no tengo ningún temor á esos preciosos animalitos. Así es que cuando vuelva á entrar en los furros de Hermonia, me verá V. toda erizada de serpientes.»

Esther había ido á Egipto buscando el dorado manto del sol. ¡Inútilmente! Su sangre se entriaba; partió para Tebas, siempre temblando de frío. Bajo el sol mismo se sentía helada, y escribía:

«En Tebas ha hecho frío durante todo el mes de Febrero. El viento pasa por las cien puertas, lo que me tiene sin salir de mi habitación. Pero eso no quita que, lo mismo en Tebas que en París, halle personas que digan: «¡Nunca se ha visto un tiempo tan hermoso!» No me fastidiaría demasiado, si mi médico no me siguiera como una sombra. Este animal está enamorado del fantasma de Esther. ¡Ah! ¡qué desagradable es el amor! Es preciso variar la canción. Lamento, á fe mía, el que siempre se empeñen en encontrarme adorable. Si vol-

viere á nacer, no querría representar más papel que los de Vestal.»

Al principio había encontrado benigno el clima, porque poco antes escribía á su hijo una carta, en la que se leía:

«Estoy sobre este río que se llama el Nilo: el tiempo es tan hermoso á pesar de estar en pleno invierno, que para poder escribirte sin fatigarme, me he tenido que quitar el vestido. Mi peinador de noche es todo mi traje. Me he sentado sobre el borde de la cama, con todas las ventanas abiertas.

»El Nilo parece un lago. Ni la brisa más pequeña riza su superficie. El sol mismo parece tener calor, y se sumerge en el río, lo que da mil variados matices á esta inmensa sabana de agua. Es un magnífico cuadro de la naturaleza.

»Respiro con todos mis pulmones el aire vivificador del Alto Egipto.»

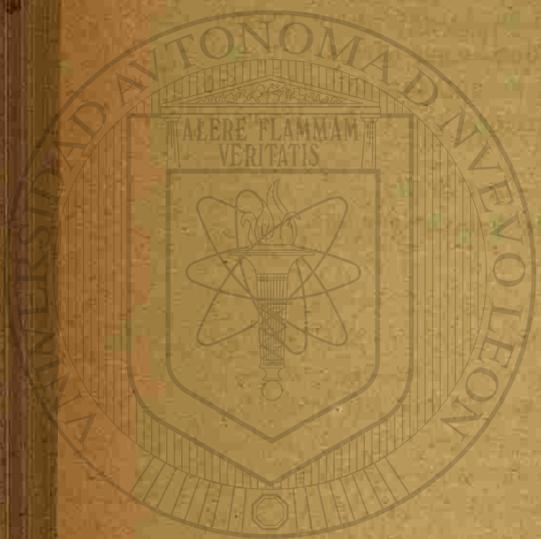
La pobre pensaba que estaba mejor, y le parecía que iba recobrando sus fuerzas. ¡En las horas de calma no tenía más que ochenta y cuatro pulsaciones!

El Nilo fué para ella toda la poesía del viaje. Cuando entró en Tebas, el fastidio entró con ella

al mismo tiempo. «Mi parte moral no tiene nada de sombrío, solía decir; me río de muy buena gana.» Se entretenía con las leyendas del desierto, sorprendiéndose de que hubiera poetas en todas partes. En una de sus cartas á un amigo, le relataba una encantadora leyenda, para hacer que no se aburriera con lo demás que le ponía.

Era la *Canción de la Estrella.*

¿Contemplaría ella todavía la suya?...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

II.

Las leyendas.

He aquí una carta, sin fecha, encontrada por Valía:

«Tengo muchos deseos de desafiar los caprichos de la moda, y voy á vestirme á la turca. Escucha bien: una camisa de lana cubierta por otra de seda ó de MOGRHABIN, un pantalón bombacho (la naturaleza me lo prescribe, al menos por un lado), un SODEGRY y un caflán, un cinturón de cachemira, un GEBBEH, y un BENIEH, y ya me tienes vestida como un hombre. Nos olvidábamos de los piés y de la cabeza: en el pié un marhoub, y en la cabeza un turbante como el de Mad. Staël, ó un velo verde para demostrar que desciendo de Mahoma.

»Así me verás un día entrar en París, como si fuera en una mascarada. ¡Pero el Carnaval pasó ya!

»Mejor quiero volver vestida de ROXANA. Mejor todavía de FEDRA: empiezo á sentir la nos-

talgia del teatro y de los árboles de Montmorency en medio de estas arenas que me ciegan.

» ¡Ah! ¿por qué no estoy sentada á la sombra de los bosques? Te prometo ir á coger cerezas contigo á Montmorency.

» Entre tanto, cantaré la canción de la Sultana abandonada:

«Ruedan mis lágrimas como perlas.
 ¿Por qué lloras? ¡Di!
 He visto pasar los pájaros negros.
 Mis lágrimas ruedan como perlas.
 ¿Y qué te han dicho los pájaros negros?
 Nada me han dicho;
 Mas se han posado en el cementerio.
 Ruedan mis lágrimas como perlas.»

Carta sin concluir, hallada también por Valta:

«Soy una viajera muy mala, porque he venido aquí con la idea de verlo todo, y no he visto casi nada. Apenas si he tomado un baño turco en el Cairo, por curiosidad. Me gustan más los baños de la calle Trudon. Por complacerme M. de Montaut, ha desnudado la momia de una reina de allá de la décimasegunda dinastía. Conservaba todavía su espejo y su puñal. Te daré un amuleto de su tumba. Tendría gusto en encontrarme así dentro de tres ó cuatro mil años, para ver qué figura hacía. Á

propósito, quiero que me entierren con un espejo y un puñal, pues así, aun después de muerta, quedará alguna cosa de la mujer y de la trágica. En Tebas me encuentro muy sola; pero el año que viene ya haré yo que vengan algunos parisienses. Entonces podremos arreglar algunas cabalgatas por la avenida de las Esfinges. Si viera V. algunas caras bonitas de mi familia....»

Como todos los pródigos que han gastado diez existencias en una, tenía Esther mayor deseo de vivir que nunca; porque tan sólo los que no saben vivir son los que miran la vida con indiferencia.

Mientras más se aproximaba á la muerte, más la sujetaban las alegrías de este mundo con los lazos del amor, de la amistad, del orgullo, de todo lo que el arte tiene de agradable, de todo aquello cuyo recuerdo es dulce.

Algunas ramas se habían roto del árbol de su existencia; pero ¡cuántas ramas verdes quedaban todavía y cuántos pájaros cantores, y, sobre todo, cuántas raíces!

Esther se comparaba á un árbol que viaja, diciendo: «Cualquiera que sea el país por donde paso, querría plantarme de nuevo en él, porque mis pájaros azules me han seguido á todas partes.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIV. CENTRAL

"ALFONSO RIVERA"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Había soñado construir un *cottage* en Inglaterra, un palacio en Rusia y una posesión en Nápoles. No desconfiaba tampoco de llegar á tener un yatch en Marsella y su góndola en Venecia.

¡Quién lo creería! No hizo más que llegar á Egipto, y ya se figuró haber encontrado la tierra de promisión: poco faltó para que hiciera ir á su familia.

Escribía que había vuelto á encontrar el paraíso. Todas las figuras que pasaban ante ella le recordaban las escenas de la Biblia. Resolvió pasar todos los inviernos en el hermoso país del Nilo y las Pirámides.

Ella misma ha referido en sus cartas toda su estancia en Egipto. Como era de esas personas que se fijan en todo, no le fué necesario mucho tiempo para conocer el país. En ninguna parte era extranjera, pues poseía en alto grado el arte y el gusto de la aclimatación. Tan sencilla como buena, hablaba con todo el mundo como un desterrado que vuelve á su patria; además, se conquistaba las simpatías de todo el que la veía.

Habían dicho en el Cairo, en Tebas, en todas partes: «Es una comedianta.» Pero su aire de diosa imponía respeto. Todas las mujeres de los harenes la hubieran querido hablar. Ella no las veía más que de lejos; pero le enviaban besos

con la mano, y se contaban su historia como si fuera la de una maga.

Era acogida con simpatía hasta por las gentes del pueblo cuando iba al mercado, para tener hambre, según su expresión, por más que lo que iba á comprar más á menudo eran flores. En todas partes la saludaban.

Una mañana se encontró agradablemente sorprendida al ver su ventana llena de ramos de flores, aunque aquella se encontraba á seis piés del suelo. Al otro día, otros ramos; al siguiente, lo mismo, y así toda la semana. Los ramos estaban colocados en preciosos floreros de barro de un estilo soberbio, que hacía recordar la alfarería antigua.

Esther, que no dormía muy profundamente, quiso saber quién era el que así engalanaba su ventana. Una mañana vió, al rayar el día, un magnífico fellah subido sobre un banquillo, que tiraba las flores de la vispera y las sustituía con otras frescas recién cogidas.

Abrió su ventana, y saludó al campesino con una sonrisa. Él sonrió también. Quisieron parlamentar; pero no se comprendieron.

Como el aire de la mañana era fuerte, Esther cerró la ventana, después de haberle tendido su mano, que él llevó respetuosamente á sus labios.

Durante el día habló del fellah á la dueña

del hotel, diciéndole que era preciso pagarle las flores.

Pero aquella mujer exclamó:

—Señora, las flores no se venden más que en el mercado. El fellah es demasiado dichoso con que V. acepte las suyas.

Durante algunos días, abrió Esther su ventana cuando llegaba el fellah. La misma conversación, que ninguno entendía; pero se comprendían, sin embargo. Todos los días se terminaba por un beso en la mano. ¡Y cómo brillaban los ojos de él cuando alzaba la cabeza! Una hermosa cabeza, cuyo color moreno destacaba bajo la lana blanca; la dulzura en la fuerza.

Una mañana ofreció Esther al fellah un magnífico reloj de oro con su cifra. Pero él lo rehusó. Con una mirada le preguntó ella por qué.

Entonces él la tomó la mano como los demás días; lo que quería decir que con aquello estaba pagado.

Esther refirió esta historia á algunos amigos parisienses, los cuales no dejaron de escribir á Francia que la Comedianta estaba enamorada de un fellah. Así es cómo se escribe la historia del corazón.

En Egipto escribía y dictaba mucho Esther. Sus cartas coleccionadas formarían la historia completa de su viaje y de su estancia allí. He

aquí una, dictada á M. de Montaut, menos las siete últimas líneas, que encierra dos preciosas leyendas, que son una prueba de su gusto para la poesía:

«Amigo mío: He buscado las poesías de V.; pero aunque tienen alas, no vienen tan lejos. Siento también no haber traído las de Alfredo de Musset. Un amigo, M. de Montaut, me traduce aquí leyendas árabes. Á continuación van dos, que tendría un placer en que las pusiera V. en verso.»

»LA JOVEN.

»Paloma blanca, ¿adónde vas? Tus alas hieden el aire con rápido vuelo y te llevan más lejos, más lejos, más lejos.

»LA PALOMA.

»Voy donde él me espera, más allá de las nubes, más lejos, más lejos, más lejos.

»LA JOVEN.

»Paloma blanca, ¿adónde vienes? De tus rotas alas brotan gotas de sangre.

»LA PALOMA.

»Vengo á morir donde él me amó, porque no me ama ya.»

»¿No es esto muy bonito? Y yo también, yo también he ido muy lejos, corriendo tras de mi sueño, que me ha hecho traición. Por eso quiero morir en donde he sido amada. Pero ¿qué encontraré?

»He aquí la otra leyenda: es todavía más triste; pero las Musas no son alegres en Egipto:

—«¡Oh! joven desconocido con traje color del tiempo, ¿por qué llamas á esa puerta?

—»Vengo á quitar un hermosos niño á su madre para llevarlo al cielo.

—»¿Cómo te llamas? ¿Por qué estás tan pálido?

—»Me llamo la Muerte, y estoy condenado á vivir. Por eso estoy tan pálido.

—»Ten piedad para el niño que sonrío en el seno de su madre.

—»No temas nada: el cielo del Profeta es todo luz.

—»¡Oh, muerte! Tú no sabes lo que dices. Es una tumba toda negra en donde acostarás á ese niño.

—»Ese es el camino; pero la tumba se abre encima del Paraíso.»

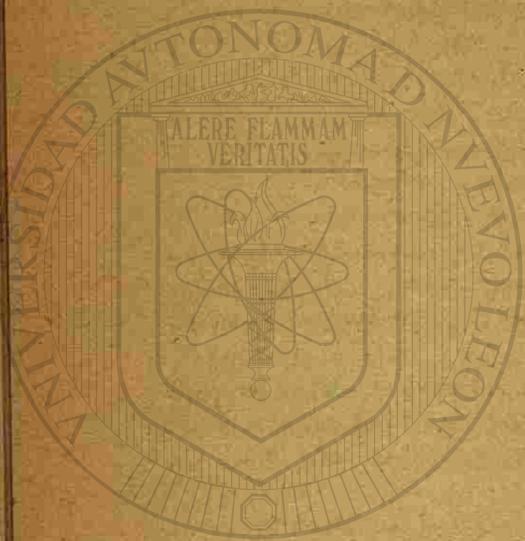
»Al menos, aquí la muerte no está representada bajo la horrible figura del arte cristiano. Los egipcios recuerdan á los griegos, á menos que ellos no inspiraran á éstos.

»Estoy aprendiendo á escribir árabe. Otra vez enviaré á V. en árabe, en esa escritura que se parece á la de V., un maoual de cinco versos; los cinco dedos de la mano.

»Después de todo, la presente no tiene más objeto que saludar á V. y decirle que no estoy del todo mal. Dicen que tengo fiebre todos los días: esto fuera bueno si yo no la hubiera tenido siempre.

»Salude V. en mi nombre á M. de Saint-Victor. ¡Qué bien habla de mí! Para él los ausentes no tienen faltas.

»ESTHER.»



III.

Tebas la de las cien puertas.

Sin embargo, el invierno se anunciaba, y no hay nada más glacial que esa estación en los países calientes. Todos aquellos que padecen del pecho encuentran antes la muerte que la vida, abandonando su patria. Niza, por ejemplo, para no ir demasiado lejos, es la necrópolis por excelencia. Ciudad de las flores; pero flores sepulcrales.

Esther dijo un día á Valía :

—¿Sabes tú que hace más frío en el Cairo que en París?

Valía, que temía morir de frío, se volvió á Marsella por el primer paquebot. Es verdad que se la llevó un señor de Burdeos que había ido á vender su vino al Virey.

Esther tuvo un sentimiento con esta huida inesperada, en el momento en que iba á remontar el Nilo para pasar la mala estación en Karnac, ó más bien para entrar en la poesía, en Tebas, la de las cien puertas. Esther fechó siem-

pre sus cartas en Tebas y no en Karnac. M. Luís de Montaut preparó el viaje. Alquiló una casa, que amuebló cuidadosamente: Esther partió, acompañada de sus amigos; pero al llegar al noche, éstos se volvieron al Cairo, encontrándose entonces bien sola. Le pareció que iba derecha al país de la muerte. Evocó, por toda distracción, las sombras de la historia egipcia.

Muchas cartas de la Comedianta están fechadas en el Nilo: se había vuelto tan perezosa, que todas ellas eran bien lacónicas. Escribía á su madre, á sus hijos, á sus hermanas, menos á Valfá, aquella desertora, que no había ido á Egipto más que para marcharse á hacer la vendimia en Château-Laffite.

Á la sombra de las Pirámides.

.....

«Recordará V. cuando hablábamos de mi carrera; ¡mi carrera! En ella he labrado los mármoles de mi tumba. He querido vivir glotonamente. He devorado en algunos años mis días y mis noches; después de todo, ya está hecho, y no he de decir, como los arrepentidos de Vds.: «Señor, pequé. Señor, pequé. Señor, pequé.» Cuando no ha quemado uno su corazón en aquellos hermosos días, es inútil quererlo inflamar á los treinta y cinco años.... No, esto ha concluido. ¡Ah! ¡si no tuviera dos hijos! Si

no fuera por su amor, moriría sin pesar. Pero volveré. El Dios de Israel me permitirá bajar en mis entreactos de allí arriba para abrazar á mis hijos y para volver á ver á mis amigos de ese Teatro Francés que tanto amo.

»Puesto que pasa V. todos los días por delante del Obelisco, espero pensará V. en esta pobre desterrada.

»ESTHER.»

.....

«Bajo las pirámides, contemplo veinte siglos confundidos en las arenas. ¡Ah, amigo mío! Aquí veo la pequeñez de las trágicas. Yo me creía piramidal, y comprendo ahora que no soy más que una sombra que pasa...., que ha pasado. He venido aquí en busca de la vida que se me escapa, y no veo más que la muerte á mi alrededor. Cuando ha sido amada una en París, es menester morir en él. Haga V. pronto que me reserven un sitio en el Padre Lachaise, y resérveme V. otro en sus recuerdos. ¡Me ha olvidado V.? En cuanto á mí, no le olvido.

»La que se va:

»ESTHER.

»Escribo estas líneas, sin saber bien lo que

pongo; seco la tinta con las cenizas de las reinas de Egipto; esto es lo más elocuente que hay en mi carta.»

En cuanto Esther llegó á Tebas, se encontró tan bien, que resolvió pasar allí todos los inviernos. En vista de esto, rogó á los señores de Montaut que le hicieran un bosquejo de palacio, con idea de hacerlo construir, tanto para sus amigos como para ella. Abrió un concurso, diciendo que daría un premio al mejor arquitecto. Se pusieron manos á la obra, y le hicieron cincuenta croquis del más puro estilo egipcio. He visto algunos muy bonitos. En poco estuvo que no me arrastraran también á Tebas.

Afortunadamente para Esther, lo que faltaba allí eran albañiles. Fué preciso, por lo tanto, que se resignara á construir el palacio en su imaginación. Sin embargo, descubrió unas ruínas casi majestuosas, en las cuales se hizo construir de madera una casita bastante bonita, que casi parecía un nido sobre unas ramas. Un poco reducida y estrecha se halló allí con sus esclavas nubias.

Esther se entristeció, porque se encontraba muy sola. Entonces fué cuando afortunadamente llegó de improviso M. de La Marche.

Esto fué una alegría para la pobre enferma, no tan sólo porque volvía á ver á su más que-

rido amigo, sino porque éste le llevaba el aire de París. ¡Ah! El aire de París para los expatriados, cualquiera que sea el motivo de su expatriación, es el aire de la vida. Á Esther le parecía que estaba separada de su hotel y de su teatro por todos los siglos egipcios que había vivido con su pensamiento.

—¡Ah, amigo mío! (dijo á M. de La Marche): llegas á buen tiempo. Figúrate que encuentras una momia, y la resucitas. Pronto, quítame pronto las vendas en que estoy envuelta.

Todo marchó perfectamente durante quince días; pero también M. de La Marche tuvo que partir; éste, por su parte, no le dijo que si había ido por ella, también había ido por un empréstito del Virey. Como aquel empréstito le proporcionaba el oro á manos llenas, le dejó á Esther gran cantidad para que viviera en Tebas como una Sesostris. Prometió volver; pero no volvió mas. La vida es siempre así, separando constantemente los corazones. Felizmente, suelen volver á unirse con otros corazones que no se esperaba encontrar.

Así es que entre los viajeros que remontaban el Nilo, un oficial, admirador de Esther, fué á llamar á su puerta. En París no se hubiera atrevido; pero allí, á la sombra de las Pirámides, no se conocen los obstáculos. Había admirado tanto á la Comedianta, que se consideraba ya

como uno de sus amigos. Esther estaba ya arrepentida de sus palacios egipcios. El oficial de marina le alabó mucho los viñedos de Montpellier, diciéndole que sólo allí se recuperaba el vigor de la juventud, con la flor de las cepas.

Esther se convenció de tal modo, que no tardó en decidirse á venir al Mediodía de la Francia.

Para ver á Esther á su vuelta de Egipto, fué necesario ir á Montpellier, en donde pasó toda la primavera con la familia del oficial de marina. Éste le había ofrecido su corazón y su mano, pero ella comprendió que era ya demasiado tarde, porque conocía muy bien que ni el sol de Egipto ni la flor de las viñas tendrían virtud bastante para devolverle sus fuerzas. Se acababa por consunción, y perdía las últimas ilusiones de la vida. Se volvió entonces valientemente hacia la muerte, diciendo con aire resignado: «¡Solamente un milagro!»

¿Por qué no hizo Dios ese milagro? ¿Por qué no conservar para el teatro y para ella misma aquella mujer tan joven todavía, cuya alma conservaba siempre todo su fuego? Es que en la tierra todo se paga. Mientras más alto sube uno en las montañas del orgullo, más pronto se precipita uno desde lo alto.

IV.

Los presentimientos.

Los que están próximos á morir no piensan más que en cambiar de habitación, porque no se encuentran bien en ninguna parte. Á su vuelta á París, Esther vendió su hotel y se refugió en la Plaza Real, la misma en que había cantado tan alegre y tan tristemente sus primeras canciones.

¿Por qué iba ella allí, á aquel *campo santo* en donde se agitaban los fantasmas del pasado? Es que ella se creía ya de otra época; es que se sentía atraída por aquella soledad que fué tan dulce á su amigo Hugo.

En mi primera visita me dijo sonriéndose:

—¿No es verdad que aquí estoy bien para morir?

—¡Para vivir! ¿Pero no estaba V. bien en su hotel?

Entonces me explicó con mucha elocuencia, cómo su hotel, en donde había cenado, representado, cantado y bailado, no era sitio á propó-

como uno de sus amigos. Esther estaba ya arrepentida de sus palacios egipcios. El oficial de marina le alabó mucho los viñedos de Montpellier, diciéndole que sólo allí se recuperaba el vigor de la juventud, con la flor de las cepas.

Esther se convenció de tal modo, que no tardó en decidirse á venir al Mediodía de la Francia.

Para ver á Esther á su vuelta de Egipto, fué necesario ir á Montpellier, en donde pasó toda la primavera con la familia del oficial de marina. Éste le había ofrecido su corazón y su mano, pero ella comprendió que era ya demasiado tarde, porque conocía muy bien que ni el sol de Egipto ni la flor de las viñas tendrían virtud bastante para devolverle sus fuerzas. Se acababa por consunción, y perdía las últimas ilusiones de la vida. Se volvió entonces valientemente hacia la muerte, diciendo con aire resignado: «¡Solamente un milagro!»

¿Por qué no hizo Dios ese milagro? ¿Por qué no conservar para el teatro y para ella misma aquella mujer tan joven todavía, cuya alma conservaba siempre todo su fuego? Es que en la tierra todo se paga. Mientras más alto sube uno en las montañas del orgullo, más pronto se precipita uno desde lo alto.

IV.

Los presentimientos.

Los que están próximos á morir no piensan más que en cambiar de habitación, porque no se encuentran bien en ninguna parte. Á su vuelta á París, Esther vendió su hotel y se refugió en la Plaza Real, la misma en que había cantado tan alegre y tan tristemente sus primeras canciones.

¿Por qué iba ella allí, á aquel *campo santo* en donde se agitaban los fantasmas del pasado? Es que ella se creía ya de otra época; es que se sentía atraída por aquella soledad que fué tan dulce á su amigo Hugo.

En mi primera visita me dijo sonriéndose:

—¿No es verdad que aquí estoy bien para morir?

—¡Para vivir! ¿Pero no estaba V. bien en su hotel?

Entonces me explicó con mucha elocuencia, cómo su hotel, en donde había cenado, representado, cantado y bailado, no era sitio á propó-

sito para Esther preparándose á morir; allí se veía demasiado grande en su féretro; veía demasiados amigos á su alrededor, mientras que en la Plaza Real, aquel severo salón y aquella gran escalera parecían destinados á sus funerales.

Estaba muy ocupada del decorado con los tapices, pasando del estilo italiano al estilo flamenco.

—Vea V. (añadió); trabajo en mi cámara funeraria.

—No creo una palabra de todo eso. Siempre he oído decir que los habitantes de la Plaza Real viven cien años. Las dos vecinas de V., Marion Delorme y Ninon de Lenclos, murieron tan viejas, que no se sabía ya su edad. Hasta se asegura que la última no ha muerto todavía.

—¡Tanto peor para ella! Sobre todo, porque no era madre. Á mí, los que me sujetan son mis hijos.

Nos asomamos á una de las ventanas.

—La verdad es (continuó Esther), que si hubiera sido tiempo todavía, no hubiera venido. Voy á decir V. por qué. Cuando mi hermana Valía llevaba el arpa y yo tocaba la guitarra ó la mandolina, vi una mañana en la puerta de esta casa un féretro cubierto de flores; me figuré que era yo quien estaba dentro de la caja, y estuve triste todo el día. Me decía á mí misma que

no estaba muerta; pero, á pesar de eso, me veía siempre pálida bajo las flores. He alquilado esta casa, sin que aquel recuerdo se despertara en mi memoria; pero ayer he visto pasar un entierro, y no pienso más que en eso. Así es que, para alegrarme, espero comerá V. conmigo. Además, espero que Valía venga también. Nos hemos perdido un poco de vista; pero es tan alegre, que siempre tengo que perdonarle sus faltas. No hay nadie que me distraiga tanto como ella, hasta cuando no quiero que me distraigan.

Es verdad que Valía era de una alegría inagotable. Su constante charla estaba esmaltada de frases picantes y de imprevistas ocurrencias. Como decía Esther, no podía encanallarse más agradablemente, lo que no impedía que tuviese sus días de gran señora.

Aquella noche no fué; pero las dos hermanas más jóvenes de Esther llegaron bien pronto: también eran comediantas, pero comediantas de raza, que dejaron su nombre en el libro de oro. La primera era una segunda Esther, que más de una vez me ha recordado los triunfos de su hermana; menos diosa, pero más humana; la segunda representaba á Molière con el ingenio del maestro. Preciosa fanfarrona del teatro, encantadora mujer de mundo en su casa, sabiéndolo todo, pero no haciendo nunca el papel de mujer sabia.

Durante la comida, se esforzó en probar á Esther que nunca había estado mejor.

—¡Ay! (dijo): el sol se va.

Apenas hacía ocho días que estaba instalada en su casa, cuando ya estaba soñando en emprender nuevos viajes. Nos hablaba de Madera, de Meuton y de Argel.

—Decididamente (exclamó de pronto), no volveré á sentarme á la sombra de las pirámides, pero iré á Cannes.

Se creyó que era un capricho pasajero; pero ocho días después anunciaban los periódicos que la señorita Esther pasaría en Cannes el invierno.

V.

El último adiós.

Cuando Esther partió para Egipto, M. de La Marche la acompañó hasta el buque que, según la expresión de la trágica, «llevaba á Fedra y su fortuna.» Desde Egipto escribió Esther algunas cartas á M. de La Marche; pero éste no era ya más que un amigo, separado por completo de todos los recuerdos de sus pasiones. Ella le escribía: «Cuando V. me amaba, era yo un cuerpo con un alma; hoy día soy un alma sin cuerpo.»

La verdad es que M. de La Marche la había amado más por su encantador ingenio que por su belleza pasajera.

Ya he dicho que había ido á abrazarla á Tebas; pero no pudo estar con ella hasta su regreso á Francia.

Cuando partió para Cannes, quiso acompañarla; pero, al verse tan enferma, rehusó por un sentimiento de coquetería. Hubiera sido muy dulce para ella verse acompañada por el amigo

Durante la comida, se esforzó en probar á Esther que nunca había estado mejor.

—¡Ay! (dijo): el sol se va.

Apenas hacía ocho días que estaba instalada en su casa, cuando ya estaba soñando en emprender nuevos viajes. Nos hablaba de Madera, de Meuton y de Argel.

—Decididamente (exclamó de pronto), no volveré á sentarme á la sombra de las pirámides, pero iré á Cannes.

Se creyó que era un capricho pasajero; pero ocho días después anunciaban los periódicos que la señorita Esther pasaría en Cannes el invierno.

V.

El último adiós.

Cuando Esther partió para Egipto, M. de La Marche la acompañó hasta el buque que, según la expresión de la trágica, «llevaba á Fedra y su fortuna.» Desde Egipto escribió Esther algunas cartas á M. de La Marche; pero éste no era ya más que un amigo, separado por completo de todos los recuerdos de sus pasiones. Ella le escribía: «Cuando V. me amaba, era yo un cuerpo con un alma; hoy día soy un alma sin cuerpo.»

La verdad es que M. de La Marche la había amado más por su encantador ingenio que por su belleza pasajera.

Ya he dicho que había ido á abrazarla á Tebas; pero no pudo estar con ella hasta su regreso á Francia.

Cuando partió para Cannes, quiso acompañarla; pero, al verse tan enferma, rehusó por un sentimiento de coquetería. Hubiera sido muy dulce para ella verse acompañada por el amigo

que había sucedido al amante; pero no quería dar el prosaico espectáculo de una enfermedad cruel al que la había contemplado llena de encantos.

—No, amigo mío (le dijo tristemente): ya le llamaré á V. cuando esté allí.

En cuanto llegó á Cannes, y pensando siempre en M. de La Marche, se puso, con sus manos tan pronto heladas como abrasadoras, á empavesar con flores una habitación cerca de la suya, para recibirle según le inspiraba su corazón; pero de pronto se detuvo, al contemplarse en un espejo.

—Y bien (murmuró). ¡No, no hace falta que venga!

Además, al cabo de algunos días se borró por completo de su alma aquella querida imagen. No veía distintamente más que las figuras de sus hijos, de su madre y de sus hermanas. Se parte de la familia y se vuelve á la familia. Los ingertos mejor adheridos concluyen por separarse del árbol cuando está herido de muerte.

Esther no volvió á ver más á M. de La Marche.

—Si es una penitencia (dijo ella), tanto mejor.

VI.

El país de la muerte.

Esther había dicho: «Quiero vivir en la Plaza Real para estar más cerca del Padre Lachaisse. Se entretenía y se reía con sus hijos; pero la gran sombra de la muerte la seguía paso á paso; se estremecía ya bajo el sudario; llamaba á sus amigos como para que la defendieran; pero el alegre batallón de las Victorias y Conquistas se había dispersado. Nada dura en este mundo, y en París menos que en ninguna parte. Las figuras pasan como por el cristal de un espejo. ¡Sueños! ¡Sueños! ¡Sueños! Además, que ya no se cenaba en casa de Esther, y temían entristecerse. Ella, por su parte, se sentía sumergida en las tinieblas, y anhelaba el sol, aquel amigo que tan dulce había sido para ella en Egipto, y que esperaba volver á ver en las orillas del Mediterráneo. Se decidió á partir: estaba determinado que había de morir bajo el beso del sol.

Partió, pero no volvió más.

Digo mal, volvió; pero acostada en un fére-

que había sucedido al amante; pero no quería dar el prosaico espectáculo de una enfermedad cruel al que la había contemplado llena de encantos.

—No, amigo mío (le dijo tristemente): ya le llamaré á V. cuando esté allí.

En cuanto llegó á Cannes, y pensando siempre en M. de La Marche, se puso, con sus manos tan pronto heladas como abrasadoras, á empavesar con flores una habitación cerca de la suya, para recibirle según le inspiraba su corazón; pero de pronto se detuvo, al contemplarse en un espejo.

—Y bien (murmuró). ¡No, no hace falta que venga!

Además, al cabo de algunos días se borró por completo de su alma aquella querida imagen. No veía distintamente más que las figuras de sus hijos, de su madre y de sus hermanas. Se parte de la familia y se vuelve á la familia. Los ingertos mejor adheridos concluyen por separarse del árbol cuando está herido de muerte.

Esther no volvió á ver más á M. de La Marche.

—Si es una penitencia (dijo ella), tanto mejor.

VI.

El país de la muerte.

Esther había dicho: «Quiero vivir en la Plaza Real para estar más cerca del Padre Lachaisse. Se entretenía y se reía con sus hijos; pero la gran sombra de la muerte la seguía paso á paso; se estremecía ya bajo el sudario; llamaba á sus amigos como para que la defendieran; pero el alegre batallón de las Victorias y Conquistas se había dispersado. Nada dura en este mundo, y en París menos que en ninguna parte. Las figuras pasan como por el cristal de un espejo. ¡Sueños! ¡Sueños! ¡Sueños! Además, que ya no se cenaba en casa de Esther, y temían entristecerse. Ella, por su parte, se sentía sumergida en las tinieblas, y anhelaba el sol, aquel amigo que tan dulce había sido para ella en Egipto, y que esperaba volver á ver en las orillas del Mediterráneo. Se decidió á partir: estaba determinado que había de morir bajo el beso del sol.

Partió, pero no volvió más.

Digo mal, volvió; pero acostada en un fére-

tro de terciopelo. «¡Su último traje!», como había dicho.

La víspera de su partida dijo á Valía, evocando los hermosos días de su juventud:

—Escúchame: si no tienes pereza, nos levantaremos una hora antes, para despedirme de todo lo que he amado cuando tenía veinte años.

—Pero tú no encontrarás nada de aquella época,—le contestó Valía.

Ésta creía que su hermana quería decir adiós á sus antiguos amigos. Pero no era eso.

—Ya verás, ya verás (dijo Esther); te levantarás á las seis de la mañana, y á las siete me meterás en el coche, y nos pasearemos por el boulevard Bonne-Nouvelle, por la calle Richelieu y por el muelle Voltaire; después, ya encontraremos en el ferrocarril á los que quieran decirme adiós.

Valía había comprendido: á las seis del siguiente día, todo estaba dispuesto para la partida. Aunque Esther se esforzaba por estar más valiente que la víspera, no podía dar un paso. ¡Sus piernas eran dos cañas!

Se la llevó en un coche. Saludó con una mirada de simpatía á sus antiguos amigos los árboles de la Plaza Real, que le habían prestado su sombra en sus primeros años, en los tiempos de sus primeras canciones. Recordando aquella misma época, recorrió sus ojos la Plaza de la

Bastilla y el boulevard del Temple, en donde se elevaban tantos recuerdos del pasado. ¡Fantasmas de un instante!

El coche se detuvo delante del Gimnasio. Allí era donde había escuchado los primeros aplausos. Allí era donde se había revelado á ella misma tanto como á los espectadores.

—Sigamos,—dijo á Valía, enjugando dos lágrimas.

Quando los caballos descendieron por la calle de Richelieu y se detuvieron delante del Teatro Francés, Esther tendió sus brazos, como si la viesen Corneille, Racine y Molière. Les habló, creyendo que podían oír sus palabras:

—¡Ah! (dijo): ¡ah! es donde he tenido un hermoso ensueño!, como decía el Mariscal de Sajonia al morir, el que tanto amó á Adriana Lecœur, y á quien la pobre Ana amó más todavía.

Después continuó como hablando consigo misma:

—Sí, no era más que un sueño, y me desperté para morir.

El teatro estaba mudo. Todo dormía. Otras veces el teatro y la Comedianta se despertaban al mismo tiempo.

Esther se había despertado aquel día antes que el teatro, porque no había representado la víspera...

Valía le habló de sus triunfos, de todas las

heroínas que había animado con su soplo vivificador.

—Sí, sí (dijo Esther): ya las veo; ellas me llaman. Todavía oigo las exclamaciones de todos los espectadores, y ahora *nihil*: es la única palabra latina que sé todavía.

Quiso sonreír; pero cuando el carruaje se puso en marcha, rompió á llorar.

Los caballos se dirigieron por el Carroussel y el muelle del Louvre; al volver, dirigió Esther una rápida mirada á las ventanas de su casa del muelle Voltaire.

—Allí (dijo) he sido dichosa.

Y llevó la mano á su corazón, murmurando: «¡Luciano de La Marche!»

Acababa de vivir demasiado para los recuerdos; se sintió desfallecer, y se reclinó en los brazos de su hermana.

Las despedidas en la estación fueron desgarradoras.

Parecía una muerta cuando se la colocó en el vagón; pero se reanimó al partir, para dirigir una última mirada á todos aquellos que la adoraban.

Durante el viaje fué triste, pero resignada; el sol no brilló ante sus ojos hasta cerca de las tres.

—¡Al fin (dijo) vuelvo á ver á mi amigo; pero es el último! Al menos, éste será fiel.

Durante su estancia en Cannes, él fué quien la despertó todas las mañanas. Quería que se dejaran las ventanas entreabiertas.

—Eso te impedirá dormir,—le dijo Valía.

—¡Qué importa! Cuando esté seis piés debajo de tierra, no me despertará.

Aquella fué una lenta agonía; cada día la hería más cruelmente. La muerte no tenía piedad ninguna con aquella bella y dulce criatura que se había reclinado en sus brazos. Inclínada sobre su lecho, ni la cogía ni la abandonaba. El fotógrafo tiene el horrible valor del reporter. En Cannes, uno de esos retratistas de última hora, tuvo el atrevimiento de presentarse delante de Esther moribunda.

—Espere V. algunos días, y me retratará V. en la tumba.

Siempre le gustaban los juegos de palabras. Después añadió sonriendo:

—Entonces no tendrá V. necesidad de decir:

«No se mueva V.»

Se resignó á bajar al jardín; la pobre diáfana no tenía más que un soplo de vida y una sonrisa. El sol, ese colaborador eterno de los fotógrafos, permitió hacer un buen retrato de aquella adorable criatura, á la que no se atrevía uno á mirar de frente, porque su expresión resignada desgarraba el corazón. Se la ve, ¡qué contraste!, casi adosada á una estatua del amor, reple-

gada sobre sí misma, con las manos cruzadas, vestida con un traje de lana blanca, que parecía un sudario. Sus ojos, aquellos hermosos ojos, reflejan todas las tristezas. Aspira al cielo; pero ¡cuántos recuerdos la encadenan todavía á esta patria de un día que se llama la tierra!

Entre este retrato y el semblante de muerta dibujado por Mad. O'Connell, apenas si hay más que una ligerísima diferencia. Mad. O'Connell no la vió muerta; pero la conocía tan bien, que la sacó tal como estaba. Así se ha podido decir que estaba bien aquella cabeza encantadora y sublime á la vez; pero sus ojos, con cuyo brillo metálico deslumbraba, como los rayos del sol, á todo un público entusiasta, se han cerrado para siempre. Su pobre y descolorido rostro se inclina dulcemente bajo el sueño eterno. Mad. O'Connell ha encontrado aquellas preciosas manos modeladas para una reina por el gran artista que tan pródigo fué con ella; pero esas son las manos de la muerte, como aquel rostro es también el rostro de la muerte misma. ¿No es esa la terrible belleza del sepulcro, si no se muere á los veinte años?

Esther dijo un día á Valfa:

—Ya ves; sabía tan bien morir en la escena; ya te acordarás de *Adriana Lecœuvreur* y de otras, y ahora necesito morir yo misma.... y no puedo morir....

—Es que tú vivirás,—le respondió Valfa, que siempre la mecía en los ensueños de la vida.

Pero las esperanzas no eran para ella más que pálidas é inodoras flores de otoño que se deshojaban.

Esther buscaba consuelos más elevados; creía en el Dios de Israel; se volvía hacia él, aunque con poca fe, pues el escepticismo había invadido su espíritu, si no su corazón.

—¡Ayl! (decía): ¿qué iré yo á hacer delante de Dios?

Leía la Biblia, y no encontraba la inmortalidad del alma.

—La sola inmortalidad (pensaba ella) es la del teatro. No me olvidarán mañana, porque llegará algún día en que una gran artista me haga renacer, como yo he hecho renacer á tantas muertas.

Aquella gran trágica olvidaba que la tragedia no era la que había gastado su vida. Moría joven; pero ¡cuántas más jóvenes que ella han descansado en la tumba, sin que un drama las despierte de su eterno sueño!

—Después de todo (dijo un día), muero á tiempo, como la Lecœuvreur y como la Malibran. En el teatro es preciso no envejecer; he visto ya demasiado los telones de Mlle. Georges. Se conservará de mí un poético recuerdo, porque dirán: «Era bella todavía.»

Pidió un espejo.

—¡Ay, no me reconozco!—murmuró.

Escribía mucho, para que corrieran más rápidas las sombrías horas. Siempre conservaba su encantador estilo.

Su último trabajo fué el siguiente: se había llevado, para leerlas, todas las cartas de las personas queridas, en las que se encontraba encerrada su existencia de mujer y de artista.

Cuando comprendió que ya no las volvería á leer más, reunió las de cada uno por separado: después escribió un nombre encima de más de veinte sobres, que encerraban las cartas de sus amigos.

He aquí por qué, algunos días después de su muerte, un fiel mensajero llevó por todo París tantas cartas en las que se encerraba su vida, y un poco también de la vida de los que las habían escrito: para mí, lo mismo que para muchos otros, fué un gran sentimiento cuando recibimos las cartas que habíamos escrito á Esther, remitidas discretamente, según su última voluntad. En el sobre reconocí su letra, sin comprender lo que era; lo rompí, pero ni una palabra suya entre las cartas. Era el adiós de una muerta; era como una esquila funeraria; era como una piadosa restitución de los sentimientos que había inspirado. No he visto manera más encantadora de comprender las cartas; Esther

parecía decir: «Esas cartas ya no son más, puesto que he muerto.»

Los últimos días no pudo escribir, y pareció que adivinaba sus desfallecimientos. Puso la fecha de 1.º de Enero á muchos de sus billetes escritos el día de Noche-Buena.

—¿Por qué haces eso?—le preguntó Valía.

—Porque quiero felicidad el día de año nuevo á mis amigos, y ese día no tendré fuerzas para escribir.

Y sonrió con su sonrisa siempre encantadora, pero llena de tristeza.

—Además, quiero chasquear á la muerte: así no se atreverá á llevarme antes del 1.º de Enero.

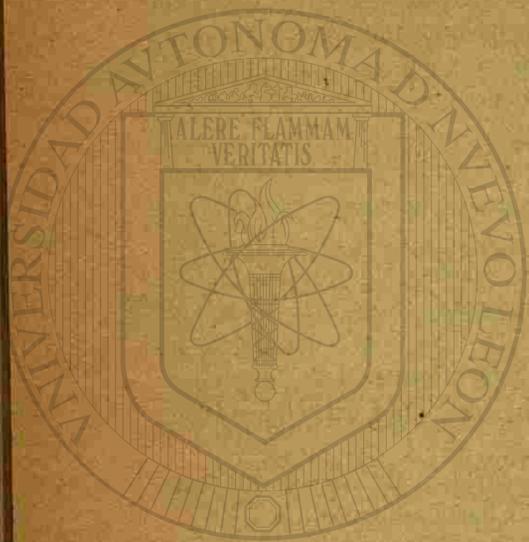
En efecto: Esther escribía á un célebre Príncipe:

«Posdato esta carta... Me parece que esto me obligará á vivir hasta entonces....»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

V. 1625 MONTERREY, MEXICO



VII.

La última hora.

Estaba convencida de que concluiría con el año; se sorprendió, pues, de vivir el 1.º de Enero, después el 2 y después el 3.

Pero murió este día.

De todas partes venían aún para ofrecerle la salvación; una gran señora le envió una nodriza para que la alimentara, en el mismo momento en que su médico le hablaba de la transfusión de la sangre.

—Todas esas personas (murmuró ella) no saben que digo como Mirabeau: ¡dormir! ¡De tal modo padezco el mal de la vida!

Aunque tomaba la muerte en serio, solían brillar en ella algunos destellos de alegría.

Solía burlarse de los médicos con picarescos gestos. Reía y lloraba, según escribía Valía á Julio Janin.

Valía fué dulce para ella hasta el último momento, así como ella fué dulcemente hacia la muerte. Algún día se encontrará una carta de

Valfa, en la que refiere hora por hora aquella fúnebre jornada. Poco después del mediodía, evocó aún todas las imágenes del pasado; pero, al mismo tiempo, veía más distintamente las figuras queridas de los seres que la habían precedido en aquel último viaje; le parecía que Lili la iba á buscar. Dijo á Valfa muchas veces: «¿No la ves inclinada á los piés de la cama? Tengo más frío, porque ella está helada.»

Esther no podía ya casi hablar, cuando dijo á su hermana:

—Estoy contenta de morir en domingo; es triste vivir un lunes.

Todavía le habló algunas palabras más.

—¿Por qué promete Dios á sus escogidos la estrella matutina? Yo no conozco esa estrella, porque nunca he visto despuntar la aurora: no conozco más que la estrella de la tarde.

Valfa respondió, sin saber qué decía:

—La estrella matutina es la resurrección.

Esther pareció satisfecha con esta respuesta, y volvió á caer en su sueño.

Había subido hasta lo alto de la montaña por un camino lleno de flores, y sabía que el reverso es siempre triste; había amado los Alpes por el lado del sol; ¿á qué descender por el de las nieves eternas? Después de la segunda juventud, no hay más que avalanchas y precipicios: la quimera, enganchada al carro de fuego que nos

arrastra por los senderos encantadores y perfumados, se destroza la cabeza con las agudas rocas de las cumbres; nunca desciende por la otra vertiente, toda poblada de tumbas, en donde sólo se escucha el canto de la desesperación.

El último médico que la asistió escribía:

«Espiró á las once de la mañana. La muerte la fué cubriendo con su manto poco á poco, así como la tempestad va envolviendo el cielo lentamente. Se había preparado á morir, y había arreglado los detalles de sus funerales. En el momento supremo, la fuerza misma del sufrimiento hizo colorear su semblante. Aún estaba todavía bella, cuando oía resonar en la vecina habitación los cánticos de la agonía de los sacerdotes de Israel; su mirada, tan inteligente, resplandecía de reconocimiento y de ternura inefable. Apenas había lanzado el último suspiro, cuando el cielo, despejado hasta entonces, se cubrió de nubes. Á la luz de los relámpagos fué como su hermana Valfa y su fiel criada Rosa la contemplaron por última vez.»

El día de sus funerales fué de duelo para todo París. La enterraron en el cementerio de los judíos, porque pensaron que le sería agradable volver á encontrar á su querida Lili; aquella

segunda Esther, á quien había comunicado el fuego de su alma.

Los literatos y los poetas la aclamaron durante una semana. Los más conocidos, Julio Janin, Teófilo Gautier y Pablo de Saint-Víctor, saludaron con sublime elocuencia á la que había partido para nunca más volver.

Existe un libro de Julio Janin, escrito en loor de Esther; se imprimieron las hermosas páginas de Teófilo Gautier; no faltaron más que las de Pablo de Saint-Víctor, ese creador de hermosas imágenes, que cayeron en el olvido. Pero la luz desafia las tinieblas. Pablo de Saint-Víctor dijo: «Se ha llevado con ella la llave de un templo, el secreto de un santuario, el destino de un arte. Esther se ha extinguido en todo el esplendor de su genio y de su belleza. Ha dejado la pura impresión de una obra maestra destruída; su rápida existencia ha sido una oda en acción; toda ella se pasó en medio de los triunfos, de palmas y de coronas. Había sujetado el hipogrifo alado al carro de la tragedia, que nos presenta la anti-güedad arrastrado en su origen por dos bueyes. Tuvo el prestigio de una aparición. Ha muerto con la misma gracia con que hacía morir en la escena á las víctimas de la poesía. ¡Pobre mujer! ¡Cuántas veces murió antes de morir, repitiendo su verdadera agonía, que tan cerca se hallaba! Todavía me parece ver la sublime y

aterradora expresión que expresaba lo inefable, que figuraba lo invisible, que mostraba el desvanecimiento del alma; ella representaba con el aguijón de la muerte, y la última vez que apareció en escena fué para ensayar en el teatro el sudario que tan pronto había de vestir.

» La única y sagrada belleza de la cual era Esther la expresión, será bien pronto relegada á las bibliotecas y museos, porque el ideal ha desaparecido de la literatura.»

Y para concluir, exclama Saint-Víctor:

« Que un eterno recuerdo sobreviva á la noble mujer que moduló la última queja y derramó la última lágrima de la Musa antigua.»

La desgraciada nueva hirió todos los corazones. Cuando una gran figura desaparece, París entero llora la pérdida, porque es una estrella menos. La gran ciudad llora, como una madre de familia, á todos sus gloriosos hijos.

Valía condujo piadosamente á su hermana, que iba reclinada en el ataúd, hablándola todavía, como si fuera posible que la oyera, porque creía que los muertos no son muertos.

Al llegar á París, los amigos de la casa fueron con la familia á saludar aquel féretro; ¡pero ella había partido para no volver jamás!

El día de los funerales, el Teatro Francés cerró sus puertas: ¡los otros teatros las abrieron,

pero con bien pocos espectadores en sus entristecidas salas!

Los amigos íntimos que, como yo, recordaban el ataúd de terciopelo negro que había asustado á Esther bajo uno de los arcos de la Plaza Real, sintieron latir su corazón violentamente al ver el féretro de Esther todo vestido de terciopelo negro y completamente cubierto de flores. Valía no había olvidado la historia.

Por el gran salón se vieron pasar todos aquellos que son honra de las letras y las artes: desde el primero hasta el último sintieron que un alma grande había desaparecido.

Para ir de la casa mortuoria al Padre Lachaise, el cortejo recordaba las glorias antiguas; parecía que Schylo y Sóphocles, Corneille y Racine iban á los lados del fúnebre carro.

Shakespeare también estaba allí, ese soberano maestro que ha creado el drama moderno por la fuerza de la verdad, pues que la comedia está siempre en la tragedia.

Veamos si no un ejemplo.

Delante de la abierta tumba, el gran rabino hacía prodigios de bíblica elocuencia para hablar de aquella hija de Israel que iba á descansar de los heroismos del genio en la misericordia del Dios terrible y bueno.

Le embargó la emoción, y tuvo que recogerse unos instantes antes de continuar.

Entonces fué cuando uno de los dos comerciantes alborotadores que manejan los millones de los demás creyendo que son suyos, dijo al oído del gran rabino las siguientes palabras, que, por estar muy próximo á ellos, pude oír perfectamente:

—¿Ha vendido V. su Crédito mobiliario?

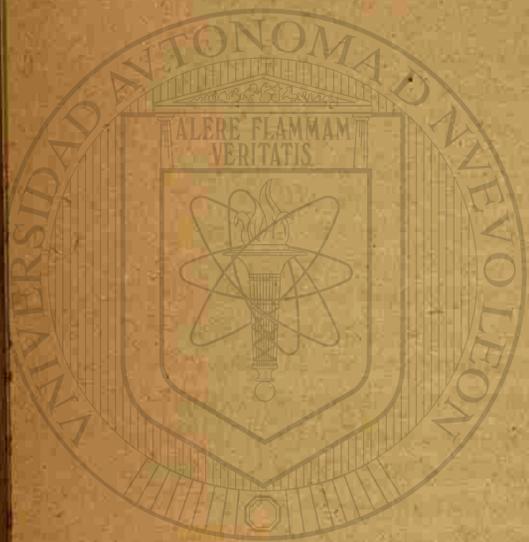
Cambió la fisonomía del santo varón.

—No; ¿por qué?

—Es que ya no es tiempo. ¡Ha bajado cien francos!

—Debía V. haberme prevenido ayer. ¡Eso es desolador!

Á continuación de estas palabras, volvió á recobrar su rostro la devota expresión para continuar su discurso. Era cosa que hacía llorar hasta á las piedras del sepulcro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII.

Recuerdos.

Esther fué la gran dominadora durante diez y siete años, desde el 13 de Setiembre de 1838 hasta el 17 de Diciembre de 1855. No fué solamente en Francia en donde su figura se impuso á las admiraciones, sino también en el extranjero. Sus viajes fueron una marcha triunfal á través del mundo. Toda la crítica europea ha estudiado su genio. Hoy mismo acabo de recibir un libro sobre ella, de un Príncipe extranjero, que le ha prodigado elocuentemente sus admiraciones. En Egipto, cuando ya no representaba, se saludaba á la que había hecho *Cleopatra*, como se hubiera saludado á la misma Cleopatra por las calles del Cairo ó de Tebas. He aquí por qué todo lo que se refiere á ella se refiere á la historia. Hallar bajo la artista á la mujer, es todavía un estudio para el filósofo.



La madre de Esther tenía la belleza de las hijas de la Biblia. Ni David ni Salomón llamaron á sus festines criaturas más maravillosas. Era toda una poesía aquella mujer que había atravesado las miserias de la vida de bohemia, sin que nunca desapareciera de su boca su sonrisa llena de encanto. Ella crió á todos sus hijos, como hacen las madres fuertes. Éstos eran á su imagen y semejanza en cuerpo y alma.

Aunque siempre silenciosa, era un gran corazón y un gran talento. No había variado nada de su raza primitiva. Hubiera podido ser Noemi, Judit y Susana. ¡Sí! Susana, porque poseía en alto grado el sentimiento de la virtud. Cuando sus hijas cayeron una tras otra en los escenarios de los teatros, lloraba y cubría castamente el que hubieran perdido sus derechos al velo de Susana, diciendo las oraciones de las hijas de Jephthé. Se consolaba con la idea de que el arte todo lo purifica.

El arte había inspirado á sus cinco hijas. Cuando Esther se dió á conocer como un milagro de genio, Valfa, Lili, Lea y Nina expresaban ya las palabras y los sentimientos con mágica expresión. Todas ellas fueron grandes artistas con el reflejo y también bajo la sombra de Esther.

Entre las cuatro hubo dos comediantas, Valfa, y sobre todo Nina, esa hija de Molière.

Hubo dos trágicas, Lili y Lea, que han tenido sus momentos de inspiración. Lea fué la Esther del drama: menos grandeza, pero más pasión. Lili luchó en el Teatro Francés frente á frente con Esther, y todo el mundo reconoció que en el duelo de las dos hermanas habían salido ambas vencedoras.

Es menester saludar á las madres de familia, sea la que sea la situación que ocupen en la sociedad, exceptuando á las madres adúlteras, porque cada adúltera es una infame, que conduce fatalmente al crimen ó á la desolación de las desolaciones. Pero ¿quién tendrá valor de despreciar á una madre que se sacrifica por sus hijos? Dios no la abandona, puesto que ha dispuesto que sea fecunda. No se hace bien, por lo tanto, en reprobar á una comedianta sagrada por la maternidad, si no ha arrebatado ningún marido á su mujer. La moral se divide en dos clases: primera, la moral absoluta, que está fuera de toda duda; la segunda, la moral del corazón, que se salva por sus divinos lazos.

Esther, en la época de las pasiones, y cuando los arrebatos de la juventud ciegan á los más discretos, dió al mundo dos hijos; el primero, de Napoleón; el segundo, de un amigo de última hora del Alejandro francés.

Como su poeta Alfredo de Musset, ella rendía culto también á Napoleón. Por eso no fué un sentimiento para ella el llegar á ser madre, al pensar en el origen de sus hijos. No le importaban nada las maliciosas críticas del teatro, en donde solían decir: «Esther ha tenido un hijo de Napoleón para la revancha de Waterlío, y otro del general X, para acompañarle en Santa Elena.»

Jamás ningunos niños fueron mejor educados. Nunca ninguna madre fué más grave y al mismo tiempo más dulce para los suyos, que siempre han respetado la gran figura de la que les dió el ser. El primero de sus hijos, de un gran talento, no ha tomado todavía la revancha de Waterlío, porque la diplomacia francesa no habla bastante alto; el segundo, un valiente oficial de marina, ha ido más de una vez á Santa Elena á coger una rama del sauce legendario para colocarla piadosamente sobre la tumba de su madre.

Las cartas de Esther prueban que no era de la escuela de Jorge Sand, porque ella se divertía con la pluma, escribiendo humorísticos pensamientos para reposar de los alejandrinos de Corneille y de Racine. Su vida privada no fué jamás solemne, más que para los que no la conocían.

Quizá un día se publicará toda su correspondencia. Sé que hay trescientas ó cuatrocientas cartas, que no comprometerían su corazón ni su reputación, aunque muchas de ellas estén todavía en el cofrecito de ébano de sus recuerdos.

Los apasionados de los autógrafos buscan todavía con empeño las cartas de Esther. Las hay conmovedoras y muy espirituales; se venden de ciento veinticinco á doscientos cincuenta francos. Sucede con estas cartas lo que ha sucedido con ciertas aguas fuertes de Rembrandt; las que tienen la firma valen el doble. La firma, en las cartas de Esther, es alguna falta de ortografía.

En la vida de Esther hay muchas obras de caridad. Decía: «No soy la moral en acción, pero no me disgusta poner en mi secreter algunas buenas acciones para cuando no haya dinero.» Un Príncipe ruso venía regularmente dos veces por semana á hacerle una visita ceremoniosa. «¡Qué bonito alfiler!», decía Esther.

Y le desprendía el bonito alfiler de la corbata. Volvía con otro alfiler, que también Esther desprendía de su sitio. Esto divertía mucho al ruso; pero, después de haber perdido así diez, volvió con la corbata de lazo, y sin alfiler.

La camarera, al anunciar la visita, dijo toda asustada:

—Señora, es el Príncipe, y no trae alfiler.

—¿Sí? Pues que no estoy en casa.

A propósito de este incidente, se acusaba á Esther de hacer colección de alfileres, porque todos los del Príncipe estaban clavados en un acerico sobre la chimenea. Pero llegó el 1.º de Enero, y se notó que cada uno de los maquinistas del teatro tenía puesto uno de los alfileres del Príncipe. Cuando lo supo:

—¡Dios mío! (exclamó): ¡Me gustaba tanto verlos en el acerico!

Y, en efecto, á cada visita que hacía á la gran actriz, los contaba, contemplando con melancolía los reflejos que despedían.

He aquí cómo Esther jugaba con los alfileres.

Asaltábanla todos los futuros Corneilles y los futuros Molières, y ella los recomendaba á todos al Teatro Francés. Uno de estos pobres diablos, que después de haber sido recibida su obra, á condición de corregirla, se vió completamente desahuciado, vino desolado al hotel de Esther.

—Estoy perdido (le dijo); no tengo más recurso que arrojarme al Sena.

—¿No tenéis fortuna?

—Ni un céntimo.

—Me ocurre una idea: traedme vuestro manuscrito, el escrito de vuestra propia mano.

—¿Para qué, señora?

—Tengo un amigo inglés que compra los autógrafos curiosos. En la primera página escribiré lo siguiente: «Rechazada dos veces por el Teatro Francés.» Firmaré, y estoy segura de que me dará mil francos.

El autor desairado corrió á buscar su manuscrito; cuando volvió, Esther le entregó el billete de mil francos.

—Señora (le dijo el autor); me dan ganas de hacer muchas tragedias.

—Sobre todo para que no os las admitan,—añadió Esther riendo.

Ocho días después podía verse el manuscrito en la biblioteca de Esther, porque ya se habrá adivinado que el inglés era un ser inventado por la actriz.

—¡Oh! ¡si yo fuera retratista!...—decía Delacroix cuando veía representar á Esther ó cuando comía con ella.

Y ni Delacroix ni Ingres han pintado aquella fisonomía radiante; pero Gerôme, Müller y Clesinger han perpetuado aquella encantadora figura con gran inteligencia y singular encanto.

Se la ve en los dos célebres cuadros de Geoffroy, representando toda la comedia francesa en 1840 y 1852.

Está admirable en el retrato de Müller, que la pintó en su gabinete, con la cabeza sin tocado,

vestida con un corpiño de terciopelo verde bordado de oro. En ese retrato se la puede estudiar de cerca. Sus cabellos se dividen sobre su frente en ondas ligeras, dejando suelto en medio el pequeño rizo que da tanto relieve á su retrato. No hay en el mundo rostro mejor construído y más inteligente: la frente piensa sobre cejas casi rectas, que parecen sostener un mundo: los ojos están maravillosamente colocados bajo las curvas sombreadas, de que surgen dos luces penetrantes dulcificadas por las largas pestañas. Ninguna joya en las orejas; pero sus orejas son dos joyas: la nariz no es de la forma antigua, pero es de la forma judía. La boca es del más bello dibujo; una cereza roja que ríe. Y ¡qué maravillosos dientes si Esther abre la boca! El óvalo es completamente perfecto, y acaba en una barba prodigiosamente hecha. Y ¡qué hermoso cuello de cisne para sostener la soberbia cabeza!

Si el París de hoy no destruyera el París de ayer, con qué gusto haríamos una peregrinación al hotel de Esther. ¡Ah! después de seis ú ocho años, ha sido preciso derribarlo para dar amplitud al edificio de la Ópera. Ya no queda más que el recuerdo. Reconstruyámosle en nuestra memoria.

Ubi Troja fuit. No me equivocaré, porque seguiré palabra por palabra una crónica hecha en presencia de Esther, dictada por Esther misma á sus amigos Julio Lecomte y X.... X.... X....

Gracias al sueño, *vencedor de la vida*, llamo aún á la puerta hospitalaria del hotel; entro, después de una rápida ojeada á la fachada, cuyo aspecto ofrece una elegante severidad. Un entresuelo, un gran piso, *piam nobile*, como se dice en Italia, cuatro ventanas de frente, y en los cuadros hermosas esculturas.

Al poner el pié en el primer escalón de la escalera, le hubiese puesto sobre una alfombra turca, que sigue hasta lo alto. Abramos la puerta de la izquierda; estamos en el comedor, con cuatro ventanas sobre la fachada de la casa, que corresponden á otras tantas enfrente, que caen sobre el jardín, lleno de árboles. El aspecto es severo. Es *Hermiona* la que ha querido aquellos muros, aquellos pavimentos, aquellos techos, aquellas telas; su mano griega es la que ha escogido todas aquellas figuras, vasos y cien objetos más de tierra toscana. La decoración es etrusca. Figuras orladas de negro, salpicadas de cinabrio, se destacan sobre el estuco blanco de las paredes. En las ventanas, la lana exquisita de Mitilena, hilada por Lucrecia sin duda, y quizá bordada por Penélope en sus griegas virtudes, destacándose sobre el tisú, se levanta sobre los dorados

clavos, cuyo modelo procede de Herculano. Á cierta altura, en todas las paredes se extiende un revestimiento de madera fina, una obra de ebanistería que es una maravilla, sobre la chimenea y en torno de ésta. Esta chimenea, que tiene la inicial de la dueña de la casa, está llena de admirables vasos etruscos. Mesa en el centro; lámpara en el centro también. El aspecto antiguo de esta sala, donde se respira felizmente otra cosa que el aire de Útica, pierde su aspecto solamente en las sillas, cuyo taflete moderno y la forma confortable hacen no sentir la falta del *cubiculus*, sobre el que Roma comía horizontalmente.

He aquí la sala de conversación: pasamos rápidamente de Roma á Smirna, de los etruscos á los japoneses. Aquí todo es risueño. Esta sala tiene tres ventanas al patio; por encima de los muros se ven verdes y risueñas perspectivas de los jardines inmediatos.

El techo es blanco; las paredes están revestidas de rica tela persa, de grandes flores chinas de vivos colores carmíneos sobre un fondo verde mar. Cortinas, portiers y fundas de los muebles son de la misma tela, galoneada de seda. Entre las ventanas, consolas de cedro. En el fondo, á la derecha, un gran armario igual; en un ángulo una mesa ovalada de la misma madera. Las cómodas y el armario contienen esas mil curiosidades de todos los tiempos y de todos los

países, que una mano delicada y un gusto exquisito pueden reunir. Se ven allí figuritas saxonas admirablemente conservadas; Sèvres ha enviado para aquella habitación sus más bellos productos adornados de oro y ostentando los más armoniosos colores. Todos los esmaltes de Luís XIV y de Luís XV, en cajas, en medallones, en estatuas, que han estado en todas las ventas de anticuarios durante quince años; las figuritas chinas más delicadas y más grotescas, las filigranas más admirables, los marfiles más finos, los broncees más antiguos, las piedras más preciosas, las joyas mejor cinceladas, y cien mil primores más. Todo, para hablar más exactamente, todo está allí primorosamente escogido y colocado, en un pequeño museo, que debía tener su catálogo, sus orígenes, su historia, y hasta sus comentarios.

—Pase V., señora Duquesa: la señorita Esther está en el salón.

Los cuadros de hermosa ebanistería, en el estilo pomposo de Luís XIV, están revestidos de blanco mate, y con relieves y molduras esculpidos, dorados mate y bruñido. En cada cuadro, Carlos Müller ha pintado grupos de amores, de niños, á la manera del famoso *Puttini*, del Corregio, en la Cámara de San Pablo de Parma. Los espejos, que hay muchos, están rodeados de escultura dorada, donde se destaca la cifra, bla-

són de los dioses, que se conservará como una reliquia, y que duplica el valor de las cosas donde aparece. La chimenea, de mármol blanco, adornada de máscaras alegóricas entre arabescos, trabajo de los más notables de Deschamps, tiene encima un péndulo, de un modelo raro, y dos candelabros de oro viejo, de Denière, como los brazos que contienen las bujías. Todo esto es de un gran lujo, lujo real, divino, ¡no sé como ponderarlo!, y los nombres de los más famosos artistas van unidos á todos aquellos objetos, para cuya elección, un arquitecto de poderoso ingenio, y una mujer de exquisito gusto, han reunido su inteligencia, prodigando el oro. Luís XIV hubiera estado encantado si hubiese podido sentarse en aquel salón. Por desgracia suya, vino al mundo dos siglos antes.

El mobiliario, en fin, de madera dorada, estilo del gran siglo, está cubierto de brocatel púrpura. Canapés, *vis-à-vis*, butacas, sillones, taburetes, —tener un taburete en aquel salón es una gran fortuna, —todo es grandemente magnífico y comfortable. Las cortinas de brocatel, guatadas, con forros de seda blanca, cubren otras cortinas de damasco blanco. Los muebles de palo de rosa, con placas de camafeos rosa y bronce cincelados, que ocupan los huecos entre las ventanas, contienen objetos de arte inestimables; copas y jarrones antiguos ó de Sèvres. En

primer término, un admirable busto de Napoleón, primer cónsul, por Canova. No le busquéis otro origen que un recuerdo que enorgullece al arte y al amor.

Un adiós á este salón soberbio, y encontramos encima del salón persa del entresuelo una alcoba de un lujo igual. Digo *una* y no *la*, porque la señorita Esther se había más modestamente refugiado en el piso superior, en una habitación de forma semejante á la de su biblioteca. La alcoba donde está el lecho es del mismo gusto que el salón, bien que un poco más coqueta por el estilo, y el lecho es suntuoso, en el gusto más puro de Versalles. Las molduras doradas desaparecen bajo la púrpura de las cortinas de terciopelo y damasco; una colcha de seda, bordada de oro en Constantinopla, la cubre; una incomparable piel de león, cabeza ardiente, ojo brillante, se ve al lado del lecho, recordando aquel dragón de las Hespérides que recuerda la encantada manzana de oro del jardín.

En uno de los muros hay un maravilloso retrato de Adriana Lecœuvreur, en tapicería de Beauvais. Aquí y allí otros cuadros. Una estatua de marfil que representa á la dueña de la casa en Fedra. Objetos chinos, copas, grupos, todo aquello de que el lujo inteligente cubre los muebles. La chimenea, de mármol blanco, rico modelo, y encima un péndulo de mármol, mo-

saico y bronce, y candelabros magníficos. La mesa de noche es de palo de rosa, con placas de porcelana de Sèvres y bronce dorados, *Mombro sculpsit*.

Pero he ahí un curioso que anda palpando y registrando por todas partes, y que ¡*bone Deus!* ha tocado en un resorte y abierto una puerta cerca de la cabecera de aquel lecho, semejante al águila moscovita.

¿Adónde conduce esa puerta, oh joven indiscreto? ¡Dios mío! Conduce al más delicioso escondite que puede contener una casa, grande ó pequeña. Es un *boudoir* chino, de un lujo que no me siento capaz de describir. ¿Y hace falta describirlo? Digamos algunas palabras sobre este *boudoir*, traído pieza por pieza del río Amarillo, y que reúne por sus extremidades la gran alcoba y el gran salón. Los muebles son de Canton, los cristales y las linternas de Pekin, la tela de las paredes y las cortinas de Nankin. Todo está lleno de oro, de bermellón, de laca, de cristalería, de porcelanas; hasta la chimenea, que ostenta ricos esmaltes de Macao. Péndulo, candelabros, lámpara, todo es del estilo japonés más puro, de un tártaro perfecto, y hasta el precioso retrato, colgado en medio del muro principal, revestido de seda bordada de pájaros imposibles y flores fantásticas, representa, en su uniforme de húsar del Celeste Imperio, uno de

los chinos más encantadores que pueden formar contraste con los seres extravagantes hallados en las raíces del *Kao-le*, ó que con su risa estúpida parece que van á hacer saltar la porcelana de sus figurillas.

Este es, pues, un hotel lujoso, un hotel de mujer tres veces millonaria, en medio del siglo. Hoy se pondría en un escaparate esta bonita jaula de loro, como decía el príncipe de Ligny de su casa de Viena; porque ya no se contenta nadie con tener tres millones para vivir. Una mujer á la moda emplea los tres millones en su hotel.

Aquella joya de Esther no dejó de ser, sin embargo, una obra maestra del gusto arquitectónico y decorativo. No costó más que doscientos mil francos. Hoy costaría otro tanto, dirigida por el mismo arquitecto, y cuatro veces tanto dirigida por un arquitecto de la escuela Paiva.

Esther se preocupaba mucho de los retratos, como todas las mujeres que deben sobrevivirse.

«Quisiera haceros ver el retrato que mi camarada Geoffroy acaba de terminar, de nuestra Comedianta, con su bello traje de armiños de la *Czarina*. El retrato durará más que la obra, que la mujer y que el recuerdo de las dos.»

Mad. O'Connell ha pintado á Raquel viva (1) y muerta. La Esther viva está en uno de los salones de la condesa de Luynes; la Esther, como una religiosa muerta, ha sido dada por Valía á

(1) Leo en el *Figaro* de 1858, con la firma de Julio Lecomte:

«Una noche que representaba *Le moineau de Lesbie*, se fué á visitar á su *director espiritual* (como llamaba á M. Arsenio Houssaye). El gabinete del director de la casa de Molière estaba siempre lleno de objetos de arte, retratos de celebridades del siglo XVIII, que reunía el futuro historiador de ese siglo, bustos, estampas, cuadros, etc.

»Sus ojos se fijaron en un retrato de Mad. Preville, destinado á la colección de los artistas famosos de teatro, que, de acuerdo con M. Romieu, entonces director de Bellas Artes, M. Arsenio Houssaye hacía completar, para adorno del salón público de descanso. «¡Oh! ¡Qué bello retrato! (exclamó.) ¿De quién es?—De madame Federica O'Connell, una extranjera, descendiente de Van Dyck y del Ticiano.—Pues bien: hágame V. el favor de presentarme mañana en su casa. Quiero suplirla que me haga un retrato. Ya encontré mi artista.»

»Seis ó siete veces fué á ponerse delante de la artista, para que ésta hiciera el retrato, llevando siempre consigo amigos para hablar y distraerse. Había elegido un traje de calle negro, falda de terciopelo, encajes y algunas joyas. La mano derecha la tenía apoyada sobre el zócalo de un busto de Corneille que prestó expresamente el Teatro Francés. Todo el cuadro tenía gran carácter de autoridad y nobleza. El parecido era maravilloso en aquella obra magistral. La señorita Esther llevó á verle á muchas personas. Una de estas personas, un personaje, dijo estas palabras, admirando la pintura: «No se puede mirar este retrato sin quitarse el sombrero.»

Emilio de Girardín, quien la dió á Sarah Bernhardt. Este retrato está en la alcoba de la célebre artista, que ama el recuerdo de Esther, como Esther amaba el recuerdo de Lecœur.

Hay también un retrato, de que sólo se hicieron dos ejemplares por un fotógrafo, que borró la plancha en presencia de la misma Raquel. Había querido un retrato en su papel de Licisca embriagándose en la mesa del festín, y levantando la copa llena de Salerno, y provocando á su compañero; la túnica estaba abierta hasta encima de la rodilla. Comenzaba su canto de amor, puesto en música por Offenbach, donde cantaba aquel verso.

«Júpiter loco, que levanta los montes.»

Ella misma se asustó de aquella postura voluptuosa. Ofrecieronle mil francos por una de las pruebas; pero ella la arrojó al fuego.

Horacio Vernet estaba enamorado de aquella fisonomía, que tan admirablemente expresaba todos los sentimientos, y decía:

—He visto todo en Oriente; he pintado una

Rebeca en la fuente, después de haber estudiado no sé cuántas judías orientales. ¡Oh! Si entonces hubiese hallado á Esther, le habría pagado mil francos por hora, si hubiese querido servirme de modelo.

—Sin el cántaro (observó Esther); porque yo había ya rotó el mío.

Jouffroy había empezado un busto de la trágica, inspirado por M. y Mad. de Lamartine; pero Esther no se prestó más que un día á servir de modelo, y Jouffroy no era un artista que pudiera hacer un busto sin el original delante.

Mad. Lamartine hizo también una acuarela de Esther, que tampoco le concedió más que una sesión; pero, aunque sin pensar, sirvió de modelo en los tres salones, «donde ilustró al gran poeta, ilustrándose ella misma.»

Los hijos del rey ciudadano nacieron con el sentimiento del arte. Todos tenían afición al taller de los pintores, todos sabían manejar el lápiz, el difumino, el pincel, la pluma, dibujando figuras reales ó imágenes de fantasía. El príncipe de Joinville compuso una alegoría para el libro de rezo de su madre, representando el alma del rey sobre el barco naufrago de la Francia después de las tempestades en 1848. La Rei-

na, encantada de este dibujo, le hizo grabar para los amigos más fieles de la monarquía caída. La señorita Esther, amiga, ya se sabe, del príncipe de Joinville, á su paso por Londres pidió á la Reina, que había hablado muy bien de ella, una de las pruebas del grabado.

María Amelia respondió: «Cuando la señorita Esther se convierta al catolicismo.»

Pero la que en *Polyutlo* decía: ¡Yo creo! con tanta alma, no debía convertirse al catolicismo. Hizo cristianos á sus hijos; pero ella permaneció fiel al Dios de Moisés, de Jacob, de David y de Salomón.

Como testimonio de su buen corazón, he aquí una carta que recuerda un horrible suicidio que conmovió á todo París:

«.....No sé cómo expresaros el efecto que me ha producido la muerte de ese pobre Saint-Edme, cuya lamentable confesión he leído en los periódicos, y el sentimiento que tengo por no haber sabido su desgraciada situación, porque me complazco en creer que tengo bastantes amigos para que entre todos le hubiéramos aliviado en lo posible. Hace tres meses veo á ese pobre hombre colgado del pedazo de leña economizado

de la de su chimenea, y atravesado en la puerta de la biblioteca sin libros.

»He vuelto á leer, en su *Biografía* de las celebridades del día, los elogios que hacía de Esther, y me he preguntado, con remordimiento, si un hombre que me había tratado con tanta bondad, debía perecer así, de hambre, de frío, de miseria.... Mi única excusa es no haber sabido su situación.

»Parece que ni siquiera tenía dinero para comprar una pistola. Esta frase de su propio *Proceso verbal de sensaciones* es terrible. «Solo, »engañado, sin consuelo, sin esperanza, perseguido por la necesidad y la miseria, humillado, »calumniado, ultrajado, no encuentro otro medio »de salir de esta situación extrema que el suicidio.»

»¡Desgraciado! Deja cuatro hijos, y ha tenido el valor ó la cobardía de morir. Decidme dónde están sus hijos: quiero enviarles quinientos francos; mi representación de ayer de Camila.

»ESTHER.»

En cuestión de dinero, Esther siempre fué calumniada; si llegaba á una ciudad para dar una representación, los ediles no quedaban contentos si no daba otra á los pobres. Hubiera te-

nido que viajar sólo para los pobres de todos los países. Daba mucho; pero, por lo visto, quien no da todo, no da nada. Cuando fué á representar *Corneille* en Rouen, se extrañó que quisiera llevarse 1,000 francos en un país donde Corneille componía sus calzones, y se le dedicó *una corona de oro por su talento, y otra de cardos por su corazón*.

Lo que no le impidió que cuando puso el pié en la tierra americana enviase mil dollars para los pobres. Naturalmente, se consideró que era muy poco.

Nunca se sabrán todos sus enojos ni todas sus lágrimas, por la injusticia de la opinión.

El barón de Rotschild, su amigo, quería consolarla, diciéndole:

—Si hubiera yo dado á todos los que me han pedido, tendría que pedirle á V. ahora prestados dos napoleones.

—Querido Barón, á V. no le asaltan más que en París, porque no da V. representaciones de su fortuna en provincias, mientras que yo soy asaltada en todas las partes del mundo.

Un día, en el *foyer* del Teatro Francés, oyó que se hablaba de sus tesoros.

—Querido amigo (dijo á un camarada); si fue-

ra V. mi intendente, sería yo la mitad más rica de lo que soy, aunque V. me robase la otra mitad.

Escribía á uno que le pidió prestado :

«Si enviase á V. esos quinientos francos, me harían falta probablemente cuando V. no pudiera devolvérmelos. Si me permite V. que le envíe ciento, estoy segura de que no me harán falta nunca, lo que permitirá á V. hacer lo que le acomode. Ahí van, pues, doscientos. No tengo más que decirle.—ESTHER.»

Su ingenio era brillantísimo.

Perrier le dijo un día :

—Ya es tiempo que esto acabe. Hace ocho meses que me preocupa esta representación.... En cuanto tenga un momento, iré á tomar un baño, y nunca llega ese momento.

—¡Bah! ¡espere V. que venga otro diluvio!—le dijo Esther.

Pongo la escena en el Odeón para no ponerla en el Teatro Francés. En el escenario, dos inseparables se agarran del pelo disputando. Se

dice : «¿Quién es ella?» ¿Por qué no se dice : «¿Quién es él?...»

Un rizo queda en las manos de la más valiente.

—Querida mía (dijo Esther á la heroína): acabáis de arrancarle una de nuestras ilusiones.

Una de las compañeras hablaba de su pequeño *pied-à-terre* cerca de Versalles. Esther levantó el vestido con el mango de su sombrilla:

—¡Un pequeño *pied-è-terre!*—exclamó.

La del *pié pequeño* era Bertha, que los tenía enormes. Esther añadió, volviéndose á Monrose:

—Son piés en los que se puede dormir en pié.

Escribía en 1852 :

«El tiempo querría alcanzarme en el camino; pero yo le dejo pasar sin que me toque. No soy tan tonta.

» Poned en parangón una buena mujer de su casa y una buena comedianta, y me diréis lo que es bueno. La primera está ya gastada á los cuarenta años, porque ha pensado demasiado en los quehaceres domésticos; la actriz de cuarenta años está en plena juventud, porque no ha mirado jamás las cuentas de su lavandera y su cocinera.

» Aquella ha vivido con preocupaciones vul-

gares, mientras la actriz ha vivido con las preocupaciones del arte ó del amor, dos cosas eternamente jóvenes.

» Pero aquí estoy á punto de hablar como Brantôme, porque él es el que ha dicho: «Vive como las rosas; cuanto más cultivadas son las flores, más tiempo duran....»

* * *

Esther y Rosina Stoltz, que reinan imperiosamente en la Comedia Francesa y en la Ópera, han pasado las dos por la escuela de la dura miseria. Otras hubieran muerto en esa escuela en que hay que alimentarse de lágrimas; pero, estoicas las dos, mantenían con fe el fuego sagrado, verdaderas vestales del arte.

Las he visto una noche que se abrazaban tiernamente. He creído que iban á hacerse pedazos. Tan flacas son las dos. La fama no gusta de las gordas; su poca carne las sienta muy bien.

—¡Qué voz la tuya! (dijo Rosina Stoltz á Esther): para mí es la más agradable música.

—¡Qué admirable estás en la escena! (dijo Esther á la cantante.) Vengo á estudiar en ti la Raquel cuando cantas la *Judía*.

* * *

Esther, simpática á todas las personalidades, no comprendía á Jorge Sand, á la que juzgaba declamatoria y solemne. Hubiera querido hallar en ella algún grito del corazón. Se le decía que de estos gritos del corazón ó de la verdad, se hallan en cada página de Jorge Sand. Uno de sus amigos dijo:

—No se atreve á decirlo; pero lo que Esther quisiera hallar en Jorge Sand es una voz vulgar, expresiva de la familiaridad moderna.

—Eso es,—dijo Esther.

—Es igual (repuso su amigo); pero vea V. á Jorge Sand, porque habla V. de ella como hablan los parisienses de la China, sin haber ido nunca.

—Pues bien, no (dijo Esther); no iré.

—¿Por qué?

La Comedianta, con su aire burlón, contestó:

—Tengo miedo de admirarla demasiado.

No se han reunido nunca las siete maravillas del mundo porque se hubieran peleado.

Cuando se hablaba de Esther á Jorge Sand, ésta hablaba de Mad. Dorval.

La princesa Belgiojoso invitó á Esther á una cena.

—No iré, no, porque encontraré allí á Jorge Sand fumando un cigarro envenenado.

La Comedianta había sorprendido á Jorge Sand fumando un cigarrillo en la escena, duran-

te un ensayo ; había hecho un gesto de desdén, exclamando : «¡ Qué mal tabaco!» Por poco no llamó á los bomberos para que apagasen el fuego. Olvidaba que á los doce años fumaba ella tabaco detestable en bien mala compañía.

Á Jorge Sand sólo le gustaba Esther en la *Marsellesa*.

«Todos los artistas que toman parte en el certamen para esculpir las figuras de la República y de la Libertad, irán á estudiar las actitudes esculturales de Mlle. Esther cantando la *Marsellesa*. ¡Qué elegante símbolo de altivez, de audacia, de energía! Es el mármol que palpita.»

Esther ha notado ella misma el número de sus victorias y sus conquistas en los departamentos. ¡Curiosa odisea! El Teatro Francés le daba tres meses de licencia. Representó ochenta y siete veces en noventa días (y no setenta veces).

«Estos viajes me hacen más bien que mal (escribía al doctor Véron). El movimiento ahuyenta las enfermedades, la agitación los malos pensamientos; hace callar los malos instintos.

Las cartas al doctor Véron, que se suponía eran muy ligeras, son sencillamente cartas de una actriz á un espectador. Las faltas de ortografía no prueban nada, decía. El 19 de Octubre de 1841 Esther escribía al doctor Véron :

«He derrochado la primera parte de mi existencia en locuras de joven ; pero ya es tiempo de reparar mis faltas. Alentadme y aconsejadme en la segunda que siempre he soñado.

»ESTHER.»

Otra carta, que parece más significativa, porque está firmada á media noche.

«Quiero deciros que sois la causa de mi buena y correcta actitud en la Ópera esta noche. No os disguste esto por Halevy, mi querido amigo; pero me ha costado mucho trabajo tragar un acto de la *Reina de Chipre*. No he visto una obra maestra más enfadosa.»

Parece, sin embargo, que hubo un cambio de sortijas, porque el doctor Véron era sentimental; pero bien se comprenderá que este cambio de sortijas no prueba que el matrimonio se consumase.

*** UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Muchas veces se ha casado á Esther; pero ella no se ha casado nunca, y decía con mucha razón:

—Si me caso, se acabó la gran actriz: no será otra cosa que una casada más.

Una vez, sin embargo, envió un embajador á uno de mis amigos para ofrecerle su mano. Mi amigo se apresuró á presentarse en su casa. Le dijo que sería el hombre más feliz del mundo si el matrimonio uniese fuertemente los corazones; pero le pintó tan gráficamente todas las catástrofes que iban á sobrevenir, que ella, á su vez, se apresuró á retirar su mano tan galantemente ofrecida.

Á propósito de estos matrimonios tantas veces anunciados:

«He oído decir á muchas personas de talento que era preferible ser maltratado por la prensa á sufrir su silencio y su olvido. Vengo, pues, á daros gracias por el recuerdo que me consagrais.... Pero, ¿por qué, amigo mío, no os preocupáis desde hace algún tiempo más que de mi matrimonio? Tengo dos hijos que adoro: tengo treinta y dos años, á juzgar por mi partida de nacimiento....»

»Diez y ocho años de apasionadas tiradas de versos exhumadas en el teatro, de carreras locas, al fin de todos los mundos, de inviernos de Moskow, de traiciones de Waterloo, la mar pér-

fida y la tierra ingrata: he aquí lo que envejece bien de prisa á una pobre mujer como yo. Pero Dios protege á los valientes, y parece haber creado expresamente para mí un pequeño rincón, desconocido de todos los geógrafos, donde puedo olvidar mis fatigas, mis penas, mi prematura vejez.... y, sin embargo, lanzáis vuestro importuno *canard* en medio de los pájaros que juguetean en mis ramas, y que me cantan las bellas canciones de mi juventud, la más inverosímil, y la de la primavera.»

Los que pretendían que la gran actriz hubiera nacido enteramente armada en el cerebro de Minerva, negaban que había tocado la guitarra por las calles de París. Esto era sencillamente arrancar una de las más hermosas páginas de su vida; ella se refa mucho cuando hablaban de ella y negaban ese detalle. Ninguno de los amigos verdaderos se dejó engañar, Janin el primero. Cuando se vendieron sus muebles, saludó la guitarra, diciendo:

—Comprad la guitarra. Fué recobrada en un día de buen humor, y semejante á los zuecos de aquel pastor frigio que llegó á rey, debía recordar á la elocuente y soberbia Esther los accidentes, las canciones y las aventuras de su origen. ¡Ah! ya está muda; es una sonrisa, una irrisión. ¡Era un canto tan melancólico!... ¡Eran las suyas, penas tan violentas como la sed, el hambre,

el aislamiento, el invierno, el abandono, y ecos de todo eso eran los sonidos de ese instrumento! La manita que pulsaba esas cuerdas, que gemían á su contacto, estaba helada por el frío.

Como Lamartine, que en sus últimas horas volvía á tomar la pluma para expresar en rimas imágenes fugaces; como Dumas, que creía dictar un folletín; como Talma, que se creía en escena, Esther estudiaba en su última hora el papel de Paulina en *Polyutto*, diciendo á su hermana:

—Para estudiar, es preciso pensar y llorar; pero no veo más que fantasmas que huyen.

Algunas otras frases de Esther en sus últimos momentos:

Valía la sorprendió hablando muy bajo. Escuchó atentamente.

¿Qué decía?

—¡Alba! mi amado país y mi primer amor.

Algunos minutos después, Esther se hallaba en plena Biblia:

—Esther (murmuraba) fué la más hermosa de su tiempo....

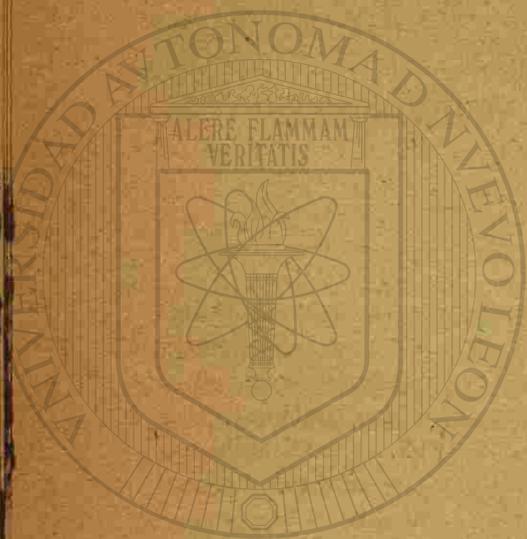
Al volver á abrir los ojos:

—¡Qué blancura de alma tan blanca, bajo su velo blanco!....

Y todavía dijo:

—¡Puedes tomar mi divisa; yo no la usaré más! Yo había dicho: *Todo ó nada*. Pues bien: todo es nada.

FIN.



ARSENE HOUSSAYE.

Es uno de los escritores franceses más simpáticos y más conocidos. Ha cultivado siempre un género de literatura agradable, y ya en la novela, ya en la poesía, ha mostrado la frescura de su brillante imaginación, matizando con pensamientos delicados, ideas sentidas y rasgos de genio, sus hermosos escritos.

Separado de ese naturalismo exagerado que ha torcido en Francia, y por desgracia empieza á desviar en España, las corrientes de la bella literatura, Arsène Houssaye, como dijo muy bien Sainte-Beuve, es el poeta de las rosas y de la juventud, y en el camino que ha seguido con todo el aliento de su alma y el ardor de su pecho, si encontró en un principio espinas, más adelante lauros y plácemes, que, como premio á su talento, han concluído por conquistarle la envidiable reputación de que hoy goza.

Nacido en Bruyères (Isla de Francia), al llegar á París pasó por cuantas contingencias y penalidades, ratos alegres y vértigos del espíritu, proporciona la vida bohemia, esa maravillosa mezcla de notas tristes y bulliciosas, que ha excitado más de una vez la imaginación de tantos hombres ilustres.

Demócrata el autor de *La Comedienne* por carácter, por convicción y por sentimiento; afable en su trato, artista por excelencia, no ha hecho uso de los derechos que tiene al marquesado de Trychateau, y ha preferido llevar por todo título el de hombre honrado y literato, consiguiendo rodear su apellido de ese brillo con que la fama esmalta los nombres.

Pasan de sesenta las obras que tiene escritas Houssaye, sobresaliendo entre ellas *Philosophes et Comediennes*, *Les filles d'Eve*, *La Vallière et la Montespan*, *L'Histoire de 41 fauteil de l'Académie Française*, *Leroi Voltaire*, *Histoire de l'art française*, *Mademoiselle Cleopâtre*, *Le roman de la Duchesse*, *Les Grandes dames*, *Les parisiennes*, *Les femmes comm'elles sont*, *Les femmes du temps passé*, *Madame de Warens*, *Les courtisannes du monde*, *Histoire d'une fille perdue*, *Les Dianes et les Venus*, *Mille et une nuits parisiennes*, *Les trois Duchesses*, *Histoire du XVIII^e siècle*.

Dos libros escribió en su juventud, que obtu-

vieron un éxito de los más lisonjeros, *La couronne de bluets* y *La Pêchèresse*.

Víctor Hugo y Balzac quisieron tener el gusto de conocer al autor, y Houssaye fué presentado á aquellas dos lumbreras de las letras francesas, admiración del mundo entero.

Se casó por entonces con una mujer encantadora, con una bellísima hija de la señora Admée de Brucy, una de las discípulas de Prudhon.

Varios artistas tan célebres como Lehmann, Vidal, Clésinger y Jouffroy, trasladaron al mármol ó al lienzo los rasgos de su fisonomía.

La muerte la llevó al sepulcro en edad muy temprana, cuando apenas contaba veintiocho años, no sin que para suerte de Francia y honor suyo dejara antes un hijo, el excelente historiador Enrique Houssaye.

En 1849, Arsène Houssaye fué nombrado por el gobierno administrador de la Comedia Francesa, y á sus condiciones de carácter se debió que el público pudiese volver á ver en escena obras de Víctor Hugo, quien, por consecuencia de las diferencias que había tenido con la administración anterior, hallábase alejado del teatro.

Durante esta época, además de las producciones dramáticas del popular poeta del siglo XIX, pudieron admirarse otras de Alfredo de Musset, no menos conocido por la originalidad, sentimiento y alcances de sus poesías, á un tiempo

bellas y profundas, que, dejando atrás el romanticismo, tan rectamente llegan al alma por el camino más corto y más pronto, hablando al entendimiento con las voces del corazón.

Dió á conocer igualmente obras de Ponsard, Sandeau y Mad. de Girardin.

Autor dramático también Houssaye, ha producido para el teatro obras tan aplaudidas como *Juliette et Romeo*, *Le roi-Soleil*, *Sapho*, *La Comédie à la fenêtre*, *Les Comédiennes*, y *Mademoiselle Trente-six-Vertus*. En el mes de Abril del corriente año ha sido nombrado por unanimidad presidente de la Asociación de escritores franceses.

Ahora se ocupa en escribir sus memorias, obra interesante, que espera con avidez el público de París.

De *La Comédienne* nada digo, porque la lectura de ella vale más que la mejor recomendación que pudiera hacer. Lo que daré únicamente será una noticia: se está vendiendo aquí la décima edición.

P. SAÑUDO AUTRÁN.

PARÍS, Mayo de 1834.

ÍNDICE.

	<i>Page.</i>
Prefacio.....	9

LIBRO PRIMERO.

UNA ESTRELLA QUE APARECE.

I.—La conjunción de dos astros.....	21
II.—El ataud cubierto de rosas.....	33
III.—Canciones para reir y para llorar.....	37
IV.—Las tres hermanas.....	45
V.—El retrato.....	53
VI.—La discípula.....	57
VII.—El caballo de copas entre dos reyes....	65
VIII.—Las primeras tentaciones.....	73
IX.—Roxana.....	83

LIBRO SEGUNDO.

LA ESCENA Y ENTRE BASTIDORES.

I.—Esther y la marquesa de La Carte.....	89
II.—Un beso en el brazo.....	99
III.—La prima.....	103
IV.—Esperanzas perdidas.....	109

bellas y profundas, que, dejando atrás el romanticismo, tan rectamente llegan al alma por el camino más corto y más pronto, hablando al entendimiento con las voces del corazón.

Dió á conocer igualmente obras de Ponsard, Sandeau y Mad. de Girardin.

Autor dramático también Houssaye, ha producido para el teatro obras tan aplaudidas como *Juliette et Romeo*, *Le roi-Soleil*, *Sapho*, *La Comédie à la fenêtre*, *Les Comédiennes*, y *Mademoiselle Trente-six-Vertus*. En el mes de Abril del corriente año ha sido nombrado por unanimidad presidente de la Asociación de escritores franceses.

Ahora se ocupa en escribir sus memorias, obra interesante, que espera con avidez el público de París.

De *La Comédienne* nada digo, porque la lectura de ella vale más que la mejor recomendación que pudiera hacer. Lo que daré únicamente será una noticia: se está vendiendo aquí la décima edición.

P. SAÑUDO AUTRÁN.

PARÍS, Mayo de 1834.

ÍNDICE.

	<u>Page.</u>
Prefacio.....	9

LIBRO PRIMERO.

UNA ESTRELLA QUE APARECE.

I.—La conjunción de dos astros.....	21
II.—El ataud cubierto de rosas.....	33
III.—Canciones para reir y para llorar.....	37
IV.—Las tres hermanas.....	45
V.—El retrato.....	53
VI.—La discípula.....	57
VII.—El caballo de copas entre dos reyes....	65
VIII.—Las primeras tentaciones.....	73
IX.—Roxana.....	83

LIBRO SEGUNDO.

LA ESCENA Y ENTRE BASTIDORES.

I.—Esther y la marquesa de La Carte.....	89
II.—Un beso en el brazo.....	99
III.—La prima.....	103
IV.—Esperanzas perdidas.....	109

V.—Una entrada majestuosa.....	115
VI.—La cena en cuarteto.....	123
VII.—Sueño perdido.....	127
VIII.—Alfredo de Musset enamorado de Esther	134
IX.—El segundo amor.....	141
X.—La escuela de las pasiones.....	149
XI.—Comedia hecha por Esther.....	153
XII.—La moral en acción.....	161
XIII.—Cómo Esther estuvo á punto de salvar á una mujer.....	171
XIV.....	181
XV.—El orgullo.....	187
XVI.—Esther en escena.....	189
XVII.—Esther como mujer de mundo.....	195
XVIII.—Un lobo de mar.....	205
XIX.—Por un brazaletes, por un traje, por un Príncipe.....	209
XX.—Rhea.....	217
XXI.—Valía.....	223
XXII.—La manzana.....	229
XXIII.—Diente por diente.....	239
XXIV.—La revancha del Coronel.....	245
XXV.—Las sorpresas del corazón.....	251
XXVI.—La muerte de Lili.....	257
XXVII.—Los rosales de Lili.....	263
XXVIII.—La Marsellesa.....	265

LIBRO TERCERO.

LA PUESTA DEL SOL.

I.—La enemiga.....	271
II.—Las cadenas de flores vuelven á enlazar.	275
III.—Por qué cuenta uno la historia de su co- razón.....	283

IV.—En donde se prueba que el hombre nunca es dueño de su destino.....	287
V.—Recorriendo el mundo.....	293

LIBRO CUARTO.

LA MUERTE.

I.—Mlle. Esther en Egipto.....	307
II.—Las leyendas.....	321
III.—Tebas la de las cien puertas.....	331
IV.—Los presentimientos.....	337
V.—El último adiós.....	341
VI.—El país de la muerte.....	343
VII.—La última hora.....	353
VIII.—Recuerdos.....	361

Arsène Houssaye.....	393
----------------------	-----



EC